

Por la autora del *bestseller* internacional
El Jardín de las Mariposas

DOT HUTCHISON



L A S
R O S A S
D E M A Y O

DOT HUTCHISON

LAS ROSAS DE MAYO

Traducción de Graciela Romero

 Planeta

CONTENIDO

FEBRERO

MARZO

ABRIL

MAYO

AGRADECIMIENTOS

Acerca del autor

Créditos

Para las chicas peligrosas con sonrisas afiladas.

Su nombre es Darla Jean Carmichael y es tu primera.

Pero claro que eso aún no lo sabes.

Lo que sabes en este bello día de primavera es que parece que hasta el mismo Dios hizo su mayor esfuerzo para que ella se viera más hermosa. Es pura belleza inocente, sin artificios ni vanidad; por eso la amas tanto. El brillante cabello rubio le cae sobre la espalda en pesadas ondas y una vez más trae su anticuado vestido blanco de verano, con todo y los guantes de encaje y el sombrero tejido. ¿Habías visto alguna vez algo tan immaculado? ¿Algo tan puro?

Hoy hasta la naturaleza está de acuerdo contigo. El pasto que bordea el camino solitario y polvoso que lleva a la iglesia está lleno de narcisos, todos amarillos y blancos, como si no pudieran pedir nada más que hacerle juego a Darla Jean. Incluso las margaritas silvestres son amarillas y blancas, aunque la mayoría de los años hay pálidos listones de lavanda recorriendo el campo.

Este año sólo existe Darla Jean.

Salvo que... no es sólo Darla Jean.

Su mano está enlazada al brazo de un joven, descansa en el hueco de su codo como si ese fuera su lugar, pero no es así. Su mano no debería estar ahí porque ese hombre no eres tú. Darla Jean es tuya.

Siempre ha sido tuya.

Nunca ha necesitado que se lo digas; siempre lo ha sabido, como debe de ser, porque ustedes dos están destinados a estar juntos, sin importar lo que dirían los demás si se enteraran.

Enfurecido y con el corazón roto, los sigues hasta la pequeña iglesia de ladrillo, posada frente a una explosión de árboles en flor tan impresionante que parece como si todo aquello fuera un bordado. De algún modo, pese a la

tormenta de emociones que retumba en tus oídos a cada latido, notas otras cosas. En su mano libre el joven lleva la canasta de postres que la madre de Darla Jean le pidió que llevara a la iglesia, cada uno de ellos envuelto individualmente para su venta porque la iglesia necesita un nuevo techo antes de que comiencen las tormentas.

El hombre se recarga en ella cada que la chica ríe.

Y ríe mucho.

Pero ese sonido es tan tuyo como el resto de ella, ¿cómo se atreve a compartirlo con alguien más? Esa risa siempre te ha traído calma, te ha alejado de la ira que siempre está demasiado próxima a la superficie. Ahora, cada que la escuchas —aguda y suave, como las campanillas del porche trasero—, sientes un dolor agudo en el pecho, un eco punzante en tu cráneo.

Entran juntos a la iglesia y te toma un par de minutos encontrar una ventana que te permita verlos claramente, sin que ellos puedan notar tu presencia. Ella no tendría que enterarse de que estás ahí para saber que debe guardarte respeto, para saber cómo comportarse. El interior de la iglesia está en penumbras, lleno de sombras y restos de sol, así que no te das cuenta de inmediato de lo que ocurre.

Y entonces te das cuenta.

No ves más que sangre.

Él la besa, o ella lo está besando; sus rostros se juntan y el resto de ellos permanece a treinta centímetros de distancia. Puede que sea el primer beso del tipo.

Sabes que es el primero para ella.

Ese primer beso que debía ser tuyo, que esperaste durante todos estos años. Pero preferiste cuidarla, sabiendo que era demasiado pura, demasiado inocente para ser mancillada de esa manera.

Era demasiado pura. Era demasiado inocente.

Desciendes por el muro exterior de la iglesia y los ladrillos, duros y ásperos, arañan y rasgan tu ropa. Tiembles, quizás estás llorando. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo pudo hacerse algo así a ella misma, hacértelo a ti?

¿Cómo permitió que la ensuciaran?

Ahora ya no vale nada, igual que todas las otras zorras que andan por el mundo, esas que se la pasan luciendo sus cuerpos y sus sonrisas y sus ojos crueles y sagaces. A ella la hubieras adorado hasta el final de tu vida.

Pero la amas. ¿Cómo podrías no hacerlo, aun ahora? La amas lo

suficiente para salvarla, aunque la tengas que salvar de sí misma.

Escuchas que el muchacho se va con una disculpa atropellada entre sus labios; tiene que ayudar a sus hermanos en algo. Escuchas que el pastor saluda a Darla Jean de buena gana. Le dice que tiene que ir deprisa al pueblo a comprar vasos para la limonada. ¿Estará bien si se queda sola? Claro que sí. Ha crecido en esta iglesia. Siempre ha sido un lugar seguro. Ella no puede imaginarse un mundo en el que eso no sea cierto. Mientras observas al pastor alejarse por el sendero, cada vez más y más lejos, escuchas que ella comienza a cantar.

Sus canciones también son tuyas, y ahora no hay nadie más para escucharlas.

Te saluda con una sonrisa, ríe con un brillo en sus ojos cuando entras. No podrías decir que su mirada es ingenua. Ya no. No ahora que perdió su inocencia. Su sonrisa mengua conforme te le acercas.

Se atreve a preguntarte qué pasa.

Sabes que no tienes mucho tiempo —son unos tres kilómetros al pueblo y el pastor va y viene con frecuencia—, pero será suficiente para mostrarle qué pasa. Se lo muestras todo.

Le prometiste que siempre estarían juntos, que siempre estarías ahí para ella. Le prometiste el mundo.

Ella lo despreció.

Todo esto es su culpa.

Te vas corriendo, ardes por el dolor y la traición.

Darla Jean se queda atrás, tendida sobre la piedra, con su vestido blanco hecho jirones que absorben el charco rojo. Los narcisos que recogiste para ella —esos que eran un regalo, y mira lo que hizo con ellos— yacen regados a su alrededor. Tiene los ojos vacíos abiertos de par en par, con un dejo de confusión. Dejaste en su rostro una sonrisa retorcida que puede compartir con el mundo si se le da la gana.

Ya no puede reír, ya no puede cantar, ya no puede arruinar lo que es tuyo.

Ya no puede hacer nada más. Quizá no quisiste hacerlo. Quizás el cuchillo de caza se resbaló en tu mano y se hundió demasiado profundo. Quizás olvidaste que hay tanta sangre cerca de la superficie. Quizás hiciste exactamente lo que querías.

Después de todo, sólo es una zorra más.

*Ahora Darla Jean está muerta.
No sabías que sería tu primera.
Y aún no lo sabes, pero tampoco será la última.*

FEBRERO

Si se deja desatendido, el trabajo de oficina se multiplica exponencialmente, como los conejos o los ganchos para la ropa. Mientras mira con mala cara las nuevas pilas de papeles sobre su escritorio, el agente especial Brandon Eddison no puede evitar preguntarse cómo se verían si les prendiera fuego. No sería difícil. Tan sólo raspar un cerillo, accionar un encendedor, el borde de una o dos páginas en medio para que las llamas corran bien y al parejo, y así todos los papeles desaparecerían.

—Si les prendes fuego, simplemente volverán a imprimirlos y tendrás que encargarte de ellos más los del reporte de incendio —dice una voz burlona a su derecha.

—Cállate, Ramírez —responde él con un suspiro.

Mercedes Ramírez, su colega y amiga, simplemente vuelve a reírse y se recarga en su silla, estirándose hasta formar una línea larga y ligeramente curva. Su silla rechina a manera de reclamo. El escritorio de ella también está cubierto por papeles. No hay pilas, sólo está cubierto. Si Eddison le pidiera cualquier información específica, Ramírez la encontraría en menos de un minuto, y él nunca podrá entender cómo lo hace.

En la esquina, frente a sus escritorios que forman una «L», está el cubil de su compañero de alto rango, el supervisor y agente especial a cargo, Victor Hanoverian. Para disgusto y sorpresa de Eddison, todos los papeles en ese escritorio parecen resueltos, acomodados en carpetas de colores. Como líder de este intrépido trío, Vic tiene más trabajo de oficina que cualquiera de ellos y, de algún modo, siempre logra terminarlo primero. Eddison supone que eso es lo que treinta años en la agencia provocan en una persona, pero es aterrador pensarlo.

Vuelve la vista a su propio escritorio, a la nueva pila de papeles, y

mascullo mientras toma los primeros. Tiene un sistema, uno que desconcierta a Ramírez tanto como el de ella lo perturba a él, y pese a la altura de la pila, no tarda mucho en trasladar los papeles a las columnas correctas al fondo de su escritorio, ordenadas tanto por tema como por prioridad. Están perfectamente alineadas con el borde y las orillas de la superficie, alternándose en horizontal y vertical dentro de cada pila.

—¿Alguna vez has hablado con un doctor sobre eso? —pregunta Ramírez.

—¿Alguna vez te han buscado las televisoras para hablar sobre lo tuyo?

Ella suelta una risita y vuelve a concentrarse en su escritorio. Sería lindo si, de vez en vez, Ramírez mordiera el anzuelo. Claro que no es imperturbable, pero es extrañamente inmune a las provocaciones.

—¿Dónde está Vic?

—Viene de tomar una declaración; Bliss pidió que estuviera presente.

Eddison se pregunta si debería señalar que, a tres meses y medio de haber rescatado a las sobrevivientes del Jardín en llamas, Ramírez sigue usando los nombres de las Mariposas, aquellos que el captor dio a sus víctimas.

Pero no lo hace. Tal vez ella lo sabe. Casi siempre, el trabajo es más sencillo si pueden acomodarlo todo ordenadamente en cajitas dentro de sus cabezas; las historias de las chicas antes de que las secuestraran son algo más difícil de integrar.

Debe ponerse a trabajar. Es día de papeleo, o cuando menos en gran parte, y en serio necesita desaparecer al menos una de esas pilas para el final de la jornada. Sus ojos se posan sobre la colorida torre de carpetas que vive en la esquina posterior derecha de su escritorio y que año tras año ha ido creciendo con más carpetas pero sin respuestas. Esa pila nunca desaparece.

Se recarga en el respaldo de la silla y observa las dos fotografías enmarcadas sobre el archivero en el que guarda sus artículos de oficina y formatos en blanco. Una de ellas es de su hermana y él hace mucho tiempo, en Halloween, una de las últimas veces que la vio antes de que la secuestraran en la calle cuando iba a casa después de clases. Sólo tenía ocho años. La lógica le dice que debe estar muerta. Han pasado veinte años, pero aún se detiene a mirar a cualquier mujer de veintitantos que se parezca a su hermana. La esperanza es una cosa voluble y extraña.

Pero, claro, Faith también era voluble y extraña cuando sólo era su hermana y no una estadística más sobre niños perdidos.

La otra fotografía es más nueva, de hace apenas un par de años, un recuerdo del viaje más perturbador e inesperado que ha hecho y que no tenía que ver con el trabajo. Priya y su madre lo llevaron a una serie de extraños recorridos turísticos durante los más o menos seis meses que vivieron en Washington, D. C., pero aquel paseo fue como algo sacado de sus pesadillas. Ni siquiera sabe bien cómo terminaron en un campo lleno de enormes bustos de presidentes. Pero así fue y, en algún momento, él y Priya treparon a los hombros de Lincoln y señalaron hacia el enorme agujero en la parte posterior de la cabeza de la estatua. ¿Realista? Sí. ¿Intencional? A juzgar por lo maltratado de las demás figuras de seis metros de altura... no, realmente no. Hay otras fotos de ese día (bien guardadas en una caja de zapatos en un rincón de su clóset), pero esta es su favorita. No por el bastante perturbador busto de un presidente asesinado, sino porque es en la que Priya aparece con una sonrisa poco común en su rostro.

Eddison no conoció a la Priya que sonreía sin pensarlo. Esa Priya se hizo pedazos días antes de que él conociera a la chica que surgió de entre sus restos. La Priya que él conoce es cortante, hosca, y sus sonrisas son retadoras, atacan. Cualquier señal de delicadeza, de amabilidad, es algo accidental. Quizá su madre aún ve en ella algo tierno, pero nadie más, no desde que la hermana de Priya quedó reducida a fotografías y datos en una de las carpetas de colores en la esquina del escritorio de Eddison.

Está bastante seguro de que no hubiera podido ser amigo de la antigua Priya, aunque también le sorprende ser amigo de la actual. Ella sólo debió ser la hermana de una víctima de asesinato, una chica a la cual entrevistar para luego sentir lástima por ella y nunca conocerla realmente, pero en los días que siguieron al homicidio de su hermana, Priya tenía tanta rabia: contra el asesino, contra su hermana, contra la policía y contra todo el jodido mundo. Eddison conoce muy bien ese tipo de rabia.

Y como está pensando en ella, como es día de papeleo tras una serie de días malos mientras luchan por contener a los medios respecto del caso de las Mariposas, Eddison saca su celular personal, le toma una fotografía a la imagen enmarcada y se la manda a Priya. No espera una respuesta; el reloj le informa que apenas son las nueve donde ella está y como no tiene que levantarse para ir a la escuela, probablemente sigue envuelta en sus cobijas como un burrito.

Pero un momento después, el teléfono vibra con una respuesta. La

fotografía es una toma panorámica de un edificio de ladrillo rojo que debería ser imponente pero sólo se ve presuntuoso, con una parte cubierta por celosías de metal oxidado que probablemente se llena de hiedra en los meses más cálidos. Por aquí y allá entre los ladrillos se ven algunas ventanas altas y estrechas de aire medieval.

¿Qué demonios?

Su teléfono vuelve a vibrar. «Esta es la escuela que casi me atrapa. Deberías ver sus uniformes».

«Sabía que sólo tomabas clases en línea para poder quedarte en pijama todo el día».

«No SÓLO por eso. ¿Sabías que el director protestó cuando mi mamá le explicó que no nos inscribiríamos? Le dijo que me hacía daño al dejarme apenas con una educación inferior».

Eddison hace un gesto de preocupación.

«Me imagino que eso no terminó muy bien».

«Supongo que está acostumbrado a mostrar su verga y obtener lo que quiere. Pero la verga de mi mamá es más impresionante».

Algo se posa sobre sus hombros y se sobresalta, pero sólo es Ramírez. Su concepto de espacio personal es tremendamente distinto, dado que él sí tiene idea de cómo deberían ser las cosas. Pero en vez de discutir, y como eso nunca parece servir de nada, Eddison inclina la pantalla para que ella lea.

—Mostrar su... ¡Eddison! —Le da un golpe en la oreja con la suficiente fuerza para que sea doloroso—. ¿Tú le enseñaste eso?

—Ya casi tiene diecisiete años, Ramírez. Es muy capaz de ser vulgar sin ayuda de nadie.

—Eres una mala influencia.

—¿Qué tal que ella es la mala influencia?

—¿Quién es el adulto?

—Claramente, ninguno de ustedes dos —señala una nueva voz.

Ambos hacen un gesto de pena.

Pero Vic no les recuerda que no está permitido sacar los celulares personales en horas de trabajo ni que hay otras cosas que deberían estar haciendo. Sólo pasa junto a ellos, rodeado por un aroma a café fresco, y grita sin voltear: «Salúdenme a Priya».

Rápidamente, Eddison cumple con la orden y escribe mientras Ramírez vuelve a su escritorio. La pronta respuesta de Priya lo hace reír.

«Awww, ¿te regañaron?».

«Mejor dime qué haces despierta».

«Caminar por ahí. El clima al fin mejoró».

«¿No hace frío?».

«Sí, pero ya no está nevando ni cae aguanieve u otras mierdas congeladas del cielo. Sólo veo qué hay por aquí».

«Llámame más tarde para contarme qué hay».

Espera la respuesta y luego guarda el teléfono en el cajón junto a su arma, su placa y todas las otras cosas con las que tiene prohibido jugar cuando está en su escritorio. En ese maldito flujo casi infinito de horrores que es su trabajo, Priya es una arisca chispa de vida.

Eddison lleva tiempo suficiente en la agencia como para agradecer eso.

En Huntington, Colorado, hace un frío terrible en febrero. Aunque traiga capas de ropa suficientes para sentirme tres veces de mi tamaño, el frío logra colarse entre las telas. Tenemos aquí una semana y este es el primer día en que el clima ha sido decente para explorar.

Hasta ahora, se parece a cualquiera de los lugares en los que hemos vivido en los últimos cuatro años. La compañía de mamá nos lleva por todo el país para que ella les resuelva emergencias, y en tres meses nos iremos de aquí, quizá para por fin quedarnos mientras ella se encarga del área de Recursos Humanos en la filial de París. Tal vez lo de Francia no sea algo definitivo, pero creo que a ambas nos gustaría que así fuera. «Priya en París» suena adorable. Mientras tanto, Huntington está tan cerca de Denver que mamá puede ir y venir cómodamente, y al mismo tiempo está tan lejos que se siente más como una comunidad que como una ciudad, de acuerdo con el agente de la compañía que nos recibió en la casa cuando llegamos.

Tras cinco días de aguanieve, nevó todo el fin de semana; las áreas verdes quedaron cubiertas de blanco y las orillas asquerosamente grises. Hay pocas cosas más feas que la nieve paleada. Pero las calles están libres y todas las aceras, teñidas de azul por la sal. Se siente como si caminaras sobre los restos de una matanza de pitufos.

Metó las manos en los bolsillos del abrigo mientras camino, en parte para tener más calor que el de los guantes y en parte para evitar que mis dedos anhelan una mejor cámara que la del teléfono. Dejé mi cámara buena en la

casa, pero Huntington es un poco más interesante de lo que esperaba.

Al pasar la primaria más cercana, veo un refugio invernal para las ardillas a un costado del patio; básicamente es un gallinero extravagante pintado de rojo brillante. Hay un agujero en la parte de abajo para que puedan entrar y salir, y el parpadeo de una luz roja evidencia una cámara en su interior que debe hacer que los niños de la escuela puedan observar a los roedores durante el invierno. En este momento, unas cuantas duermen tranquilamente en lo que parecen ser unas telas semirrotas y aserrín. Sí, obviamente me asomé. Es un refugio de ardillas.

A menos de dos kilómetros hay un terreno baldío pasando una intersección, demasiado pequeño para ser un parque, pero con un hermoso quiosco de hierro forjado en el centro. O algo así como un quiosco pues no tiene piso, solamente los postes enterrados en la tierra congelada, y aunque el metal es macizo, los soportes están detalladamente decorados en sus uniones y el techo, que es casi una cúpula bulbosa, se ve elegante y delicado. Es como si fuera una capilla de bodas al aire libre, aunque rodeada de lugares de comida rápida y la solitaria oficina de un optometrista.

Para volver a casa por el camino más largo, tengo que cruzar una intersección de siete calles, la mitad de ellas de un solo sentido y con todos los señalamientos apuntando en la dirección incorrecta. No hay ni un coche a la vista en ninguna de las siete calles. Claro que apenas son las once y media de la mañana y la mayoría de la gente está en la escuela o en el trabajo, pero tengo la sensación de que esta intersección sólo la toman los conductores que se han resignado a la inevitable certidumbre de la muerte y la destrucción.

Tomo fotos de todo, aunque seguramente saldrán horribles con mi teléfono, porque tomar fotos es lo que hago. De algún modo el mundo parece un lugar menos aterrador si puedo poner el lente de una cámara entre todo lo demás y yo. Pero más que nada tomo fotos por Chavi, para que ella pueda ver lo que yo veo.

Chavi lleva casi cinco años muerta.

Yo sigo tomando fotografías.

La muerte de Chavi fue la razón por la que conocí a mis agentes del FBI; Eddison, Mercedes y Vic son míos de una forma significativa. Ella debió ser sólo un caso más, mi hermana mayor debió ser tan sólo una chica asesinada en un archivo, pero ellos me siguieron la pista. Tarjetas, e-mails y llamadas, y en algún momento dejé de resentir que me recordaran la muerte de Chavi y

me sentí agradecida de que, mientras nos mudábamos de un sitio a otro, yo siguiera teniendo a mi extraño grupo de amigos en Quántico.

Paso junto a la biblioteca que más bien parece una catedral, con todo y vitrales y un campanario, y junto a una licorería entre despachos de abogados especializados en infracciones vehiculares por conducir ebrio. Un poco más adelante hay una plaza anclada de un lado por un enorme gimnasio abierto las veinticuatro horas y una guardería vespertina al otro extremo; entre ellos hay siete tipos diferentes de comida rápida. Por extraño que parezca, eso es algo que me gusta, la contradicción y el caos, la conciencia de que nuestras intenciones tienden a irse a la mierda y nuestros vicios siempre están ahí, esperándonos.

Una plaza más grande, de dos pisos y con una decoración mucho más elaborada de la que debería tener cualquier centro comercial, alberga lo que debe ser el supermercado más elegante de la nación. Afuera, un letrero anuncia que hay un Starbucks al interior pero hay otro en la plaza y uno más al cruzar la calle, por lo que parece que es un chiste, pero no lo es.

Probablemente debería almorzar, aunque intento no comer sola si puedo evitarlo. No es una cosa de salud; si salgo con mamá por comida para llevar, voy gustosa. Lo que me molesta es hacerlo sola. Tras algunos años de intentar equilibrar lo que mi cuerpo necesita contra lo que mis emociones insisten que necesito, aún no me sale bien. A veces, aunque ahora casi solamente en los días malos, vuelvo a comer hasta sentir náuseas al recordar que Chavi no está aquí, no está y el maldito dolor es tal que no tiene sentido, porque cualquier cosa que duela así debería sangrar, debería poder arreglarse y eso no es posible, así que comer oreos hasta el punto de casi reventar, con retortijones y vómito, me permite que el dolor tenga sentido.

Ya han pasado unos meses desde que crucé la línea que me impuse yo misma y me desplomé sobre el escusado (definitivamente las Oreos no saben tan bien en la segunda vuelta), pero aún estoy... consciente, supongo, de que mi control no funciona como debería. A mi mamá siempre le ha preocupado mucho menos el peso que lo de que coma hasta vomitar, pero entre las dos (con su voluntad de hierro y mi fe en su voluntad de hierro) hemos logrado estabilizar las cosas para que ya no salte salvajemente entre los preocupantes extremos de estar gorda y en los huesos.

Que mi peso actual haga que me parezca más que nunca a Chavi... bueno. En los mejores días sólo es un escalofrío y evitar cuidadosamente las

imágenes y los espejos que sean más grandes que uno de bolsillo. En los días malos son agujas bajo mi piel y mis dedos ansiosos por alcanzar unas Oreo. Mi mamá dice que estoy en un proceso.

Entro al supermercado. Estoy segura de que no puedo sentir la punta de la nariz, así que una bebida caliente no será algo terrible. Si no como hasta llegar a casa, es menos probable que me meta en problemas.

La barista es una señora pequeña y con aspecto de gorrión que debe tener por lo menos ochenta años, con su cabello de color lavanda recogido en un moño a la *gibson girl* y con unos pasadores de un morado brillante. Su espalda y sus hombros están encorvados y sus manos, artríticas, pero sus ojos están llenos de vida y su sonrisa es amable. Me pregunto si necesita este trabajo o simplemente es una de esas personas que se buscan un empleo de medio tiempo tras jubilarse porque su casa o su esposo las desesperan cuando comparten demasiado tiempo.

—¿Cuál es tu nombre, linda? —pregunta con su Sharpie en la mano mientras con la otra toma un vaso.

—Jane.

Porque es horrible ver cómo la gente escribe «Priya».

Unos minutos después, tengo mi bebida. Hay mesas y sillas apiñadas en una esquina de la tienda y desde unas bocinas en el techo suena un CD corporativo de jazz suave, pero todo queda sepultado por los sonidos del resto del lugar: voceos chillones en el altavoz, choques de carritos, latas y cajas, niños gritando, el *soundtrack* de rock pop; es caótico y escandaloso y hace que esto de tener una cafetería en el supermercado sea un poco extraño.

Salgo de nuevo al frío y recibo el ataque de la brisa que ha comenzado a soplar. Camino por el estacionamiento. Llegué por la parte trasera de la plaza, pero el camino del frente me llevará directo a casa y probablemente es hora de que vuelva.

Pero me quedo petrificada al ver un pequeño y extraño pabellón. Está sobre un espacio cubierto de pasto, uno de los muchos que separan en secciones el estacionamiento, con el metal forrado por tres lados por lo que parece ser una pesada lona blanca. Unos calentadores en espiral de un rojo encendido cuelgan de las vigas sobre las cabezas de un grupo formado principalmente por ancianos con gorras de beisbol similares, en azul oscuro o negro con un bordado amarillo, todos protegiéndose del frío que se cuela por el lado abierto de la lona. Están sentados en unas mesas de picnic de piedra,

con tableros y piezas en medio. No debería despertar nada en mí, pero sí lo hace, porque es algo dolorosamente conocido.

Nada es tan repetitivo como un grupo de viejos reunidos para jugar ajedrez.

Papá y yo solíamos jugar.

Él era muy malo y yo fingía que también lo era, lo cual lo molestaba mucho más que a mí, pero jugábamos cada sábado por la mañana en el parque cerca de la casa o en la iglesia contigua, vacía durante los largos inviernos de Boston. A veces él también quería jugar en la semana, pero había algo en la tradición del sábado que me atraía.

Aun sin papá, sigo buscando reuniones de ajedrez en cualquier lugar al que nos mudamos. Siempre pierdo, al menos la mitad de las veces a propósito, pero aun así quiero jugar. Todo lo demás que representaba a papá ha desaparecido, pero convencer a la gente de que soy mala para el ajedrez es algo que puedo mantener vivo.

La puerta de un auto rechina al abrirse cerca de mí y me distrae de los ancianos y sus tableros. A unos metros, una joven de unos veintitantos al volante, con un enorme tejido sobre el regazo, me sonrío.

—Puedes ir a hablar con ellos —dice—. No muerden. Al menos no con dientes.

Ya no soy muy buena para sonreír y cuando lo hago doy un poco de miedo, pero intento ofrecerle una expresión adecuadamente amigable.

—No quiero interrumpir. ¿Dejan que otras personas jueguen con ellos?

—A veces. Son muy especiales en eso, pero no hace daño preguntar. Mi abuelo está allá.

Eso explica el tejido. Gracias a Dios, porque una Madame Defarge de estacionamiento sería bastante escalofriante.

—Ve a preguntar —insiste, y su pulgar acaricia despreocupadamente el bucle de estambre rojo que envuelve su meñique—. Lo peor que puede pasar es que te digan que no.

—¿Ese es tu consejo para todos los que se quedan mirando?

—Sólo para quienes se ven solitarios. —Cierra la puerta antes de que se me ocurra una respuesta a eso.

Tras un par de minutos más parada ahí como una idiota y con un dolor creciente en las partes que aún no se me han congelado, cruzo el pasto hacia el cálido pabellón. Todos los jugadores dejan sus partidas para voltear a

verme.

Casi todos los hombres son viejos, obviamente veteranos a juzgar por los nombres de unidad y de las misiones en sus gorras. Los parques de ajedrez son lugares comunes para hallar veteranos y aunque no conozco todas las misiones, sé lo suficiente para acomodarlos en grupos. La mayoría estuvieron en Vietnam, algunos en Corea, un par en la Guerra del Golfo y uno muy anciano que está envuelto en bufandas y cobijas, sentado lo más cerca posible de los calentadores, lleva una cuartelera que dice «Operación Neptuno» en letras bordadas con un hilo que ha ido perdiendo su color hasta quedar de un mostaza deslavado.

Mierda.

Este hombre participó en la invasión de Normandía, antes de que nacieran mis abuelos.

Uno de los veteranos de Vietnam, un hombre de rostro colgante y nariz bulbosa y llena de venas rotas que sugiere que el ajedrez es su forma de mantenerse lejos del alcohol durante el día, me mira con molestia.

—No queremos donaciones, niña.

—No ofrezco donaciones. Iba a preguntarles si dejan que otras personas jueguen con ustedes.

—¿Sabes jugar? —Su tono me dice que no me cree.

—Mal, pero sí. Busco dónde jugar cada que nos mudamos.

—Mmm. Pensé que ustedes los jóvenes usaban lo del internet para eso.

—No es lo mismo.

El más viejo se aclara la garganta y los demás voltean a verlo. Todos los grupos tienen su jerarquía; los de veteranos no son diferentes y, fuera de los grados reales, la Segunda Guerra Mundial le gana a todo. Este hombre estuvo en el infierno y ha vivido con sus cicatrices por más tiempo que cualquier otro aquí presente. Un grado así no se retira ni se revoca.

—Acérquese, por favor.

Rodeo la mesa y me acomodo sobre el trozo de banca que se asoma junto al anciano. Él me observa por un momento —el motivo no lo sé— y el feo aroma dulzón de su aliento me hace preguntarme si será diabético, si no le hace daño estar aquí afuera con este clima aun con tantas cobijas y los calentadores. Su piel es delgada como un pergamino, llena de arrugas suaves y manchas por la edad y el desgaste, además de unas delgadas venas azules que se extienden como telarañas por sus sienes y bajo sus ojos. En un lado de

su cabeza se puede ver una cicatriz gruesa y descolorida que corre hasta detrás de su oreja. ¿Metralla de Normandía? ¿O algo completamente distinto?

—Está luchando su propia guerra, ¿verdad, niña?

Lo pienso y dejo que la pregunta que esconden esas palabras tome forma. La forma que toma es la de Chavi, toda esa ira, pena y dolor que he cargado desde que murió.

—Sí —digo al fin—. Pero no sé quién está del otro lado. —Toda guerra necesita un enemigo, pero no estoy segura de que haya alguien capaz de sabotearme tan bien como lo hago yo misma.

—Todos nos hemos preguntado eso algunas veces —acepta el anciano mientras sus ojos recorren brevemente a los otros hombres. Sólo uno de ellos no nos mira; observa su tablero con el ceño ligeramente fruncido y la creciente comprensión de que su rey está por quedar acorralado—. ¿Cómo se llama?

—Priya Sravasti. ¿Y usted?

—Harold Randolph.

—¡Gunny!

Casi todos los hombres disimulan la risa tosiendo entre sus manos. Sólo uno de ellos no lo hace y ni siquiera parece un veterano. Es más joven, más delicado, y hay algo en sus ojos, o más bien falta algo en sus ojos, que indica que no pertenece a este lugar como los demás.

Gunny hace un gesto de hartazgo. Lentamente se retira uno de los guantes tejidos para revelar otro debajo, este con los dedos al descubierto y de un amarillo tan descolorido como las letras de su gorra. Su mano tiembla ligeramente cuando la levanta, creo que más por algo neurológico que por el frío, y me toca la punta de la nariz con un dedo.

—¿Siente eso?

Casi sonrío, pero no quiero asustarlo y provocar que mi presencia sea menos bienvenida.

—No, señor.

—Entonces váyase a casa por hoy y vuelva cuando quiera. No jugamos mucho los fines de semana. Hay demasiada gente.

—Gracias, señor —le digo. Impulsivamente, le planto un beso en la mejilla y sus largos bigotes me hacen cosquillas en los labios—. Volveré.

El tipo de la nariz bulbosa sonrío burlescamente.

—Miren nada más, Gunny se consiguió otra futura exesposa.

La mayoría de los hombres asienten mirándome, más como una señal de reconocimiento a mi presencia que como algo amistoso, pero está bien. Tengo que ganarme mi lugar, demostrarles que no sólo estoy aburrida o soy caprichosa. Me levanto y camino hacia el fondo del pabellón, llenándome de calor antes de volver a casa, y le lanzo una mirada al hombre en la mesa más lejana, el que no parece pertenecer a este lugar. No lleva gorra de beisbol, sólo un gorro tejido echado atrás lo suficiente para mostrar su cabello claro que no podría describir ni como rubio ni como café.

Me sonrío sin ganas.

—Me pareces conocido —digo de golpe.

—Muchos me dicen eso —responde sin alterar su sonrisa.

Claro. No es igual a nadie, así que debe ser parecido a cualquiera. No hay un solo rasgo que lo distinga, nada que diga que, sin duda, lo reconocería fuera de contexto. No es guapo, tampoco es feo, sólo... es. Hasta sus orejas son de un color turbio e indistinguible.

Y su sonrisa no cambia la expresión en su rostro. Es algo raro. Las sonrisas te cambian la posición de tus mejillas, la forma de tu boca, las arrugas alrededor de tus ojos. Pero su rostro no se ve para nada distinto que antes de que sonriera. No es que parezca falsa, simplemente no se ve... natural. Pero seamos honestos, los parques de ajedrez son un refugio para los que no saben socializar. Quizá lo que debería sorprenderme es que haga contacto visual.

Asiento, aún sintiéndome un tanto incómoda, y me voy a casa. Ya casi no siento el frío, lo cual no indica que el día esté calentándose sino que es una advertencia de oye-idiota-vuelve-a-casa-antes-de-que-te-congeles.

Cuando llego al vecindario, me detengo en el enorme alero que protege los buzones de nuestra calle. Incluso hay un bote encadenado a uno de los postes para poner el correo basura. En mis momentos más sentimentales, extraño nuestro buzón de Boston, con sus coloridas huellas de manos sobre la alegre superficie amarilla. Papá no quiso dejar su huella pues lo consideraba poco digno, así que las tres lo atacamos con las brochas y terminamos con la hermosa marca multicolor de un bigote en la puertecilla.

Me pregunto si aún lo tenemos. No lo he visto en las últimas mudanzas. Pero claro, podría decir eso de la mitad de nuestras pertenencias; desempacar y empacar de nuevo no parece que valga el esfuerzo.

Saco dos manojos de circulares y tarjetas extragrandes dirigidas a

«Nuestros vecinos» y «Los residentes de...» y los tiro en el bote junto con el recordatorio de una cita con el dentista reenviada desde Birmingham. Hay una tarjeta en un sobre de un verde muy alegre, un color bastante primaveral, con la letra de Mercedes al frente. No es algo sorprendente; técnicamente hoy es mi primer día de escuela virtual, tomando clases online con un tutor en Francia para acostumbrarme a pensar y trabajar en otro idioma, y Mercedes siempre tiene una tarjeta preparada para mi primer día de escuela, sin importar cuántos de ellos tenga en el año.

Lo que me sorprende son los otros dos sobres, casi idénticos en tamaño. Uno está rotulado con mayúsculas en una caligrafía precisa y legible, del tipo que se sigue entendiendo aunque el papel y la tinta comiencen a decolorarse; las letras negras resaltan sobre la cartulina rosa brillante. El sobre azul pálido tiene unas letras más trabajadas y hay que parpadear un par de veces para poder leerlas.

La tarjeta de Mercedes llegó justo a tiempo, pero Vic y Eddison suelen enviar las suyas en momentos distintos.

Estas no se parecen en nada a la tarjeta que envían en mayo, la cual firman los tres. Esa no tiene un mensaje, ni siquiera uno prefabricado. Solamente sus firmas. No es más que un recordatorio de que el asesinato de mi hermana no ha quedado en el olvido. Se necesita una planeación cuidadosa y conocer bien al servicio postal para evitar que esa tarjeta no llegue al mismo tiempo que las de mi cumpleaños.

Nada dice feliz cumpleaños como un recordatorio de que el FBI aún no sabe quién mató a tu hermana y a varias otras chicas a lo largo de estos años.

Al entrar a casa, me quito las primeras capas de ropa y las cuelgo en el clóset de la entrada, luego me dirijo escaleras arriba hacia mi habitación, quitándome el resto de las capas en el camino. Las tarjetas caen sobre mi cama y la ropa en la silla que traje del comedor poco usado, para contener el caos. Tras tomar una ducha caliente que provoca un doloroso regreso de las sensaciones a mi nariz y mis dedos, vuelvo a la cocina y preparo avena de sobre, le añado canela, miel y leche, y me la llevo al cuarto.

Hasta que estoy en la cama y en pijama, con la avena haciendo su magia para calentarme por dentro, es cuando tomo las tarjetas.

La de Mercedes es exactamente lo que debería ser, un alegre mensaje de regreso a clases escrito con una pluma neón, la mitad en español porque la mata de risa que le responda en francés. Luego tomo la de Vic, una fotografía

en blanco y negro de tres gatos con unos lentes de sol enormes. La nota que la acompaña es casual, unas cuantas líneas sobre las cartas de admisión de su hija mayor y el miserable clima lluvioso en el norte de Virginia. La de Eddison, con una imagen que pende cuidadosamente entre lo grotesco y lo gracioso, no tiene nada escrito.

¿Por qué las tres?

Pero luego reviso de nuevo la tarjeta de Mercedes, que tiene el frente cubierto con tanta diamantina que haría que un unicornio se cagara de alegría, y me doy cuenta de que una parte de la diamantina es distinta. La otra es muy fina, en color pastel. Pero aquí y allá hay líneas de lo que parece pegamento con brillos, grueso, un tanto grumoso y que formó pequeños bordes de colores brillantes. Meto una uña bajo una de esas líneas y la levanto suavemente. El papel se rasga un poco y luego cede. Un instante después, tengo un tosco círculo de pegamento en un dedo y una vista sin obstáculos de una parte de la tarjeta original.

Mercedes cubrió las mariposas.

Su nombre es Zoraida Bourret. Es domingo de Pascua.

Te gusta la Pascua en las iglesias más tradicionales, donde las niñas y mujeres siguen llevando vestidos blancos, encajes y sombreros con listones o flores. Hay algo especial en sentarte al fondo de la iglesia y ver ese mar de sombreros de Pascua.

Y este año, ves a Zoraida.

Claro que ya la habías visto antes, ayudando a su madre con la horda de hermanos menores. Has oído los chismes y esa otra sutileza que no es chisme pero tampoco noticia. Su padre fue un policía al que mataron en el cumplimiento del deber y, aunque Zoraida estaba destinada a ir a la universidad y lograr grandes cosas, abandonó todas sus actividades extracurriculares y probablemente su oportunidad de tener una educación superior a fin de ayudar en casa sin que nadie se lo pidiera.

Qué chica más buena, dicen las mujeres.

Qué niña tan dulce.

Qué maravillosa hermana.

No se parece en nada a Darla Jean, pero hay algo en ella que te la recuerda. Ya casi ha pasado un año desde su traición y tú aún la amas, la

extrañas, te duele.

Pero Zoraida realmente es una buena chica. La has observado lo suficiente para saberlo. Va directo a casa después de clases, recoge a sus hermanos en el camino y a todos les da algo de comer y los pone a hacer sus tareas y otras actividades; casi siempre tiene la cena lista para cuando su madre llega a casa del trabajo. Ayuda a bañar a sus hermanos y acuesta a los más pequeños, y hasta entonces es cuando se sienta en la mesa de la cocina y comienza su propia tarea. Lo hace hasta muy tarde y aun así se levanta temprano al día siguiente para asegurarse de que todos desayunen, se vistan y se vayan a la escuela.

Y cuando se le acercan chicos, y vaya que se le acercan, porque es hermosa y por Dios que el mundo se ilumina con su sonrisa, ella los rechaza amablemente, porque su familia es más importante.

Porque es una buena chica.

Cuando termina el servicio, es fácil robarse las bonitas bolsas de plástico que dejan sus hermanas en los bancos. Las gemelas las olvidan todo el tiempo, no se acuerdan de ellas hasta que ya han recorrido la mitad del camino a casa y, como hay que caminar mucho hasta la iglesia para ahorrar gasolina los fines de semana, siempre es Zoraida quien debe volver por ellas. Cada que esto ocurre, hace un gesto desaprobatorio con la cabeza pero también sonrío, porque ama a las gemelas y haría cualquier cosa por ellas.

Y sabes que tienes que ayudarla.

Debes asegurarte, por su bien, de que se mantenga por siempre tan buena, tan pura.

Por eso, sabiendo que las gemelas las olvidarían, te robas las bolsas y esperas a que Zoraida vuelva. La iglesia se vacía más rápido que de costumbre, pues todos van a buscar huevos, a comer o a ver a sus familias. Te sientas entre las sombras y esperas, y ahí viene, abanicándose con su sombrero. Es de encaje blanco y el almidón lo vuelve rígido e inflexible, con listones color durazno entretejidos por el borde y la base de la copa. El durazno y el blanco se ven muy suaves contra su piel oscura. En su vestido lleva un alcatraz con centro púrpura prendido como si fuera un corsage, casi a la altura del hombro.

Te acercas a ella por detrás, ahogando tus pasos en la delgada alfombra, y le cubres la boca con tu mano. Ella traga aire y comienza a gritar, pero tu brazo aprieta contra su garganta. Intenta defenderse, pero sabes cuánto

tiempo debes mantener la presión hasta dejarla inconsciente.

Su vestido es tan blanco y está tan limpio. Tan inocente. No soportas la idea de arruinarlo.

Así que cuando uno de sus hermanos llega un poco después, preocupado porque ella no volvió de inmediato, la encuentra tendida frente al altar, con unos alcatraces de centro púrpura formando un halo sobre su cabeza y su ropa perfectamente doblada y acomodada en una banca, con el sombrero sobre la pila y sus sencillos zapatos de hebilla a un lado. El corte en su garganta es una línea perfectamente trazada, pues al estar inconsciente no opuso resistencia.

Sin dolor, sin miedo.

No tuvo la oportunidad de fallar como Darla Jean, no se enfrentará a la tentación y la traición.

Zoraida Bourret será por siempre una chica buena.

El departamento de Eddison jamás ganará un premio de decoración. No es acogedor ni tiene calor de hogar. Si tuviera que acomodarse en alguna estética, tal vez sería vagamente institucional. Está limpio: hasta los trastes en el fregadero están enjuagados y apilados ordenadamente, esperando a que él vacíe y vuelva a cargar el lavavajillas, pero no hay mucho que lo haga sentir personal. Las paredes son del mismo color cascarón del que las pintaron antes de que él se mudara. Puso cortinas en las ventanas, en parte porque las persianas dejan pasar demasiada luz y en parte porque realmente no quiere que nadie pueda asomarse. Con excepción del comedor, una colorida monstruosidad cubierta de azulejos que Priya y su mamá rescataron de un restaurante mexicano que estaba por cerrar y que les dieron en broma, todos los muebles son oscuros y funcionales. Sus libros y películas viven en el clóset extra y sin mucha utilidad que está cerca de la televisión.

Por lo general, Eddison prefiere el lugar así. Cuando vuelve de casos en los que tuvo que visitar los hogares de las personas y ver cómo la gente da forma a los sitios donde vive, se siente agradecido de tener un espacio aceptablemente neutral para recuperar el equilibrio. Y quizá también hay algo de paranoia. No está seguro de conocer a alguien en la policía que no viva con el miedo constante y casi siempre silencioso de que un día alguien ataque a sus seres queridos como venganza. No tener a sus seres queridos a la vista,

no dar pistas claras sobre sus vulnerabilidades, ni siquiera en su departamento, le da seguridad.

No perdió a su hermana por haber entrado al FBI, sino que entró al FBI porque perdió a su hermana, pero no soporta la idea de poner en peligro a sus padres o a los muchos tíos, tías y primos con los que aún sigue en contacto.

Pero hoy, que ha pasado todo el día contemplando el papeleo que probablemente llenará el resto de la semana, no puede evitar darse cuenta de que el lugar al que llama casa es de plano estéril.

Tras quitarse el traje se sienta en el sofá con una caja de comida para llevar. La esposa y la mamá de Vic, esas santas, se han ofrecido varias veces a enseñarle a cocinar de verdad, pero lo más que logra sin desatar el caos es ramen y macarrones con queso de caja. Por mucho que Ramírez se burle, no tiene que ver con que sea hombre sino con que se aburre a media preparación.

Está bastante seguro de que a su casero no le alegraría tener que pintar otra vez las manchas de humo en el techo de la cocina.

Sus fotos personales, cualquiera donde figuren él o un ser querido o una ubicación que lo relacione, están guardadas en cajas de zapatos escondidas en lo más alto del clóset de su habitación. Están ahí para cuando él quiera verlas, pero es difícil que las encuentre alguien más. Unas cuantas son seguras como para tenerlas a la vista, y se queda mirándolas en vez de buscar un partido en la televisión.

No recuerda haberle contado a Priya por qué no había fotografías en su casa cuando ella y su madre vinieron por él para llevarlo a un asado en casa de Vic en los meses en que ambas vivieron en Washington. Casi recuerda que se lo mencionó a su madre, pero sin hablar de las razones. Aunque, claro, Deshani Sravasti es una mujer increíble con una enorme (y casi aterradora) capacidad para leer a las personas. Probablemente notó la ausencia de fotografías desde antes de que él lo mencionara y llegó a una conclusión bastante atinada del porqué. Quizá fue ella quien se lo mencionó a Priya.

Y así comenzaron las aventuras del agente especial Ken. No sabe bien de dónde sacó Priya el muñeco (sospecha de una de las hijas de Vic), pero le hizo un traje y un pequeño impermeable azul marino con un rótulo de «FBI» en enormes letras amarillas en la espalda. Ahora, adondequiera que vayan Priya y su madre, el agente especial Ken va con ellas y se toma fotos con fondos interesantes o famosos. Las que Eddison ha enmarcado están acomodadas en un arco sobre la televisión.

Su favorita es de Berlín: el muñeco está casi doblado por la mitad, con la cara sobre una mesa junto a un tarro de cerveza al que le queda la cuarta parte y que es más grande que Ken de pie. Debajo del impermeable se alcanzan a ver los pequeños *lederhosen* que trae puestos. Eddison está seguro de que Priya es la única persona que conoce que no tiene problema alguno en hacer parecer borracho a un muñeco para una sesión fotográfica en un espacio público. Priya no firma ni escribe fechas en el reverso de las fotos, sólo anota el nombre de los escenarios más desconocidos. Personales en la intención, impersonales en apariencia.

Seguras.

Su teléfono suena, vibrando y danzando sobre la mesita de centro. Eddison lo observa con cautela hasta que recuerda que Priya quedó de llamarlo.

—Entonces, ¿tu nueva ciudad está llena de cosas interesantes? —pregunta en vez de saludar.

—«Interesante» es una buena forma de decirlo —acepta ella—. Las plazas son una mezcla muy extraña de buenas intenciones y resignación.

—Al fin pude leer la nota sobre tu madre en la edición de diciembre de *The Economist* —dice Eddison—. Es un perfil impresionante.

—La entrevista comenzó un poco mal, no dejaban de preguntarle sobre Chavi y papá, y mamá no estaba muy contenta con eso.

Cuando se trata de Deshani Sravasti, «no estaba muy contenta» suele significar que su víctima tiene suerte de escapar sin orinarse en los pantalones. Claramente *The Economist* envió a alguien hecho para cosas más duras, dados los resultados de la entrevista.

—Mejoró cuando se volvió menos personal —continúa Priya—. A mamá le encanta hablar sobre cómo atiende las crisis en las distintas filiales.

—Me alegra que se lo reconozcan. —Fue impresionante entrar en la librería y ver a Deshani en la portada de la revista, con su mirada directa y desafiante aun en las fotos. El artículo estaba acompañado de otras imágenes, una de ellas en su oficina de Birmingham y la otra en un sofá junto a Priya.

No le sorprendió ver las pequeñas letras con el crédito de Priya en las fotografías en las que ella no aparecía.

Hay una pausa en el teléfono, no tanto un segundo de silencio sino de duda, y si hay algo que Priya jamás hace, es dudar. Se trata de la chica que, a los diez minutos de conocerlo, le lanzó un oso de peluche a la cabeza y le dijo

que no fuera un maldito cobarde. Son amigos desde entonces.

Generalmente Eddison prefiere no analizar lo que eso podría decir sobre él.

—¿Qué pasa, Priya?

—¿Están bien allá?

La pregunta lo deja helado sin razón aparente y entierra el tenedor de plástico en sus fideos.

—¿Quiénes? ¿El equipo? Estamos bien.

—¿En serio? Porque hoy recibí tarjetas de los tres.

Mierda.

No había forma de que Eddison supiera que Vic planeaba enviarle una tarjeta, pero debió haber recordado a Ramírez. ¿Habría sido menos notorio si sólo hubieran llegado dos?

Pero Priya es igual a su madre y ninguna de las dos ha necesitado jamás toda la información para llegar correctamente del punto A al punto M.

—No tienes que decirme qué está pasando. Sé que quizá no quieras hacerlo o no puedas. Es sólo que me preocupan. —De nuevo la duda, el movimiento para probar el hielo antes de dar el paso—. Mercedes cubrió con diamantina las mariposas en su tarjeta.

Carajo.

Pero el jueves pasado, el día que él envió su tarjeta, fue un mal día para todos. No debería sorprenderle.

—Permíteme rephrasearlo un poco —agrega ella—. ¿Van a estar bien?

Eddison lo piensa por un momento, lo analiza dejando que la pregunta se cuele en sus huesos como si ahí fuera a encontrar la respuesta. Priya no dice nada más, no presiona ni insiste ni lo apresura con la respuesta. Se ha vuelto buena cuando se trata de esperar.

Las Mariposas eran buenas esperando, algunas mejores que otras. Casi ninguna de las que quedaron sigue siendo buena en eso.

Eddison no estuvo en el Jardín cuando sacaron los cuerpos de las chicas que murieron poco antes de la explosión o en ella. Iba de regreso a Quántico con una ira que le llenaba todos los huecos abiertos por lo que acababa de ver.

Cuando se enteraron de lo que les pasó a esas niñas, lo asaltó la terrible comprensión de que ese caso nunca se iría. No que no se resolviera legalmente; eso sí pasaría. En algún momento. Pero no era un caso de los que

se resuelven, se archivan y se pasa al siguiente. Ni siquiera de los que sólo recuerdas cuando reflexionas en lo vivido durante tu carrera.

Era uno de esos casos que te arruinan, que te joden por el resto de la vida porque ¿cómo una persona puede hacer algo así?

Y dado que es Priya quien lo pregunta; Priya, quien sabe mejor que nadie lo que significa no estar bien, quien sabe que está bien no estar bien, Eddison analiza los límites de lo que puede y no puede decirle y concluye que de cualquier modo saldrá en las noticias, pero no será ella quien lo revele.

—Una de las sobrevivientes del Jardín se quitó la vida la semana pasada.

Ella hace un ligero sonido que es más una manifestación de sus pensamientos que una respuesta.

—No fue algo realmente sorprendente —continúa Eddison—. No con ella. Nos desconcertaba más que no lo hubiera hecho antes.

—¿Y su familia?

—Ella se quebró cuando aún estaba allá adentro. Su familia acabó de romperla. Pero con ella son...

Priya lo dice para que él no tenga que hacerlo.

—Tres —señala sin más—. Son tres suicidios en menos de cuatro meses.

—Hay otras dos de las que los psicólogos nos han advertido. «Es muy probable», según sus palabras.

—¿Y las otras?

—El tiempo lo dirá. —Odia esa frase, odia más lo cierta que es—. Unas cuantas estarán... no bien, supongo, pero tan bien como les sea posible. Si algo intenta destruirlas, quemarán el mundo para que caiga con ellas.

—Cuatro meses no es mucho tiempo.

—Menos de cuatro.

—Menos de cuatro —acepta ella sin discutir, no porque la corrección sea importante sino porque él aún tiene abierta la herida y Priya lo sabe. Eddison no tendría que estar tan tranquilo. Pero es un agente del FBI, maldita sea, y si debe ser vulnerable no necesita que nadie lo note.

—¿Alguna vez piensas en eso? —pregunta él de pronto.

—No. —La respuesta llega rápido, pero no inmediatamente. No suena defensiva ni reflexiva—. Chavi era una parte muy grande de mi mundo, pero no lo era todo. Por más destrozada que haya estado, y estoy, estaba igualmente furiosa. Eso hace una diferencia, ¿no?

—¿La hace?

—Aun si no, otras cosas sí. Me arrebataron a mi hermana, pero no perdí mi libertad. No perdí mi identidad. No tengo una fecha para morir.

Una fecha de caducidad, como dice una de las sobrevivientes del Jardín. Como si fueran un cartón de leche.

Eddison puede sentir cómo los camarones de su *lo mein* se revuelven en su estómago.

—Yo perdí a mi hermana. Tus Mariposas se perdieron a sí mismas. Al menos eso es diferente.

—Sabíamos que lo haría. Se los advertimos a sus padres, les rogamos que la dejaran recibir la ayuda que se le ofrecía.

—Vic rogó.

—Y Ramírez —dice él sin pena, porque rogar no es algo que él haga.

Siempre ha sido mejor para trabajar con sospechosos que con víctimas. Otra cosa que probablemente dice más sobre él de lo que debería.

—Saberlo no cambia cómo te sientes cuando pasa.

Pero ¿no lo hace? Claro, no es una pregunta a la que ella se aferraría. El hombre que mató a su hermana sigue allá afuera; aun si descubren quién es, eso no traerá a Chavi de regreso.

—¿Algún día las conoceré? —pregunta Priya.

Él parpadea y casi se aleja el teléfono de la oreja para observarlo.

—¿A quiénes?

—A las que incendiarían el mundo si tuvieran que arder. Parece que son de mi tipo.

Esto provoca que él suelte una carcajada.

—Ah, sí que lo son, ellas... no. No, definitivamente no, no tienes permiso de conocerlas jamás —dice con firmeza cuando su cerebro comprende las implicaciones de esa idea. Por Dios, Priya sin duda se llevaría bien con Inara y Bliss. Sería un jodido incendio. No.

La suave risa de ella, poco más que una exhalación, deshace un poco el nudo en el pecho de Eddison, y es raro cómo puede sentirse al mismo tiempo mejor y peor.

Pero por su propio bien, así como del mundo en general, necesita desesperadamente que ellas nunca se conozcan.

A las tantas de la mañana del miércoles, me despierto de golpe sacudiendo

los brazos con angustia porque la cama se desliza debajo de mí, o eso parece. Reboto en el colchón y me froto los ojos para quitarme las lagañas. Mi cuarto sigue a oscuras, pero basta la luz del pasillo para ver la silueta de mi madre, parada sobre mis piernas con las manos en las caderas como si fuera Superman. La cama rechina bajo su peso.

Suelto un quejido y me dejo caer de nuevo, poniéndome una almohada sobre la cara.

—¿Qué te pasa, mamá?

Ella ríe y se acuesta junto a mí. Puedo oler el café en su aliento que choca, tibio y conocido, contra mi cuello. Me envuelve con su brazo.

—Que puedas tomar tus clases en pijama no significa que te levantarás a una hora poco razonable.

—¿Aún está oscuro afuera?

—Sí.

—Entonces no es una hora razonable.

Mamá simplemente se ríe de nuevo y levanta la almohada para plantarme un beso en la mejilla.

—Levántate, mi amor. Te prepararé el desayuno.

Hace unos waffles increíbles. Quizá sí valga la pena levantarme de la cama.

Mamá se va a trabajar en cuanto terminamos de desayunar y me paso el resto de la mañana tratando de hacer que mi cerebro piense en francés para las matemáticas, ciencias e historia. Tanta historia: nunca había pensado en el enfoque tan estadounidense de mis clases de historia hasta que tuve que ponerme al corriente con los chicos que serán mis compañeros este otoño.

Cuando comienza a dolerme la cabeza por la sobrecarga idiomática, guardo todo y me cubro con ocho o diez capas para enfrentar el mundo exterior. Es un día sin nubes, pero frío. Dios mío, tan frío.

Una parte de mí se pregunta por qué los veteranos se molestan en tener los calentadores en vez de jugar en un interior. En cuanto sales del pabellón hace un frío que congela, y tienen tres Starbucks distintos a unos pasos. Pero no les preguntaré. Esta será la primera vez que juegue con ellos, y tengo que ganarme mi lugar. Es igual que en cualquier grupo.

—Hola, Niña Azul. Hoy vas a jugar conmigo —anuncia el veterano de Vietnam de la nariz roja cuando aún ni he entrado al pabellón.

Algunos me lanzan miradas burlonas por el apodo, pero me queda bien.

El *bindi* entre mis ojos es un cristal azul montado en plata, igual que la pieza en el lado derecho de mi nariz, y en cuanto me quito el gorro de punto, pueden verse claramente las brillantes mechaz azules de mi cabello. El que me puso el apodo parpadea al ver mi cabello, y se ríe al notar que tenía razón.

—¿Cómo debo llamarlo? —pregunto mientras me siento en la banca.

—A este feo bastardo le vas a decir Corgi, ¿oíste? —suelta el hombre que está junto a él, ignorando el codo que Corgi le entierra en las costillas. Sus gorras son idénticas y me pregunto cómo será pasar por el infierno con alguien y después apoyarse entre sí.

Bueno, otro tipo de infierno. La pérdida es la pérdida y mi mamá y yo nos tenemos una a la otra, pero no libramos una guerra como la de ellos.

Unos cuantos se presentan mientras Corgi y yo acomodamos nuestras piezas; Steven, Phillip y Jorge, y junto a Corgi, Happy, quien puede que esté un poco ebrio. Los otros están concentrados en sus juegos. Desde el sitio que sospecho es su esquina de siempre, Gunny me ofrece una pequeña sonrisa y agita la mano para luego volver a su juego contra el hombre de rostro insulso con el que hablé la última vez.

Mientras Corgi y yo comenzamos a jugar, Happy y Jorge ponen más atención a nuestra partida que a la suya, y ambos me dan consejos que por lo general se contradicen. Fuera del exabrupto inicial de Happy, todos se portan lo mejor que pueden, o sea que alternan entre una amabilidad extrema y a veces incómoda y la rudeza que seguramente enorgullecía a sus sargentos en sus tiempos. En cuanto recuerdan que los escucho se vuelcan en disculpas, pero yo me río y poco a poco se relajan hasta volver a su dinámica normal, o al menos lo más cercano posible a eso con una intrusa presente.

—Creí haber escuchado que te encanta jugar —dice Corgi con desconfianza tras su segunda victoria fácil.

—No dije que fuera buena.

—Muy bien —señala Jorge.

Papá era tan malo en el juego que perder ante él era más difícil que vencer a la mayoría de los jugadores casuales. Cuando me di cuenta de que la gente me dejaría jugar más fácil si no amenazaba su orgullo... bueno. Quizá una parte de mí sigue perdiendo por papá, pero también es una forma extraña de pragmatismo. Jugar para perder me mantiene sin presiones ni dramas.

Reacomodamos las piezas para el próximo juego y Happy se acerca para sentarse en mi lugar, amenazando con moler a golpes a Corgi por un supuesto

insulto. Corgi muestra una enorme sonrisa.

Los hombres tienen las maneras más extrañas para expresar cariño.

—Venga a jugar conmigo, señorita Priya —me invita Gunny mientras empuja sus piezas para ponerlas en la posición de inicio.

Todos se reacomodan, encuentran nuevas parejas y discuten sobre los colores. Yo me siento en el lugar del hombre nada, y él simplemente se recorre hacia un lado para quedar frente a un veterano, relativamente joven, de la Guerra del Golfo, quien se presenta como Espanto.

Logré no preguntar con Corgi y Happy, pero ¿Espanto?

El hombre hace un gesto y sus mejillas se tiñen de rosa y forman una sonrisa tímida.

—Me pusieron así cuando era recluta —masculla—. El sargento se me acercaba por detrás y me gritaba órdenes al oído. Siempre me hacía saltar unos metros. Me nombró Espanto.

Y esos apodosos son de los que se quedan.

El hombre nada me mira con una pequeña sonrisa, pero no me dice su nombre. No le pregunto; hay algo en él y no quiero arriesgarme a que confunda mi cortesía con interés.

Gunny no se concentra mucho en el juego. Se le olvidan las jugadas previas y a quién le toca mover. A veces se pierde en una historia sin sentido y no se da cuenta de que aún no ha hecho su jugada. Yo no se lo recuerdo a menos que parezca confundido. Para ser honesta, prefiero por mucho escuchar sobre él y sus camaradas embriagándose con vino caro en un castillo europeo abandonado y luego intentar enseñarle a una vaca cómo esquiar. Es difícil imaginar a este anciano con tanta energía, pero seguro no era mucho mayor que yo cuando se enroló.

De vez en vez Espanto mira nuestro tablero y niega con la cabeza, mirándome burlonamente. Me encojo de hombros, pero no intento explicarlo. Mis razones son eso, más.

Gunny se queda dormido a mitad de nuestro segundo juego. Uno de los veteranos de Corea, quien se presenta como Pierce, le pone otra manta sobre los hombros, acomodándola bajo su barbilla y sobre sus manos.

—La tienda nos ofreció su cafetería —comenta con tono rudo, me parece que avergonzado por su amabilidad—. Gunny dijo que está viejo, no muerto, y que estaremos aquí afuera o no estaremos.

—Un poco de orgullo no hace daño —respondo—. Al menos no cuando

tienes hermanos que lo suavicen siendo razonables.

Me mira con gesto sorprendido y luego sonrío.

—Creo que debo irme. Tengo que terminar una tarea para mañana. —Me levanto y estiro mis músculos tiesos y adoloridos—. Volveré el viernes, si no les molesta.

—Vuelve cuando quieras, Niña Azul —dice Pierce. Tengo la sensación de que Gunny será el único que me dirá Priya—. Eres bienvenida.

Una burbuja de calor va creciendo bajo mi esternón. A lo largo de los años me han aceptado en varios grupos de ajedrez, pero esta es la primera vez que me siento realmente acogida desde Boston.

Me acomodo el abrigo, me pongo el gorro y cruzo el estacionamiento hacia el supermercado para comprar una bebida caliente. Los calentadores hacen que el pabellón se mantenga confortable, tan sólo un poco frío de un lado, pero el camino de regreso a casa es tan largo que prefiero que un chocolate me haga compañía.

En el café hay una fila muy larga, al parecer porque hay un nuevo barista que está solo e intenta entregar las cambiantes órdenes de una horda de ancianas vestidas de morado y rojo.

¿Hay un nombre colectivo para las mujeres de la Red Hat Society?

Junto a la fila, a unos metros de mí, alguien toma una silla y pone su pesado abrigo café en otra. Es el hombre nada del ajedrez. Saca un libro grande del bolsillo de su abrigo, un ejemplar rústico tan maltratado y roto que es imposible distinguir el título. Las páginas se doblan en las orillas, el lomo está quebrado en distintas partes y las pastas ya no están. Simplemente no existen. Abre el libro, pero no lo mira.

Me está mirando a mí.

—Una bebida suena bien.

Entonces ¿por qué no está formado?

Me reacomodo y me alejo unos centímetros de él. Ni siquiera está realmente cerca, pero se siente invasivo. Y probablemente debería dejar de llamarlo «el hombre nada»; esa es la clase de cosas que se te salen por error y crean problemas.

—Creo que no escuché su nombre.

—No creo habértelo dicho.

Avanzo con la fila. Una de las mujeres de rojo y morado está enojada y el barista parece a punto de explotar.

—Hace frío afuera —dice el hombre tras un breve silencio que se siente largo.

—Es febrero, en Colorado.

—Está frío para caminar —continúa, como si no hubiera entendido o ignorara el sarcasmo—. ¿Quieres que te lleve?

—No, gracias.

—¿Te gusta el frío?

—Me hace falta el ejercicio.

No volteo, pero puedo sentir que sus ojos me recorren de arriba abajo.

—No, realmente no te hace falta. Estás bien así.

¿Qué diablos le pasa a la gente?

Avanzo de nuevo, quedando un poco más lejos de él como para tener una conversación educada y tras un par de minutos llego a la caja.

—Chocolate caliente venti, por favor.

—¿Cuál es tu nombre?

—Jane. —Pago, recibo mi cambio y avanzo por el mostrador hacia donde se recogen las bebidas. Las mujeres de la Red Hat rodean el mueble donde se encuentra el azúcar y poco a poco migran hacia una esquina donde juntan todas las mesas.

—¡Jean! —grita el barista. Al menos estuvo cerca.

Me abro paso entre lo que queda de la horda roja y púrpura, preparo mi bebida y voy hacia la puerta.

—Oscurece temprano. ¿Estás segura de que no quieres que te lleve? —me ofrece el hombre nada cuando paso junto a él.

—Estoy segura, gracias.

—Me llamo Landon.

No, se llama Asqueroso.

Pero asiento al escuchar su nombre y me voy.

Los tipos así son una triste realidad. Vi cómo Chavi era acosada desde muy joven y yo misma tuve que soportarlo aun antes de que me azotara el palo de la pubertad. Nunca he visto a nadie tan valiente para hacerle comentarios inapropiados a mi mamá, pero estoy segura de que pasa. Quizá lo hacen de manera más sutil.

Cuando reviso el correo me encuentro con una sorpresa: un sobre blanco con un remitente que no reconozco, pero mi información está escrita en la gruesa caligrafía de Vic y la estampilla es de Quántico. Al entrar a la casa me

quito algunas capas y las cuelgo en el clóset junto a la puerta, luego voy a la mesita con cubierta de azulejos junto a la escalera. Una mariposa con las alas abiertas abarca los cuatro azulejos con sus suaves y adorables verdes y púrpuras, pero está casi completamente cubierta por un círculo de crisantemos de seda amarilla, una gruesa vela roja y una fotografía enmarcada.

Ahí vive Chavi ahora, en ese marco y en otros parecidos. El marco está cubierto de diamantina dorada que en la esquina superior izquierda deja ver la pintura dorada que hay debajo. Los tres pasamos mucho tiempo decidiendo qué fotografía poner ahí. Sabíamos cuál queríamos usar, la que más representaba a Chavi, pero también fue la que usaron la policía y los medios, la que estaba por todo internet, en los periódicos y en los carteles para solicitar cualquier información. Al final, de cualquier modo elegimos esa. Era Chavi.

Fue su foto del último año de preparatoria, y a pesar del típico fondo gris marmoleado y esa incómoda pose de la mano en la barbilla, destacan las cosas que la hacían ser *ella*. Hay un brillo en sus ojos, enmarcados por un grueso delineado negro y sombras blancas y doradas, con un toque de rojo brillante en su boca a juego con las mechas en su cabello. Su *bindi* y la pieza en su nariz eran de cristales rojo y transparente montados en oro, atrevidos y encantadores como ella. Su piel era más oscura que la mía, oscura como la de papá, lo cual hacía resaltar aún más el color. Pero lo que hacía más Chavi a esa foto era que se le había olvidado por completo la cita para tomarla. Se pasó la mañana jugando con una nueva caja de pasteles al óleo y luego se tuvo que arreglar corriendo; como sea, logró verse impecable salvo por la mancha multicolor de pasteles en el puño que sostiene su barbilla.

Busco la caja de cerillos en el pequeño cajón bajo la mesa, enciendo la vela roja y me agacho para besar la esquina desgastada del marco. Así es como mantenemos a Chavi con nosotras, la hacemos parte de nuestras vidas de una manera que no parece demasiado obsesiva, escalofriante o loca.

No tenemos una foto de papá, pero claro, Chavi no eligió irse. Papá sí.

Me acomodo en el sofá y le doy vueltas al sobre entre las manos, en busca de alguna pista respecto a su contenido. No me gusta el correo misterioso; recibí demasiado después de la muerte de Chavi, enviado por gente de todo el país que averiguaba nuestra dirección y nos enviaba cartas, tarjetas o flores. También cartas de odio; es increíble cuántas personas sienten la necesidad de

escribirle a desconocidos para decirles por qué su ser querido «merecía» morir. La letra de Vic me tranquiliza, pero también me parece extraña. Cuando se trata de algo que no es sólo una tarjeta, por lo regular me avisa para que esté pendiente.

La del interior sin duda no es su letra. El texto tiene la misma caligrafía que el remitente, elegante pero simple, fácil de leer. No hay saludo, sólo va directo:

Victor Hanoverian me dice que sabes lo que es reconstruirse tras vivir algo terrible.

Yo también, o al menos lo sabía. Quizá aún lo sé en lo que a mí respecta, pero ahora hay otras personas y no sé qué decirles o cómo ayudarlas. No como antes, cuando lo sabía o lo adivinaba.

Me llamo Inara Morrissey y soy una de las Mariposas de Vic.

Mierda.

Le echo un vistazo al resto de la carta, no ojeándola sino observando la letra en busca de una nota de Vic, algo que indique por qué decidió enviarme esto. ¿No va contra las reglas o algo así? Claro que conozco su nombre, las Mariposas han estado en las noticias nacionales desde hace casi cuatro meses, pero nuestros casos sólo se conectan por los agentes. ¿No hay reglas en la agencia sobre separar las cosas?

Pero, bueno, Vic era cuidadoso, ¿no? No le dio mi dirección a Inara; él mismo me la envió. No tengo que responder. No tengo que darle mi información. Pero ¿cómo sabe ella sobre mí?

Vuelvo a leer donde me quedé.

Vi tu fotografía en el escritorio de Eddison hace unas semanas y, como es un maldito cascarrabias, me dio curiosidad. Creía que no le gustaba la gente. Vic fue el que me dijo quién eras o, más bien, qué eras, al menos cuando te conocieron. Dijo que perdiste a tu hermana a manos de un asesino serial y lo primero que pensé fue «ah, yo también».

Creo que es la primera vez que he llamado hermana a alguna de las chicas, y me sorprendió lo doloroso que fue perderlas de nuevo en otra forma, o quizás así me sentía hacia ellas y nunca se los dije.

No voy a preguntar qué te pasó. Sé que podría averiguarlo, pero no quiero. La verdad, lo que te pasó me interesa menos que lo que elegiste hacer después de eso.

En el Jardín era fácil ser fuerte. Las demás me buscaban y yo se los permitía porque sabía mantenerme en pie y podía sostenerlas mientras ellas aprendían a hacerlo. Pero ahora estamos afuera, quieren que yo sea tan fuerte como lo fui en el Jardín, y no sé cómo hacer eso ante los ojos de todos.

No sé cómo hacer nada de esto. Siempre estuve rota, y siempre estuve conforme con eso. Era lo que yo era. Ahora la gente clama por ver cómo me compondré, y no *quiero* componerme. No tendría por qué hacerlo. Si quiero quedarme rota, esa es mi decisión, ¿no?

Cuando Vic te menciona, o tan sólo con escuchar tu nombre, su expresión es como si se hablara de una de sus hijas. Parece que realmente le agradas a Eddison y yo estaba muy segura de que odiaba cualquier cosa viva. Y Mercedes sonrío, y se ve un poco triste, y ahora empiezo a entender que le sonreiría a cualquiera, pero sólo se pone triste por las personas que ama.

A su manera, te adoptaron, y ahora me han adoptado a mí y no sé bien cómo permitirselos.

No tienes que responderme. He visto que no puedo hablar de esto con las otras chicas porque necesitan verme fuerte y no quiero decepcionarlas. Pero Vic sonrío cuando le pregunté si podía escribirte, así que espero que sea una mejor idea de lo que parece.

¿Cómo te reconstruyes cuando las piezas que se han perdido para siempre son las únicas razones que te hacen visible?

Um.

Me pregunta cómo hacer algo que no estoy segura de haber hecho realmente. Sospecho que es justo por eso que Vic me envió esta carta: porque Inara tiene razón. No deberíamos tener que componernos si no queremos. No deberíamos tener que ser fuertes o valientes o tener esperanza ni ninguna mierda de esas. Mamá siempre ha dicho categóricamente que está bien no estar bien. No le debemos eso a nadie.

Necesito unos días para pensar en esto.

Cuando mamá vuelve a casa unas horas después, con su laptop y el portafolios en una mano y bolsas de comida rápida en la otra, yo estoy con mi diario, buscando la manera de explicar lo mucho que significó cuando Pierce dijo que era «bienvenida» en el pabellón de ajedrez.

—¿Pones los platos? —pregunta mamá, luego se inclina para besar el marco y su fular casi se incendia. Deja las bolsas junto a ella, la de la comida con más cuidado que la de la computadora.

Se ve hermosa y feroz con su ropa de trabajo, la falda de tubo y el saco gris de corte severo que no suavizan mucho la blusa de seda lavanda y el fular estampado. Lleva su largo cabello recogido en un chongo que apenas se sostiene sobre sí mismo, y sus tacones son lo suficientemente altos para imponer autoridad, pero lo suficientemente bajos para patearte el trasero. Lo único que parece fuera de lugar son las cosas que trae con ella al salir del trabajo, el *bindi* y la pieza en su nariz, de esmeraldas y dorados, y el delgado aro de oro que se curva a la mitad de su labio inferior.

Mamá dejó conscientemente a su familia y la mayor parte de su cultura en Londres cuando vinimos a Estados Unidos hace doce años, pero se quedó con lo que le gustaba. Sobre todo, conservó las cosas que evitan que la gente asuma que somos musulmanas. A mamá no le importó mucho ser un tanto

sacrílega siempre y cuando eso mantuviera a salvo a sus hijas de piel oscura. Se supone que el *bindi*, la joyería, el *mehndi*, cuando lo usamos, deben ser más importantes de lo que lo son para nosotras.

Me levanto y saco los platos y los cubiertos. Tras llevar la bolsa de la comida a la sala, vuelvo para tomar un par de vasos de leche y unos Tupperware limpios. Luego espero a que mamá sirva. Es una cosa de autocontrol: me siento mejor si dejo que ella controle las porciones.

Baja las escaleras con sus pants de yoga y una playera holgada de manga larga que solía tener el logo de la preparatoria de Chavi al frente. Aún puedes ver una parte, si entrecierras los ojos y sabes qué debería decir. El resto está borrado, descarapelado y cómodamente usado. Su cabello se ha liberado de los pasadores y está recogido en una trenza despreocupada que cae sobre su espalda. Esta es la mamá a la que le gusta hundir los dedos en la tierra y ayudar a que las cosas crezcan, la que siempre ha estado tan dispuesta como sus hijas a iniciar una pelea de almohadas.

Nos dejamos caer sobre la alfombra para usar la mesa de centro como un comedor real; ella toma las cajas de comida y comienza a servir. Camarones anaranjados y fideos *lo mein* para ella, pollo agridulce y arroz blanco para mí, cada comida separada equitativamente entre los platos y los Tupperware. Divide los rollos primavera, pero no intenta separar los tazones de sopa, *wonton* para mí y sopa de huevo para ella. La sopa para llevar no sabe tan bien recalentada y no vale la pena molestarse con eso. Mañana ambas tendremos las sobras para almorzar y otra comida rápida para la cena.

Casi todas las cosas de la cocina siguen en cajas, algo que probablemente no cambiará en las próximas semanas. Cocinar no es algo que vaya a ocurrir.

—¿Qué tal estuvo el ajedrez? —pregunta mientras se come un camarón.

—Estuvo bien. Ya quiero volver.

—¿Te cayeron bien todos?

—Casi todos. —Su mirada pesa sobre mí, pero me encojo de hombros y muerdo un trozo de pollo cubierto de salsa—. Evitaré a la excepción.

—¿Llevarás tu gas pimienta por si acaso?

—Está en mi llavero. En el bolsillo exterior de mi abrigo.

—Bien.

Comemos en silencio durante un rato, pero no es incómodo ni raro, es sólo una forma de procesar y filtrar el día para poder disfrutar la noche. Luego ella prende la televisión en un canal de noticias y lo pone en silencio,

ojeando las noticias en el cintillo y bajo las fotografías que aparecen. Cuando terminamos de comer, nos levantamos para limpiar la mesa. Ella toma las sobras y la basura, y yo me encargo de los platos y los cubiertos. Tenemos un lavavajillas, actualmente obstruido por dos pilas de cajas, pero no hay razón para usarlo, no para las dos solamente. Enjuago y lavo todo y lo dejo en el escurridor junto al fregadero.

Mamá vuelve a la alfombra y enciende el Xbox con el juego de Lego. Yo me acurruco en el sofá con mi diario.

Por un largo rato, las únicas palabras en la página son «Querida Chavi».

Chavi comenzó con los diarios antes de que yo naciera. Tomó unos cuadernos comunes, decoró las portadas y empezó a escribir cartas para preparar a su hermanita para la vida. Cuando crecí lo suficiente para poder escribir y comenzar a llevar mis propios diarios, me pareció lógico escribirle a ella. En realidad no leíamos los textos que no eran nuestros. A veces copiábamos secciones o entradas para la otra, o nos leíamos un rato en voz alta. Nos tendíamos juntas en cualquier cama y escribíamos después de que papá nos mandaba a dormir, porque si él estaba cansado, todas debíamos estarlo, y no puedo ni recordar cuántas veces me quedé dormida sobre la página, pluma en mano, y desperté con mi hermana arrojándome junto a ella.

—¿Vamos a dejar a Chavi? —pregunto de pronto.

Mamá pone su juego en pausa y me mira por encima del hombro. Tras un momento, deja el control sobre la mesa y se recarga contra el sofá.

—Al irnos a Francia —aclaró—. ¿La vamos a dejar?

—¿La dejamos cuando nos fuimos de Boston?

Sus cenizas están en una urna discreta que parece más el empaque tubular de una botella de vino que otra cosa. Papá insistía en que la tuviéramos sobre la chimenea, pero mamá y yo la mantenemos empacada, esperando llegar a Francia y la oportunidad de esparcir las cenizas en campos de lavanda. No es que Chavi lo pidiera así, porque ¿cuántos adolescentes tienen que pensar en su funeral?, pero parece lo correcto. Le encantaba ir de excursión al valle del Loira cuando vivíamos en Londres e íbamos de visita.

Pero Chavi no es sus cenizas. Es más su foto en nuestro altar de crisantemos y velas que sus cenizas, e incluso eso no...

—¿Francia será nuestro hogar?

—Ah. Ya empieza a tomar forma. —Mamá voltea para quedar de frente a mí, envuelve mis tobillos con su brazo y acomoda su barbilla sobre mis

calcetines pachones—. Hemos tenido casas desde que murió Chavi, pero no hemos tenido realmente un hogar, ¿cierto?

—Tú eres mi hogar.

—Y siempre lo seré —dice tranquilamente—. Pero eso es una persona. Tú te refieres a un lugar.

—¿Es egoísta?

—Ay, cariño, no. —Su pulgar acaricia el hueco detrás del hueso de mi tobillo—. Perder a Chavi fue terrible. Eso siempre estará con nosotras. Sé que parece que hemos seguido una especie de patrón con tantas mudanzas, pero cuando llegemos a Francia, ¿te imaginas lo mucho que se enojaría si no lo convertimos en nuestro hogar? ¿Si nos mantenemos por siempre como nómadas? —Su barbilla se entierra en mi empuje—. Hace cinco años, hubiera sido imposible imaginar una vida sin Chavi.

—Pero ahora esa es nuestra vida.

—Pero ahora esa es nuestra vida —acepta mamá—. Y una vez que hayamos pasado más de cinco meses en un lugar, un lugar propio, tenemos que hacerlo nuestro porque se lo debemos a tu hermana y a nosotras mismas. Debemos convertirlo en nuestro hogar. Es una idea aterradora, ¿no?

Asiento y el mundo se me vuelve borroso.

—La amamos; eso significa que no será posible dejarla.

Asiento de nuevo.

—Hay algo más. —Como no respondo de inmediato, mamá mueve dos dedos por mi pierna hasta que alcanza el lugar cerca de mi rodilla donde siento cosquillas—. Priya.

—Otra chica morirá esta primavera —susurro, porque parece terrible decirlo en voz alta—. Él volverá a matar, porque mientras no lo atrapen, no hay razón para que no siga adelante. ¿Cómo evitas que un hombre mate?

—Personalmente, lo amarraría de los huevos y lo desollaría con un cuchillo oxidado y sin filo. Pero he escuchado que a la policía no le parece muy bien eso.

Y quizá eso es lo que me sigue molestando de la carta de Inara. Todo el tema del Jardín está atorado en una tormenta de mierda mediática y eso no va a cambiar pronto. Todos tienen una opinión, todos tienen una teoría. Todos tienen su propia noción de lo que significa hacer justicia. Antes no había nada que yo quisiera más que ver arrestado al asesino de Chavi, pero entre más crezco, más me atrae la forma tan directa en que mamá ve las cosas.

¿Y eso en qué me convierte?

La mañana del funeral, Eddison pasa por Ramírez a su pequeña casa (que ella insiste en que lo correcto es llamarla cabaña) y van a casa de Vic. Es obscenamente temprano, el cielo aún no está gris siquiera, pero el hogar de los Kobiyashi en Carolina del Norte está lejos. Se estaciona en la banqueta para no bloquear a Vic ni a ninguna de las señoras Hanoverian.

La puerta principal se abre antes de que lleguen al porche. La mayor de las señoras Hanoverian, la madre de Vic, sale a recibirlos.

—Mírense —suspira—. Ambos parecen cuervos.

—Es un funeral, Marlene —le recuerda Ramírez, plantándole un beso en la mejilla.

—Cuando yo al fin me muera, ninguno de ustedes tiene permitido ir de negro. Lo voy a poner en mi testamento. —Cierra la puerta y jalonea a Eddison del abrigo para darle un beso en la mejilla. Apenas ha pasado una hora desde que se rasuró, así que para variar no tiene una barba rasposa—. Buenos días, querido. Vengan a la cocina a desayunar algo.

Eddison tiene el no en la punta de la lengua; no le gusta comer tan temprano, sólo se le queda en el estómago y lo hace sentir mal, pero Marlene Hanoverian tuvo su propia panadería hasta que decidió jubilarse y hay que ser más estúpido de lo que ya es él para rechazar cualquier cosa hecha por ella.

Entran a la cocina y él se detiene de golpe al ver la mesa ya ocupada. Dos mujeres jóvenes, ambas de dieciocho años, lo miran. Una de ellas hace un gesto con la boca cuando sus miradas se cruzan. La otra sonrío y le pinta dedo. Ambas tienen roles de canela cubiertos de glaseado en unos pequeños platos frente a ellas.

No sabe bien por qué le sorprende tanto. Claro que las demás sobrevivientes podrían querer ir al funeral. Aunque podría ser demasiado traumático para algunas, bien puede imaginarse que otras irían tan sólo para ver cómo su excompañera de cautiverio es puesta cuidadosamente bajo la tierra en vez de conservada en cristal y resina en los pasillos del Jardín como muchas más.

—Buenos días —dice preocupado.

—Vic nos ofreció un aventón —dice la más alta. Inara Morrissey

(Eddison cree recordar que el cambio de nombre ya es oficial) lleva un vestido rojo oscuro que quizá debería chocar con su piel oscura y dorada, pero no es así. Se ve elegante y demasiado presentable para esta hora de la mañana—. Tomamos el tren ayer.

Ahora viven en Nueva York. Bueno, Inara vivía ahí antes de que la secuestraran. Bliss vivía en Atlanta y se mudó con Inara y varias otras *roommates* en cuanto dejó la custodia. El resto de su familia emigró a París por el trabajo de su padre y si Eddison a veces se pregunta si esas relaciones van a sanar, no va a meterse a la boca del lobo preguntándolo.

Sabe que no debería llamarla Bliss, ese era el nombre que el Jardinero le dio y es a la vez doloroso y terriblemente erróneo, pero no puede llamarla Chelsea. *Chelsea* es un nombre tan normal, y Bliss es un demonio. Hasta que ella le diga lo contrario, es Bliss. Es pequeña, apenas le llega al hombro a Inara aun sentadas. Sus rebeldes rizos negros están atrapados por unas peinetas y lleva un vestido azul, muy llamativo, unos tonos más oscuros que sus ojos casi violetas.

No le sorprende que ninguna de ellas vaya de negro. Sabe que no lo evitan en general. Ambas tienen la cordura suficiente (aunque a veces tiene sus dudas respecto a Bliss) y trabajan en un restaurante que las obliga a usarlo. Pero su única ropa en el Jardín era negra. Negra y con la espalda descubierta para mostrar sus alas. Nunca lo elegirían para honrar a una de las suyas. Eddison espera que los Kobiyashi no lo consideren una grosería.

Pero, claro, Bliss sí es grosera. No es la primera vez que lo saluda pintándole dedo.

—¿Viene alguien más? —pregunta él, con una sana precaución al dejar que Ramírez entre primero en la banca curvada. Respeta en serio a ambas chicas por haber salido más o menos intactas de lo que vivieron, pero no está muy seguro de que le caigan bien. La ambigüedad es totalmente mutua. Cada que puede poner al menos a una persona entre él y ellas, lo hace y no se siente un cobarde por eso.

—Danelle y Marenka, quizá —responde Inara, lamiéndose de un dedo el glaseado. Pequeños fragmentos de decoloración en el dorso de las manos dan cuenta de lo peor de las quemaduras y cortes de la noche en que el Jardín explotó—. Aún no lo habían decidido cuando hablamos con ellas el miércoles.

—Les preocupa que los Kobiyashi sean unos cretinos con ellas —agrega

Bliss. Cuando Ramírez la voltea a ver con gesto intrigado, Bliss dibuja la silueta de una mariposa en su rostro.

Ambos agentes se estremecen.

Porque, de algún modo, el caso sigue empeorando. Algunas chicas, sea porque ya estaban rotas o porque pensaron que eso las ayudaría a escapar, se hicieron cercanas a su captor y él las marcó como sus preferidas tatuándoles otro par de alas en el rostro, a juego con las de sus espaldas. Todas las demás pudieron cubrir sus alas, al salir del Jardín. Danelle y Marenka, las únicas sobrevivientes que recibieron ese otro par, tienen que valerse de muchísimo maquillaje del bueno.

Aun cubriéndose las mariposas más pequeñas del rostro, quienes saben que están ahí las tratan diferente. Las tratan peor, como si adular en un intento por mantenerse vivas por más tiempo las hiciera malvadas.

Eddison espera que decidan no ir. De hecho, Danelle y Marenka le caen bien, ambas son tranquilas, discretas y mucho menos duras que Inara y Bliss. Será mejor que guarden luto por Tereza (Amiko, se recuerda Eddison, su nombre es Amiko) sin que los padres de esta se comporten como cretinos.

Marlene pone unos platos frente a él y Ramírez y luego tazas de café. Pese a la hora y al hecho de que no irá al funeral, está completamente vestida, con un collar de perlas que descansan suaves y discretas sobre su suéter verde oscuro.

—Pobre niña —dice—. Al menos ya está en paz.

Eso depende de tus creencias, ¿no? Ramírez toca el crucifijo en su garganta y no dice nada. Inara y Bliss dan enormes mordidas a sus panes, masticando para evitar hablar.

Eddison no está muy seguro de lo que cree respecto a la muerte, el suicidio y todo eso.

Vic entra a la cocina, ajustándose el nudo de su corbata café oscuro. Eddison y Ramírez están vestidos para un funeral, de beige y café, Vic está vestido para el funeral de una Mariposa, lo suficientemente sobrio para ser respetuoso con los padres dolientes y bastante lejos del negro para tranquilizar a las sobrevivientes. Es exquisitamente sensible, intuitivo y muchos otros adjetivos que Eddison definitivamente no es ni en sus mejores días.

—Siéntate y come, Victor —le dice su madre.

Él le da un beso en la cabeza, manteniéndose a distancia de los plateados

mechones que ella lleva perfectamente recogidos.

—Tenemos que irnos, ma. Ya casi son...

—Victor, siéntate y comienza este día horrible de la mejor manera.

Victor se sienta.

Inara se cubre la boca con una mano, pero sus ojos color café claro se llenan de brillo. Es una jovencita bastante discreta, que contiene sus expresiones frente a casi todos. Las sobrevivientes son excepciones, pero Victor tiene la impresión de que sólo se relaja por completo cuando está con las chicas con las que vive.

—Señora Hanoverian, por favor, dígame que solía mandarle notas con la comida que le daba para la escuela.

—Veamos, los lunes le decía que tomara buenas decisiones, los martes, que me enorgulleciera, los miércoles... —Pero se detiene y sonrío al ver que las chicas están a punto de estallar en risas silenciosas, recargándose una contra la otra.

—Y no me creías —dice Vic alegremente entre mordidas a su rol de canela.

Es raro estar riéndose antes de ir al funeral de una chica de diecisiete años. Dieciséis. Su cumpleaños hubiera sido en unas semanas más.

Inara mira a los ojos a Victor y se encoge de hombros.

—O te ríes o lloras. ¿Qué prefieres?

—Gritar —responde él sin más.

—Yo también —agrega Bliss y muestra los dientes con gesto de rabia. Tiene un poco de pan con canela entre dos dientes.

Victor piensa que en algún momento Inara se lo dirá.

Las siete horas hasta Carolina del Norte pasan calladas, pero no en silencio. Ramírez va estirada en el último asiento, porque como pasajera sin algo que la mantenga ocupada, siempre se quedará dormida antes de la siguiente salida. Inara y Bliss van en medio, con el radio apagado para conversar con Vic, que conduce. Eddison escucha pero no aporta mucho. Casi toda su atención está en su teléfono, revisa notificaciones de Google sobre cuerpos encontrados en iglesias. A esas alturas del año es demasiado pronto para que el asesino de Chavi vuelva a atacar, pero revisa constantemente, por si acaso.

Bliss está tomando clases, llena los huecos en su educación para obtener su constancia de preparatoria este verano. Al parecer ni ella ni Inara han

decidido nada sobre la universidad. Es comprensible. Si saben qué quieren hacer, aunque él no cree que así sea, ¿por qué comenzarían ahora, cuando saben que tomará mucho tiempo el juicio que empezará en algún momento? Ya hacen frecuentes visitas a Washington para responder más preguntas en las audiencias previas al juicio. A ambas las llamarán a testificar si el caso llega a la corte antes de que tengan ochenta años e Inara ya les prometió a las demás chicas que estará ahí cuando les toque subir al estrado.

Sin importar cuántas veces escuche pruebas del instinto maternal de Inara, no logra imaginárselo. Es como un pitbull con un tutú.

Una Mariposa con guantes de boxeo.

Tras dos paradas, para cargar gasolina y comer, llegan a la iglesia para el funeral. No hay muchos autos en el estacionamiento.

—¿Llegamos temprano? —pregunta Ramírez adormilada, buscando su bolsa para arreglarse el maquillaje.

—Un poco —responde Vic.

Ramírez no está tan despierta, pero Eddison escucha lo que se esconde entre esas sencillas palabras: Vic no espera que acuda mucha gente.

Bliss se desabrocha el cinturón de seguridad con un clic y el fuerte golpe del broche al llegar a la puerta.

—Se los dije. Los Kobiyashi son unos cretinos. Probablemente ni siquiera harían un funeral si el suicidio no hubiera salido en las noticias.

Eddison le lanza una mirada a Inara, quien conocía a Tereza mejor que Bliss, pero ella observa por la ventana hacia la iglesia cubierta de blanco.

Todos salen del auto y se estiran, y Vic toma la mano de Bliss y la engancha en su codo mientras caminan hacia las puertas dobles. En parte es por sus modales (Marlene lo educó para ser un caballero), pero Eddison apostaría un mes de su sueldo a que Vic espera tener controlado lo que Bliss entiende como charla casual. Ramírez se revisa el rostro una vez más en la ventana polarizada y se apresura a alcanzarlos.

Eddison no tiene prisa. Se recarga en el carro y observa la iglesia bautista. Salvo por el espacio frente a las puertas, el edificio está rodeado por arbustos gruesos y oscuros sobre lechos de mantillo rojizo. Hay un espacio extra frente a los arbustos, un tramo de virutas de pino antes de que comience el pasto escaso. ¿Camas de flores? Probablemente la iglesia se ve encantadora así, en flor, pero eso lo hace pensar en el Jardín, en cómo le han contado que se veía antes de las explosiones y, carajo, ¿hay algo que no se vea tocado por ese

caso?

Ha ido a más funerales de los que puede contar, y sin embargo cada uno es...

Inara se acomoda junto a él contra el auto, las manos entrelazadas en la cintura. Un brazalete negro y dorado cuelga de su meñique.

—No era obligatorio venir, sabes.

—Sí, yo... —Se detiene y se traga la indignación reflexiva, porque es Inara. Inara, que siempre dice las cosas en serio, pero por lo general no de la forma en que esperarías.

Y Eddison entiende que no, no es obligatorio que esté ahí. No es un requerimiento de la agencia, no es una orden ni un acuerdo general, nada oficial hace necesaria su presencia en el funeral de una chica que se quitó la vida porque las costuras por donde se rompió la primera vez eran demasiado frágiles para soportar una segunda. Es su código personal lo que lo trajo, el principio que lo hace enfrentar cosas terribles porque es lo correcto.

Es su decisión.

Mira a Inara y no le sorprende que ella lo esté observando, con sus opiniones bien guardadas e imposibles de leer. No es algo que aprendió en el Jardín, o después. Así ha sido siempre su vida.

—Gracias.

—Cuidado, Eddison —dice ella con tono burlón, levantando las manos como si se rindiera—. Alguien podría escucharte y pensar que casi te caigo bien.

—Casi —acepta él, sólo para recibir una sonrisa sorprendida.

No le ofrece su brazo y ella no lo espera. Se alejan del carro y avanzan juntos hacia la iglesia, con los hombros tensos por la conciencia compartida de que este no será el último funeral de una Mariposa, pero puede que sea el peor.

Para Inara podría ser el peor funeral y punto, pero Eddison está demasiado consciente de que ya viene la primavera. Quien haya matado a Chavi Sravasti y a tantas otras chicas, volverá a matar, en respuesta a mecanismos que el FBI no logra dilucidar, y Eddison estará junto a Vic y Ramírez en otro funeral y se sentirá una persona terrible, porque estará agradecido de que no sea Priya.

He tenido cinco años para que el hecho de la muerte de Chavi se asiente en

mis huesos, pero eso no evita que los recuerdos sangren de vez en vez, no evita las pesadillas que me despiertan entre sudores y con la garganta adolorida por mis gritos. No sé si algo logrará detenerlas algún día.

Mamá me despierta sacudiéndome con firmeza y sus brazos me rodean antes de que pueda abrir los ojos, antes de que pueda recordar que estoy a salvo, en mi cama en nuestra casa rentada en Huntington, lejos de la iglesia del barrio en las afueras de Boston donde vi a mi hermana por última vez. Las pesadillas no siguen ningún patrón, no hay forma de saber qué provocará la siguiente, pero son tan frecuentes para que ya hayamos desarrollado una rutina para enfrentarlas.

Mientras tomo un baño frío, mamá quita las sábanas empapadas de sudor de mi cama y las lleva abajo, al cuarto de lavado. Cuando vuelve, con dos tazas de té en las manos, ya tengo puesta una pijama limpia y estoy metida en su cama. Ninguna de las dos quiere que yo esté sola tras uno de esos sueños, pero no me volveré a dormir y no quiero que ella se quede despierta conmigo, por eso llegamos a este acuerdo. Ponemos un DVD y mamá se queda profundamente dormida a mitad del primer episodio de uno de los programas de la BBC sobre la naturaleza.

Traje mi diario a la habitación de mamá, pero realmente no tengo ganas de escribir. Hay años de pesadillas en docenas de diarios; contarle a Chavi sobre una más no ayudará en nada.

Quizá contárselo a alguien más sí ayude.

La carta de Inara se asoma por el borde de la libreta, donde ha vivido desde la semana pasada. Quizá al fin sé cómo responderle.

Querida Inara:

Mi hermana Chavi murió un lunes, dos días después de mi cumpleaños número doce. Ella tenía diecisiete.

Pasamos todo el fin de semana celebrando mi cumpleaños. El sábado estuvimos en un parque cercano. Técnicamente era el jardín de una iglesia, pero la iglesia tenía problemas de impuestos y estaba en un proceso de recuperación, y nuestro barrio, pues... se apoderó de él. Todo florecía y el día estuvo lleno de risas, juegos y comida. No todos en el barrio se llevaban bien, pero la mayoría sí. El domingo fue para la familia, para mis comidas y películas favoritas. Nuestra única salida fue cuando mamá y Chavi me llevaron al centro comercial para que me perforaran la nariz.

Papá no fue, a manera de protesta. Mis padres nacieron en la India y crecieron en Londres, y él siempre dijo que abandonar una comunidad también significa renunciar a sus símbolos.

Pero el lunes volvimos a la escuela. Por lo general, Chavi iba en su bicicleta a mi escuela y volvíamos juntas a casa, pero yo tenía una junta por el anuario y ella iría a su grupo de estudio. Chavi tenía más libertad que muchos de sus amigos y compañeros, más que nada porque no abusaba de ella. Le avisaba a mamá cuando llegaba y se iba de todos lados, siempre le dejaba saber

si sus planes, los lugares o la gente cambiaban. Siempre.

Cuando Chavi le envió un mensaje para decirle que volvería a casa a las nueve, no nos quedaba duda de que así sería, pero las nueve llegaron y pasaron sin señales de Chavi.

Las diez llegaron y pasaron sin señales de Chavi.

No respondía los mensajes ni las llamadas, y Chavi no era así.

Mamá llamó a los demás de su grupo de estudio, pero todos dijeron lo mismo: salió de la cafetería a eso de las ocho y se fue en su bicicleta en la misma dirección de siempre. Uno de los chicos le ofreció llevarla, pero ella dijo que no. Chavi siempre decía que no cuando él le ofrecía algo, pues ella le gustaba y no le correspondía. Papá se burló de mamá y de mí por preocuparnos. Chavi sólo estaba siendo adolescente, dijo, y cuando volviera a casa, la castigarían y no volvería a hacerlo. Pero Chavi no era así.

El menú del DVD aparece en la televisión con una musiquita que se repite cada veinte segundos. En vez de levantarme a cambiar el disco, presiono «Reproducir» de nuevo. Me tomo un momento para sacudir la mano y masajeo los calambres que comienzo a sentir.

Es fácil hablar de la desaparición de Chavi. Lo que sigue no lo es tanto.

Pero las pesadillas de Inara están expuestas ante los ojos de todos; hasta que muera la próxima chica, las mías están en la hoja, sólo para ella. Puedo hacerlo.

Mamá llamó a la policía. La persona al otro lado de la bocina escuchó, reconoció que era una conducta extraña y comenzó a hacer preguntas. ¿Dónde se le vio por última vez? ¿Qué ropa llevaba? ¿De qué color era su bicicleta? ¿Podíamos enviarle una foto reciente por e-mail? En ese tiempo vivíamos a las afueras de Boston. Chavi iría a la universidad en el otoño, pero aún tenía diecisiete años, así que aún era menor de edad. La persona al teléfono dijo que un oficial iría a la casa, por si Chavi volvía, pero que otros la buscarían.

Para entonces, papá estaba furioso. Con Chavi, por hacer que la gente se preocupara. Con mamá, por hacer tanto escándalo. Incluso conmigo, por insistir en acompañar a mamá a buscarla. No escuché mucho de su discusión, porque mamá me dijo que fuera a mi cuarto a ponerme algo que me calentara más, pero cuando volví abajo, el oficial recién llegado estaba en la entrada con gesto de profunda incomodidad mientras mamá le decía a papá que se quedara a esperar si no era capaz de esforzarse ni un poco por su hija desaparecida.

No quieres hacer enojar a mi mamá.

Era bastante tarde, así que las patrullas ya no encendieron sus sirenas, pero sí sus luces, y eso hizo que los vecinos salieran de sus casas y se unieran más personas a la búsqueda. Es interesante ver a la gente ponerse los abrigos sobre la pijama y armarse de linternas y silbatos.

Josephine, la mejor amiga y novia de Chavi, aunque la mayoría sólo conocía la primera parte, fue a buscarla a la escuela. Su madre tuvo que sostener la linterna porque Josephine temblaba demasiado. Sabía lo mismo que mamá y yo: Chavi nunca se apartaría de su rutina ni andaría afuera tarde.

Mamá y yo fuimos a la iglesia. No funcionaba como iglesia desde poco después que llegamos ahí, pero todos seguían diciéndole así. Unos cuantos miembros de la congregación incluso donaban un salario para Frank, el veterano de la Guerra del Golfo que vivía en el estudio al fondo del terreno y que cuidaba el lugar. Una de las puertas laterales siempre estaba abierta por si había una

tormenta o alguien necesitaba refugio. Quizá Chavi se había caído de la bicicleta y no pudo llegar a casa. Quizá en su caída hipotética se había dañado su teléfono y por eso no podía llamar para pedir ayuda.

Revisamos primero el parque, pero cuando fue hacia los árboles al fondo del terreno, mamá me dijo que esperara junto a la iglesia. Cuando el clima comenzaba a mejorar, los vagabundos acampaban en esa parte durante las noches, y no quería que yo estuviera ahí ni siquiera con ella. Me repitió que la esperara y me prometió que despertaría a Frank para no estar sola.

No la seguí, pero tampoco esperé. No podía esperar, no si existía la posibilidad de que mi hermana estuviera dentro de ese edificio. No se me ocurrió ni por un momento que podría ser peligroso. La iglesia era un lugar seguro, no por motivos religiosos sino porque siempre fue así. Chavi y yo siempre estuvimos seguras ahí.

Podíamos pasar horas adentro en los días soleados. Ella se sentaba en el suelo, con su cuaderno de dibujo sobre una rodilla, entre charcos de luz de colores sobre la piedra gris que la rodeaba. Nos gustaban mucho los vitrales. Ella insistía en que no le salían bien los dibujos y lo intentaba una y otra y otra vez, y yo me quedaba por ahí con mi cámara para capturar el polvo que bailaba en los rayos de sol, los colores sobre la piedra, la forma en que la luz y las motas de polvo hacían brillar a Chavi.

En los días buenos esa es la Chavi que veo al cerrar los ojos: luz, color y brillos.

Presiono «Reproducir» de nuevo en el menú y pongo mi mano sobre la cobija para que deje de temblar.

Puedo hacerlo.

Ni siquiera tengo que enviar aquello si es demasiado para mí. Pero puedo terminarlo. ¿Cuántas veces Inara ha tenido que contar su historia a desconocidos?

Estaba ahí, en el espacio con forma de «T» entre el altar y las partes descoloridas del suelo donde solían estar las bancas. Estaba completamente desnuda, pero mi mente se fijó menos en el hecho de que no tenía ropa (era mi hermana, ya la había visto desnuda) que en el hecho de que sus prendas estaban perfectamente dobladas y acomodadas sobre su mochila a unos metros. Chavi bien podía ser alérgica a doblar su ropa, a juzgar por la frecuencia con que lo hacía. Pero al ver lo limpia que estaba su blusa favorita me di cuenta de cuánta sangre había en el suelo a su alrededor, y caí de rodillas junto a ella, moviéndola para que despertara, para que, por favor, despertara. Yo no había dejado de gritar.

Nunca antes vi tanta sangre.

No escuché cuando Frank entró, pero de pronto estaba ahí, a medio vestir y con una pistola de pintura. Le echó un vistazo a Chavi, se puso gris y comenzó a dar vueltas en círculos, enloquecido. Más tarde me di cuenta de que estaba buscando al que había hecho eso. Luego su brazo me envolvió e intentó alejarme de ahí.

Recuerdo escucharlo hablar, aunque nunca he estado segura de si fue así.

Pero yo no iba a irme. Luché contra su abrazo, la verdad es que estaba demasiado impactado para oponer la fuerza necesaria. Yo seguía gritándole a Chavi, tocando el punto en sus costillas que le provocaba risas porque nunca fue capaz de seguir durmiendo cuando le hacía eso, y aun así ella no se movió.

Se escuchó un ruido en la puerta, seguido del grito de mamá con mi nombre en un tono violento, agudo y asustado, y Frank corrió hacia ella. No la dejó entrar, le bloqueó el paso y le rogó

entre lágrimas que me llamara. Que hiciera que me alejara de Chavi.

Nunca olvidaré las flores alrededor de mi hermana y en su cabello: crisantemos amarillos como el sol.

¿Has notado que los grandes sucesos o tragedias tienen una fotografía icónica que la gente puede reconocer incluso años o décadas después?

Cuando un reportero dio a conocer la noticia, no tenía una fotografía del cuerpo de Chavi, sólo una imagen del anuario y lo que se podía encontrar en Facebook. Así que usó una foto mía.

Doce años y cubierta de sangre, gritando, llorando y queriendo volver a la iglesia (con mi hermana), mientras un paramédico de gesto lúgubre me aleja a rastras. Durante meses, esa fotografía estuvo en todas partes. No podía escapar de ella, y vuelve a aparecer cada primavera cuando otra chica muere entre flores con la garganta cortada y alguien llama al FBI con la teoría de que fue el mismo tipo.

Yo no estuve presente cuando se lo dijeron a papá. Seguramente lo hizo el oficial que estaba esperando en la casa. Papá fue al hospital, donde un doctor me dio un sedante suave para controlar el shock, y vi que se movía muy lentamente, como si le doliera todo el cuerpo. Como si de golpe hubiera envejecido siglos. Él se había burlado de nuestras preocupaciones.

Creo que nunca volví a escucharlo reír.

Chavi murió, según el reporte oficial, entre las nueve y las diez de la noche del lunes.

El resto de nuestra familia murió a la medianoche, cuando al fin estuvimos seguros. Mamá y yo fuimos como el fénix y logramos levantarnos, a nuestra manera. Papá sólo ardió y ardió hasta que dejó de hacerlo.

El público les roba sus tragedias a las víctimas. Suena extraño, lo sé, pero creo que tú podrías ser una de las pocas personas que entenderán lo que quiero decir con eso. Estas cosas nos ocurrieron a nosotras, a nuestros seres queridos, pero al salir en las noticias, de pronto todos los que tienen una televisión o computadora se sienten con derecho a conocer nuestras reacciones y recuperaciones.

Pero no lo tienen. Se necesita tiempo para creerlo, pero no les debes nada.

A nuestros agentes les gusta adoptar huérfanos, pero no estamos obligadas a aceptarlo. Ellos dan los primeros pasos, claro, pero sólo nosotras dejamos que se vuelva algo real. Es un consuelo saber que en cualquier momento podemos elegir irnos y ellos lo permitirán, sin duda.

Es mayor consuelo darnos cuenta de que queremos quedarnos, de que es algo bueno con lo que podemos contar.

De que tenemos permitido ser felices.

Yo sigo trabajando en eso, pero ¿mientras tanto? Es nuestro derecho estar rotas. No tenemos que avergonzarnos por eso.

Vuelve a escribirme si quieres. No sé si tengo algo sabio que compartirte, pero tus cartas son bienvenidas.

Sólo tiene un año y medio más que yo.

Supongo que los años no son lo importante.

Horas después, cuando mamá se va a trabajar, vuelvo a mi habitación y me envuelvo en el cobertor como si fuera un burrito. No duermo realmente, sólo me relajo hasta que mi vejiga está a punto de estallar y me pide a gritos que me levante de la cama, y sin duda lo mejor será que no vuelva a meterme en las cobijas. El hambre repta y se retuerce en mi barriga. La idea de

comer... me preocupa.

Conozco esto. Si comienzo a comer, no me detendré. Ni siquiera cuando ya esté llena, distendida y adolorida, porque ese dolor tiene más sentido que la pena y la ira que me corren por las venas.

Me baño y me seco el pelo, escribo una nota sobre pedirle a mamá que vuelva a pintarme los mechones porque ya tengo varios centímetros de raíz, y me pongo mucho delineador y lápiz labial. Chavi me enseñó los pequeños trucos que hacen la diferencia entre lucir retadora, coqueta y agresiva. Ella siempre se veía entre retadora y coqueta, suavizada con polvos blanco y dorado. Yo suelo usar plateado y blanco, pero no hoy. Hoy uso negro y rojo, y estoy tan furiosa como se esperaría con esos colores.

Luego de vestirme y asegurarme de tener acceso fácil a mi gas pimienta en el bolsillo exterior de mi abrigo, salgo de la casa y me dirijo a la isla del ajedrez. El aire está tan seco que hiere, y tengo la sensación de que en las próximas horas usaré los pañuelos que traigo en el otro bolsillo para detener un sangrado nasal.

Cuando llego al pasto seco, Corgi levanta la mirada y suelta un silbido suave e impresionado.

—Vaya que eres como nosotros, ¿verdad, Niña Azul? —Ante mi sonrisa, filosa y seca, él asiente—. Anda, pues. Happy no ha ganado en semanas. Dale una alegría para justificar su nombre.

Me siento frente a Happy, que parece estar sobrio y agobiado, y juego hasta que anuncia que le lleva tanta ventaja a Corgi en su interminable conteo de victorias que su amigo nunca podrá alcanzarlo.

Corgi es un buen jugador, aun cuando se enfrenta a gente que sabe lo que hace. Si el conteo es honesto, Happy jamás pudo ir a la cabeza.

Pero Corgi sonrío, se rasca la nariz y le dice a Happy que no se confíe.

Landon juega con Espanto en la mesa al otro extremo de la mía. Cuando se mueve para aceptar el reto de Steven, queda junto a mí. He decidido más o menos darle el beneficio de la duda en adelante y asumir que no intenta incomodar. Quizá ni siquiera se da cuenta de que lo hace. Simplemente no me voy a involucrar.

Pero hoy realmente quisiera rociarle gas pimienta de entrada, así que probablemente deba volver al plan instintivo de evitarlo, evitarlo y evitarlo.

Apoyo la mano sobre el hombro de Corgi, salgo de la banca y me estiro para deshacerme de los dolores y calambres causados por el frío.

—Bueno, Corgi, enséñame cómo se juega.

Él y Happy me ofrecen unas sonrisas casi idénticas y Corgi se mueve para tomar mi lugar vacío. Me quedo mirando sobre su hombro durante un rato los primeros movimientos (al quinto me queda claro que Happy perderá), hasta que los hombres al otro lado se reacomodan. Es fácil sentarme frente a Pierce, quien suele mantenerse cerca de Gunny para tenerlo vigilado.

Juego unas partidas con Pierce y luego una con Espanto mientras Gunny toma una siesta sobre sus manos en la esquina. La chica del auto, que en el segundo día supe que era la menor de las nietas de Gunny y se llama Hannah, se acerca para la revisión de su abuelo. Trae una tira para medir azúcar en sangre y mete una mano en la manga de Gunny para sacar una muestra. El aparato que trae en la otra es apenas del tamaño de un huevo, pero lee la tira ensangrentada y le da un número que ella anota en su teléfono.

Creo que Hannah me cae bien. No la conozco realmente, pues suele estar en su auto salvo cuando llega el momento de monitorear la glucosa de Gunny, pero nunca se porta como si esto fuera una imposición o una monserga. Se acurruca en el vehículo y teje o lee un libro, mira hacia el pabellón de vez en vez para ver cómo está Gunny y parece que le caen bien los otros veteranos. La llaman Señorita Gunny y ella sólo pone los ojos en blanco y me dice que la gente razonable le dice Hannah.

Cuando Gunny despierta con un sobresalto, me mira con su rostro amodorrado.

—¿Hoy anda en las trincheras, señorita Priya?

—Sí, señor. Así pasa a veces.

—Así pasa. —Acomoda el tablero de lado para alcanzar a mover las piezas. Mis guantes más gruesos están en mi bolsillo, pero hace suficiente frío para dejarme el par de mangas tejidas que me cubren casi toda la mano. De cualquier manera se las ofrezco; siento su piel áspera y delgada como papel cuando envuelve mis dedos con los suyos—. Aunque usted es demasiado joven para eso.

No es una pregunta. Si no quiero decírselo, definitivamente no tengo que hacerlo y él no me guardará ni un poco de rencor por eso.

Pero tengo en mente a Frank, Frank, para quien fue difícil volver a casa después de su guerra, pero siempre fue generoso y quiso ayudar. Algunos días no soportaba a la gente, y estaba bien, en esos días lo dejábamos en paz. Tuvo muchos días de esos tras aquella noche en la iglesia.

—Hace un tiempo asesinaron a mi hermana —susurro, y espero que sus oídos aún funcionen lo suficiente para no tener que repetirlo. Espanto y Jorge están concentrados en su partida al lado—. Yo la encontré. Anoche lo sentí más... presente que pasado.

Él asiente y le da un suave apretón a mi mano.

—¿Y ahora que está despierta?

—Sigue siendo un mal día.

—Pero vino.

—Todos ustedes conocen esa clase de días malos, si no, tampoco estarían aquí.

Sonríe y su rostro desaparece entre los pliegues y arrugas.

—Gracias por venir en un mal día.

Me quedo el tiempo suficiente para terminar un juego con Gunny, luego voy a la tienda por una bebida para el camino. Landon me sigue.

Qué bien.

Se para detrás de mí en la fila y mi incomodidad se vuelve coraje cuando me doy cuenta de que tengo el pulgar listo para activar el gas pimienta y el resto de mis dedos envuelven la funda de piel. No me gustan las amenazas dudosas. Quiero una amenaza específica, algo que pueda señalar y decir «esto» y que todos entiendan, no una serie de referencias que harían que las mujeres asintieran y los hombres negaran con la cabeza.

—Hoy te ves triste —dice de pronto.

—No lo estoy.

La tristeza y el duelo no son lo mismo. Por eso tienen palabras distintas. Quizá la diferencia es sutil, pero no mantenemos una palabra en el lenguaje si no tiene un propósito por sí misma. Los sinónimos nunca son exactamente lo mismo.

—¿Estás segura? —pregunta, parándose casi junto a mí.

—Sí.

—Ya está oscureciendo.

—Sí. —Y a esta hora el cielo se tiñe de índigo y la temperatura sigue bajando. Me quedé más tiempo del que planeaba, pero me ayudó. Todos los veteranos ayudaron, pero creo que necesitaba que Gunny me confirmara que no soy una carga para ellos.

—No deberías caminar sola a casa cuando está oscuro.

Me muevo un poco para quedar ligeramente de frente a él y sonrío,

mostrando mucho los dientes y poca dulzura.

—Estoy bien.

—Hay gente mala en este mundo.

—Eso lo sé.

Antes de los doce años sólo tenía una vaga idea de eso. Creo que nunca podré olvidarlo.

La mujer con aspecto de gorrión detrás del mostrador ya no me pregunta mi nombre. Sólo toma mi pago y comienza a hacer el chocolate caliente, poniéndole más jarabe del que posiblemente debería.

—¿Y si alguien te hace daño? —insiste Landon, siguiéndome al otro lado del mostrador sin pedir una bebida.

Eddison a veces bromea con darme una pistola eléctrica para mi cumpleaños. Comienzo a pensar que debería tomarle la palabra.

Ignoro a Landon y tomo la bebida que me ofrece la barista, cuyo nombre siempre está escondido bajo su mandil. Esta vez no me molesto en agregar vainilla o azúcar, pues prefiero lo amargo a continuar con esa interacción. Pero él me sigue en mi camino entre las mesas y mis llaves (y el gas pimienta) ahora están fuera de mi bolsillo.

De pronto lo escucho soltar un grito y al voltear lo encuentro empapado de lo que era un café grande y muy caliente, con la mayor parte cerca de su cara y la parte que deja al descubierto el cuello de su gruesa camisa. Otro hombre, más alto y vestido con un suéter tejido con grecas, se disculpa una y otra vez pero con un tono que suena ligeramente falso. Le limpia la camisa a Landon con una diminuta servilleta que no absorbe nada.

—¡Yo me encargo! —dice Landon con rabia, y se va aún chorreando.

El otro hombre voltea hacia mí y sonrío; ya sé quién es, el tipo atractivo que se sienta en la esquina con un libro y a veces una pila de papeles de trabajo. Probablemente está cerca de los cuarenta, bien arreglado sin parecer vanidoso, y no intenta ocultar que su cabello caoba oscuro ha comenzado a platearse en las sienes.

—Lo siento, pero parecía que te estaba molestando.

Dejo que mi mano entre a mi bolsillo para esconder el gas pimienta, pero aún no lo suelto.

—Sí.

El hombre saca un puñado de servilletas de su bolsillo y se hinca para limpiar el café que no cayó sobre Landon. Pasa otra servilleta sobre sus

manos para secarlas y luego saca su cartera y me entrega una tarjeta.

—Recientemente diseñé la página de un servicio de transporte en la ciudad. Está pensado principalmente para que personas enclaustradas puedan ir a la tienda, a sus consultas médicas o a sus mandados. Si alguna vez te sientes incómoda, considera llamarlos.

Es una tarjeta sencilla, con un logo simple arriba y al centro, y la información claramente impresa debajo. Tiene un teléfono y una página web, algo que al menos puedo investigar.

—Diles que Joshua te lo recomendó —agrega.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. —Suelto mis llaves para tomar la tarjeta, y la guardo en mi otro bolsillo junto a los pañuelos desechables. Echo un vistazo para buscar a Landon, pero debe seguir en el baño o adondequiera que se haya ido, así que me despido con un movimiento de cabeza y me voy.

Le pediré a mamá que revise luego la tarjeta. Podría ser bueno tener ese teléfono si el clima empeora cuando estoy afuera. Hay un sistema de autobuses al otro lado de la ciudad, pero no pasa muy cerca de mi casa, así que no me resulta útil, y un taxi me parece algo demasiado autocomplaciente.

Tomo una ruta distinta a la de siempre, con mi mano de nuevo sobre el gas pimienta, y echo un vistazo alrededor antes de entrar a mi vecindario. Mamá nos enseñó a ser cuidadosas desde pequeñas y se ha esforzado para que el sentido común no se convierta en paranoia. Tengo un instinto bastante bueno para detectar a los pervertidos, pero ella es mejor para decidir si debe confiar o no en algo que parece bueno.

Para sentirme mejor, cuando se me descongela la nariz saco al agente especial Ken de la maleta donde vive y lo acomodo en la ventana del desayuno con una diminuta taza de plástico. La nieve afuera tiene varios días y probablemente se derretirá pronto, pero las luces de la calle crean un lindo reflejo y eso le da al agente especial Ken el aspecto más melancólico que puede tener un muñeco Barbie. Está vestido con la versión diminuta del feo suéter navideño que mamá y yo le enviamos a Eddison el año pasado, y en pequeño de hecho es mucho menos feo. No hay suficiente espacio para los espantosos detalles.

Hago un par de disparos con mi cámara para tener una buena toma, pero saco otra con mi teléfono y se la envío a Eddison.

Media hora después, cuando ya estoy en pijama de nuevo y lista para hundirme en tarea durante las horas que faltan para que mamá vuelva a casa

con la cena, recibo una respuesta.

«No le parecería tan linda esa mierda blanca si tuviera que caminar sobre ella».

Eso me hace reír, algo que ya casi no hago. Los modos de Eddison para hacerme sentir mejor pueden ser extraños (y a muchos no los harían sentir para nada mejor), pero me resultan familiares y reconocen que es un mal día sin insistir en ello.

Antes me preguntaba si las pesadillas se acabarían si el Trío de Quántico atrapara al asesino de Chavi. Pero ahora creo que no, que las pesadillas siempre serán mías.

Eddison debería irse a casa. Ya salió de la oficina tras un largo día de trabajo burocrático y de revisar nuevos datos en la investigación sobre el Jardín y los crímenes de la familia MacIntosh. Puede sentir la pesadez en sus huesos, algo más que cansancio, sin llegar a ser agotamiento.

Pero no es la hora ni el aburrimiento del trabajo de oficina lo que lo fatiga. Es el contenido.

Algunos días es sólo un trabajo. Otros... existen razones por las que muchos buenos agentes se quiebran. Y en algún momento a casi todos les pasa.

Debería irse a casa, a descansar, a llenarse la cabeza de algo que no sean imágenes de chicas muertas en cristal y resina. Pero, con un café de la tienda de la esquina, vuelve al edificio del FBI y toma el elevador hasta su piso. Todo está tranquilo, con el mar de cubículos vacío salvo por un hombre que ronca ligeramente. Le dan ganas de despertarlo, pero tiene una almohada entre su cabeza y el escritorio, y una cobija sobre los hombros y el respaldo de la silla como si fuera una capa.

No te preparas tanto para dormir en tu escritorio a menos que haya una razón por la que no puedes volver a casa. Eddison lo deja en paz y desea que el pobre infeliz pueda arreglar el problema, cualquiera que sea.

Toma la pila de carpetas coloridas siempre presente al fondo de su escritorio, a punto de reventar con papeles y fotos. En la sala de juntas podrá extenderlo todo, los archivos de las dieciséis víctimas y el que tiene las notas del caso completo. Dieciséis son muchas, demasiadas, pero ya viene la primavera, y otra chica morirá si no encuentran algo que los guíe hacia el

asesino.

Eddison no quiere que sean diecisiete.

Toma la primera carpeta, la abre y comienza a leer para refrescar todos los detalles que nunca puede olvidar por completo.

Quizá esta vez encontrará algo nuevo, algo que resalte como nunca antes. Quizá esta vez finalmente encuentre una pista.

—¿Buscas problemas?

La voz lo sobresalta y tira el vaso con el codo. Se lanza a detenerlo mientras se tambalea, pero falla.

Y... no hay nada en la taza.

Por Dios, ¿cuánto tiempo lleva aquí?

Levanta la vista, observa el gesto divertido de su compañero y le lanza una mirada molesta.

—¿Qué haces aquí, Vic?

—Volví para revisar unos papeles. Vi la luz prendida. —Vic se sienta en una silla con ruedas y observa las carpetas. Están sobre la mesa, con algunas orillas encimadas, pero perfectamente distinguibles. La única que está fuera de lugar es la de Chavi, a la izquierda de Eddison.

—¿Así es como logras terminar tu trabajo siempre? —pregunta Eddison —. ¿Vuelves a la oficina?

—Voy a cenar a casa para pasar un tiempo con mis chicas. Luego, cuando la noche se llena de tareas, citas o películas en el sofá, a veces regreso para terminar algo de trabajo extra. No tienes por qué sentirte traicionado por eso.

¿Se siente traicionado? Eddison reflexiona y de mala gana acepta que sí, probablemente sí. Hubiera sido agradable que, en algún momento de los últimos años, el agente con más experiencia le diera ese tip.

Vic toma la carpeta más cercana y acomoda las fotos bocabajo en una pila perfecta.

—¿En serio crees que verás algo que no has visto en las últimas veinte veces que hiciste esto?

En vez de responder, Eddison mira fijamente la carpeta en las manos de Vic.

—Tienes un punto. —Tras un momento, Vic cierra la carpeta y la devuelve a su lugar—. Intentemos hacerlo de otra manera.

—¿Qué quieres decir?

—Hay cosas que damos por hecho porque ya sabemos que los casos están

conectados. Quitémonos ese sesgo. Bien. Es un día lento, un analista del Programa de Aprehensión de Criminales Violentos nos trae estas carpetas y cree que tenemos un asesino serial. —Mira a Eddison como si esperara algo.

Eddison le responde con el ceño fruncido.

Vic suspira y toma el archivo que sólo contiene las notas y lo pone en la silla junto a él.

—Sé que odias los juegos de rol, pero es una herramienta de investigación útil. Vamos, sigue mi juego.

—Ninguno de los casos comparte con otro la misma jurisdicción —señala Eddison, y su compañero asiente—. Siempre ocurren en un estado diferente, sin un área geográfica visible o zona de confort aparente. Todas las víctimas viven en o cerca de ciudades y no en áreas rurales, pero no hay nada que las relacione en un mapa.

—De acuerdo. ¿Qué las relaciona?

—Grupos de edad; todas están en un rango de cuatro años, de los catorce a los diecisiete. Todas mujeres y estudiantes.

Vic se levanta y se estira sobre la mesa para acomodar la fotografía de las víctimas sobre cada carpeta. La mayoría son fotos de anuario, aunque unas cuantas son de otras ocasiones. Las fotos casuales pueden decir más sobre una persona, pero en las que posan son más fáciles de identificar.

—¿Qué más?

Eddison intenta fingir que no ha visto estas fotos tantas veces que ya están grabadas en el interior de sus párpados, intenta fingir que no sabe nada de ellas.

—No encajan en un tipo —dice al fin—. Todas son jóvenes y objetivamente bonitas, pero en cuanto a color de cabello y piel y ascendencia racial, abarcan todo el espectro. Lo que las vuelve atractivas para convertirlas en sus víctimas no es su aspecto. O al menos no sólo su aspecto.

—Profundicemos.

—No soy un estudiante.

—Lo sé. —Vic da un golpecito sobre una carpeta verde brillante—. Y sé que hicimos todo esto hace siete años con Kiersten Knowles. Nos metimos en esto porque alguien más conectó los casos, así que hay cosas que simplemente asumimos que son verdad porque así nos las presentaron. ¿Y si encontrar algo realmente nuevo significa revisar las cosas que ni siquiera nos damos cuenta que no estamos viendo?

—Necesito más café.

—Yo lo traigo. Tú piensa.

Mientras Vic deja la sala de juntas, Eddison saca una de las fotos casuales del archivo de Chavi y la acomoda contra su taza vacía. Es casi la última fotografía de Chavi en vida, tomada apenas dos días antes de su asesinato. El cumpleaños doce de Priya. Todas las chicas y mujeres en la fiesta del barrio, y algunos de los hombres más complacientes, traen coronas de flores con listones de colores que cuelgan de las flores de seda y el alambre. En ese tiempo Priya era extremadamente delgada, había dado el estirón a lo largo pero no en peso; sus caderas y costillas se marcaban en su ropa. Sin embargo, su rostro demasiado anguloso estaba lleno de luz, brillante y feliz, con los brazos de su hermana envolviéndole el pecho desde atrás. Quien tomó la foto las atrapó en pleno movimiento, con el cabello oscuro de ambas meciéndose a su alrededor, los mechones rojos y azules casi tan gruesos como los listones. Priya llevaba una corona de rosas blancas; Chavi, una de crisantemos amarillos cuyos largos pétalos casi la hacían parecer una banda para el cabello con flecos. Ambas lucían alegres vestidos de verano y suéteres abiertos, con los pies descalzos sobre el pasto.

Dos días después, Chavi murió.

Y también esa versión de Priya.

Vic vuelve y le entrega una taza que dice «Eres mi superhéroe». Eddison no sabe si quería hacerle un chiste o simplemente no puso atención a qué taza tomó. En la cocineta hay muchas tazas huérfanas.

Tras echar un vistazo a la mano de su compañero, decide que fue falta de atención. La taza de Vic dice que es «la mejor mamá del mundo» junto a un pedazo de queso gruyere.

—La causa de muerte es la misma en todos los casos —dice Eddison, dando un trago precavido. Está algo insípido y amargo, sin duda recalentado en el microondas, pero está bien—. Corte en la garganta. La mayoría limpios, uniformes y profundos, y unos cuantos mal hechos, lo que probablemente indica que los hizo con más rabia. Distintos exámenes médicos sugieren que tal vez se hicieron con un cuchillo de caza no dentado. El ángulo de la herida cambia según la altura de la víctima, pero todos apuntan a un ataque por la espalda perpetrado por alguien de más o menos un metro ochenta. La dirección, de izquierda a derecha, nos dice que lo hizo alguien diestro.

—Antes de hablar del acomodo de los cuerpos, ¿qué otras cosas son

iguales en los ataques? A nivel físico.

—Ahí vemos dos distintos perfiles de las víctimas. —Eddison busca sus notas, se da cuenta de que Vic las tiene y le lanza una mirada de odio.

Vic sólo niega con la cabeza y usa su taza para señalar los archivos sobre la mesa.

—De las dieciséis, una, dos, cuatro, siete... no, ocho fueron violadas y golpeadas en distintos grados. La ropa estaba rasgada y se las dejaron puesta o en una pila al lado de sus cuerpos. Las otras ocho no fueron violadas, no había señales de abuso sexual. Algunos moretones en el cuello indican que probablemente las estrangularon hasta dejarlas inconscientes. Les quitaron cuidadosamente la ropa y la acomodaron lejos de ellas. ¿Para que no se ensuciaran? —Eddison ojea los reportes médicos más relevantes—. No hay más señales de maltrato físico en esas ocho.

—¿Y después de la muerte? ¿Qué les hizo a los cuerpos?

—Eso desató la teoría inicial de que están conectadas. —Saca fotografías de cada archivo, aún sintiéndose como un idiota que expone en clase, pero las acomoda para que Vic pueda verlas—. Todas fueron encontradas en una iglesia, incluso las que no eran religiosas o declaradamente cristianas. Las iglesias también son de distintos tipos. Los reportes médicos indican que no fueron movidas. Sí las acomodaron, pero las mataron en el lugar donde fueron encontradas.

Eddison piensa en la sencilla y blanca iglesia bautista en la que se realizó el funeral de Tereza, la fría amabilidad con la que los Kobiyashi recibieron a los agentes, el claro disgusto que expresaron ante Bliss e Inara.

Bliss les devolvió el gesto grosero, pero fue Inara quien abrió el ataúd para colocar unas partituras dobladas bajo las manos cruzadas de Tereza.

Eddison se pasa una mano por el cabello, rascándose el cuero cabelludo con sus uñas cortas. Necesita cortarse el cabello pronto; ya está creciendo lo suficiente para rizarse.

—Todas estaban más o menos en la misma parte de las iglesias: entre el altar y las bancas. Todas tenían flores encima o alrededor, una flor distinta para cada víctima.

—¿De dónde salieron las flores?

En cada carpeta hay páginas y páginas de entrevistas policiacas con floristas. Algunas flores eran locales y de temporada, y podrían haber sido tomadas por el asesino al aire libre. Otras tuvieron que haber sido compradas,

pero posiblemente se adquirieron en otra ciudad para evitar las sospechas. Algunas florerías locales tenían registros de ventas de las flores presentes en un crimen, pero no correspondían en su número. Aunque hubiera comprado algunas en la ciudad, el resto las compró o las tomó de otra parte.

Pero había una excepción.

—Meaghan Adams, la víctima catorce, fue encontrada con camelias que es casi seguro que se compraron en la tienda de su madre. Pago en efectivo, no había cámaras de seguridad y el vendedor no puso atención suficiente para dar una descripción mejor que «hombre, alto y algo así como entre treinta y sesenta». —Intenta no enojarse por eso. La mayoría de las personas no están entrenadas para ser observadoras, para advertir y recordar detalles de desconocidos.

—¿Qué más?

—Todos los asesinatos ocurren en el lapso de dos meses. Los más tempranos a mediados de marzo, y los últimos a mediados de mayo. Hay algo en esa época del año, algo en la primavera que mueve a este tipo.

Vic se levanta para estirarse y suelta un gruñido ahogado, luego toma el tazón con marcadores que está en la mesa. Casi toda una pared es un pizarrón blanco, el cual está cubierto por viñetas de lo que parece un seminario sobre acoso sexual. Vic hace desaparecer todo rápidamente y lanza el borrador al suelo.

—Bien. Hagamos una gráfica.

Seguramente ya es casi medianoche, pero Eddison asiente y abre el primer archivo, aclarándose la garganta para leer en voz alta.

—La primera víctima conocida: Darla Jean Carmichael, de dieciséis años. Asesinada en la iglesia bautista sureña Greater Glory en Holyrood, Texas, a las afueras de San Antonio, el veintitrés de marzo. Zoraida Bourret...

Mientras Eddison lee nombres y fechas, además de otros detalles que van saliendo, Vic los anota en el pizarrón, separando la información por colores. Verde para lugares y fechas, azul para los oficiales y agentes en cada caso, morado para las declaraciones de familiares, rojo para los detalles de las víctimas. Ya lo han hecho antes, tanto en este caso como en otros: ponerlo todo en una sola página con la esperanza de ver algo que se perdió entre tantos papeles.

Hay una pregunta que los instructores plantean a todos los grupos en la academia: ¿por qué es más difícil encontrar a alguien que mata con menor

frecuencia?

La respuesta tiene varias partes. Un patrón disperso es más difícil de identificar. Se pierden elementos característicos. Alguien que asesina en un frenesí se apresura y deja pistas. A un asesino en serie puede tomarle más tiempo cometer un error.

En la cabeza de Eddison, todo se remonta al control. Entre más tiempo pase entre los asesinatos, entre más control tenga de sí mismo el asesino, más probable es que tenga un plan, que sea cuidadoso. Alguien que sólo mata una vez al año no tiene prisa, no está desesperado ni joderá lo que tiene. A un hombre paciente no le preocupa que lo atrapen.

Eddison no es un hombre paciente. Ya ha esperado demasiado para decirle a Priya, para decirles a todos los familiares de las víctimas, que atraparon al bastardo que mató a las chicas. No quiere agregar otra carpeta a la pila, otro nombre a la lista.

Pero no está seguro de que haya una manera de evitarlo.

Prácticamente ya es marzo.

Su nombre es Sasha Wolfson y la ves primero a punto de estrellarse en el convertible de su tío. La capota está abajo y el fresco aire de la primavera juega con su cabello, agitándolo y lanzándolo contra su cara. Se detiene de golpe para sujetarlo, pero se ríe.

Su risa es maravillosa.

Su tío también ríe y lo sigue haciendo mientras le pasa un pañuelo para que lo amarre sobre su cabeza mientras él le explica con calma cosas como los cambios de carril, cómo incorporarse al tráfico y los puntos ciegos. Le está enseñando a manejar.

Sigues esa risa durante semanas por las lecciones de manejo, las caminatas al salir de la escuela y los fines de semana que pasa trabajando en el negocio de jardinería de su familia. Es muy buena con las flores; siempre trae algunas en el cabello. Sus padres casi siempre le dan el trabajo delicado, como entretejer largas y frágiles enredaderas en las celosías y encargarse de las plantas menos resistentes. Lo que más le gusta son los jardines de mariposas y, a veces, hace pequeñas coronas de madreselvas.

Puedes olerlas en el aire cuando pasa cerca de ti, con las pequeñas flores brillando sobre su cabello rojo.

Te enteras de que su hermana es una chica alocada. Se fue a la universidad, se tira todo lo que se le ponga enfrente y aguante. Escuchas a sus pobres padres y las llamadas de la policía a medianoche. Drogas, alcohol y accidentes de auto. Al menos tienen a Sasha.

Pero ya sabes en lo que pueden convertirse las chicas al crecer. Darla Jean era una niña buena, hasta que dejó de serlo. Zoraida se resistió a las tentaciones y ahora está a salvo de ellas, pero Leigh... Leigh Clark siempre fue una chica salvaje y el mundo está mejor sin ella. Cuando Sasha consiga su licencia, cuando pueda andar sola en un auto, quién sabe qué terminará haciendo.

No. Sus padres podrán haber fallado con la hija mayor, pero con Sasha lo hicieron bien y ella es buena. Merecen saber que Sasha siempre será una buena chica.

Ya casi llega el verano y su corona de madre selvas hoy es gruesa, entretejida con su cabello, que lleva completamente recogido y apenas logra mantenerse en equilibrio, dándole un aspecto entre elegante y despreocupado. Es una doncella de cuento de hadas y toda la naturaleza quiere complacerla. Pero ya conoces los cuentos de hadas. Sabes que llega el príncipe y la princesa deja de ser pura. Hay un beso que despierta, un beso que cura, un beso que une para siempre. Las princesas se convierten en reinas y nunca ha existido una reina que no mereciera ser devorada por el fuego.

Unos rizos rojos, oscurecidos por el sudor, se escapan de la corona y se pegan a su cuello y garganta mientras trabaja en los lechos de flores afuera de la iglesia. Se levanta y se estira para luego entrar en la iglesia oscura y tranquila por una bebida para refrescarse.

Y tú la sigues, porque ya sabes lo que les pasa a las princesas a las que no se protege del mundo.

Luego, tomas una flor de la corona deshecha y la pones en tu lengua. Bajo la descarga metálica de la sangre, alcanzas a saborear la dulzura de la madre selva.

MARZO

El clima no se está volviendo cálido, sólo cada vez es menos frío. Es la clase de cambio que no se nota, porque el frío es frío hasta que se vuelve helado o sube a fresco, así que ¿importa en verdad en qué lugar de ese rango se coloque? Pero los números insisten en que realmente es más cálido.

Con la cara metida en el cuello alto de su abrigo hasta que apenas alcanzan a verse sus ojos, mamá jura que los números mienten.

Pero yo ya me acostumbré, por el ajedrez, las caminatas y unas cuantas exploraciones con mi cámara. Sigo usando las capas suficientes para sentirme como una *matrioshka*, pero la punta de mi nariz tarda más tiempo en adormecerse. Me envuelvo con el brazo de mamá, acercándome a ella para compartirle lo más posible de mi calor.

—Recuérdame por qué estoy haciendo esto —dice con su voz ahogada por la bufanda.

—¿Porque fue tu idea?

—Qué estupidez. Tú eres más razonable, ¿por qué no me detuviste?

—Si soy más razonable, ¿por qué hago esto varias veces a la semana?

—Buen punto. Ambas somos idiotas. —Baila en su lugar mientras esperamos que el semáforo nos dé el paso y eso provoca que yo me mueva con ella—. Extraño las cosas verdes, Priya querida.

—Te ofrecí conseguirte una planta.

—Si está hecha de tela o de plástico, no es una planta. —Mira sus gruesos guantes y suspira—. Necesito tener tierra bajo las uñas otra vez.

—Conseguiremos semillas para llevarlas a Francia. —Aunque pensándolo bien...—. Una vez que revisemos y veamos que podemos llevar semillas a otros países legalmente.

—Qué ley más tonta.

—Hay especies invasoras, mamá. Es un problema muy real.

—¿Las caléndulas son un problema?

—Las caléndulas siempre son un problema.

Nos detenemos en el espacio cubierto de pasto a la mitad del estacionamiento. El pabellón sigue ahí, con la lona en uno de sus lados recogida y atada. Probablemente para que los adolescentes y veinteañeros calenturientos no puedan meterse y aprovechar la privacidad. Pero los calentadores no están y tampoco el pequeño generador al que los conectan. Es domingo por la tarde, así que no está ninguno de los veteranos.

—¿Te sientas ahí con este clima? —pregunta mamá sin poder creerlo—. Ni siquiera te gusta vestirme.

—La pijama es ropa.

—¿Para salir de la casa?

—Bueno, no, pero no es por la ropa, es por la gente.

—Ay, mi querida niña antisocial.

—No soy antisocial; soy antiestupidez.

—Yo también.

—¿Cómo puedes estar en Recursos Humanos?

—Soy buena para mentir.

No le cuento historias del ajedrez a mamá porque, aun cuando me da todo su apoyo, tiene exactamente cero interés en el juego. Cuando salgo le digo adónde voy y eso es lo más que hablamos al respecto.

Sí le he hablado de Landon, dado que continúa siguiéndome al Starbucks. Pero al menos no sale cuando yo lo hago, y eso ya es algo. Sospecho que ella le contó a Eddison sobre Landon, porque recibí un mensaje en el que me preguntaba si el azul realmente es mi color favorito o si sólo me pareció representativo, lo cual en general habría sido raro, pero luego quiso saber si todavía soy diestra. Le dije que amarillo brillante, no porque sea mi color favorito, sino porque me encantaría verlo buscando una pistola eléctrica amarillo brillante.

—Creo que ya se me congelaron los pezones y se me van a caer.

Entre risitas, levanto a mamá del pasto y nos dirijo a la entrada de la tienda.

—Anda, vamos por comida.

Después de almorzar, entramos al supermercado para comprar algunas cosas. Está considerando preparar algo para llevárselo a los de la oficina, lo

cual está bien siempre y cuando no requiera usar el horno, tazones para mezclar, tazas medidoras o refractarios.

Chavi y yo siempre fuimos cercanas a mamá. Había una línea firmemente trazada entre amiga y mamá, y si una situación se acercaba siquiera a esa línea, ella siempre elegía el lado de mamá. Pero hasta antes de esa línea, podía ser (y es) ambas. Después de lo de Chavi, o quizá especialmente después de lo de papá, la línea se movió un poco. Aún sigue ahí, trazada con la misma firmeza e imperturbable como siempre, pero hay mucho más territorio donde es amiga, hermana y buscapleitos. Creo que Vic no me cree casi nunca cuando le juro que mi mamá es la razón principal por la que tengo problemas en la escuela. Suele decirme que es su influencia, pero no ella.

Pero yo sé cómo es. Al menos siete de cada diez veces, el problema es mi mamá en la escuela, haciendo un escándalo. Yo suelo dejar pasar los insultos, pero mamá no, en especial si vienen de los maestros.

No obstante, a fin de cuentas una de mis cosas favoritas de mamá es...

—¡Dos muchachas tan lindas como ustedes deberían sonreír!

—¡Un viejo metiche como usted debería irse a la mierda!

... que no tolera las estupideces. Ni de los demás ni de sí misma. No se trata de ser una cretina, aunque puede serlo si le parece pertinente, sino de ser honesta.

Mamá es la razón principal por la que puedo decir que estoy rota y la razón por la que sé que eso está bien.

Tomamos unas Oreo, azúcar, queso crema, chispas de chocolate, nata y papel encerado, y luego decidimos que sí podemos comprar un tazón para mezclar sin sentirnos estúpidas por no buscar el que ya tenemos y luego vamos más allá y elegimos un enorme cuenco para palomitas con un diseño de líneas y puntos de colores claramente hecho por alguien en drogas. Es el cuenco más horrible que hemos tenido, y eso incluye las manualidades hechas en campamentos.

Es casi increíble.

También llevamos más leche, aunque nos vamos a arrepentir en cuanto comencemos a caminar.

Mamá se queja en todo el trayecto de vuelta, con ese tono chillón que siempre me hace reír, y dice cosas cada vez más ridículas. Creo que la primera vez que lo hizo yo tenía ocho años, estábamos en un restaurante escuchando a una monstruosa y linda pequeña haciendo un gran berrinche.

Papá hizo algún comentario sobre cómo los papás de la niña deberían controlarla mejor y mamá se soltó con los falsos lamentos hasta que papá al fin se rindió y pidió una bebida.

Su matrimonio no siempre funcionaba, pero aun cuando sí, era un misterio cómo.

El buzón, que ninguna de las dos quiso revisar el día anterior, contiene principalmente basura, pero también un enorme sobre con papeles de la escuela a la que iré en París, además de un sobre de tamaño normal de Inara. Me guardo ese en un bolsillo para leerlo después. No le he hablado a mamá de las cartas, porque probablemente se lo diría a Eddison y eso sería un fuerte empujón hacia su colapso nervioso.

Cuando dijo que un par de Mariposas destruirían el mundo para no ser destruidas, no me queda duda que Inara es una de ellas.

—Mira, Priya.

Mamá y yo nos detenemos y observamos el primer escalón. Hay un ramo de narcisos, envueltos en un papel verde primavera. Son de distintos tipos, algunos completamente amarillos, otros con el centro amarillo y pétalos blancos que se abren como un abanico. Están atados por un listón blanco envolvente cerca de la base y otro listón blanco, más suelto y transparente, forma un moño donde el ramo comienza a ensancharse. Parece que hay doce tallos, pero el ramo se ve más ancho por los botones.

No es la primera vez que aparecen flores de la nada en nuestra puerta. Tras la muerte de Chavi, nuestra entrada solía estar llena de ellas. Todos llevaban flores y comida. Como si pudiéramos comernos todo eso antes de que se echara a perder. La mayoría de las flores simplemente las tirábamos, porque aun con las pocas que conservamos, los aromas eran tan densos y contrastantes que era difícil respirar. Más difícil. Esas primeras semanas siempre era difícil respirar. El aire perfumado lo empeoraba.

Pero ya ha pasado un año. La última vez que recibimos flores sorpresa fue en Omaha, cuando alguien de la oficina de mamá se enteró de lo de Chavi. Esa persona pronto quedó convencida de no hablar de eso con nadie, especialmente con mamá y conmigo. Pero el único al que se lo he contado aquí es a Gunny, y él no sabe dónde vivo. Y además no enviaría flores, creo. Antes de eso fue en... San Diego. Esa vez también fueron narcisos.

—Espera, mamá.

Se detiene antes de tomar las flores y sus cejas se enarcan al verme sacar

mi teléfono.

—¿En serio?

—Déjame.

Se incorpora y hace un gesto con la bolsa de la leche, animándome a seguir.

Las compras están cuidadosamente colocadas en la banqueta. Me quito un guante para tomar varias fotografías antes de acuclillarme frente al ramo. Hay una tarjeta metida entre un par de tallos. O casi una tarjeta; es sólo un pequeño rectángulo de cartulina blanca mal cortado. Lo saco con la mano aún cubierta por un guante. Sólo dice «Priya». La tinta es de un azul brillante. La letra no me parece conocida, pero está ligeramente hundida en la cartulina y tiene ese brillo que suelo relacionar con las plumas baratas, de esas que consigues por tres dólares la docena porque esperas perderlas o que te las roben.

No hay ninguna etiqueta de entrega. Cuando los floristas reparten sus pedidos, suele haber alguna tarjeta o nota de la florería con las instrucciones de entrega. Así descubrimos a quien nos envió las de Omaha.

Tomo unas cuantas fotos más, sosteniendo la tarjeta frente al ramo, y luego recojo las flores y las compras. Mamá conserva un gesto confundido hasta que entramos a la cocina y puedo mostrarle la tarjeta.

Su rostro se tensa y no revela nada hasta que decide qué piensa al respecto.

—Así que él está aquí.

—Quizá —murmuro—. Ya habíamos recibido narcisos.

—Sí, en San Diego —responde, con una ceja fruncida—. Seguro recuerdas qué más pasó en San Diego.

Le lanzo una mirada de disgusto, pero ella sólo se encoge de hombros. Mamá se guarda el tacto para el trabajo y aun entonces sólo cuando es absolutamente necesario. En su vida personal ni se molesta.

—También los recibimos en Boston —le recuerdo—. Cuando conectaron a Chavi con los demás casos, recibimos varias de las flores anteriores.

—Entonces crees que es un fan de los asesinatos.

—Creo que debemos reconocer que es una posibilidad.

Mira las flores con gesto adusto mientras las echo, con todo y envoltura, al fregadero.

—¿Se lo decimos al Trío de Quántico?

—¿Hay algo que decirles? —Paso el pulgar por la orilla del teléfono, intento considerar todas las opciones. Igual que en el ajedrez, no sólo puedes pensar en tu siguiente jugada. Tienes que pensar con anticipación tres, cinco u ocho movimientos, situar cada uno dentro del contexto del juego completo —. No sabemos si significa algo.

—¿Podría ser Landon?

—Quizá. Supongo que los narcisos podrían ser una coincidencia.

—Una enorme coincidencia, ¿no?

—A tu hija la mató un asesino serial a menos de dos kilómetros de la casa.

—Cierto —suspira. Comienza a guardar las compras, tomándose un momento para pensar. Son pocas las veces en que mamá no tiene algo que decir, pero si puede pensar antes las cosas, siempre lo hace—. Dile a Eddison —dice cuando todo está guardado o acomodado junto a la estufa, listo para usarse—. El FBI tendrá que tomar cartas en el asunto, así sea un acosador o un asesino. Si están aquí desde el principio, mucho mejor.

Me acerco a ella, usando su hombro como almohada, y espero.

—Si es él —continúa—, si de verdad volvió a encontrarte... Dejarlo sin resolver cuando no está en nuestras manos es algo distinto.

—¿Qué te hace pensar que ahora está en nuestras manos?

—No creo que lo esté, no todavía, pero si es él, esta es nuestra oportunidad. Tendremos más posibilidades de lograrlo si el FBI está involucrado. Parcialmente involucrado —se corrige—. Estoy segura de que no necesitan saberlo todo.

Eso es porque lo que mamá entiende por resolución es ver al bastardo que mató a Chavi muerto a sus pies. Para mí por lo general es escuchar las palabras «estás arrestado», seguidas de la advertencia Miranda.

Por lo general.

Conocer en algún nivel los otros casos fue inevitable, en parte por las preguntas que el FBI nos hizo sobre Chavi y en parte porque los medios parecían convencidos de que debíamos saberlo. Por un tiempo, no quisimos saber más.

Luego pasó lo de San Diego.

Supongo que pudimos haber permanecido en la ignorancia, pero en ese punto, parecía no sólo algo estúpido sino activamente peligroso. Mamá y yo investigamos los otros asesinatos, separando cuidadosamente la verdad de las

teorías de los detectives de sofá y los fans.

No es que les escondiéramos a los agentes lo que sabíamos, más bien... bueno. Siempre fueron muy cuidadosos durante los interrogatorios para no cargarnos con el peso de las otras muertes. Chavi era nuestra carga, pero es fácil que en un caso serial sientas que tienes que llevar en el corazón a todas las víctimas. Es fácil sentirte culpable por las muertes que vienen después de la de tu ser querido (cuando el asesinato de Chavi salió en las noticias nacionales, recibimos tarjetas de las familias de Zoraida Bourret, Mandy Perkins y Kiersten Knowles), y además tienes una sensación, irracional pero fuerte, de «¿por qué no pude dar la información para atraparlo?». No es tanto un «¿qué hice para que mi hermana/hija fuera asesinada?» como un «¿qué hice mal, que no lo detuvieron?».

La culpa no necesita tener sentido, sólo está ahí.

Yo cargo con los nombres de esas otras víctimas, pero no es por culpa. Generalmente es por pena y por rabia. Nuestros agentes intentaron protegernos de las heridas extra que generan los casos seriales, pero no es su culpa que seamos personas rotas que no siempre reaccionan como se espera.

—¿Cómo lo vas a contar? —pregunta mamá.

—No importa realmente qué tipo de flores son; lo problemático es que quien las haya traído sabe dónde vivimos.

—O sea que les vas a decir la verdad. Qué innovador.

Sólo mamá consideraría que revelar una parte de la información disponible cuenta como decir la verdad.

Busco la foto más clara con las flores y la tarjeta, y se la envío a Eddison con un «Esto estaba en la puerta cuando regresamos de un mandado».

Como no me responde inmediatamente, mamá y yo vamos a cambiarnos de ropa y volvemos a la cocina para comenzar a hacer las trufas de Oreo. Una hora después, cuando ya estamos en el sofá y esperamos a que las cosas se enfríen lo suficiente para el siguiente paso, mi ringtone especial para Eddison comienza a sonar. «Bad Reputation», de Joan Jett; me pareció adecuado.

—Ey.

—¿Son narcisos? —pregunta, aparentemente sin aliento.

Le lanzo una mirada a mamá y pongo la llamada en altavoz.

—Sí, lo son. ¿Eso es importante?

—Quizá.

—Estás jadeando.

—Estaba corriendo. ¿Alguien te ha enviado narcisos antes?

Habla con su tono de agente, ese que dice que lo deje hacer las preguntas antes de pedir explicaciones. No siempre me gusta ese tono, pero entiendo por qué es importante.

—En San Diego y Boston.

—¿Recibiste otras flores en San Diego?

Mamá y yo nos miramos.

—Sí. Pero no recuerdo qué eran.

Mamá eleva las cejas, pero no me contradice. Nunca antes le he mentado abiertamente a Eddison; creo que no me gusta.

—¿Se lo habrás escrito a Chavi?

—Sí, pero tendría que buscar en los diarios para ver en cuál está.

—Cuando puedas hazlo, por favor. ¿Y no había una nota de entrega?

—Sólo el pedazo de cartulina. No me quité el guante —agrego.

—Voy a mandar a alguien de la oficina de Denver a recoger las flores, sólo por si acaso. No las tiraron, ¿verdad?

—No, están en el fregadero.

—¿El fregadero está mojado?

—Por favor —dice mamá, resoplando—. Como si laváramos los trastes.

Eddison hace una breve pausa, y creo que considera si debe responder a eso o no. No lo hace; probablemente esa es la decisión correcta.

—¿Cuánto tiempo crees que te tome encontrar el diario?

—No sé. Tenemos cajas y cajas de diarios, y no tienen ningún orden.

—¿Por alguna razón en particular?

—Chavi y yo los leíamos de vez en vez, así que los volvíamos a guardar sin mucha atención. Había algunos que nos gustaba mantener cerca. Aún lo hago.

Pobre hombre compulsivo, creo que ya lo he destrozado, a juzgar por el largo silencio. He visto su escritorio, también los de Mercedes y Vic, y aunque las cajas no son precisamente la locura que tiene Mercedes, sin duda se acercan—. Intenta encontrarlo rápido —dice al fin—. Si puedes enviarme con el agente una lista de las flores que recibiste antes, sería de gran ayuda. Si no, comunícate conmigo en cuanto puedas.

—¿Ya nos vas a decir de qué se trata esto?

—Hace cinco años dijeron que no querían saber sobre los otros casos. ¿Eso sigue en pie?

Mamá me rodea un tobillo con la mano, apretándome con demasiada fuerza. No le digo que me suelte.

No sé por qué lo dudo, pero me preocupa que decirle un poco se convierta en decírselo todo, y hay cosas que él realmente no necesita saber. Hay cosas que mamá y yo debemos resolver, planes que debemos hacer, y creímos que tendríamos más tiempo.

Esperábamos que algo pasara, quizá lo deseábamos, pero no que fuera tan pronto después de la mudanza.

—Déjame hablar con Vic —dice Eddison cuando paso demasiado tiempo en silencio—. De todos modos debe enterarse de esta nueva información. Piénsenlo y avísenme cuando estén listas. Si deciden que quieren saber, lo haremos en persona. Eso no es negociable.

—Entendido —susurro, actuando como la niñita asustada que debería ser. O que sería, quizá, si fuera un poco más inteligente.

—En cuanto tenga el nombre del agente que irá para allá, te mandaré un mensaje. Pídanle que les muestre su identificación. Y encuentra ese diario.

—En San Diego, pensamos que fue un chico —le digo, y odio lo pequeña que suena mi voz—. Le ayudaba con las clases a alguien y estaba un poco enamorado de mí; pensamos que estaba siendo dulcemente acosador. Él dijo que no lo hizo, pero no creímos que pudiera ser alguien más; dejaron de llegar cuando nos mudamos. No pensamos que fuera algo importante o que tuviera conexión o...

—Priya, no te estoy acusando de nada. —Su voz es suave y está cargada de una amabilidad que él juraría que no tiene—. No tenías ninguna razón para saber que podía significar algo. Pero me alegra que me hayas contado esto. Debo llamar a Vic y a la oficina de Denver. Te enviaré el nombre, ¿de acuerdo? ¿Te hablo más tarde?

—De acuerdo. Sí.

La llamada termina y por un momento mamá y yo nos quedamos en el sofá, observando el teléfono mientras Leonardo DiCaprio se ahoga en la televisión. De pronto, mamá sacude la cabeza y un mechón de cabello se suelta de la trenza, enmarcando su rostro.

—Es hora de tomar una decisión, Priya querida. Mientras tanto, traigamos esas cajas y comencemos a organizarlas. Necesitarán las fechas de entrega cuando menos, si es que no nos piden copias del diario.

—¿Qué crees que debería hacer?

Mamá se queda callada por un largo rato. Luego se levanta del sofá, me jala con ella y me abraza con tanta fuerza que nos balanceamos para tratar de respirar.

—Jamás tomaría esa decisión por ti. Eres mi hija y siempre seré tu apoyo y te daré consejos, pero no puedo decirte qué hacer. No así. Eres una persona independiente y debes tomar una decisión con la que puedas vivir.

—Creo que necesitamos saber exactamente qué es esto antes de decidir. Las flores podrían ser muchas otras cosas.

—Entonces esperemos. —Me da un beso en la mejilla, casi junto a la oreja—. Reuniremos toda la información que podamos y luego tomaremos una decisión.

Hay toda clase de acosadores; el hecho de que yo tenga algo así como la esperanza de que este sea un asesino me perturba en tantos niveles.

Puede sentir los ojos de Vic sobre él, serios, preocupados, pensativos y sólo ligeramente entretenidos. Sin importar lo grave que sea la situación, Vic siempre parece divertirse con el ir y venir ansioso de Eddison.

Pero claro, Vic nunca ha visto cómo él mismo se queda completamente inmóvil cuando un dato importante se acomoda en su lugar, o casi. Vic se queda inmóvil, Eddison deambula.

Ramírez golpetea su pluma contra la mesa con un tamborileo frenético que retumba directo en el cerebro de Eddison.

Al llegar a la pared se voltea con violencia y ve cómo Ramírez hace un gesto de susto y acomoda cuidadosamente la pluma junto a su libreta. Más tarde, Eddison se sentirá mal por la cara que debe haber tenido. Puede que hasta se disculpe. Por ahora, agradece ya no escuchar ese sonido.

Están en la sala de juntas, a la espera de noticias de la oficina de Denver. Eddison aún está vestido con la camiseta manchada de sudor, y pants; su impermeable descansa sobre el respaldo de la silla. Vic trae jeans, más casual de lo normal, pero se cambió la camisa de franela manchada de pintura por una polo limpia en cuanto llegó a la oficina. Ramírez...

Mierda. Eddison sin duda se sentirá muy mal por ella más tarde, porque claramente estaba en una cita, aunque Vic la haya buscado a media tarde. Debe haberse rizado el cabello, porque puede ver cómo sus ondas naturales luchan contra los rizos definidos, y trae un vestido y esa clase de tacones que

no lleva a la oficina ni en los días en que sólo revisa papeles y contesta el teléfono. Pero ella no se ha quejado, no ha mencionado ni una sola vez el haber tenido que cancelar su cita a la mitad por lo que podría ser una exageración de Eddison.

Ojalá sea una exageración.

La consola telefónica al centro de la mesa suelta un sonido chillón, y Vic se lanza contra el botón del altavoz.

—Hanoverian.

—Vic, habla Finney. Están bien. Un poco aturdidas, quizá algo enojadas si no me equivoco, pero están bien.

Los tres exhalan al mismo tiempo. Claro que están bien. Aún no es una amenaza, sólo una posibilidad.

Y no es de sorprenderse que, habiendo tenido tiempo para pensar en ello, una o las dos Sravasti puedan estar enojadas.

—¿Cómo viste las cosas? —pregunta Vic un poco después. Es él quien de hecho conoce a Finney, el cual por cierto es su excompañero. Eddison no se había dado cuenta, pero en cuanto las Sravasti supieron que se mudarían a Huntington, Vic puso al tanto del caso a Takashi Finnegan, sólo para que hubiera alguien más o menos cerca que las ayudara si llegara a ser necesario.

Claramente, nadie esperaba que lo fuera.

—La tarjeta no tiene huellas. Lo mismo con el exterior del papel —informa el agente—. Ahora le toca al laboratorio deshacer el ramo y averiguar más. Desafortunadamente, las flores pudieron haber salido de cualquier lugar: florería, tienda, jardín, otra ciudad, quién sabe. Hay una fotografía de sus diarios en tu e-mail.

Ramírez toma su laptop y la gira hacia Vic para que entre en su cuenta. Eddison rodea la mesa para asomarse.

—Carajo, no era broma —masculla cuando la fotografía termina de cargarse.

Está seguro de que nunca en su vida había visto tantas libretas en un mismo lugar.

—Y esos son sólo los suyos —comenta Finney, y hasta Vic ahoga un pequeño grito al escuchar eso—. Los de la hermana están apilados a un lado.

—O sea que no tienes la lista de las otras flores que recibió —aventura Vic.

—No, pero va a ordenar sus diarios. No sé cómo. Cada libreta es diferente

y no vi ninguna etiqueta. Tampoco fechas, salvo por el inicio de cada año.

—¿No de cada libreta?

—Cada año.

—¿Podemos poner una cámara en su puerta principal? —pregunta Ramírez. Sus dedos van hacia la pluma, pero luego ve a Eddison y se lleva la mano al regazo.

—La señora Sravasti lo solicitará. Su compañía es la dueña de la casa y la usa como residencia temporal, así que necesita pedir permiso para hacer cambios. Mientras tanto, tienen un sistema de alarmas básico en puertas y ventanas y comenzarán a usarlo.

—¿Comenzarán? —repite Vic con el ceño fruncido.

—Es un área con pocos delitos; la mayoría de las personas se sienten bastante seguras cerrando bien las puertas. Uno de mis agentes vive en Huntington, lo presentaré con las Sravasti para que les eche un ojo. Si les aprueban la cámara, él podrá ayudarlas con la instalación.

Vic tose, cubriéndose la boca con la mano.

—Cuidado con la forma en que le hagas esa oferta a Deshani.

—Ya lo hice —responde Finney con una risilla—. Archer trabajó como asesor en electrónica durante la universidad; puede instalar cosas antes de que la mayoría terminen de leer las instrucciones. Tú mismo me dijiste que las Sravasti han pasado por lo peor y siguen de pie. No voy a asumir que son incapaces de lidiar con esto. —Al otro lado de la línea, los agentes de Quántico alcanzan a escuchar el sonido de un teclado y el timbre de una computadora que anuncia correos nuevos—. La próxima vez que vaya al ajedrez, Priya intentará tomarle una foto al tipo que la ha estado incomodando. La revisaremos en cuanto nos la mande. Con suerte podremos conseguir su apellido y algunos datos sobre él.

—¿Buscarán si ha andado por San Diego? —pregunta Vic sin emoción, y Finney se ríe discretamente.

—Exactamente. Tus chicas piensan con la cabeza fría; estoy impresionado.

Vic sonrío y niega con la cabeza.

—No comenzarían un incendio, pero bailarían alrededor del fuego para calentarse.

—Deshani sí comenzaría un incendio —lo corrigen Eddison y Ramírez al unísono.

La indignación de su compañero es opacada por otra risilla que sale del altavoz.

—Esa impresión me dio, ¿saben? Es una mujer aterradora, y lo sabe.

Eddison se frota la cara con las manos y al fin se sienta. La piel le pica por los salados e irritantes ríos secos de sudor tras el ejercicio.

—Hay algo más que deben saber —dice Finney con tono más serio.

—Esa frase nunca ha precedido a nada bueno —gruñe Vic.

—Claro que no; por eso la advertencia. —En el altavoz se puede escuchar el movimiento de unos papeles.

—Escupe, Finney.

—Pude echar a andar las cosas hoy porque es domingo y no pedí permiso, pero me irá mal por esto, y nos encontraremos con algunos obstáculos más adelante.

—¿Por qué?

—¿Mencioné que desde hace unos meses tenemos una nueva jefa de sección?

—¿Y eso qué...?

—Es Martha Ward.

—Mierda.

Eddison y Ramírez miran fijamente a su compañero y superior. Es raro escuchar a Vic maldecir, incluso en el trabajo; dejó de hacerlo casi por completo cuando sus hijas tuvieron la edad suficiente para repetir de forma inocente las palabras interesantes.

—Bueno —dice Vic con un suspiro—. Hablaré con nuestro jefe para ver si puede ayudarnos con esto.

—¿Crees que eso servirá de algo?

Vic lo piensa.

—Te mantendré informado —agrega Finney—. Buena suerte.

La llamada termina y los tres se quedan por un rato en un extraño silencio. Al final, Ramírez toma su pluma y hace unos complicados movimientos que de algún modo terminan con su cabello recogido y casi perfectamente sostenido atrás de su cabeza, con la tapa de la pluma asomando como si fuera un adorno.

—¿Martha Ward? —pregunta con delicadeza.

Vic asiente.

—Y... ¿por qué es eso un obstáculo? Su reputación dice que es bastante

ruda.

—Necia —la corrige Vic—. Martha Ward es una necia para la cual la elaboración de perfiles es una religión y se niega a aceptar cualquier otra opción. El patrón es lo más importante.

Es Eddison quien une los puntos, mascullando maldiciones hasta que Ramírez le lanza un marcador.

—Nuestro asesino nunca le ha enviado flores a una chica antes de matarla; que Priya las haya recibido es una desviación del patrón. Ward no se va a convencer fácilmente de que se trata de nuestro asesino.

Vic asiente de nuevo, con expresión lúgubre.

—Hace catorce años, Finney y yo buscábamos a unos niños perdidos en Minnesota. De diferentes edades, niños y niñas, pero todos tenían cabello y ojos cafés y piel clara. Sólo se había encontrado a tres.

—¿Muertos?

—Envueltos en plástico grueso, cobijas y parcialmente enterrados. Estaban acurrucados de lado, como si durmieran, y tenían pequeños animales de peluche con ellos.

—¿Culpa? —pregunta Ramírez.

—Eso pensamos. Nuestra teoría inicial, dado que todos los niños se parecían y aparentemente los tuvieron secuestrados por un tiempo, era que el criminal intentaba crear una familia. Ese tipo de perfil suele ser más femenino, pero no lo suficiente para hacer suposiciones.

—¿Ward insistió en ponerle género al perfil?

—No exactamente; estaba en un caso completamente distinto, más o menos en la misma área. Mujeres treintañeras de piel clara y cabello oscuro estaban desapareciendo, una a la vez, para reaparecer muertas en o cerca de construcciones.

—Estaban conectados, ¿verdad? Sin duda estaban conectados.

Pese a todo lo que ha vivido, Ramírez sigue siendo optimista. Eddison no.

—Ward no quiso investigar la posibilidad —aventura, sin miedo a equivocarse—. ¿Tuvieron que pasar por encima de ella?

—No tuvimos otra opción. —Reacomodándose en la silla acojinada, Vic frunce el ceño ante el recuerdo—. Insistía en que los casos no tenían nada que ver entre sí. Nuestro sujeto era obviamente mujer, mientras el suyo era hombre; niños contra mujeres adultas, causas de muerte y rituales *post mortem* completamente distintos.

—Las muertes de los niños fueron accidentales, pero a las mujeres las estaba poniendo a prueba, ¿no? —Ramírez suspira al ver a Vic asentir—. Y la mejor manera para encontrarlo era investigar esa relación.

—Mientras discutíamos con Ward, se dio aviso de otra mujer muerta y la desaparición de una más. Otros dos niños fueron secuestrados, y se encontró a uno distinto. Finney y yo fuimos con los altos mandos, conseguimos la aprobación para quitarle el caso a Ward y lo resolvimos. Lo que no tuvimos en cuenta fue que el jefe de nuestra jefa era buen amigo de Ward. Cuando la pusieron a hacer trabajo de oficina mientras esperaba sanción, él decidió darle un ascenso. Finney fue transferido a Denver y tres días después Eddison salió de la academia con mala cara y mi nombre en sus papeles.

Eddison se niega a darle a Vic la satisfacción de verlo ruborizarse.

—¿Estás diciendo que fui tu castigo?

—Para nada; ya te habían asignado con nosotros. Que transfirieran a Finney fue el castigo. Ward tiene mucha destreza política y buenas conexiones, así que ha seguido avanzando, pero si puede fastidiarnos, lo hará. Es muy mala suerte que Finney la tenga como jefa de sección.

—Sería capaz de castigar a Priya sólo para complicarte las cosas.

—La verdad es que Priya no le importará ni un poco; Ward tiene la empatía de un pez muerto.

Ramírez inclina la cabeza hacia un lado.

—Ward contra Deshani: ¿quién ganará?

Vic lo piensa un momento con gesto sorprendido, y luego se estremece.

Cualquier cosa que pueda hacer que Victor Hanoverian se ponga nervioso es algo que Eddison no quiere ver jamás.

La pila de carpetas multicolor está sobre la mesa, cerca de la laptop de Ramírez, lista para recibir nuevas notas. Junto a ella espera una carpeta vacía. Muy pronto tendrá un nombre en la etiqueta, probablemente con la letra de Vic porque la de Ramírez es demasiado exquisita para las etiquetas y para descifrar a Eddison hay que tener tiempo.

«PRIYA SRAVASTI».

Se pregunta si será accidental que la carpeta sea azul.

Ninguna es roja, pero la de Chavi es amarillo brillante y eso lo hace pensar en la pistola eléctrica y en si Priya se la pidió de ese color para molestarlo, o no. Presiona las palmas de las manos contra sus ojos como si eso pudiera detener sus pensamientos. Aunque sea sólo para respirar, porque

aunque dejó de correr hace horas, aún siente que sigue jadeando.

Cuando se retira las manos y levanta la vista, se encuentra con la mirada de Vic.

—Nos aseguraremos de que tu agenda sea flexible.

—¿Cómo le digo que la gente encargada de protegerla está siendo obstaculizada por cuestiones políticas?

—Supongo que justo así.

—Se pondrá furiosa.

—Qué bueno. Si ella y Deshani se enojan lo suficiente, quizá puedan llevar el caso hasta el jefe de Ward.

Aún puede recordar la primera vez que vio a Priya, lo aliviado que se sintió ante la rabia de esa chica, porque significaba que probablemente ella no lloraría. Eddison dejó de llevarse bien con las chicas que lloran la primera vez que tuvo que tratar con una que no era Faith. Pero ya han pasado cinco años desde que se conocieron, y aunque la Priya furiosa es sin duda un gran espectáculo, no quiere que esa furia se enfoque. Sabe lo que implica para ella pasar de la molestia (su actitud por defecto) a la rabia (agotamiento). Sabe lo mal que se pone después de esa rabia, lo frágil que la deja y lo mucho que eso puede durar.

Le prometió que nunca le mentiría, ni siquiera para hacerla sentir mejor, y ella dijo que no quería saber nada sobre las otras chicas, pero en algún momento cumplir esa petición comenzó a sentirse como una mentira. Dos años atrás comenzó a sentirse como una mentira, pero él mantuvo su silencio, porque Priya no quería saber y él no quería asustarla, en especial porque un poco de esa rabia había comenzado a dispersarse.

Los mocasines desgastados de Vic le dan unos golpecitos en el tobillo.

—Estará bien. Siempre lo logra.

Pero Eddison sabe mejor que Vic por lo que pasa Priya cuando intenta entender todo esto, cuando intenta acomodar el asesinato de su hermana en una imagen panorámica. Vic ya tiene mucho de qué preocuparse, y Eddison no tiene suficiente, por eso les ha guardado ese secreto a Priya y a Deshani y nunca ha mencionado los atracones de comida que dejan a la chica hundida en sudores y vómitos en el suelo del baño porque su hermana ya no está, no está, y eso es algo que nunca tendrá sentido.

Cuando raptaron a Faith él comenzó a fumar, no para contrariar la advertencia del ministerio de salud, sino por eso mismo, porque sabía que era

algo que lo mataría lentamente y eso tenía más sentido. No intentó dejarlo hasta un par de años después de trabajar para Vic, y no lo dejó realmente hasta que Priya arrugó la nariz y le dijo que olía peor que el vestidor de hombres de su escuela.

Mientras le preguntaba cómo sabía a qué huele el vestidor de hombres, se olvidó de terminar el cigarro. A veces aún sigue ahí el gesto, la necesidad, a veces incluso el cigarro, pero no es igual que antes. Quizá fue por Priya. Más probablemente, porque cuando vio ese impulso en alguien más, ya no le dio el mismo consuelo. O sea que sí, por Priya.

Ahora es Ramírez quien lo pateo, suavemente, porque la punta de sus enormes tacones golpea terriblemente si lo hace con fuerza, y asiente. La pluma se mueve, pero su cabello no se suelta.

—No importa cuántas veces se quiebren, siempre vuelven a estar de pie. Deshani juntará los pedazos si Priya se desmorona.

¿Qué fue lo que le dijo Vic a Eddison en noviembre? ¿Que algunas personas se quedan rotas, pero otras vuelven a rearmarse dejando las partes afiladas hacia afuera?

Lo dijo refiriéndose a Inara, pero aplica igual.

Respira profundamente, saca su teléfono del bolsillo del impermeable y abre la cadena de mensajes con Priya.

«Nada de oreos, ¿de acuerdo? ¿Lo intentarás?».

En menos de un minuto, recibe un «Las machacamos todas para hacer trufas. ¿Mejor/peor? Y lo intentaré».

No debería sorprenderle que su teléfono vuelva a sonar un minuto después, ahora con el número de Deshani.

«Estaré atenta; no hay comida en su cuarto, así que la escucharé en las escaleras si va a buscar algo».

Y así lo hará, porque probablemente pasará la noche sentada en el suelo de su habitación con la espalda contra la puerta, esperando escuchar el crujido de las escaleras o algún movimiento sobre la alfombra. Deshani es quizá lo que Dios tenía en mente al hacer a las madres tan ferozmente protectoras.

—En Colorado es ilegal que alguien de menos de dieciocho años tenga o use un arma paralizadora —dice al fin Eddison, y sus compañeros lo miran con el gesto inquieto que viene de desconfiar sobre el rumbo de la conversación—. Ya tiene un gas pimienta, entonces ¿qué es lo mejor que

podemos darle?

—¿Un bate de beisbol? —sugiere Ramírez.

Vic se aprieta el puente de la nariz con dos dedos y niega lentamente con la cabeza.

Su nombre es Libba Laughran y la primera vez que la ves, su vestido de graduación con vuelos está lo suficientemente levantado para mostrar los hombros del chico que tiene la cabeza metida entre sus muslos. Está sentada sobre el toldo de un coche, con una mano sosteniéndose la falda y la otra en el cabello de él; sus gritos ahogados llenan la noche como si no estuvieran al aire libre, como si nadie pudiera escucharlos y venir a investigar.

Su vestido es de un rosa tan brillante que casi centellea en la oscuridad, pero en la muñeca de la mano que tiene en la cabeza del chico puedes ver un corsage con un clavel blanco, los bordes de los pétalos de un rojo profundo como si los hubieran sumergido en sangre.

La ves de la mano de él en la iglesia, sus cuerpos mantienen una distancia adecuada, pero sus manos siempre se buscan cuando el otro se aleja un poco. Los ves en el cine y cuando caminan hacia y de regreso de la escuela.

Los ves coger en la hamaca del patio trasero de la casa de ella y reír cada vez que casi se caen.

Se aman, piensas, lo más que puede amar alguien tan joven. Se hablan con susurros, terminan así cada conversación y llamada telefónica. Ninguno de los dos parece notar la presencia de nadie más.

Eso quizá significa algo, pero no la salvará. Esto no es algo que hacen las chicas buenas, sin importar cuán enamoradas estén. No es respetuoso, no está bien. Es joven, así que es comprensible, pero no puedes dejarlo pasar. No puedes permitir que sus amigas piensen que es permisible, aceptable.

No es hasta que los sorprenden (su madre vuelve a casa horas antes de lo esperado, cuando aún están desnudos y uno sobre el otro en el patio) que te das cuenta de lo joven que es.

Tiene catorce años y ya es una zorra.

Su madre lloriquea mientras persigue al chico semidesnudo por el patio hasta sacarlo de su propiedad, ignorando el llanto de su hija detrás de ella. Te recargas contra el exterior de la cerca y escuchas el sermón de la madre,

todas las formas en que ella y su esposo no le enseñaron eso a su hija.

No te sorprende cuando Libba se escapa de casa esa noche para ir con su amado.

No te sorprende cuando lucha contra ti, porque claramente es una chica que va por lo que quiere, y lo que quiere es a ese chico, quiere seguir viva.

Pero no puedes permitirlo.

Tal vez ese chico la trata bien, pero ella es demasiado joven para saber de lo que son capaces los hombres, por eso tú tendrás que mostrárselo.

Debes enseñarle lo único que será para los hombres cuando deja de ser una buena chica. Después de todo, no es algo que pueda recuperar.

Estás por dejarla ahí, en el suelo de la iglesia, pero sólo tiene catorce años. La envuelves entonces con su ropa hecha jirones, que bastan para cubrir las partes importantes, y acomodas los claveles sobre la tela.

Blancos, y con los bordes de un rojo que corre por las venas de los pétalos hacia el corazón.

Lo recordaste.

Mamá me manda a acostarme cerca de la una. Me siento en la cama, con las sombras bailando en las paredes por el parpadeo de la luz de la vela eléctrica frente a la fotografía de Chavi. Es la misma que tenemos abajo, aunque este marco está hecho de cristales de colores y escobillas de metal. Es la misma corona de crisantemos de seda amarilla.

Mi diario actual está en el cajón del buró con una pluma enganchada a la portada. Está decorado con lo que es, a decir verdad, un collage bastante perturbador de maltratados bustos de piedra de presidentes; salvo una, todas son fotografías de la excursión que hicimos mamá y yo con Eddison cuando vivíamos en Washington. La excepción es diminuta y casi invisible en el espacio entre Kennedy y Taft, una pequeña lagartija azul con un letrero gris en la boca con números romanos. Esa lagartija aparece en alguna parte en todos mis diarios. A veces en la parte exterior de la portada, a veces en el interior, a veces metida en el margen de una de las páginas.

Será fácil ordenar los diarios de Chavi, porque ella era más consistente. En la esquina inferior derecha de la parte interna de la tapa siempre había un dibujo de mí, sosteniendo una fecha. Podía ser la representación de un calendario diario, uno mensual con un día marcado, o un dibujo que

representara algún día festivo. Cada cuaderno comenzaba con el siguiente día del año. Lo único que se necesita para ponerlos en orden es revisar el interior de la portada y ver el calendario.

Chavi estaba por llegar a agosto.

Nunca me voy a dormir.

Espero hasta que mamá esté, probablemente (ojalá), dormida al otro lado del pasillo, y bajo las escaleras discretamente. Hay un escalón a tres cuartas partes del camino que rechina a no ser que lo pises a la izquierda del centro, pero en el siguiente debes hacerlo a la derecha o ese hará más ruido. Me agarro del pasamanos para saltarme ambos.

La vela frente a Chavi no da luz. La última en irse a la cama la apaga para no incendiar la casa por accidente. Quiero, tal vez necesito, encenderla. Pero no lo hago. Hay suficiente luz colándose por el cristal de la puerta principal para que se alcance a ver la fotografía, aunque no claramente. La luz de la calle, pálida y algo amarillenta, se refleja por las paredes y un costado de la escalera; llega hacia el techo del pasillo para desviarse en ángulos extraños que siguen los del pasamanos del descanso.

Afuera pasa un auto que provoca un cambio en la luz, y por un segundo antes de que pueda cerrar los ojos, las sombras dan la sensación de que algo cuelga del pasamanos.

El corazón me late a toda velocidad, y agacho la cabeza mientras avanzo por el pasillo hacia la sala. Algo me roza el hombro y me sobresalta, pero luego me digo que soy una idiota total al darme cuenta de que sólo fue mi cabello. Revisamos cada centímetro de la casa y luego pusimos la alarma. No hay nadie aquí además de mamá y yo. Puedo hacer una lista de las razones por las que está bien estar tan nerviosa. Puedo nombrarlas, y se supone que eso ayuda, pero en algún punto entre preguntarme quién murió y si alguien vigila la casa, aparece un recuerdo que esta noche está demasiado presente.

Cuando mi papá se colgó del pasamanos en la casa de St. Louis dos días antes del primer aniversario de la muerte de Chavi, sus pies no rozaron mi hombro. No me acerqué lo suficiente para averiguar si eso sería posible.

Volví caminando de la escuela, abrí la puerta, y antes de poder inclinarme para besar la fotografía de Chavi, lo vi. Me detuve y levanté la mirada, pero él llevaba ahí quizá un par de horas. Definitivamente estaba muerto. No necesité tocarlo para saber. Había comprado la cuerda unas semanas atrás para colgar la hamaca, pero la hamaca jamás se colgó.

No grité.

Aún no sé bien por qué, pero recuerdo estar ahí, viendo a mi padre muerto, y sólo me sentía... cansada. Adormecida, quizá.

Salí de la casa, cerré la puerta, llamé a mamá y escuché cómo usaba su teléfono del trabajo para llamar a la policía mientras corría a casa, conmigo. Llegó antes que los policías, pero no entró a ver. Simplemente nos quedamos juntas en las escaleras de la entrada hasta que llegaron los oficiales, seguidos de la ambulancia que probablemente es parte del protocolo, pero que era más que innecesaria.

Yo aún tenía el correo en las manos, con todo y los coloridos sobres que contenían mis tarjetas de cumpleaños del Trío de Quántico. Habían llegado justo a tiempo.

Esa noche nos quedamos en un hotel, y acabábamos de acostarnos, sabiendo que no dormiríamos, cuando se escuchó un toquido en la puerta. Era Vic, con camisetas de manga larga del FBI y pants de lana en una bolsa, artículos de aseo personal en otra, y medio galón de helado.

Para ese momento llevaba casi un año de conocer a Vic y ya lo respetaba, pero lo que me hizo quererlo un poco fue que no me dijo feliz cumpleaños. Ni siquiera lo mencionó, y tampoco las tarjetas. Aunque claramente fue un suicidio, vino desde Missouri para hablar con nosotras, para asegurarse de que estuviéramos bien, y en ningún momento nos preguntó cómo nos sentíamos.

Eran casi las tres de la mañana cuando se fue a buscar su propia habitación, pero antes sacó una cosa más de la bolsa y me la entregó. Estaba envuelta con desgano en una bolsa de papel café, pero al abrirla cuando se fue, la cama se llenó de oreos, doce bolsas para sándwich cerradas con tres galletas cada una, y una fecha en cada bolsa con la letra de Eddison.

Reconocer la necesidad y racionar el impulso.

Ese también fue el día que sentí un poco de amor por Eddison, como familia, como amigo. Porque las Oreo reconocían que no estaba bien, y las raciones me decían que lo estaría.

No hay fotografías de papá a la vista, no como las de Chavi, que sigue con nosotras. Que Chavi no haya decidido irse lo explica en parte, pero más que eso... si papá necesitaba irse, aun si pensó que el suicidio era lo único que lo haría sentir mejor, mamá lo hubiera entendido. Aunque su matrimonio a veces funcionaba y a veces no, sí permitía la comprensión, al menos.

Pero papá se mató de una manera en la que era seguro que sería yo quien lo encontrara. Apenas llevábamos unos meses en St. Louis, y yo había decidido no entrar a ningún club ni a nada que me hiciera quedarme tarde en la escuela. Mamá no volvía a casa del trabajo hasta casi la noche, así que, salvo una excepción catastrófica, no había manera de que no fuera yo la primera en verlo.

Mamá podría haber perdonado casi cualquier cosa y entregarse al duelo, pero nunca lo perdonó por hacer que yo lo encontrara.

Honestamente no creo que lo haya pensado. No creo que haya podido pensarlo en ese punto. Probablemente sólo podía pensar que no le servirían los árboles del patio trasero porque un vecino podría verlo y bajarlo antes de que estuviera muerto, salvándolo cuando él creía que ya no había nada que salvar. En el fondo de mi corazón, creo firmemente que estaba tan concentrado en asegurarse de que no lo encontraran que no se le ocurrió que en algún momento pasaría.

Pero eso nunca le ha importado a mamá.

No quemamos sus fotografías, simplemente no están afuera. Están cuidadosamente guardadas, preservadas, porque quizá algún día yo las quiera aunque mamá nunca vuelva a verlas.

Al día siguiente llamamos a su familia. Cuando nos fuimos de Londres, mamá y papá cortaron todos los lazos con sus parientes. O quizá se fueron de Londres porque habían cortado todos los lazos. Nunca he sabido bien qué pasó, sólo que a ninguno de los dos les gustaba hablar sobre eso, así que ya no sé cuántos primos tengo. Dejaron a su familia, su religión y quizá su fe de alguna manera, y la primera vez que hablamos con mis abuelos desde que nos fuimos fue para decirles que habían asesinado a Chavi.

Ellos culparon a mis padres por apartarnos, por traernos a Estados Unidos, la tierra de las armas y la violencia, y de algún modo no les importó que la hubieran matado con un cuchillo en un vecindario mucho más seguro que en el que vivíamos en Londres; la culpa era de mis padres por haberse ido.

No volvimos a hablar con ellos en un año, y cuando lo hicimos fue para decirles lo de papá, y de nuevo de algún modo era culpa nuestra. Si mamá no lo hubiera separado de su familia, él habría tenido el apoyo que necesitaba. Si mamá no fuera una hereje, él habría tenido el consuelo que necesitaba. Mamá colgó antes de que la madre de mi papá pudiera seguir. Necesitaban saber cómo murió, y se los dijo, pero eso era todo lo que estaba dispuesta a hacer.

En teoría tenemos una enorme familia, pero en realidad sólo somos mamá y yo y lo que conservamos de Chavi.

Como las poco más de doscientas libretas llenas de su letra grande y redonda, que tenemos apiladas en una esquina de la sala como si fueran una montaña desmoronándose.

Si no puedo dormir, debería hacer algo productivo y revisar mis diarios, encontrar los de San Diego, pero no puedo hacerlo sin encender la luz. Es demasiado tarde (o demasiado temprano) para una luz tan intensa, y no hay una conexión lo suficientemente cerca de la pila de libretas para acercar la luz de la mesa.

Voy a la cocina y enciendo la suave y discreta luz sobre la estufa, y ahí están las bolsas de chispas de chocolate sobre la barra. En el refrigerador, unas bandejas falsas hechas de cartón cubierto de papel encerado me muestran las pequeñas y grumosas bolas de oreos machacadas, queso crema y azúcar. Tomo los cartones de nata, los echo en la única olla que tenemos, y enciendo la hornilla a fuego medio-bajo. La nata se calienta lentamente, y tienes que cuidar que no hierva porque se vuelve asquerosa. Cuando comienzan a formarse las pequeñas burbujas en las orillas, vierto un poco de azúcar, agrego el chocolate y lo cubro todo, apagando el fuego para que las chispas se derritan en la nata.

Las bandejas están bien acomodadas en la barra, junto con la caja de palillos de dientes. Abro la caja para poner un palillo en cada bola, pero mis manos tiemblan. Las miro por un rato, e intento definir si estoy enojada, asustada o cansada.

O, ya sabes, las tres, porque por qué carajos no.

Pero en realidad la respuesta parece ser: «necesidad». Porque sé lo que pasó en San Diego y lo que pasó después de que nos fuimos, porque los patrones casi nunca se repiten por accidente, porque papá se rindió y yo no soy tan fuerte como mamá... porque la muerte de Chavi es un dolor que no tiene, no puede tener sentido, y tengo bandejas llenas de maneras de hacerlo sentir un poco más real.

Retiro la cubierta de la olla y lo revuelvo todo. Mientras uso los palillos para cubrir las bolas de Oreo en el chocolate, mis manos siguen temblando. Mi estómago se retuerce por la necesidad. No importa que sé que me hará sentir mal, que el dolor concreto no mejora realmente el dolor emocional. No importa que haya aprendido una y otra y otra vez que no ayuda en nada.

Lo único que importa es que se siente como si pudiera hacerlo.

Cuando todas las bolas están cubiertas de chocolate, regreso las bandejas al refrigerador para que se enfríen. Quisiera que las puertas de los refrigeradores se azotaran. Sería una sensación satisfactoria, ¿no?, saber que al menos por el momento no caí.

Mamá está recargada en el marco del pasillo. La forma en que su peso está apoyado en el marco y su garganta expuesta porque su sien descansa contra la madera, me dice que lleva un rato observándome.

—¿Cuánto chocolate queda? —pregunta con voz ronca y espesa.

—Algo. No mucho.

—Tenemos un par de plátanos. —Se mueve ligeramente, y los dedos de sus pies se levantan para escapar del suelo frío—. Más maduros de lo que te gustan, pero aún no están ennegrecidos.

—Bueno. Sí, de acuerdo.

Y así terminamos sentadas en el suelo de la sala, sumergiendo plátanos en la olla de chocolate, con una docena de gruesas velas blancas cubriendo las distintas mesas. No puedo hacer aparecer mágicamente más plátanos cuando nos terminamos los dos y medio que había, y mamá lleva la olla al fregadero antes de que se me ocurra qué más puedo meter ahí.

—La verdad, esperaba que hubiera algunos faltantes en las trufas —dice al volver, sentándose ágilmente en la alfombra.

—Me habrías detenido tras las primeras.

—Sí. Pero no tuve que hacerlo.

—No ayuda.

—¿Cuándo te ha importado eso, con tantas ganas de que sí ayude?

No sé qué responder, aunque no es que no piense en eso todo el tiempo, así que jalo la libreta inferior por la orilla y me acerco la pila más cercana. Encuentro la lagartija colgada de una esquina de la Torre Eiffel y se la muestro a mamá.

—Separa todas las que estén entre ciento cuarenta y ciento ochenta, por si acaso. Al menos así reduciremos la búsqueda.

—¿Inventaste esto a los cinco años? —masculla.

—A los nueve. Antes las tenía cubiertas con papel de regalo, pero rehíce las primeras cuando decidí que me gustaban las lagartijas.

Para cuando va a arreglarse para el trabajo, ya tenemos los cinco meses y medio de San Diego separados para que los revise. Porque sé cómo es mamá,

sospecho que su próximo proyecto será poner en orden el resto de las libretas para poder guardarlas correctamente. Tenerlas ahí afuera no la enloquece tanto como lo haría con Eddison, pero no le interesa asomarse al pasado.

Paso el resto de la mañana conectada con mi escuela virtual, intentando concentrarme en el trabajo. No pongo mucha atención, aunque seguro me veo terrible durante la sesión de Skype con la instructora, porque no me reprende. Me dice que no me preocupe y que no vuelva a conectarme hasta el miércoles, y si necesito más tiempo sólo tengo que avisarle; esa amabilidad casual se siente muy extraña tras las últimas veinticuatro horas y ni siquiera sé por qué.

Pero a las once ya hice lo más que podía, así que echo los diarios en la mochila que no he usado en meses, reviso cuidadosamente mi cámara buena y la meto con su estuche, y me voy al ajedrez. El peso del gas pimienta en mi bolsillo me reconforta.

Realmente no espero que pase nada. Los narcisos... son un movimiento de apertura. Aún hay tiempo, por extraño que suene. En el ajedrez, la victoria más rápida posible sin abandono o derrota es llamada el mate del loco. Sólo requiere dos movimientos por jugador, pero, y esto es lo importante, implica que el de las blancas sea increíblemente estúpido.

Un hombre razonablemente estúpido podría evitar ser detectado si cada asesinato se comete en una jurisdicción distinta, pero este caso ya lleva siete años en manos del FBI; que alguien lleve todo este tiempo sin ser atrapado habla de que no es sólo una persona paciente, sino también inteligente.

Las partidas de ajedrez más interesantes se dan entre oponentes que se conocen bien. Saben lo que probablemente hará el otro e intentan evitarlo al tiempo que tratan de desarrollar sus propias tácticas. Cada movimiento provoca que ambos jugadores deban reevaluar el tablero, como un cubo de Rubik de doce por doce. No sé quién mató a mi hermana, pero sé bastante sobre él. Sus asesinatos cuentan una historia.

No repite flores, y no da pasos en falso.

Lo que sea que signifiquen los narcisos, si es que son del asesino, es sólo un primer movimiento.

Si no son del asesino... quienquiera que sea, ya sabe dónde vivo. Encerrarme en mi propia casa no me hará sentir más segura que seguir saliendo.

Pienso en eso durante la caminata. Casi lo creo, incluso.

Corgi está en el estacionamiento cuando llego, camina hacia el pabellón con dos vasos de café en la mano. No de Starbucks, sino de esa porquería que la tienda les regala en vasos de unicel a los ancianos. Se sorprende al verme y casi derrama el café sobre sus guantes.

—Santo Dios, Niña Azul, ¿mala noche?

—Por decir algo —acepto—. ¿Tan mal me veo?

—No quisiera encontrarme contigo en un callejón oscuro. —Me mira de arriba abajo, y luego asiente y da un sorbo a uno de sus vasos—. Quizá tampoco en uno iluminado.

—¿Y en un estacionamiento?

—Dicen que los soldados somos valientes, o lo éramos. —Me sonrío y veo que su nariz de verdad parece sacada de una película de hobbits, pero sus ojos están bien. Lo he visto tras un mal día, y la semana después de eso. Ahora está bien.

Todos están ahí, incluso un Happy con mucha resaca. En vez de sentarme, me aclaro la garganta para hablar.

—¿A alguien le molesta si tomo algunas fotos?

Los hombres se miran unos a otros con gesto inexpresivo, y luego se vuelven hacia mí.

—Tomo fotos. Creo que es a lo que quiero dedicarme. Si no les importa, realmente quisiera tomar algunas para tenerlas cuando me mude. No quiero que posen ni nada, porque eso es raro, sólo... de ustedes. Así como son.

Happy mira su café con gesto apesadumbrado, como si las respuestas del universo estuvieran ahí pero ni de broma podría reunir la energía para encontrarlas.

—Y tenía que ser hoy —suspira.

—Toma tus fotografías, Niña Azul —dice Pierce mientras acomoda sus piezas—. Hoy podrías incendiar el tablero si te le quedas mirando por mucho tiempo.

Observo las partidas por un rato, con mi cámara aún guardada en su estuche en mi mochila, para permitirles que vuelvan a la normalidad. No es poco común que alguien no pueda enfocarse en un juego, que recorra las mesas y eche un vistazo a todas las partidas, o que tenga una cita con el doctor o algo así y seamos un número impar. No tardan mucho en relajarse.

Cuando saco la cámara y miro por el visor, parece que el mundo se vuelve más claro. Nítido. No es que hayan desaparecido las cosas terribles en el

mundo, ni siquiera aquí, pero hay una barrera de cristal entre todo eso y yo.

Es como si hubiera olvidado cómo respirar, y alguien me picara en las costillas para obligarme a tragar aire.

Tomo algunas fotografías en blanco y negro y otras a color, asegurándome de capturar en particular ángulos claros de Landon. El único apellido que conozco es el de Gunny, y no hay ninguna buena razón para preguntar sin verme rara.

Las cosas parecen más obvias detrás de la cámara. Por ejemplo, la manera en que Corgi mantiene un ojo en el juego y el otro en Happy. El temblor en las manos de Espanto y sus ojos ensombrecidos, y la manera en que Jorge lo observa sin que se note. Por lo general Jorge hace sus movimientos a toda velocidad, golpea sus piezas contra el tablero y retira la mano como si estuviera en peligro, pero hoy se mueve lentamente, desliza las piezas de manera que las bases de fieltro no pierdan el contacto con la madera pulida. Nada súbito, nada agresivo. Cuando Phillip se estira para tomar el alfil de Steven, su manga se recorre para mostrar un camino de puntos sobre una herida antigua, tan sólo una línea pálida y gruesa con filas de puntos a cada lado.

Gunny se ve más viejo que de costumbre, si es que eso es posible. Los suaves pliegues en su piel parecen más profundos y la cicatriz en su sien más grande. También tomo algunas fotos de Hannah, tanto cuando se levanta para revisar a su abuelo como cuando vuelve al auto a tejer. Tiene un pequeño montón de cobijas de bebé tejidas en el asiento de atrás; cuando le pregunto, me dice que las da al hospital local para el ala neonatal. De ese modo, cada bebé puede irse a casa con una buena manta. Es la primera vez que le pregunto por qué pasa tanto tiempo tejiendo, porque siempre me pareció una pregunta extraña, pero me encanta su respuesta, pensar en que alguien nuevo e inocente se va a casa en algo hecho con amor.

Finalmente voy a la tienda por una bebida. Por primera vez, elijo una mesa y me siento. Tienen unas nuevas galletas que huelen increíble, y no he comido desde los plátanos, pero no voy a hacerlo, no hasta que esté con mamá y tenga la seguridad de que me detendrá si voy demasiado lejos. Aún estoy un poco frágil por lo de anoche (¿o esta mañana?) para confiar en mí misma.

Apenas me estoy sentando, con los cuadernos en una pila junto a mi codo, cuando veo que Landon entra y echa un vistazo alrededor. Mierda. Ya es

bastante insoportable cuando puedo simplemente seguir mi camino, pero ¿ahora que soy un blanco fácil?

—¿Te molesta si me siento contigo?

Levanto la vista y me encuentro con Joshua de pie casi detrás de mí, con sus ojos plantados en Landon. Ya estaba en una mesa cuando entré, con la nariz hundida en un nuevo libro y aparentemente ajeno al mundo. De vez en vez hemos platicado cuando nos cruzamos por allí. Es bastante agradable, jamás insistente o inapropiado. La verdad no quiero compañía hoy, pero... en serio no quiero la compañía de Landon.

—Claro.

Se sienta frente a mí en la mesa de cuatro asientos, dándome espacio, y deja su abrigo en la silla que tiene al lado. Yo quito el mío de la mesa para ponerlo en la silla que queda. Oh, miren, ya no hay espacio. Lo observo con cautela, pues no estoy segura de querer una conversación casual, pero él simplemente abre su libro donde se quedó, rodea su bebida con una mano, y vuelve a leer.

Muy bien.

Landon se sienta a unas mesas de distancia con un libro maltrecho y sin tapas que puede que sea el mismo que leía hace un mes o es otro igual de maltratado. Mi naturaleza me impide confiar en las personas que tratan tan mal a sus libros. Pero él abre las páginas, y además de mirarme demasiado, no parece que vaya a hacer nada, así que dejo mis llaves sobre la mesa, el disparador del gas pimienta a mi alcance, y abro el primer cuaderno.

Lo que pasa con los diarios es que no hay nada consistente en ellos. Escribo casi diario, pero no a diario, y las entradas pueden ser algo que va desde «todo está bien, nada que reportar» hasta páginas llenas de información. La primera vez que papá castigó a Chavi (por tomarse de la mano con un chico al patinar en parejas durante su excursión a la pista en octavo grado), ella escribió una diatriba épica que terminó catorce horas y poco más de media libreta después. Ambas los usábamos para poner lo que nos pasara por la mente, lo que fuera, así que hay dibujos, fotografías y mapas, teléfonos, direcciones y hasta listas de compras, cosas por hacer y repasos de exámenes, todo mezclado con textos sobre lo que estábamos haciendo o cómo nos sentíamos tal o cual día. Puedo ojear las anotaciones, pero con lo rápido que una idea puede cambiar sin ningún tipo de pausa, señal o aviso, no es posible hacerlo tan rápido.

Mientras reviso las entradas recuerdo cómo, contra todo pronóstico y aunque no quería, sí fui más o menos feliz en San Diego. Tenía amigos ahí.

Bueno.

Tenía una amiga, y otras personas con las que me llevaba bien.

Las flores comenzaron en marzo, igual que ahora, con un ramo de narcisos, pero no tenía un contexto para explicarlas. No había razón para pensar que no eran del chico al que ayudaba, quien se ruborizaba cada que lo veía y era incapaz de hablar en algo más que susurros. Sólo eran flores; sólo era un chico que pudo haber sido adorable si me hubiera dado las flores directamente en vez de ponerlas en mi puerta.

Después de los narcisos llegaron los alcatraces, luego una corona de nubes, una guirnalda de madreselvas, un ramillete de fresias. El último fue un ramo de claveles, de los blancos con orillas rojas que parecen estar sangrando. Hay algunas fotografías que abultan las páginas.

Los claveles llegaron dos días antes que la mudanza, y a la semana siguiente ya estábamos en Washington.

Una semana después, ya no tenía una amiga en San Diego. El Trío de Quántico me hizo nuevas rondas de preguntas, me miró con nuevas sombras bajo sus ojos, y decidí que yo misma podía investigar sobre las otras muertes en vez de pedirles a mis agentes algo que oscurecería aún más esas sombras. Eddison me preguntó si quería contexto para sus preguntas y le dije que no.

Se veía tan aliviado.

Leer lo feliz que era en San Diego me lastima, porque fue una anomalía. Me lastima y me enoja, y he estado tan enojada desde que Chavi murió, que sólo...

Sólo quisiera...

Estoy jodidamente cansada.

Cierro la última libreta, y me tallo el rostro como si pudiera arrancarme las capas de rabia y pena. Joshua ya no está, pero tampoco Landon, afortunadamente. Hay una pequeña nota doblada donde estaba sentado Joshua, con el mismo número telefónico de la tarjeta que me dio hace algunas semanas. El del servicio de transporte de su amigo.

Tiro la nota, porque aún tengo la tarjeta en mi cartera. Es un gesto amable de su parte, y no me está presionando. Simplemente no quiero usar el servicio.

Está helando durante mi camino a casa, y se va poniendo más frío

conforme los últimos restos de sol ceden ante la total oscuridad. Probablemente mamá no llegará mucho después que yo. Para mantener mi mente ocupada en algo que no sea el frío, repaso mi lista de cosas por hacer en la noche: escanear las fotos de los diarios, subir las del ajedrez y pasárselas todas a los agentes.

No hay nada en la entrada. Deseo que eso signifique algo bueno.

Ya no sé bien cómo reconocer algo bueno.

Nunca lo ha pensado realmente, porque las burlas de Ramírez han sido parte de la dinámica del equipo casi desde que entró, pero Eddison las extraña cuando su compañera se muestra considerada.

Porque sabe que es ridículo que tenga su celular personal cerca de la mano todo el tiempo, que se sobresalte cada que suena un teléfono cerca de él. Sabe que está más nervioso que un gato en un lugar con mucha gente, y sería reconfortante que su compañera lo molestara un poco por eso.

Pero, claro, ella sabe por qué está nervioso. Está de acuerdo. Así que no se burlará de él por eso, aunque él lo necesite o algo así (¿qué tan jodido es eso?), porque probablemente toda su fuerza está canalizada en no golpetear su pluma contra el maldito escritorio.

Ramírez se fue a comer, una especie de cita para disculparse con la chica de Contraterrorismo a la que tuvo que abandonar el domingo, y Vic está apoyando en silencio a Danelle mientras enfrenta su nueva ronda de entrevistas con la oficina del fiscal de distrito. Danelle es considerablemente estable dadas las circunstancias, lo suficientemente práctica para reconocer la pesadilla que está viviendo, y con el optimismo necesario para darle tiempo al tiempo y esperar lo mejor.

Su celular del trabajo suena, él da un brinco y revisa su teléfono personal, aunque sabe por el tono que es el oficial. Al ver el nombre en la pantalla frunce el ceño.

—Hola, Inara.

—Eddison. ¿Vic sigue con Danelle?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Bliss y yo no iremos este fin de semana como habíamos quedado. — Detrás de su voz puede escuchar el viento y cláxones, los sonidos de la ciudad. Debe estar en las escaleras de emergencia, o quizá en la azotea. Pero

sin duda afuera, y a Eddison no le sorprende que hable lejos de sus *roommates*—. Le dejé un mensaje de voz a Hanoverian, pero no revisa inmediatamente su línea personal si no lo llaman dos veces.

—¿Surgió algo?

—Más o menos. Bliss está en Uno de Esos Días.

«¡Vete a la mierda!», se escucha una voz furiosa al fondo, del otro lado de la línea, y Eddison tiene en la punta de la lengua preguntar en qué es diferente a cualquier otro día, pero está madurando. O algo.

—¿Por alguna razón en especial?

—Varias. Sus padres la están presionando con que los visite. No les gusta que no esté lista.

Bliss estuvo desaparecida durante dos años y medio. En el primero, toda su familia se mudó cuando a su padre le ofrecieron un puesto académico en París. Si fue difícil para las otras chicas reajustarse a familias que nunca se rindieron, ¿qué tanto lo será recuperar los lazos con la familia que siguió con su vida?

—Y siguen diciéndole Chelsea —continúa Inara tras un momento, y Eddison puede escuchar cómo las maldiciones de Bliss se vuelven más distantes, más suaves.

—Ese es su nombre —se siente obligado a señalar.

—No lo es. Si me dices Maya, me da lo mismo. Pero si me llamas Samira, te mato.

Eddison se ríe aunque no quiere hacerlo, no porque crea que es una broma, sino porque Inara lo dice completamente en serio. Pasó años asegurándose de que Samira Grantaire no significara nada, ese fantasma de la niñita olvidada mucho antes de que la abandonaran físicamente. Inara es el nombre que eligió, Maya el que aceptó porque el Jardinero se lo puso y ella quería vivir, y es demasiado pragmática para negarse a algo como la supervivencia. Maya puede ser una cicatriz, la tinta en su espalda, pero Samira es, en cierta manera, la herida que sólo puede sanar si jamás se le menciona.

Él se aclara la garganta para deshacerse de los restos de la risa.

—Pero seguro que no quiere que le digan Bliss para siempre, ¿o sí?

—No especialmente. Por ahora le parece simpático. Tiene una lista de posibilidades.

—¿Cuáles compiten?

—Yo apuesto por Victoria —dice sin emoción—. ¿Crees que Vic se sentiría halagado?

Edisson se atraganta, y luego se rinde y vuelve a reírse. Claro que Vic se sentiría halagado, pero aquello sólo sería hilarante.

—Por Dios.

—Como sea, Bliss se siente frágil, lo que significa que no debería estar cerca de personas quebradizas.

—Sé que tus *roommates* y tú tienen definiciones únicas de lo quebradizo con respecto a ustedes mismas, pero ¿es buena idea quedarse ahí?

—No, y por eso nos iremos a un hotel durante un par de días. Ya nos dieron los días libres en el trabajo. Ella podrá quejarse y maldecir sin tener que sentirse culpable por destrozar a personas inocentes.

—No estoy seguro de que nosotros contemos como inocentes. O quebradizos.

—Pero las hijas de Vic sí, y Bliss jamás se perdonaría si les hiciera daño.

—Su voz es suave, probablemente demasiado baja como para que Bliss la escuche—. Sé que ellas son fuertes. Ambos lo sabemos. Pero pese al trabajo de Vic, son inocentes, y es... es una mala idea.

—¿Qué más está pasando? —pregunta él, y como respuesta recibe un sonido amargo. No es que suela ser perceptivo, pero Inara siempre parece enojarse cuando él logra serlo—. ¿Qué otra cosa la está molestando?

Hay un largo silencio que sólo interrumpe el viento y los sonidos distantes de las injurias de Bliss, pero está bien. Puede que Eddison no sea la persona más paciente en la agencia, pero sí sabe esperar cuando está seguro de que hay una respuesta al otro lado.

Cuando Inara al fin responde, hay dolor en su voz y las palabras salen reacias y lentas.

—Recibí otra carta de Desmond.

—Una carta de... espera, ¿otra?

—Es la cuarta. Llegan al restaurante, y vienen con la dirección de la oficina de su abogado. Supongo que eso explica cómo sabe dónde trabajo.

—¿Qué dice?

—No sé. No las he abierto —suspira—. Las tengo. Las entregaré. En verdad quería decíles cuando llegó la primera, pero fue cuando Ravenna entró en crisis con su madre, y se me olvidó. Luego, con la segunda, también quería hacerlo.

—Pero estás acostumbrada a guardar secretos. —Eddison está orgulloso de sí mismo por lo tranquilo, neutral y comprensivo que se escuchó eso. Puede que hasta haya sonado como un comentario de apoyo.

—La tercera llegó cuando el suicidio de Amiko salió en las noticias.

—A ella sí la llamas por su nombre original.

—A ella la vi ser enterrada. —Eso hace una diferencia más grande de lo que debería, pero Eddison para nada discutiría con Inara sobre eso.

—Y ahora llegó la cuarta.

—Los sobres son gruesos. No parece que contengan nada más que papel, pero parece mucho papel.

Desde la perspectiva menos complicada de todas (¿y cuándo ha sido así su vida?), Desmond MacIntosh no debería contactar a Inara porque él es el acusado, y ella testigo y víctima de secuestro por parte de su padre.

—Si doy aviso a la oficina de Nueva York, ¿podrías dejar las cartas antes de que se vayan al hotel?

Probablemente, cualquiera que no se hubiera enfrentado a ella en una sala de interrogatorios, no notaría el instante de duda antes de aceptar.

—Vayan a una playa, si aún no tienen decidido el lugar —sugiere él—. El clima aún no es tan cálido para atraer turistas. Eso podría ayudar.

—¿Sí?

—Espacio abierto, la naturaleza. Vastedad sin límites.

Inara lo piensa por un momento, y Eddison sabe que está considerando todo lo que implican esas palabras: el Jardín era un lugar cerrado, perfectamente arreglado y conservado, artificial, pero el océano es indomable, tan enorme que te hace sentir diminuto, y es absolutamente único. No hay apariencias ni máscaras ni adornos.

Sólo es, y Eddison piensa que Bliss no es la única que lo encontraría relajante.

Aunque ni ella ni Inara lo admitan después.

—Le avisaré a Vic del cambio de planes —dice, en vez de buscar que Inara acepte su idea de alguna forma.

—Envíame un mensaje con el nombre del agente con el que hables —pide ella—. Para preguntar por él.

Eddison duda un poco antes de dar por terminada la conversación, porque no sabe bien cómo hacer estas cosas.

—Si necesitas algo...

—Vaya, Eddison, ¿te estás ablandando? Qué idea más aterradora.
Quizá eso no debería ser reconfortante, pero lo es.
Inara estará bien. Bliss estará bien.
Algún día.

Cuando estoy por salir de la casa para ir al ajedrez el jueves y me encuentro con el ramillete de alcatraces con centros púrpuras en la entrada, me doy cuenta de que lo que sea que mamá y yo intentamos lograr en Huntington será más complicado de lo que creíamos. Tomo las fotografías, reviso la tarjeta (de nuevo, sólo «Priya») y las dejo ahí para la policía, los agentes o a quien envíen como respuesta a mi mensaje a Eddison y el e-mail al agente Finnegan. Tras tomarme cinco minutos para ponderar mi decisión, más que nada para asegurarme de que podré vivir con ello, le envío un segundo mensaje a Eddison.

«Cuéntame el resto».

Si vamos a ir hasta el final de este juego, no hay forma de evitarlo. No me queda duda de que Eddison limitará lo que nos cuente, y mamá y yo podemos fingir que no sabemos el resto. Nadie necesitará revelar sus secretos todavía.

La vida no solía ser tan complicada.

Diez minutos después, recibo una respuesta con un horario y número de vuelo, la cual le reenvío a mamá. Ella se ofrecerá a recogerlo, él se negará porque no es un buen pasajero a menos que sea Vic quien esté al volante, y probablemente llegará a Huntington una hora antes que ella.

Lo cual me deja libre casi todo el día, y demasiada furia para arriesgarme a ir al ajedrez.

Unos minutos después mi teléfono suena con un e-mail del agente Finnegan, con los nombres de los dos agentes que envió a recoger las flores. Les tomará cerca de una hora llegar desde Denver.

Llegan cuarenta minutos después, anunciados por las luces de su camioneta negra. Estoy en la cocina, sentada en el rincón junto a la ventana, clavando una cuchara en un tazón de avena cuajada. Lo normal. Los agentes son jóvenes, tal vez recién salidos de la academia; una es rubia y bonita, y tendrá que luchar con uñas y dientes para que la respeten en su campo, y el otro es un negro de espalda ancha cuyos hombros sugieren que se dedicó al fútbol americano durante la universidad.

—¿Priya Sravasti? —pregunta el hombre desde la puerta de entrada después de tocar—. Soy el agente Archer, ella es la agente Sterling. Nos envió el agente Finnegan.

Por la ventana puedo ver que Sterling ya está acucillada sobre los alcatraces, con las manos cubiertas por unos guantes de neopreno azul.

Reviso de nuevo el e-mail con los nombres y voy a la puerta.

—Llegaron rápido.

El agente Archer me ofrece una sonrisa cálida y amable, pero aun así profesional.

—Finney, el agente Finnegan, nos dijo que lo tomaría como un favor personal si te quitáramos el menor tiempo posible.

Me parece que Vic tiene buenos amigos.

Archer me hace algunas preguntas (¿toqué las flores? ¿vi o escuché a alguien? ¿me sentiré segura si me quedo sola?), todo lo que ya respondí en el e-mail a Finney, pero supongo que entiendo mejor que muchos que así es este trabajo, aunque parezca un tanto redundante. Respondo pacientemente, aun cuando el agente repite a propósito algunas preguntas para ver si mis respuestas cambian o si recuerdo algo nuevo.

Mientras hablamos, Sterling examina cuidadosamente el ramo, asegurándose de no alterar nada en el conjunto. El papel es del mismo verde primavera que el anterior, un color intenso, y aún pueden verse los dobleces de cuando estuvo empacado. Cuando termina de revisar lo más posible sin deshacerlo, acomoda el ramillete en una bolsa de plástico que sella con cinta. La letra con que etiqueta la bolsa y el sello es un tanto burda, y se ve extraña sobre los pliegues del plástico. Parecería más sencillo escribir encima antes de sellar la bolsa.

Pero claro, probablemente deben asegurarse de que lo que diga la etiqueta sea lo que hay en la bolsa, lo cual es más complicado si se rotula primero.

Sterling lleva el ramo embolsado a su auto y lo pone en una caja de seguridad en la cajuela. Luego saca una escalera y un par de cajas de herramientas.

Miro a Archer.

Él vuelve a sonreírme y guarda su pequeña libreta en el bolsillo del abrigo.

—Finney dijo que la compañía de tu madre aprobó las cámaras; las instalaremos para aprovechar la visita.

—Las cajas están allá —le digo, señalando hacia el clóset de los abrigos —. Son de la marca que recomendó su agente Finnegan.

—¿Hay otras puertas, además de la principal y la trasera?

—No.

Acompaño a Sterling hacia la puerta trasera. La verdad es que mamá y yo olvidamos que había una puerta trasera hasta que Finnegan nos pidió revisar si había flores ahí. No había, y la cerca hace que sea difícil entrar discretamente a ese patio, pero es más lógico tener una cámara ahí que no tenerla.

Sólo por si acaso.

Sterling saca un kit de su caja de herramientas, el cual cuelga perfectamente sobre la puerta como si fuera una corona ornamental. Tiene toda clase de bolsillos, de manera que todas las herramientas están al alcance de la agente cuando sube la escalera. Es algo genial, la verdad.

Pero Archer no tiene uno, por lo que me pongo el abrigo para acompañarlo en la puerta principal, y cuando me señala algo, yo se lo paso. Nuestro banquito de cocina nos aguanta a mamá y a mí, pero cruje cada que el agente reacomoda su peso.

—Estudié el caso de tu hermana en la academia —dice tras un rato, con los cables de la cámara enredados en los dedos.

Quizá debería responderle, al menos hacerle saber amablemente que lo escuché.

Pero no lo hago.

No parece que eso lo disuada de continuar.

—Nos hacían revisar algunos casos sin resolver, para que desde antes de ir a campo supiéramos que no podremos dejar resueltos todos los casos. ¿Me pasas esas pinzas, por favor? Las de punta fina.

Lo hago.

—Debes extrañar mucho a tu hermana.

—No es algo de lo que me guste hablar.

—Supongo que no —masculla y deja de trabajar por un instante. Durante un rato continúa en silencio. Una de las vecinas de enfrente nos saluda mientras sube a sus bebés gemelos a su camioneta. Yo le respondo el saludo aunque ya no me está mirando, pero uno de sus hijos sí. Archer se aclara la garganta.

—Lo lamento.

—¿Por qué?

—Fue inapropiado hablar de cosas personales. Sólo intentaba hacer conversación.

—Para hacer conversación se habla del clima, agente Archer, o del tráfico. De la temporada de beisbol. No necesito saber que tal vez ha visto desnuda en fotografías a mi hermana muerta. —Miro la camioneta salir de su entrada. El otro gemelo pega la cara contra la ventana, intentando hacer una trompetilla, y agito la mano para saludarlo sólo a él—. Sé que la academia usa el caso como instrumento educativo; el agente Hanoverian nos informó de eso hace algunos años.

—Pero ustedes dieron su permiso, o tu mamá.

—No lo hicimos. No nos preguntaron. El FBI tiene permitido usar sus casos para entrenar nuevos agentes; no necesitan permiso de las víctimas ni de las familias. Déjeme adivinar: ¿el caso le pareció fascinante y se siente agradecido por la oportunidad de trabajar en él?

—Algo así.

—No lo agradezca. Eso significa que le alegra que pasen cosas terribles.

—Hanoverian a veces da clases en la academia. Habla mucho sobre la gratitud. —Señala una llave Allen y se la paso.

—¿Puso atención a qué es lo que agradece?

—Finney no nos dijo que fueras tan impetuosa.

Le echo un vistazo al banquito y concluyo que no hay forma de patearlo para que caiga sin arriesgarme a salir lastimada. Vic se decepcionaría si hiriera a un agente; Eddison se enojaría si me hiriera a mí misma—. Voy a ver cómo va Sterling.

Cuando abro cuidadosamente la puerta trasera, Sterling me mira y niega con la cabeza.

—Le dije que no mencionara el tema.

—¿O sea que usted también lo estudió?

—Un día, cuando estaba en la preparatoria, mi mejor amiga y yo llegamos a su casa y nos encontramos con que estaban arrestando a su padre por una serie de asesinatos. Lo que le hizo a esas mujeres... el día que lo estudiamos, me fui a casa y pasé el resto de la noche vomitando, porque yo solía quedarme una o dos noches a la semana con ella. Nunca se lo he contado.

—¿Por qué no? ¿Sería diferente si te lo dice una amiga?

—Ya ha afectado su vida lo suficiente, ¿por qué querría abonar a ello? —

Se sacude las manos, descuelga su kit y baja de la escalera—. Supongo que revives diariamente el caso de tu hermana. ¿Quieres que hable con él?

—Por ahora no. Veamos si se repite.

Pero le agradezco la oferta. Se ve joven, probablemente salió hace poco de la academia, y trabajar con un compañero mayor no debe ser fácil.

—Vamos a asegurarnos de que tu computadora pueda comunicarse con las cámaras, y luego te dejaremos en paz. —Con una sonrisa discreta, me entrega una tarjeta con sus datos—. Ahí está mi celular y mi correo, por si necesitas algo y Finney está ocupado.

—Nos vamos a llevar bien, agente Sterling.

Archer es quien conecta todo, aunque Sterling me muestra cómo revisar las grabaciones, separar partes y tomar una captura de pantalla y enviarla directamente al correo sin tener que guardarla. Cuando le muestro que he aprendido lo suficiente, se preparan para irse.

—Sabes —dice Archer de pronto, mientras Sterling lleva sus herramientas a la camioneta—, si vas a ignorar la existencia de los otros casos, deberías agradecer que otras personas los hayan estudiado. El FBI no está movilizándose sólo porque alguien te envió flores. Es por su significado.

—Nadie me ha enviado flores —le digo, sabiendo que Sterling nos está observando—. Las dejan en mi puerta. Si no creyera que eso significa algo, jamás lo habría comentado.

Los agentes se van poco después del mediodía. Eddison no llegará hasta las seis más o menos, dependiendo del tráfico a la salida de Denver, lo cual me deja mucho tiempo y no tengo suficiente tarea ni capacidad para mantenerme ocupada.

La cuestión con los alcatraces de centro púrpura es: la segunda víctima conocida, Zoraida Bourret, las tenía alrededor de su cabeza como los arcos en las imágenes de Alphonse Mucha. Sus manos cruzadas sostenían un alcatraz solitario contra su esternón.

Cada víctima tiene una flor, y esta tiene un significado, algo que la ata a la chica en la mente del asesino. Dos días antes de morir, Chavi traía una corona de crisantemos de seda, y cuando la encontré, había crisantemos reales en su cabello. La mañana de Pascua, cuando Zoraida ayudó a reunir a sus hermanos y hermanas menores para una foto familiar, llevaba un alcatraz a manera de corsage en su vestido blanco.

No sé qué significan las flores para el bastardo, pero sé que Eddison no

estaría tan asustado si alguna de las demás familias hubiera recibido ramos así. Ya sean de un fan o del asesino, definitivamente son para mí.

Eso es algo que Archer, en su arrogancia de estudié-el-caso-así-que-debo-ser-un-experto, probablemente no comprende.

Eddison sí; no puedo evitar preguntarme si hablará de ello.

Caliento una lata de sopa para comer y la echo en un termo de viaje. La semana pasada, una señora en Starbucks le estaba contando a su teléfono en voz muy alta sobre los nuevos vitrales de su iglesia y lo hermosos que son. En ese momento no me hizo mucha gracia escuchar la conversación; creo que ahora me viene bien. Investigar sobre esos vitrales parece una manera perfecta de llenar estas horas.

Narcisos, seguidos de alcatraces. Es difícil decir que algo es una secuencia cuando sólo hay dos elementos en la lista, pero hasta ahora ha seguido el orden de los asesinatos y el de las flores en San Diego. Nadie comienza un patrón con la intención de abandonarlo a la mitad; si algo va a pasarme, no será hasta que se acaben las flores. Por ahora estoy segura, incluso en una iglesia.

Con el maletín de mi cámara al hombro, busco la dirección en mi teléfono y comienzo a caminar, dando traguitos a la sopa de vez en vez. Termino de comer antes de llegar a la iglesia, una monstruosidad amarilla que no puede ser el lugar que busco. Es una de esas iglesias que sacrifican estilo por tamaño, enorme, imponente y bastante desangelada. No soy cristiana, no soy nada, a decir verdad, pero haber crecido junto a la pequeña iglesia de piedra en Boston me dio alguna idea sobre cómo deberían sentirse estos edificios.

La construcción tiene unas ventanas altas, estrechas y sin color alguno. Entonces ¿de qué diablos estaba hablando esa mujer?

Me quedo un rato en el estacionamiento, y noto que la temperatura se siente un tanto agradable con sus más o menos tres grados bajo cero. Mierda, ¿qué me pasa? ¿Por qué ahora resulta que eso me parece agradable?

—¿Estás perdida, cariño? —pregunta una mujer recargada contra una de las puertas laterales mientras el humo del cigarro en su mano hace volutas en lo alto.

—Quizá —respondo, acercándome a ella—. Escuché que alguien hablaba sobre unas ventanas nuevas, y...

—Ah, eso es en la capilla. —Sacude la mano y accidentalmente me lanza el humo a la cara—. Ven, yo te llevo. Uno de los fundadores de la iglesia se

enojó cuando hicieron el nuevo edificio, por lo que estableció que su dinero sólo podría usarse para hacer una capilla tradicional. No le gustaba la forma en que se modernizó la iglesia.

La mujer me lleva por lo que sólo podría describirse como un complejo de edificios, todos con exteriores de la misma piedra amarilla y horrible, pero más allá del estacionamiento y después de un tramo de pasto aparece un pequeño edificio de ladrillo rojo entre los árboles; demonios, tal vez tiene tantos vitrales como ladrillos, si no es que más.

La mujer me sonrío, o lo hace ante mi expresión azorada, y señala hacia la puerta con una mano.

—Está abierto, linda. Tómate todo el tiempo que quieras.

Dejo el termo vacío en el primer escalón de la entrada, saco mi cámara y comienzo a recorrer la capilla por fuera. La mayoría de las ventanas son más grandes que yo, con diseños intrincados y llamativos que no llegan a verse exagerados. Estoy acostumbrada a las iglesias con imágenes de escenas y personajes bíblicos, o completamente abstractas, pero las de aquí son principalmente de la naturaleza. Una tiene montañas y nubes que apuntan al horizonte. Otra tiene unos listones blancos sobre una docena de tonos de verde y azul, agua en movimiento que le abre paso a unos altos árboles en la ventana siguiente, y a montones de flores en la que está después de esa.

Entre las enormes ventanas, unos pequeños rosetones más o menos del doble de mi cabeza aparecen verticalmente de tres en tres, con colores un poco más tradicionales pero de un emplomado hermosamente detallado. Aun cuando cambio el modo a blanco y negro, la riqueza de los colores logra colarse.

No sé cuántas veces recorro el edificio por fuera antes de tomar mi termo y entrar. Ahí, donde la luz del sol derrama los colores sobre el suelo, es un poco más caótico, con los colores de las ventanas del norte y este encimándose y cancelándose unos a otros para formar espacios de pura luz. No hay sillas ni bancas, sólo cuatro reclinatorios de madera oscura con cojín de terciopelo.

Chavi hubiera amado y odiado por igual esta pequeña capilla con su caos de luz y colores.

Encuentro ángulos extraños, esos en los que las partículas de polvo brillan y bailan haciendo que la luz parezca algo tangible, los lugares donde los colores cubren la piedra y forman nuevas imágenes sólo reconocibles porque

somos humanos y muy raros.

Un tiempo después, me siento en uno de los cojines de los reclinatorios, recargando la cabeza contra la madera, y me lleno de esa sensación que me recuerda tanto la lucha de Chavi por capturar la luz y el color en el papel. Por más que la frustraba, nunca se hubiera rendido en la búsqueda de su propio Grial, porque a veces es la aventura la que significa algo y no la recompensa.

Cuando me incorporo para guardar mi cámara en su estuche, escucho un crujir en mi bolsillo.

Ah, cierto, la carta de Inara. De la semana pasada. De algún modo se me había olvidado por completo entre todo el caos.

Probablemente debería disculparme por eso.

Querida Priya:

Gracias por responderme; debo admitir que ahora ya no me siento tan idiota. Tampoco una gran molestia.

Pero sigo nerviosa.

Entre más sabe el público en general sobre el Jardín, hay tantas otras cosas que ignoran. Tengo la sensación de que la mayor parte saldrá en el juicio, y ya sé que algunos detalles merecerán reacciones muy problemáticas. Los abogados del Jardinero quieren insistir en que se me levanten cargos. Ser una fugitiva no es un crimen, pero usar una identificación falsa para trabajar sí lo es, y si pueden demostrar que robé dinero de la casa de mi abuela tras su muerte, seguro también usarán eso.

Honestamente me sorprende que no hayan intentado decir que asesiné a mi abuela, como si una mujer que no hacía más que fumar y beber frente a la televisión no pudiera morir de pronto y sin ayuda.

Y de verdad lo entiendo. Soy un testigo poderoso. Soy articulada y no demasiado sentimental, y tengo mucho que decir en nombre de las chicas que no están aquí para hacerlo. Todo lo que la defensa pueda hacer para desacreditarme ayudará a ponernos en duda a todas.

¿Alguna vez sientes como si la cultura pop te hubiera mentido?

Cuando leo artículos o veo segmentos sobre el Jardín y la investigación, Inara siempre parece tranquila y completamente dueña de sí misma. No da giros bruscos en la conversación, jamás permite que los entrevistadores se confundan con sus respuestas.

Me pregunto si en su carta está relajada, cediendo un poco de control. O quizá sólo dejándolo a un lado, dándose un descanso hasta que vuelva a necesitarlo.

Sé cómo se siente eso.

Hay tantas películas y programas obsesionados con el sistema de justicia. Hacen parecer que todo pasa inmediatamente, el juicio y la investigación ocurren al mismo tiempo, los policías le entregan un dato nuevo e importante al fiscal justo a tiempo para la gran revelación y las dramáticas

declaraciones finales. Hacen que parezca como si la condena fuera algo que las víctimas tienen a mano para ayudarlas a comenzar con su proceso de duelo.

Obviamente eso es una estupidez, pero hasta ahora no me había dado cuenta de lo lejos que está de la verdad.

Treinta años de crímenes provocan muchos retrasos, especialmente si el idiota es rico y tiene un buen equipo legal. La destrucción del Jardín... jamás se me ocurrió que eso podría dificultar las cosas. Fue nuestra salida, pero también destruyó las puertas protegidas por un código que nos mantenían prisioneras, así que la defensa intenta decir que éramos libres para entrar y salir y que elegimos quedarnos. La fiscalía intenta darle un nombre a cada víctima (con pruebas), pero algunos de los cuerpos se destruyeron en la explosión y otros ni siquiera estaban en el Jardín, sino en otra parte de la propiedad. Una supondría que el resto de los cadáveres en exhibición bastarían.

Vic hace todo lo que puede para evitar que nos desanimemos, pero recientemente nos dijo que nos preparáramos para la posibilidad de llegar al aniversario de nuestro escape antes de que comience el juicio como tal.

Aunque sólo buscaran justicia para las que sobrevivimos, tienen muchas pruebas, y es posible que dé lo mismo. Eddison dice que la defensa tiene un enorme grupo de doctores y psiquiatras listo para retrasar aún más las cosas.

De hecho, Eddison me regañó un día por desear que el Jardinero hubiera muerto en la explosión. Dijo que el juicio es lo que nos hará justicia.

¿Algo de todo esto tiene que ver con ello? ¿Con la justicia? ¿Chicas que temen salir de su casa por toda la atención que reciben, acosadas en la escuela, en el trabajo y en terapia? ¿Un chico que jura que estar enamorado lo exime de todos sus pecados? ¿Un hombre que podría escapar de la sentencia para vivir en un asilo caro por el resto de su vida?

La gente siempre me dice que sea paciente, que espere a la justicia.

Aunque lo sentencien, aunque le den cadena perpetua o incluso de muerte, ¿cómo es eso justicia? Tenemos que mantener abiertas nuestras heridas para que todos las vean, sangrar una y otra y otra vez, sabiendo perfectamente lo que nos hizo; ¿cómo cambiará todo eso un veredicto de culpabilidad?

¿Qué clase de justicia pone a una niña de doce años en el estrado, frente a una corte y cámaras, y la obliga a hablar de cómo la violaron?

Si encontraran al hombre que mató a Chavi, ¿crees que eso te ayudaría? ¿Es sólo que soy una cínica?

En verdad intento creer en esto de la justicia, pero no puedo evitar pensar en cuánto más fácil sería todo si los tres hombres MacIntosh hubieran muerto esa noche.

Si ya no queda tanto de Chavi como para que le importe la justicia, ¿por qué nosotras habríamos de necesitarla tan desesperadamente? ¿Qué podemos hacer con ella?

No tengo una respuesta para Inara; ni siquiera tengo una respuesta para mí misma.

Pero a veces me pregunto, si hubiera sido yo quien muriera esa noche, si hubiera sido Chavi quien se quedara con el luto y los cambios: dado lo mucho que amaba la idea de la redención, ¿eso habría bastado para conservar su fe en la justicia?

Eddison entra al estacionamiento, mira la capilla de piedra y se estremece. Hasta el día de su muerte, jamás entenderá por qué Priya no odia las iglesias después de la forma en que encontró el cadáver de su hermana. Sabe que la iglesia que ya no lo es en Boston les inspira recuerdos a ambas, sabe que Priya mira las ventanas y piensa en tardes soleadas con Chavi, pero no logra comprender su amor constante por las pequeñas iglesias con enormes ventanas.

Priya sale de la iglesia con su largo abrigo de invierno, el que compró sólo porque se arrastra dramáticamente por las escaleras como si fuera una villana de Disney y eso hace reír a su madre. Esas dos tienen una relación que tampoco alcanza a explicar. La chica se mete al asiento del copiloto, acomodando la funda de la cámara y su termo de acero inoxidable junto a la base del asiento antes de sentarse.

—Bienvenido a Colorado, población: congelada.

—¿Por qué es peor que Washington?

—Por las montañas.

Observa cómo Priya recarga la cabeza en el respaldo del asiento y cierra los ojos.

—¿Estás bien?

—Cansada. Pesadillas. —Hace crujir su cuello y se acomoda casi de lado contra la ventana de manera que pueda verlo—. Me estoy enfureciendo.

—¿Oreos? —pregunta él con gesto de asentimiento.

—De hecho, he estado bien. —Pero Priya tiene el ceño fruncido y sus manos enguantadas se retuercen sobre su regazo—. Tentada, sí, pero hasta ahora he estado bien.

—¿Asustada?

—Sí.

Eddison agradece que ella no sienta la necesidad de ocultarlo.

La casa que rentan las Sravasti es ligeramente agradable en una calle llena de casas ligeramente agradables, sin que ninguna de ellas resalte en particular. Aunque algunos de los vecinos han intentado personalizar sus casas con banderas o estatuas, la de las Sravasti tiene una fachada absolutamente impersonal. A él no le sorprende realmente.

Antes de entrar, se detiene en el primer escalón y observa a lo alto. Puede

ver la cámara, con el lente apuntando para conseguir el campo de visión más amplio posible. No hay una luz que indique si está encendida o no, lo cual le agrada. Ayuda a que sea un poco más discreta.

—No se ve fuera de lugar —dice ella mientras se quita su pesado abrigo y lo cuelga en el clóset.

—¿De qué hablas?

—Quien esté dejando las flores. Ambas veces lo hizo a plena luz del día, así que sea quien sea, no se ve fuera de lugar en este vecindario. En la calle hay gente que trabaja desde casa o que simplemente no trabaja, y no parece que él llame la atención como alguien que no es de aquí.

—¿Le dijiste eso a Finney?

—No, pero sí a los agentes Sterling y Archer. —Extiende una mano para recibir el abrigo de Eddison, quien se quita los guantes y la bufanda para meterlos en los bolsillos antes de entregárselo—. ¿Quieres café?

—Yo lo hago. —Porque ya ha probado el café de Priya, y definitivamente sabe como hecho por alguien que no toma café. Es una experiencia que preferiría no repetir.

—Te veo en la sala. —Se inclina para abrir el pequeño cajón de la mesilla, y saca una caja de cerillos. Enciende uno sin mirar y prende la gruesa vela roja mientras planta un beso en la gastada esquina del brillante marco dorado de Chavi.

Cuando ella desaparece por las escaleras, Eddison mira la fotografía. Chavi era considerablemente más morena que Deshani y Priya, casi tanto como su padre, pero es increíble lo mucho que se parece a Priya. O quizá Priya se parece a ella. La ha visto maquillarse usando sólo un diminuto espejo, sin titubear nunca al aplicarse el delineador negro o las tenues pero brillantes sombras plateadas, blancas y azules.

¿Cuánto de eso es porque ve a su hermana devolviéndole la mirada desde el espejo?

Negando con la cabeza, recorre el pasillo para dejar el maletín de su computadora en el sofá y se mete a la cocina. Puede que a Priya no le guste el café, pero su mamá lo bebe como si fuera agua, y obviamente la cafetera es el elemento más apreciado de la cocina. Se pelea un rato con ella mientras arregla los ajustes porque Deshani está en contra del café básico, pero no pasa mucho tiempo antes de que comience a funcionar. Escucha que Priya baja las escaleras y se acomoda en la sala.

Cuando sale de la cocina, casi tira la taza de café. Priya está acostada de espaldas en la alfombra, con su cabello oscuro formando un charco alrededor de su cabeza y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, apoyadas en el brazo del sofá. Sus manos están entrelazadas sobre su estómago. Eddison cierra los ojos y respira profundamente para alejar las imágenes de los archivos que ha revisado tanto que conoce de memoria.

—Azul —dice ella.

—¿Qué?

—A Chavi le gustaba el rojo; yo soy toda azul.

Él abre los ojos y observa el azul en su cabello, en sus ojos, en los cristales en su nariz y entre sus ojos. Su labial rojo es unos cuantos tonos más oscuro que todas las fotografías de Chavi, pero ella es azul y plateado, no rojo y dorado, y quizá eso no debería marcar una diferencia tan grande, pero ayuda.

Eddison se sienta en el sofá y toma su maletín, pero ella niega con la cabeza.

—Espera a mamá. No tiene caso hacerlo dos veces.

Así que pasan la siguiente hora hablando sobre Ramírez y la mujer de Contraterrorismo a la que aún no llama novia, sobre Vic y el pánico que le causa que su hija mayor se vaya a la universidad en el otoño. Hablan sobre la temporada de beisbol, adivinando quién creen que podría llegar a la Serie Mundial, y eso es algo que él logró darle, el amor por el beisbol y los números y las estadísticas locas.

Deshani llega a casa a las siete y media, deja las bolsas en la mesita de centro y les gruñe algo antes de subir las escaleras con paso cansado.

Eddison le lanza una mirada a Priya.

—Volverá a ser humana cuando se cambie de ropa —responde ella, tomando con dos dedos el pantalón de su pijama de franela a rayas—. Le gusta ponerse ropa real cuando llega a casa.

—Ustedes dos son las únicas personas que conozco que consideran que las pijamas son más reales que los trajes.

—¿Tú preferirías traer una corbata que una playera de los Nationals?

Eddison no sabe qué responderle. O más bien sí, pero no es algo que lo vaya a ayudar.

Priya rueda para quedar sobre sus manos y rodillas, y luego se impulsa para levantarse e ir a la cocina por los platos y cubiertos. También vuelve con

un tazón, y se encoge de hombros cuando nota la mirada intrigada de Eddison.

—Sólo hemos desempacado dos platos.

—Bárbaras.

—Literalmente.

Eddison resopla como respuesta, pero acepta uno de los platos. Para cuando Deshani llega a la mesa con sus leggings y una camiseta de manga larga de Cambridge, Priya ya tiene la comida separada para los tres. La rutina es cómoda, familiar, gracias a los más o menos siete meses que ellas vivieron a las afueras de Washington. Deshani les cuenta historias de su asistente misógino, quien no puede disimular el desagrado que le genera tener que responderle a una mujer, y lo mucho que ella disfruta ofrecerle un puesto menor si prefiere tener un jefe varón. Es aguda y divertida, y Eddison tiene la sensación de que la única razón por la que no han despedido a ese idiota es porque Deshani se entretiene con él.

Es un poco perturbador.

Cuando terminan de comer y los dedos de Priya están desmoronando la galleta de la fortuna sin comérsela, Deshani suspira y le lanza una mirada al maltratado maletín negro.

—Bueno. ¿Cuáles son las malas noticias?

Por Dios.

Eddison se recarga en el sofá y se talla la cara en un intento por ordenar aunque sea un poco sus pensamientos.

—Cuando Aimée Browder fue asesinada en San Diego, llegamos a la conclusión de que debía ser tan sólo una terrible coincidencia.

Priya cierra los ojos, demasiado deliberadamente como para que sea un gesto de dolor, pero aun así hace que Eddison se sienta como un idiota. Probablemente hay una mejor forma de iniciar esta conversación, pero él no tiene idea de cuál sea.

—Ustedes no notaron nada fuera de lugar, a nadie que pareciera conocido de Boston, y no pudimos encontrar ninguna conexión. Como ustedes desconocían que hubiera vínculos con una segunda víctima, no hubo nada que lo señalara como algo más que una extraña casualidad.

—Pero tú sospechabas, ¿verdad? —pregunta Deshani con brusquedad.

—Sí, pero no había nada que reforzara mi sospecha.

—Las entregas de flores hubieran cambiado eso.

Él asiente con gesto reacio. No quiere hacer que Priya se sienta mal, o peor, pero su madre está señalando lo obvio.

—No había ninguna razón para que les dieran algún significado. No sin conocer los detalles de los otros casos.

—¿Por qué son significativas las flores? —pregunta Priya en voz baja. Se recarga contra las piernas dobladas de Deshani con los ojos aún cerrados, y los dedos de su madre le acarician suavemente su cabello con mechones azules.

—Así como Chavi fue encontrada con crisantemos, a cada víctima le han dejado un tipo de flores. La primera tenía narcisos, la segunda alcatraces.

—¿Y Aimée?

—Flores de amaranto.

Priya suelta un bufido suave.

—Su madre cultivaba amaranto. Tenía un jardín en la azotea de su porche, y sembraba amaranto para cocinar. Aimée solía robarse algunas flores todos los días para ponérselas en el cabello. Su madre nunca lograba mantener un gesto serio al regañarla por eso, y las dos terminaban riéndose. ¿Sabes de qué otro modo le dicen al amaranto?

Eddison niega con la cabeza.

—La sangre del amor.

Mierda.

—Así que quien sea que esté trayendo las flores, está copiando el orden de los asesinatos —dice Deshani. Mira el cabello de Priya con el ceño fruncido, y usa el pulgar para medir el crecimiento de las raíces hasta donde comienza el color de las mechas—. Necesitamos arreglar esto.

—Siempre se me olvida pedírtelo.

Eddison se aclara la garganta, y Deshani le responde enarcando una ceja.

—Aún no hay forma de saber si se trata de nuestro asesino, o si es un degenerado local que averiguó quién eres y se excita aterrorizándote. La presencia de las flores en San Diego, la similitud que recuerdas en las tarjetas, sugieren que es lo primero, pero aún no podemos respaldarlo.

—¿Qué se consideraría una prueba?

Él se queda inmóvil por un momento, y ambas mujeres se reacomodan para verlo más claramente.

—Ah —susurra Priya.

—¿Ah? —repite Deshani, dando un leve tirón a un mechón de cabello de

su hija—. ¿Eso qué significa exactamente?

Eddison asiente.

—A menos o hasta que intente atacar, o que lo atrapemos dejando las flores, no hay forma de saber. Las flores solas no tienen suficiente significado.

—¿No tienen suficiente significado?

—No son una amenaza por sí mismas —aclara Priya—. Sin evidencia de lo contrario, son tanto un regalo como una amenaza.

—Las flores de Schrödinger —dice su madre con tono burlón—. Qué maravilla.

—¿Qué significa eso en lo que al FBI respecta?

¿Por qué no le pidió a Vic que lo acompañara? Vic es mucho mejor en todo esto.

—¿Eddison? —Parece que las cejas de Deshani podrían desaparecer en cualquier momento entre su cabello—. ¿Por qué te ves como si acabáramos de mencionar al verdugo?

—Sin importar quién esté dejando las flores, sigue siendo un asunto del FBI —les dice—. Cruzó líneas estatales, lo cual lo hace nuestro.

—¿Pero?

Él suspira y les da una versión cuidadosamente editada de la historia de Vic y Finney con la jefa de sección Martha Ward, y la estrecha visión de esta respecto a las responsabilidades en un caso. Ellas escuchan con atención, de esa que puede ser intimidante si no las conoces y simplemente aterradora cuando sí. Al terminar, madre e hija se miran durante un largo rato con gesto indescifrable.

—En corto —dice Deshani al fin—, ¿qué tan probable es que evite que los agentes vengan?

—Si sigue siendo algo intermitente, no mucho —acepta él—. A Finney no le gusta la política y no quiere dejar el campo, pero si es necesario, ha estado en la agencia casi por tanto tiempo como Vic; si quiere irse contra ella, probablemente podría causar algún daño. Mientras las visitas no tomen mucho tiempo, no creo que interfiera.

—¿Hasta que se vuelvan más frecuentes? —Priya niega con la cabeza, y hay algo oscuro en sus ojos, algo sobre lo que Eddison no sabe cómo indagar—. ¿Cuando los análisis de los ramos comiencen a requerir más tiempo y dinero del que ella aprobará?

—Priya...

—¿Estamos atrapadas en medio de esto?

—Quizá. —Eddison ignora las maldiciones entre dientes de Deshani a fin de mantener el contacto visual con Priya, intenta ser lo más reconfortante posible—. Vic y Finney no van a aceptarlo así como así. Van a pelear por ti. Sólo tenemos que atrapar a este tipo antes de llegar a eso.

—Pero mientras tanto, mi hija está a merced de alguien que sabe dónde vivimos y puede que haya matado a su hermana.

Eddison no puede evitar hacer un gesto dolido ante eso.

—¿Qué se está haciendo en este momento?

—Finney investiga a Landon —responde él—. No tener un apellido lo está haciendo difícil.

—Entonces ¿crees que sea un posible sospechoso?

—En este momento es una persona de interés. Ya veremos en qué se convierte.

—¿Siempre hay que esperar? —pregunta Priya en voz baja.

—Sí, hasta que ya no. —Eddison le ofrece una sonrisa no muy convincente—. Pero eso ya lo sabías.

—Entonces esperaremos.

—¿Por qué viniste hasta acá para decirnos esto? —Deshani tiene la cabeza inclinada hacia un lado, y sus pulgares golpetean sus empeines con un ritmo repetitivo pero indescifrable—. Todo esto pudo decirse por teléfono.

—Porque quería que vieran mi cara al prometerles que no voy a permitir que ese bastardo te toque.

Ambas mujeres lo miran durante tanto rato que hacen que su frente se perle de sudor. Si separadas tienen ese efecto en la gente, juntas pueden ser algo insoportable.

Luego Priya exhala ruidosamente y suena casi como una risa.

—Necesitaba vernos, mamá. Somos familia; quiere asegurarse de que estamos bien.

Las risitas de Deshani no son lo que le agolpa la sangre en el rostro, pero tampoco ayudan.

No podría decir que Priya se equivoca.

A la mañana siguiente, Eddison trae donas recién hechas y se sienta en el sofá

con un montón de papeles mientras yo hablo por Skype con mi tutora en Francia. Pese a todo lo que está pasando, me está yendo muy bien en mis materias y la tutora está segura de que podré entrar sin gran dificultad a una clase normal para el otoño.

Mamá y yo hablamos sobre intentar graduarme anticipadamente aquí, en Estados Unidos, y comenzar la universidad en otoño, pero me pareció algo como lanzarte clavados desde un risco: emocionante en teoría, pero quizá no la mejor idea de tu vida. La escuela con la que colabora mi tutora tiene muchos estudiantes internacionales, así que es bueno el sistema de apoyo para los chicos con dificultad para adaptarse a hacer todo en francés, todo el tiempo.

Cuando termino de trabajar lo necesario para sentirme una estudiante de diez y Eddison ya se ha tomado la mitad de su peso corporal en café casero, nos abrigamos hasta la cabeza para ir al ajedrez.

—¿Caminas por aquí todos los días? —pregunta.

Niego con la cabeza mientras espero a que cambien los semáforos del cruce.

—Suelo salir unas tres veces a la semana. Sólo cuando tengo ganas.

—¿Algún patrón?

—Tiendo a faltar los martes; son populares para las citas con los médicos.

Eddison asiente, repite las palabras en silencio, y es casi como si pudiera verlo tomar nota en su libretita mental. Por más que su vida dependa de la moleskine que trae en el bolsillo trasero, realmente intenta no sacarla en medio de una conversación normal, aun cuando esta tenga que ver con un caso.

Hoy el clima está lo suficientemente cálido para que mi pesado abrigo no sea necesario, pero es lo suficientemente fresco para que la *hoodie* sobre una camiseta de manga larga no baste. Aún traigo la bufanda alrededor del cuello y metida bajo el cierre, y guantes, gorro y botas en su lugar. Pero estamos a mitad de marzo en Colorado, y al fin comienza a sentirse un poco primaveral.

Eddison tiene las fotografías que tomé en el ajedrez, pero quiere ir a hacerse una idea propia de cómo son los hombres de ahí. Específicamente, aunque no lo ha dicho, quiere entender cómo es Landon.

Happy me grita cuando apenas vamos a medio estacionamiento.

—¡Niña Azul! ¡Ven a jugar conmigo! ¡No he dejado de perder!

Eddison hace un sonido burlón junto a mí.

Negando con la cabeza, cruzo el pasto y saludo a todos. Gunny está dormido, con los costados de su rostro cubiertos por las orejeras de un gorro que estoy segura que vi a Hannah tejer la semana pasada. Landon está al otro lado, donde siempre suele estar. Gunny no confía en él, creo; aun así, no le pediría que se fuera.

—Este es mi amigo, Eddison —anuncio—. Estará en la ciudad un par de días.

Eddison saluda con un movimiento de cabeza y se ve ligeramente amenazante con su largo abrigo color canela. Por alguna razón, la bufanda verde neón no basta para arruinar su look.

Pierce se rasca la nariz y mira a Eddison de arriba abajo.

—¿Policía? —pregunta al fin.

—Más o menos.

Varios hombres asienten, y eso es todo lo que hay en cuanto a presentaciones. Las fotografías que envié tenían textos con los nombres que conozco, y aunque Espanto, Corgi y Happy no son de gran ayuda, eran algo para empezar.

Me siento frente a Happy para poder escuchar las conversaciones que se retoman. Eddison recorre las mesas, mirando las partidas en progreso. Supongo que policía (más o menos), al igual que veterano, es suficiente para entenderse. A decir verdad, nadie le presta mucha atención.

Salvo Landon.

Landon está nervioso, más de lo normal. Sus ojos van de un lado a otro como para ver la reacción ante el intruso, y casi todas las piezas que intenta mover se le caen. Una de las torres cae con tanta fuerza que deja una muesca en el tablero pese al fieltro que tiene en la base.

Mientras Eddison se acomoda al final de la banca, junto a Landon, comienza una conversación cómoda y casual con los otros hombres. Es interesante ver el lado de agente de Eddison, cuando no tiene que andar de puntitas frente a las sensibilidades infantiles.

Hablan sobre barrios y seguridad, y creo que no se dan cuenta de lo mucho que le dicen sobre el lugar donde viven y lo que pasa a su alrededor. Los anima a que se presenten y así consigue los apellidos sin ningún esfuerzo aparente, y los hace reír con historias sobre los entrenamientos físicos en la academia del FBI, las cuales intentan superar con sus salidas del campo de formación militar.

Una vez más, Landon es la excepción. No dice cómo se llama, ni siquiera su nombre de pila, aunque ya lo ha mencionado uno de los otros, y no le quita la mirada al tablero durante todo el tiempo que hablan sobre los vecindarios. Eddison toma nota cada que Landon se sobresalta, y apostaría que ya tiene un mapa de Huntington listo para marcarlo con las áreas donde es posible que Landon viva.

Sin ninguna intimidación patente, Eddison ya lo tiene aterrado.

De hecho me preocupa un poco, porque sí, Landon es un tipo repugnante, pero no debería tener tanto miedo a menos que sea un tipo repugnante con algo que ocultar. También es un tanto gracioso, porque Eddison y mamá tienen más en común de lo que pensaba. Estoy bastante segura de que él se ofendería si se lo dijera.

Lo guardaré para una ocasión especial.

Por lo general, y con eso quiero decir cada vez que he estado aquí, Landon no se va del pabellón hasta que yo lo hago, para poder ir detrás de mí al supermercado. Esta vez, apenas se queda una hora antes de despedirse entre dientes e irse a paso veloz.

Steven, uno de los veteranos de la Guerra del Golfo, lo observa mientras se va, mira a Eddison con una sonrisilla conocedora y luego voltea a verme.

—Debiste decirnos que te estaba molestando.

—No quería fastidiar la dinámica.

—La seguridad es más importante.

Pero son soldados mayores, y a veces hay puntos de vista distintos de lo que es apropiado y lo que no entre hombres y mujeres. Me agradan los veteranos y su anticuada caballerosidad, pero eso no significa que voy a asumir que tenemos las mismas opiniones.

—Eddison vino a la ciudad por un asunto de trabajo —comento—. Que haya podido venir a ver si estoy paranoica o no, sólo fue un beneficio adicional.

Steven vuelve a mirar a Eddison, quien se está poniendo cómodo en la vieja silla plegable.

—Entonces ¿lo está?

—¿Paranoica? —Cuando Steven asiente, Eddison se encoge de hombros—. No. Un hombre no sale huyendo así a menos que sepa que está pensando cosas que no debería.

—¿Vas a hacer algo al respecto?

—No se puede arrestar a alguien por pensar, pero es menos probable que haga algo si siente temor de Dios.

Todos asienten, porque el hombre hizo su trabajo, y si no fuera tan divertido, probablemente me sentiría ofendida.

Los lugares al nivel del mar y los montañosos tienen distintos tipos de frío, aunque la temperatura en teoría sea la misma, así que Eddison ni siquiera aguanta otra hora antes de que sus dientes empiecen a castañetear pese a los calentadores. Le doy un beso en la mejilla a Gunny, provocando que los demás suelten silbidos y ruidos burlones, y me llevo a Eddison a la tienda.

Mira con disgusto el logo de Starbucks. Tiene algo contra el café caro, así que cualquier lugar que le cobre más de un dólar por una taza gigante de café negro tiene su enemistad eterna. Cuando vivíamos en Washington, el entretenimiento favorito de Mercedes era que Eddison y mamá fueran por un café juntos.

Mientras intenta quemar el letrero con la mirada, veo que Joshua se levanta de su mesa con un abrigo azul oscuro doblado sobre el brazo. Parece que le gustan los suéteres tejidos, o al menos parece tener una reserva infinita de ellos. Este es una especie de sudadera desteñida que va bien con su cabello castaño canoso. Me ve y me sonrío, levantando su taza de té a manera de saludo, pero no se detiene a platicar mientras va hacia la puerta.

Con nuestras bebidas en la mano, Eddison y yo volvemos a la casa en un silencio cómodo. Ambos nos detenemos y observamos la entrada vacía.

—No estoy seguro de si quería que hubiera flores o no —dice tras un minuto.

—Me ha pasado.

Cuando estoy segura adentro, con la puerta bien cerrada tras de mí, Eddison se va a Denver para ver a Finney, y luego de vuelta al este. No desconozco lo mucho que ha estirado los límites de lo permisible, por mi bien y quizá por el suyo. Se suponía que yo sólo fuera parte de un caso, no parte de su vida, pero aquí estoy, cinco años después, familia más cercana que los consanguíneos en muchos sentidos, y no me arrepiento.

No creo que él se arrepienta tampoco, aunque esto lo obligue a tomar decisiones difíciles.

Dedico un par de horas a adelantar la tarea, porque me parece la opción responsable, discuto un poco con mamá en mensajes sobre qué cenaremos

(ella gana, pero sólo porque no hemos comido curry desde Birmingham), y luego saco la carta de Inara.

No sé por qué no se lo he mencionado a Eddison. Él la conoce, aunque no sepa si le cae bien o no (es mucho más transparente de lo que cree). Pero es agradable que sea algo mío. Algo para mí, quizá.

Tras dejar la carta sobre mi diario actual, tomo el primero de los cuadernos de Washington de la pila que está en el suelo. Todos los demás siguen abajo, pero fue en San Diego donde las cosas cambiaron y en Washington me di cuenta de cuánto habían cambiado; no puedo evitar releerlos en busca de pistas.

Hace dos años, hice una amiga en San Diego. Se llamaba Aimée Browder, y amaba todo lo relacionado con Francia. Pese a mi intención de mantenerme aislada, ella estaba ahí; simplemente siempre estaba ahí, sin ser insistente ni entrometida. Dejé que me convenciera de entrar al Club de Francés, de ir al cine y salir, y algunas tardes me quedaba junto a la puerta del estudio de ballet donde tomaba clases y hacía mi tarea escuchando la música clásica, las instrucciones en voz baja y los golpes secos de los saltos bien logrados.

Pese a todo, ella era mi amiga, así que cuando mamá y yo estábamos por mudarnos a Washington, le pedí a Aimée que mantuviéramos el contacto. Y así lo hicimos, por una semana y media. Los primeros días de silencio no me preocupé; ambas estábamos ocupadas. Ya me respondería cuando pudiera.

Entonces recibí la llamada de su madre, que sollozaba tanto que tuvo que pasarle el teléfono a su esposo para que él me dijera que Aimée estaba muerta. Su hija, mi amiga, había sido asesinada, y en cuanto mencionó la iglesia y las flores, supe que de alguna manera aquello estaba conectado con Chavi. No parecía posible que fuera una coincidencia.

Esa noche no fue la primera vez que comí hasta vomitar. Para nada, de hecho; ya entonces llevaba tres años haciéndolo. En todo caso, creo que sí fue la peor. Me atasqué tanto que ni siquiera podía llorar por lo mucho que me dolía, me costaba respirar y sentía que reventaría por los costados. Mamá estuvo a dos segundos de llevarme al hospital para que me hicieran un lavado de estómago, pero en cierto modo eso fue lo que me hizo caer en la más absoluta histeria.

No quería que Eddison supiera que estaba tan mal. No quería que Vic y Mercedes supieran lo que estaba pasando.

Llamaron desde San Diego con preguntas sobre Aimée, cosas que debían

preguntar para la investigación incluso si no querían hacerlo. Pude escuchar lo preocupados que estaban, y aunque seguía sintiéndome terrible, quería más, sólo por lo mucho que me dolía.

Pasaron días antes de que pudiera volver a comer. E incluso entonces, mamá tuvo que obligarme. No podía ni ver la comida sin que me doliera el estómago.

Para distraerme, comencé a investigar los otros asesinatos, porque no podía dejar de pensar que mi ignorancia había hecho que mataran a Aimée. Mamá fingía que no me vigilaba mientras se asomaba sobre mi hombro. Fue ella quien notó que las flores alrededor de las chicas asesinadas eran las mismas que los ramos que habían aparecido en nuestra puerta en San Diego.

Narcisos amarillos y blancos para Darla Jean Carmichael, quien llevaba tantos años muerta como yo viva.

Alcatraces con centro púrpura para Zoraida Bourret, encontrada en la iglesia metodista de su familia un domingo de Pascua.

Ramilletes de nubes para Leigh Clark, la hija de un predicador de Eugene, Oregon.

Una corona de madreselvas para Sasha Wolfson, cuya prima contó historias de una chica que tomaba flores de su cabello para sentir su dulzura en la lengua.

Coloridas fresias para Mandy Perkins, quien construía jardines de hadas en asilos de Jacksonville, Florida.

Claveles blancos para Libba Laughran, con venas y bordes rojos que parecían sangrar. Tenía apenas catorce años cuando fue violada y asesinada a las afueras de Phoenix.

Pero a Washington no llegaron flores, ni tampoco a Atlanta, adonde nos mudamos en noviembre. No hubo flores en Omaha ni en Birmingham, fuera de las que envió el estúpido compañero de trabajo en Nebraska. O sea que no hubo flores misteriosas, y por eso nunca pareció importante decírselo a mis agentes.

Si no nos hubiéramos ido de San Diego cuando lo hicimos, a nuestra puerta habrían llegado las aquilegias de Emily Adams, de diecisiete años, originaria de St. Paul, Minnesota, quien no tenía ninguna relación con Meaghan Adams, más tarde también una víctima. De acuerdo con las páginas en su honor y los artículos que leímos, se dedicaba a la música. Cantaba como un ángel, en especial canciones folk, y tocaba cualquier instrumento

que cayera en sus manos. Unos días antes de su asesinato, organizó un mitin en respuesta a un tiroteo en una escuela de Connecticut, y acomodó dos aquilegias azules en la cabeza de su guitarra para honrar a décadas de víctimas con su interpretación.

Cuando el bastardo mató a Emily, rodeó su cuello con un listón de flores para ocultar la herida abierta. Se mencionó en un par de artículos sobre el asesinato, pero también había imágenes en páginas web de casos reales que de alguna manera lograron conseguir fotos de las escenas de crimen de la mayoría de los asesinatos.

Algo impresionante si se considera que no se involucró al FBI hasta la décima víctima, Kiersten Knowles.

Pese a lo mucho que investigamos mamá y yo, no tenemos ni la mitad de la información que posee el FBI, pero supongo que no estamos más alejadas de la respuesta. Tantos datos y nada que lleve a alguna parte. Si algún día consigo un nombre, la identidad del hombre que asesinó a Chavi y a las demás, ¿eso me dará paz? Si lo llevan a juicio y resulta culpable, ¿eso es justicia?

Miro las páginas dobladas de la carta de Inara, y tomo una pluma y una hoja.

Querida Inara:

Mi mamá a veces dice que es una pena que la gente sólo pueda morir una vez; uno de sus mayores deseos es encontrar a nuestra pesadilla y matarlo una y otra y otra vez, una vez por cada persona que ha matado y una más sólo para nosotras.

No sé si eso es más o menos justo que la cárcel o una ejecución formal.

Solía pensar que significaría algo. Soñaba con estar en el tribunal cuando el presidente del jurado leyera «culpable», y el hombre desconocido con el rostro indistinguible tras la mesa de la defensa comenzara a llorar. Lo haría de manera ruidosa y desagradable, ese tipo de llanto que te mortifica porque sólo son mocos por todas partes. El hombre estaría devastado, y mamá y yo reiríamos alegre y estruendosamente y nos hundiríamos en los brazos de la otra.

Seríamos felices.

Ya no sentiríamos dolor.

En algún punto, me di cuenta de que eso no nos traería de vuelta a Chavi. Nada lo haría.

De pronto no podía soportar la idea de cualquier sentencia que dejara vivo a ese imbécil, lo hiciera llorar o no.

No tengo respuestas.

No tengo sabiduría.

Lo que tengo es un buen sentido del rencor, y la determinación de que algún día aprenderé cómo hacer esto que llamamos vivir. Quizá hasta allí pueda hablarse aún de justicia.

No hay ninguna razón real para cambiar su destino de Washington a Nueva York, pero Eddison lo hace de cualquier manera, frotando con el pulgar la pantalla oscura de su teléfono donde duerme el mensaje de Vic. En ese momento, aún algo abrumado por la frustración y las preocupaciones, no quiere rebuscar tanto en sus razones. No cuando hay algo que lo inquieta sobre la forma en que las Sravasti tomaron las noticias sobre el acosador, y no logra saber qué es o por qué lo molesta.

Así que decide hacer el cambio, sabiendo que puede tomar el tren de una ciudad a otra y hacer un poco de trabajo de oficina, y quizá incluso pueda decir que fue algo redondo. De cualquier modo, el tren es muchísimo más cómodo que el avión.

Odia el metro, allá en su terruño no le encanta precisamente, pero aun así le parece mejor opción que soltarle cincuenta dólares a un taxi sólo para acercarse a la ciudad. Se recarga en uno de los tubos, a buena distancia de las bolsas de compras amontonadas, equipajes y extremidades por todas partes, y cuenta las paradas y escucha esa conocida mezcla de llamadas telefónicas, conversaciones en distintos idiomas y la música demasiado fuerte que escapa de los audífonos a su alrededor.

Una niñita sentada sobre el regazo de su abuelo lo mira y se ríe, sosteniendo entre sus manos una bufanda tejida casi del mismo verde espantosamente brillante que la que él lleva. Le sonrío ligeramente y ella se vuelve a reír antes de enterrar la cara en el hombro de su abuelo. Pero sigue riéndose; Eddison puede ver cómo se sacuden las dos coletas de su cabeza.

Sabe, de una forma absolutamente teórica, que Inara vive en un barrio de mierda. Fue muy clara al respecto la primera vez que la interrogaron. Cuando la dieron de alta en el hospital, volvió allá. Los agentes de la oficina de Nueva York prefieren ir al restaurante si necesitan verlas a ella o a Bliss.

Saberlo es muy distinto a verlo.

Parado afuera de las escaleras del metro, inhala profundamente y de inmediato siente la náusea provocada por el tufo inesperado de peste a basura y orina que viene desde el callejón. Tras un par de minutos se adapta al olor (ha respirado cosas peores, dado su trabajo), y cuidadosamente se abotona el saco y el abrigo para cubrir la pistola que lleva en la cadera. Se sentiría mejor si pudiera tener fácil acceso a ella pero no quiere llamar la atención de esa manera, sobre todo cuando técnicamente está en su día libre.

Encuentra el edificio, una monstruosidad de ladrillos descoloridos con los

restos de una reja de hierro forjado frente a la entrada. Hay un intercomunicador a la izquierda de la puerta para dejar pasar a los visitantes, pero sería mucho pedir que así fuera. Eddison no sabe si lo atacaron primero las balas o un mazo; de cualquier modo, no funciona. En el pequeño recibidor, la mitad de los buzones están reventados, con sobres y avisos regados por el suelo. Puede ver membretes oficiales en algunos de los sobres pisoteados.

Pero el buzón de las chicas está bien, recién pintado de un color plata sin brillo que casi combina con el metal deslustrado de abajo, y cubierto con calcomanías de flores. Sobre él, una nota escrita en un festivo papel rosa está pegada a la pared. Eddison reconoce la letra grande y redondeada, casi alegre, de Bliss, a la que a decir verdad sólo le faltan dibujitos lindos sobre las íes. «Si te robas nuestro correo, me robaré tus testículos. U ovarios, no discrimino».

Por Dios.

Está firmado con una maldita cara feliz.

Tanto el papel como la tinta están ligeramente desteñidos, y su buzón está intacto, así que claramente funcionó bien para el edificio. Ajustando el peso del equipaje sobre su espalda, Eddison se dirige a las escaleras. Hay un espacio para el elevador, pero parece que le falta el muy necesario elevador.

Y puertas. Las puertas también serían importantes.

Para cuando llega al piso de las chicas, el segundo de arriba abajo, está un tanto agotado y considera agregar gradas a su régimen de ejercicio. Puede correr durante varios kilómetros en plano, pero las escaleras le resultan sorprendentemente problemáticas.

Por suerte, o no, ni siquiera necesita recordar el número del departamento. Lo único que tiene que hacer es buscar al borracho tirado en el suelo. Aparentemente el hombre lleva años durmiendo junto a la puerta, y ninguna de las chicas tiene el corazón para echarlo o llamar a la policía, así que simplemente suben hasta la azotea y bajan por las escaleras de emergencia para entrar por la enorme ventana.

Eddison no es tan amable.

Patea los pies del borracho, sólo con suficiente fuerza para hacerlo despertar de golpe sin mucho esfuerzo.

—Búscate otro lugar, amigo.

—Es un país libre —balbucea el tipo mientras se acurruca de nuevo sobre

su botella.

Eddison se inclina, toma al hombre por el tobillo y comienza a caminar hacia atrás, arrastrando al borracho que maldice y lloriquea, hasta plantarlo a la mitad del camino hacia la puerta más cercana.

La puerta de Inara se abre y se asoma una cabeza rodeada por un esponjado cabello dorado rojizo que forma un enorme halo.

—Oye, ¿estás molestando a nuestro borracho?

—Solamente lo moví —responde Eddison. Suelta el tobillo del hombre que rápidamente vuelve a despatarrarse por el suelo, bebiendo a grandes tragos de su botella—. ¿Eres Whitney?

—Y tú eres...

Eddison se siente extremadamente aliviado ante la franca desconfianza de la chica.

—Agente especial Brandon Eddison. Vine a ver a Inara, si está.

El rostro de la mujer se ilumina al reconocerlo. Tal vez tiene veintitantos, casi treinta, y uno de sus ojos está decolorado y la pupila parece permanentemente dañada.

—Espera, iré por ella.

Tras una breve espera, una Inara con ojos adormilados aparece en el pasillo mientras se pone una *hoodie*. Tiene el cabello revuelto y los pies metidos en unas pantuflas de Ígor.

—¿Eddison?

—Si vamos a la azotea, ¿no tendrás frío?

Ella asiente y se sube torpemente el cierre de la sudadera. Se detiene a la mitad que el cabello no se le atore al seguir cerrándola. Sus manos, metidas en las mangas, tallan sus ojos mientras guía la ruta hacia arriba. La azotea está llena de muebles, desde sillas básicas de patio hasta un sofá envuelto en plástico bajo un toldo improvisado que quizá comenzó su vida sosteniendo un par de hamacas.

Inara cruza la azotea hasta que se sientan en una pila de sillas de lona contra la cornisa del frente. Si Eddison se asoma un poco puede ver el descanso de la escalera de emergencia, donde dos de las *roommates* de Inara están fumando y ríen.

—¿Sabes que son las tres de la tarde? —pregunta él al fin.

Ella lo mira con sueño y molestia, y es un gesto adorable poco visto en ella, blando y gruñón y algo así como de gatito enojado.

—El Barril hizo una fiesta después de cerrar —masculla entre bostezos—. No volvimos hasta las ocho de la mañana. Y luego ayudamos a Noémie a practicar su presentación para su clase de las once.

—Y te vas a trabajar...

—Tenemos que salir como a las cuatro treinta. —Sube los pies a la silla—. ¿Qué pasa?

—El juez Merrill concedió la orden de restricción —le dice él sin más preámbulo—. Cualquier intento de contactarte hará que se le puedan levantar cargos a Desmond.

Eso sí que la despierta. Lo mira durante un momento sin despegar de él sus ojos claros, casi ámbar, abiertos de par en par. Luego parpadea, pensándolo, y al fin asiente.

—Qué rápido.

—A decir verdad, no había forma de que la defensa se opusiera a ello. Aunque no era ilegal que Desmond te escribiera, era inapropiado, y al juez no le agradó el contenido de las cartas.

—El conte... mierda. Obviamente tenían que leerlas.

Eddison se aclara la garganta.

—Vic las leyó. Y el juez, y los abogados; pero Vic, Vic las leyó.

Inara descansa la barbilla sobre las rodillas, y el agente tiene la incómoda sensación de que busca un sentido mucho más profundo del que él le quiso dar a sus palabras. Por Dios, su salud mental y bienestar de pronto dependen de que esta chica jamás conozca a las Sravasti. Basta con que Priya y Deshani ya lo entiendan demasiado bien; no necesita que le enseñen nada a Inara. Un hombre necesita preservar cierta capacidad de autoengaño, después de todo.

—Supongo que no te interesarían mucho las cartas de un imbécil enamorado —es lo único que dice ella.

Eddison suelta un sonido burlón por la nariz y se recarga en el respaldo de su silla.

—Según entiendo, esa parte no fue el problema.

—¿Problema?

—Por lo que Vic me contó, en alguna parte, mientras te suplica que lo perdones, Desmond coló unos cuantos ruegos para que no testifiques contra él o su padre. Para que, eh... «comprendas».

Ella lo mira sin entender.

—Pedir que lo perdones es una cosa, aunque no parezca entender por

completo su nivel de implicación en los hechos. Pedirte que no testifiques, presionarte de esa manera, con el peso de tu historia... eso es un intento por influenciar a un testigo, y cruza la línea a territorio peligroso.

—¿Sigue diciendo que me ama?

—Sí. ¿Le crees?

—¿No?

Eddison le echa un vistazo al espacio, notando el hollín donde solía haber un próspero cultivo de marihuana del que ella ya les había contado. Hay canastas de juguetes por todas partes, y parece que alguien intentó hacer un columpio con tuberías en algún momento. Él no se atrevería jamás a poner un niño ahí, pero probablemente hace que las fiestas sean un poco más interesantes.

Ella suspira y a él le cuesta más trabajo de lo que pensaba no mirarla. Algunas verdades son más fáciles cuando nadie está viendo.

—Sé que cree que me ama —dice Inara lentamente—. Si le creo que sea cierto, o no... no sé. Quizá es como su padre, es lo que él piensa que es amor, pero yo... Me parece que no quiero creer que el amor pueda tener tan poco contacto con la realidad.

—Quizá necesita creer que es amor —comenta él, y con el rabillo del ojo alcanza a ver que Inara asiente.

—Puede ser. Si es real, quizá de algún modo lo absuelve. A todos les maravillan las cosas que hace la gente por amor.

—Pero tú piensas que es algo más que eso.

—Si no era amor, ¿qué era?

—Violación —dice él sin reparos.

—Exacto. Un muchacho como Desmond no quiere creer que es un violador.

Se queda en silencio por un rato, lo suficiente para que él la voltee a ver. Está mirándose las pantuflas y sus dedos acarician el pelo negro en las cabezas de Ígor. Son ridículas y no parecen algo que Eddison esperaría que a ella le gustara o usara siquiera, pero probablemente fue justo por eso que alguien se las dio.

—Sobrevivir al Jardín —dice ella al fin, con una voz que es apenas poco más que un susurro—, *perdurar* en el Jardín, dependía de comprender al Jardinero. Comprender a sus hijos. Ahora estoy fuera del Jardín, y ya no quiero comprender. Ya no quiero vivir así. Entiendo que él necesite

explicarse, pero necesito no escuchar. Necesito no cargar con ese peso. Necesito... —Traga saliva y sus ojos brillan por las lágrimas, pero el agente sospecha que está más enojada que triste—. Necesito no escuchar cómo jura que me ama.

Hay algo ahí, algo que Vic probablemente reconocería y sabría cómo abordar elegantemente.

—No tienes la culpa de sus sentimientos, ¿sabes?

Eddison no es elegante.

Ella resopla y parpadea algunas veces para deshacerse de las lágrimas y la rabia, de regreso al terreno más cómodo de las burlas y los comentarios ácidos.

—Hace mucho que aprendí a no hacerme responsable de lo que los hombres *sientan* por mí.

—Entonces ya sabes que lo que sea que él sienta por ti, lo que crea que son esos sentimientos, no debes sentirte culpable por el dolor que le causen.

—De acuerdo, Yoda.

Un rechinado metálico les da un instante de aviso antes de que una cabeza se asome por la escalera de emergencia.

—¡Inara! ¡Ven a presentarnos a tu agente!

Eddison mira a Inara y mueve los labios para preguntarle en silencio: «¿Tu agente?».

—Es mejor que agente mascota —responde ella encogiéndose de hombros.

Gracias a Dios.

—Ven —le dice mientras se pone en pie—. Puedes conocer a las que están aquí, y luego ir con nosotras. Ahora que has visto el departamento, te retorcerás hasta que concluyamos nuestra ruta al trabajo.

—¿Siempre toman la misma ruta?

Ella simplemente pone los ojos en blanco y comienza a bajar por la escalera.

La mayoría de las jóvenes le resultan conocidas por las historias que Inara le ha contado. Tras las presentaciones, cuatro de ellas se visten y salen, pues las demás tienen sus uniformes en el restaurante. Platican y se ríen en el metro, se peinan y maquillan sin espejos ni errores pese al movimiento del tren y las constantes paradas y arranques. Intercambian algunos saludos con gente que parece tomar la misma ruta.

Eddison ha compartido un cuarto de hotel con Ramírez lo suficiente para que el proceso completo de maquillaje le inspire un asombro confuso, pero eso era al ver sus herramientas extendidas por todo el tocador, con muchos espejos. Ver a este cuarteto lo hace sentirse exageradamente feliz de ser hombre y que dejar listo su rostro para irse a trabajar sólo implica rasurarse, y a veces ni eso.

El Evening Star es mucho más elegante de lo que esperaba, dado el lugar por el que las chicas han optado para vivir. Aunque lleva su traje, se siente un tanto mal vestido.

—Ven a conocer a Guilian —dice Inara, empujándolo para que entre al restaurante—. Además, Bliss hará muecas si se entera de que estuviste aquí y no la saludaste.

—¿Muecas? ¿No se alegrará?

—No veo por qué no podría hacer ambas cosas.

Guilian es un enorme pelirrojo cuyo cabello ha comenzado a abandonar su cabeza y a refugiarse en el encrespado bigote que le cubre casi toda la parte baja de la cara. Saluda a Eddison tomando su mano con fuerza y descansando la otra sobre el hombro del agente.

—Gracias por ayudar a Inara a volver a casa a salvo —dice solemnemente.

Si Eddison se ve la mitad de lo incómodo que se siente, puede entender por completo por qué Inara tiene esa sonrisa burlona junto a él.

Bliss es apenas metro y medio de gruñidos, desplantes y una boca del tamaño del mundo, pero cuando le muestra los dientes a Eddison, parece algo mucho más cercano a una sonrisa de lo que él recibe habitualmente.

—Me pareció sentir que el lugar se abarató de pronto. —Su cabello rizado y oscuro está recogido en un intrincado nudo, a una distancia segura de la comida, y es hasta que Eddison la ve junto a otra mesera cuando se da cuenta de que su uniforme es ligeramente distinto.

Todos los meseros usan esmoquin y las meseras vestidos de noche negros con la espalda descubierta, blanquísimos cuellos y puños postizos y corbatas negras de moño en el cuello. Pero Bliss, y podría apostar a que Inara también, usa un vestido que le cubre la espalda y tiene el cuello cosido a la tela. La prenda le cubre las alas.

Eddison mira a Guilian, parado en la puerta de la cocina, y el dueño del restaurante lo saluda con la cabeza.

Con razón Inara volvió a trabajar al mismo restaurante.

Bliss le da una patada en el tobillo, más molesta que dolorosa, y gracias a su cabello rizado no es difícil imaginarla como uno de esos perritos que ladran y te muerden los tobillos.

—Por favor dime que ya no puede escribirle a Inara —dice en voz baja.

—No sin consecuencias.

—Él no entiende las consecuencias como debería.

—Quizá no.

—¿Tu otra mascota está bien? —Su sonrisa se marca aún más al escucharlo gruñir, y se vuelve casi amistosa. Casi—. Vic dijo que te habías ido a un caso. Me pareció algo extraño que Mercedes y él no fueran contigo.

—Hacemos visitas individuales, ¿sabes?

—¿Ella está bien?

—Por ahora está bien —responde él con un suspiro. Ha comenzado a pensar que debió hacer algo terrible en otra vida para estar rodeado de mujeres tan peligrosas en esta.

Pero lo volvería a hacer sin pensarlo.

—Si Guilian te ofrece la mesa del chef, acéptala —le aconseja ella—. No lo hace muy frecuentemente.

—¿Esa mesa no está en la cocina?

—Sí.

—¿No se quedan todos ustedes en la cocina cuando no atienden a los comensales?

La risa malévola de Bliss le responde. Un hombre más prudente quizá inventaría una excusa. Y sin duda escaparía.

Pero Guilian abre la puerta de la cocina invitándolo a pasar, y Eddison asiente, porque qué diablos, ¿cuándo volverá a comer en un restaurante así de elegante?

El ramo de nubes es diferente. El delgado papel con el que está envuelto es azul cielo, no verde, y unos delgados listones azules están entrelazados entre los racimos de flores. Pero la tarjeta es igual, y de inmediato le envió las fotografías a Finney y Eddison antes de volver a entrar para asegurarme de tener un par de tazas limpias.

Cuando llegan mis nuevos agentes, Archer acepta la oferta de café con

una sonrisa sorprendida mientras Sterling pregunta tímidamente si tenemos té.

Por Dios, claro que sí.

Archer no deja de echarme unas miradas extrañas mientras revisan el ramo y me hacen preguntas, como si esperara que siguiera molesta por lo del jueves pasado. En general no tengo la energía para guardar ese tipo de rencores, pero si lo pone nervioso, me parece bien no corregir su idea. Sterling lo vigila de manera muy sutil y discreta. Probablemente Archer ni se da cuenta. No sé si yo lo habría notado si ella no me hubiera mirado deliberadamente a los ojos antes de dirigirse de nuevo hacia él.

Es extrañamente reconfortante.

Tengo las grabaciones de seguridad en mi laptop, preparadas a una hora y media después de que mamá salió a trabajar. Está demasiado oscuro para ver bien a quien las dejó, y no sé si eso fue a propósito o no. Quizá se pueda tener una idea de su altura (promedio), pero aunque Archer prueba filtros para tener más detalles, la persona está demasiado cubierta contra el frío para conseguir algo útil. Sólo se alcanzan a ver sus ojos y un poco de la nariz.

—¿Lo reconoces? —pregunta Archer mientras Sterling revisa partes anteriores a la grabación.

—¿Por qué está tan seguro de que es un él?

—Por la forma en que camina y se para —responde Sterling sin poner mucha atención. Sus ojos están pegados a la pantalla, buscando cualquier cosa que llame su atención antes de que aparezca el hombre misterioso.

Archer se recarga en el respaldo del sofá.

—Entonces no lo reconoces.

—Ya veo por qué le dieron esa placa tan, tan brillante.

Sterling convierte su risa reprimida en una tos para aclararse la garganta.

—Le preguntaremos a los vecinos, para saber si alguien vio de dónde vino o adónde se fue. Tal vez alguien sepa quién es.

—¿Su jefa de sección les autorizó hacer eso?

—No vamos a dejar de hacer nuestro trabajo por el hecho de que nos ordenen retirarnos más adelante —dice ella despreocupadamente.

—¿Y cuando los vecinos pregunten qué está pasando?

—¿En serio crees que todavía no saben quién eres? —Archer niega con la cabeza al ver la mirada molesta que le lanza su compañera—. Cada primavera, cada ciudad con una víctima comienza a poner fotografías por

todas partes con letreros de si-tienes-cualquier-información-llama. Tu madre apareció en *The Economist* y dijo que se mudarían a Huntington. La gente sabe quién eres, Priya. Es imposible escapar de eso.

—Sólo porque uno ha estudiado un caso obsesivamente no significa que todos lo conozcan —replico—. La mayoría de la gente no pone mucha atención a las cosas que no les afectan directamente.

—Cuando los nuevos vecinos traen a un asesino serial siguiéndoles el rastro, eso suele afectar a alguien.

Afectó a Aimée, pero claro, nadie sabía que eso era una posibilidad hasta que fue demasiado tarde. De cualquier modo, el agente es un imbécil por señalarlo.

—Ni siquiera saben si este es el asesino —digo, y Sterling asiente.

—¿Quién más podría ser?

—Debería haber visto algunas de las cartas y regalos que nos llegaron de parte de los fans del crimen y tanatólogos aficionados. Le sorprendería cuánta gente pensó que era apropiado enviarnos crisantemos.

El sonido de un piano se eleva entre el tenso silencio, y Sterling mira su teléfono con el ceño fruncido.

—Finney. Ahora vuelvo. —Responde la llamada con un convencional «Señor», y se va a la cocina.

—¿Cuándo se mudarán a París? —pregunta Archer.

—En mayo.

—Mmm. —Juega con el borde de su abrigo, pasando los dedos por las costuras casi invisibles—. ¿Sabes...?

—Supongo que estoy por saberlo.

—En serio Finney no nos advirtió de tu actitud.

—¿Cómo podría saber? —Le ofrezco una sonrisa dulce e inocente mientras me bebo lo que queda de mi té.

Archer me observa con atención y luego se recompone visiblemente.

—¿Sabes que, si es el asesino, esta podría ser nuestra única oportunidad para atraparlo? Puede que nunca volvamos a saber en qué ciudad está *antes* de que mate.

—¿Está buscando algo que le haga ascender en su carrera, agente Archer?

—Intento llevar ante la justicia a un hombre que ha matado a dieciséis chicas —suelta—. En vista de que una de ellas era tu hermana, esperararía que fueras un poco más agradecida.

—Eso esperaría usted. —Puedo escuchar cómo rechinan sus dientes—. Finney dijo que usted vive aquí en Huntington —digo tras un rato. El calor se cuele por mis dedos, que envuelven la taza vacía—. Según entiendo, debería pasar por aquí antes y después del trabajo, ¿no?

—Sí, paso.

—Entonces me parece que la persona en la mejor posición para descubrir algo es usted. Después de todo, si él quisiera que mamá o yo lo viéramos, simplemente llamaría a nuestra puerta. —Me encojo de hombros ante su mirada molesta—. El problema en usarme como carnada, que supongo que es lo que usted iba a proponer, es que serviría de poco si el objetivo no sabe que tiene un plazo. ¿Por qué se apresuraría?

—Pero si se van antes de que termine con las flores...

—¿Alguna de sus víctimas recibió flores antes de morir?

—No, hasta donde podemos decir —responde Sterling, parada en la puerta de la cocina y mirándonos con gesto pensativo. Lanza su teléfono al aire, y lo atrapa ágilmente—. ¿Qué estás pensando?

—Estoy pensando que no sabemos lo suficiente para adivinar las intenciones de la persona que está enviando esto —digo con honestidad—. Si es el asesino, está rompiendo el patrón. Si no es el asesino, no podemos confiar en que seguirá un patrón que él no creó. No hay forma de saber si seguirá cada paso. —Sé que yo estoy dispuesta a confiar en que lo hará, pero ellos son agentes federales; no deberían hacer suposiciones basadas en sus instintos—. Una carnada sólo es útil si sabes cuál será la reacción.

—Nadie va a sugerir usarte como carnada —corrige Sterling con voz seria.

Ambas miramos a Archer, quien al menos tiene la decencia de verse incómodo.

—Finney nos necesita en Denver —continúa Sterling tras un momento—. Pero volveremos en la noche para hablar con los vecinos. Con suerte los encontraremos en casa después del trabajo. Pasaré a verte cuando terminemos.

—Traiga un termo de viaje. Le daremos té para el camino a casa.

Sterling me ofrece una sonrisa auténtica, un destello que desaparece de inmediato pero ilumina todo su rostro.

Los agentes salen al lunes gris bajo la aguanieve, que cae violentamente. No tengo intenciones de caminar así para ir al ajedrez. Pero revisar el porche

se ha convertido en un hábito, aun cuando no tengo planes de dejar la casa.

Les envió un mensaje al Trío de Quántico para actualizarlos, y luego me dedico a hacer tarea durante unas horas. Después de comer restos de pizza, me acomodo en la sala con las cajas de los diarios vacías. Durante toda la semana pasada los diarios estuvieron apilados en el suelo, salvo cuando los estaba leyendo.

Apilados ordenadamente, gracias a mamá, pero apilados igual. Ha llegado el momento de guardarlos por ahora. Incluso traje los que tenía en mi habitación.

Pero cuando llego a los de San Diego, me los llevo al sofá y me acurruco para leerlos. Antes solamente los ojeé, en busca de las entradas sobre las flores, y fue mamá quien los escaneó para enviárselos a los agentes. Ahora quiero leerlos realmente.

Por un rato siento como si estuviera con Aimée, y eso es algo que le debo. No soy tan ingenua para pensar que su muerte es mi culpa, pero sí es mi carga. Le debo recordarla no sólo como víctima, sino también como mi amiga.

Aimée tenía una belleza despreocupada, y de verdad parecía no darse cuenta de lo bonita que era. No pensaba que fuera fea, simplemente no ponía atención a lo que veía en el espejo más allá de asegurarse de estar peinada. Cuando los amarantos florecían, se acomodaba algunas flores rojizas en su chongo recogido con listones, y su madre la regañaba por robarse la comida. Tomaba clases de ballet y estaba a cargo del Club de Francés. Estoy segura de que su amor por todo lo relacionado con Francia le venía de su madre, quien se mudó de México a Francia para estudiar y luego se enamoró de un estadounidense.

Estábamos juntas en clase de francés, y éramos las únicas dos que realmente teníamos intenciones de emplear el idioma, no íbamos como requisito para graduarnos o conseguir una beca. Aún no sé muy bien cómo me convenció de entrar al Club de Francés, excepto que me prometió que aquello no me quitaría nada, y quizá estaba muy sola en ese momento. Recuerdo que solía ser una criatura social. Lo que no logro recordar es qué me hizo volverme así.

Aimée era dulce, amable y nunca me preguntó qué me lastimaba, así que yo nunca se lo expliqué. Era muy reconfortante tener a alguien en mi vida que no supiera sobre Chavi. Una persona que no conociera a la vieja Priya, y

por tanto no pudiera compararme con la persona que había sido y ahora me viera carente o desagradable. Aimée veía mis espinas y nunca intentó decirme que no debería tenerlas.

Pedirle que nos mantuviéramos en contacto fue quizá lo más valiente que he hecho en mi vida. No podía decidir qué respuesta quería. Conservar una amiga me parecía igual de aterrador que perderla.

Ella estaba conmigo el día en que encontré las nubes en la puerta. Se rio y dijo que a alguien se le había olvidado incluir las flores, y yo le acomodé todo el ramillete en el cabello recogido hasta que terminó con una corona blanca como si fuera un hada.

Y cuando le conté a Chavi al respecto, con una tinta rosa y llena de brillos para hablar de cosas felices, le dije lo mucho que me recordó esa última fiesta de cumpleaños, las coronas de flores y la guirnalda de rosas de seda blanca que aún tenía en mi tocador.

Que aún tengo en mi tocador.

Aimée sigue en mi cabeza mientras guardo los diarios en las cajas, esta vez acomodándolos en riguroso orden. Chavi y yo usábamos los diarios para resolver toda clase de discusiones o recuerdos borrosos, o simplemente para recordar porque sí, y siempre terminaban en cualquier caja como los hubiéramos echado, los suyos y los míos completamente mezclados. Esta vez sólo van los míos en cada caja, hasta que los últimos tres cuadernos terminados quedan encima de las cajas selladas con cinta.

Durante la cena, mamá señala las pilas de diarios de Chavi, y casi se cae el sushi de sus palillos al utilizarlos para apuntar.

—¿Has pensado qué harás con ellos?

—¿Qué hacer con ellos?

—¿Nos los vamos a llevar?

La casa es un desastre porque al fin comenzamos a revisar las cajas y a decidir qué nos llevaremos definitivamente a Francia, qué debemos reconsiderar, y qué vamos a tirar o a donar. No se me había ocurrido pensar en los diarios.

—No digo que los tiremos —continúa un momento después. Me mira con cuidado, como si temiera que yo esté a punto de estallar—. Lo que digo es que quizá deberías volver a leerlos y decidir qué quieres hacer.

—¿Te molestaría que me los quedara?

Mamá hace una floritura con sus palillos, y me da un golpecito en la nariz

con los extremos limpios.

—Ya sabes que no me gusta aferrarme al pasado, pero esto no es algo que yo pueda decidir. Por más que sean los diarios de Chavi, también son cartas para ti. Si quieres conservarlos, consévalos. Lo que tú decidas... —Exhala ruidosamente, y saca la lengua para atrapar un grano de arroz que se pegó al aro de oro que lleva en el labio—. Francia puede ser un nuevo comienzo para nosotras, pero jamás y nunca sugeriría que olvidemos a Chavi. Sólo quiero asegurarme de que los conservaremos porque los quieres, y no porque sientes que debes hacerlo.

De acuerdo, eso lo entiendo.

Así que mientras mamá trastea en la cocina lanzando maldiciones a las cajas de ollas, platos y demás, yo vuelvo al sofá con el primer montón de cartas de amor de mi hermana. Sólo he visto las partes que Chavi decidió mostrarme.

Las primeras están escritas con crayones, letras enormes, y a veces de formas extrañas, con una ortografía atroz que sólo resulta adorable porque quien escribe tiene una edad de un solo dígito. Estaba tan emocionada por mí, y prometía que sería la mejor hermana mayor del mundo, que siempre me amaría e incluso juraba que me compartiría sus juguetes favoritos. La entrada de dos días después de mi nacimiento es increíblemente encantadora, sobre todo porque estaba tan de malas que su enojo prácticamente rezuma del papel.

Por alguna razón la Chavi de cinco años no había entendido bien que una hermanita bebé sería, pues, un bebé, y por tanto no podría jugar con ella de inmediato.

Se ha vuelto un patrón cómodo. Por la mañana despierto, reviso la entrada de la casa, hago la tarea, a veces voy al ajedrez o a la tienda, vuelvo por la tarde para acomodar mis cosas y hacer la cama, más tarea, cenar, ayudar a mamá con las cajas de abajo, y luego paso la mitad de la noche leyendo los diarios de Chavi.

El viernes aparece en el porche una corona de madreselvas sobre una cama de fino papel azul en lo que parece ser una caja de pastel.

El lunes hay un ramillete de fresias, una violenta explosión de color, rosa, amarillo, blanco, morado y naranja rojizo, con tallos saliendo en bucles de entre las flores para mostrar unos botones parcialmente abiertos.

Los claveles llegan el miércoles, con sus puntas bermellón sangrando

hacia las venas de los pétalos blancos. Hasta ahí llegaron la última vez. En lugar de los agentes Sterling y Archer, al segundo de los cuales sólo he visto de pasada cuando cruza por nuestra calle en su auto, es el agente Finnegan quien viene a ver estas flores.

—¿Te encuentras bien? —pregunta sin despegar los ojos del rectángulo de cartulina entre sus manos enguantadas.

—Claro. —Me recargo en el marco de la puerta, sosteniendo mi taza de chocolate cerca del rostro para que el vapor me proteja de la brisa. El clima ha comenzado a tornarse cálido, alcanzando los quince grados durante los últimos días, y el meteorólogo predice alegremente que la próxima semana estaremos por los veinte. Es sólo que traigo una pijama que es para usar dentro de la casa, y siento que necesito tomar el abrigo que está a sólo unos metros—. Sólo desearía saber qué esperar.

—Aquilegias —responde él sin poner mucha atención mientras guarda la tarjeta en una bolsa de plástico aparte—. ¿Sabes cómo son?

—¿Azules? Creo que hay una canción sobre eso. —En realidad no me refería a las flores, pero su respuesta me resulta extrañamente reconfortante, como si no se le hubiera ocurrido no decirme.

El agente permanece acucillado, con los antebrazos sobre las rodillas y la mirada hacia mí.

—Ha sido difícil obtener información de tu encantador degenerado local.

—¿Landon?

—Eddison redujo los vecindarios en los que posiblemente podría vivir, pero en ninguna de esas áreas afirman conocerlo y no logramos encontrar documentos sobre él. No tiene rentas ni hipotecas. Tampoco el Departamento de Vehículos Motorizados ni las oficinas postales tienen registros de algún Landon en el área. Estamos extendiendo la búsqueda, pero va lento.

—No es Landon quien aparece en la cámara de seguridad —le recuerdo—. Los ojos tienen una forma distinta.

Él frunce el ceño y me mira.

—Archer tenía que decírtelo: encontramos al hombre de la grabación.

—¿Qué?

—Un estudiante de la Universidad de Huntington. Gana dinero extra haciendo entregas. Uno de tus vecinos lo identificó en la imagen con las fresas. Cuando hablamos con él, dijo que le dejaron las flores en su coche con un sobre en el que venía su dinero, la dirección y la hora de entrega.

—¿Deja su coche abierto para que la gente pueda enviar cosas anónimamente por medio de él? —pregunto sin poder creerlo—. Eso parece... pues...

—Absolutamente estúpido —reconoce el agente—. También es una buena forma de terminar en la cárcel si ayuda a entregar algo ilegal. Dijo que nos contactaría si volvía a ocurrir.

—Entonces, o prefirió no hacerlo, o estas flores se entregaron de otra forma.

—Exacto. Y algo marginal como esto podría encajar con tu amigo sin documentos, Landon. Esta mañana no fue al pabellón de ajedrez, revisé de camino para acá, y estaremos en la corte toda la próxima semana; la siguiente, Archer o yo te acompañaremos al ajedrez y con suerte podremos hablar con él, o incluso seguirlo a casa.

—No lo he visto desde que Eddison estuvo aquí, o sea, ¿hace semana y media?

—¿Para nada?

—Nop.

—¿Y tus veteranos?

—No les he preguntado. —Observo cómo sus cejas se fruncen aún más, mientras se frota los dedos enguantados con gesto pensativo—. Se ve preocupado.

El agente se lleva una mano al cabello y se recompone justo a tiempo. Es una extraña mezcla hereditaria, de rostro delicado pero con cuerpo fornido; su piel pálida de irlandés está llena de pecas café claro, pero su cabello es brillante y oscuro.

—Victor Hanoverian me entrenó. Fuimos compañeros hasta que me dieron mi propio equipo y él se consiguió a Eddison y Ramírez. Lo he visto enfrentarse a situaciones de rehenes y tiroteos sin mayor preocupación. Así que ¿me preocupa el hecho de que me envíe un e-mail diario para preguntar si hay alguna información nueva? Sí, porque verlo nervioso me asusta como nada.

No esperaba tal honestidad de alguien que prácticamente es un extraño, pero la agradezco.

—Tiene miedo de lo que pasará cuando lleguen las flores de la víctima del año pasado, ¿verdad?

—O lo que pasará si te vas de la ciudad antes de que terminen —reconoce

—. Si te mudas, ¿qué pasa si él también lo hace? Eso deja fuera al FBI.

—¿Podrían darle el archivo del caso a Interpol?

—Sí, y si es necesario, lo haremos. Pero ¿le pondrán atención?

—Gracias.

—¿De qué?

—Por no suavizarlo —digo, encogiéndome de hombros—. Si no hubiera escondido la cabeza en la arena tras la muerte de Chavi, quizá hubiera sabido que debía reportar las flores de San Diego. No estaríamos haciendo todo esto, y usted no tendría que actuar a espaldas de su jefa de sección. Quizá Aimée seguiría viva, y también la chica siguiente.

—Oye, oye, no. —El agente se incorpora y una de sus rodillas cruje dolorosamente, pero fuera de un ligero gesto no parece darle importancia. Es un poco más bajo que yo, pero parece más alto, pues sabe imponerse aun cuando no se esfuerza en ello—. No puedes pensar así.

—Pero es la verdad, ¿no?

—No tenemos ninguna forma de saberlo. Priya, mírame.

Sus ojos son oscuros y el iris es casi indistinguible de la pupila, pero tiene las pestañas más ridículamente largas que he visto en un hombre.

—No puedes pensar así —repite con firmeza—. Nada de esto es tu culpa. No hay forma de saber qué habría pasado si las cosas hubieran sido distintas en San Diego. Sólo tenemos el ahora, y tú estás haciendo todo lo que puedes.

—De acuerdo.

Parece frustrado, y me pregunto si recibiré una llamada de Eddison o Vic. El agente Finnegan, aunque es muy amable, no me conoce lo suficiente para tener una discusión exitosa conmigo.

—Veamos qué grabó la cámara.

Esta vez la grabación muestra a una mujer con un grueso suéter abierto sobre la polo negra, roja y amarilla usada por los empleados de la gasolinera a unas cuadras de aquí. No la reconozco, pero eso no es una sorpresa; sólo voy a la tienda del lugar cuando vengo del ajedrez y el frío me provoca demasiadas ganas de orinar como para alcanzar a llegar a casa. Cuando eso pasa, compro una bebida o un dulce para no ser la cretina que usa el baño sin ser cliente, pero no lo hago tan regularmente como para conocer a quienes trabajan ahí.

—Iré a ver si pueden identificarla —dice Finney mientras sale de la casa—. Y, Priya... lo más que puedes hacer es lo que ya estás haciendo. No

sufras con un peso que no te corresponde cargar.

Las aquilegias tienen distintos colores y parecen dos flores distintas pegadas entre sí, con un corazón blanco de anchos pétalos con centros oscuros que combinan con los pétalos más largos y delgados que tienen debajo. Las que llegan el viernes, y que entrega un muy confundido cartero que las encontró en el asiento del copiloto de su auto, son azules y moradas.

Emily Adams cantó una canción sobre aquilegias azules unos días antes de morir.

Y probablemente es por eso que, por primera vez, el listón del ramo no es una tira de plástico rizada. Es de raso blanco, con un diseño de notas musicales negras. No son sólo las flores de su muerte, sino también algo de su vida.

Ramírez está en Delaware, haciendo una visita de seguimiento de un caso que cerraron en febrero, pero al parecer no le avisó de esto a su más-o-menos-novia, porque hay un enorme arreglo de girasoles en su escritorio. El repartidor tuvo que sostenerlo mientras Eddison movía los papeles necesarios para hacerle espacio. A Ramírez le encantan los girasoles y su compañero lo sabe.

Pero también sabe que su propia cabeza está en otro tipo de flores en este momento, así que es inevitable que el regalo resulte perturbador.

Aun así es un compañero decente, así que le toma una fotografía y se la envía a Ramírez para que pueda hacerle los ruidos de emoción correspondientes a la chica de Contraterrorismo.

Luego aparece Vic con medio sándwich de ensalada de pollo en una mano y un gesto compungido en el rostro.

—Agarra tu abrigo —dice de golpe—. Iremos a Sharpsburg.

—Sharps... ¿Keely?

—La atacaron. Inara está con ella y sus padres en el hospital.

—¿Inara está en Maryland? —Ya trae su abrigo y el de Vic, además de sus armas y placas, que ya se acomodarán cuando Vic termine de comer su almuerzo. Toma las pequeñas maletas que guardan bajo el escritorio, sólo por si acaso. No deberían tener que pasar la noche, no tan cerca de casa, pero no le cuesta nada tomarlas, así que lo hace.

—Keely está de vacaciones de verano; le pidió a Inara que la visitara un

par de días.

Probablemente es bueno que Inara trabaje en un restaurante tan ridículamente lujoso, en vista de que tendrá que pedir permiso para faltar varios días.

Vic se termina el sándwich en el elevador y toma su arma y su placa, las acomoda en su cinturón.

—Nos actualizarán en el camino.

Salvo por la actualización, que en realidad sólo les informa sobre el hospital al que llevaron a Keely y que el atacante está detenido, el viaje de dos horas hasta Sharpsburg transcurre en silencio. Es difícil no imaginarse lo peor.

Keely lo ha estado sobrellevando... de la mejor manera posible. La secuestraron en su cumpleaños número doce, la violaron y golpearon salvajemente, y todo eso sólo para despertar en el Jardín. Apenas estuvo ahí unos cuantos días, bajo la protección incondicional de Inara y el resto de las chicas, pero por lo que cuentan Inara e incluso Bliss, esas pocas horas estuvieron más llenas de miedo que cualquier otro momento. Luego la explosión, el rescate y la publicidad... Keely ya ha enfrentado más de lo que cualquier niño de su edad debería.

La policía local avisó al hospital que los agentes estaban en camino; apenas muestran sus placas, cuando ya los conducen hacia una habitación privada cerca de Urgencias.

Ahí encuentran al padre de Keely, que camina ansiosamente de un lado a otro por el pasillo mientras se frota el rostro. Inara está junto a la puerta con los brazos cruzados sobre el estómago, observándolo. Eddison no sabe si su postura es para protegerse de la vulnerabilidad o del frío; el aire acondicionado es demasiado fuerte para que ella esté cómoda con su top de tirantes. Sobre la curva de sus hombros alcanza a ver el borde de una de las alas de su tatuaje.

—Su madre está con ella, también una de las oficiales —les avisa Inara en vez de saludarlos.

—Nos informaron muy poco —responde Vic—. ¿Qué pasó?

—Estábamos en el centro comercial y decidimos ir a comer. Sus padres estaban en otra parte del área de restaurantes, Keely apartó una mesa y yo fui por la comida. Escuché un alboroto y me di vuelta; una mujer la estaba persiguiendo con un cuchillo. Le gritaba que era una zorra y que la violación

era un castigo de Dios.

—¿Y luego?

—A todos los tomó por sorpresa. Se quedaron paralizados. Yo me abrí paso y tacleé a la perra. Puede que le haya roto la nariz. Soltó el cuchillo, y para entonces un guardia de seguridad ya estaba ahí, así que la esposó y yo fui por Keely.

—¿Qué tanto daño le hizo?

Tras quitarse el abrigo y pasárselo a Vic, Eddison se quita el grueso suéter negro. En la mañana le pareció que sería más cómodo llevar eso sobre la camisa y la corbata que un saco, pues se suponía que pasarían el día entero frente a sus escritorios. Ahora le alegra, porque Inara le sonrío con sinceridad cuando él se lo ofrece.

—Gracias. Le di mi *hoodie* a Keely, para ayudarla a cubrirse. La gente no dejaba de mirarla. —El suéter le queda grande y el cuello es tan amplio que casi se le alcanzan a ver los hombros, pero ella se guarda las manos en los bolsillos en vez de cruzar los brazos de nuevo—. Los cortes son superficiales y la mayoría están en sus brazos, porque Keely los levantó para protegerse. Hay uno en su mejilla, pero ya llamaron a un cirujano plástico para que lo revise.

—¿Fue en el mismo centro comercial donde la secuestraron?

—Sí. No es la primera vez que regresa a ese lugar. Su terapeuta le aconseja que vaya.

—O sea que la atacante sabía quién era Keely.

—Es fácil saberlo —dice Inara con tono parco—. Nuestros rostros aparecen prácticamente todo el tiempo en las noticias, en cualquier parte. Y Keely vive aquí.

El padre los saluda con un movimiento de cabeza cuando pasa cerca de ellos, pero se da vuelta para seguir caminando hacia el otro extremo.

—Han intentado con todas sus fuerzas no estar pegada a ella todo el tiempo —les comenta Inara a los agentes—. Se mantienen cerca, pero sin agobiarla. Fue idea de ellos dejarnos comer solas.

—¿Vamos a acabar conversando sobre en quién recae la culpa? —pregunta Vic con voz suave.

—No —responde Inara con un resoplido—. Ya tuve suficiente de eso por el momento, gracias. Creo que él sólo intenta caminar hasta el agotamiento antes de ir a verla.

Vic le lanza una mirada a Eddison, luego llama a la puerta.

—¿Keely? Soy el agente Hanoverian. ¿No te molesta si paso? —Espera su respuesta amortiguada antes de abrir la puerta y cerrarla suavemente cuando entra.

Eddison se recarga en la pared junto a Inara, ambos observan el ir y venir del padre de Keely.

—¿Sólo la golpeaste una vez?

—Sí.

—Me impresiona tu autocontrol.

—Si el guardia de seguridad no hubiera llegado en ese momento, quizá habría hecho más. Quizá no. Supongo que eso habría dependido de si atacaba de nuevo a Keely o no.

El señor Rudolph termina otra vuelta y gira para comenzar la siguiente.

—Han estado hablando sobre mudarse a Baltimore. Él puede pedir su traslado, y su mamá tiene familia allá. Creen que irse de Sharpsburg podría ser mejor para Keely.

—¿Tú qué crees?

—Creo que llegan básicamente las mismas noticias a Baltimore — responde con un suspiro—. No lo sé. Quizá no soy la mejor para juzgar. Yo volví al mismo departamento y al mismo trabajo.

—Tener dieciocho años es distinto a tener doce.

—¿En serio? Jamás se me hubiera ocurrido.

Eddison sonrío con ironía y como están lado a lado, puede fingir que ella no lo ve.

—¿Tú saliste lastimada?

Inara le muestra la mano izquierda, cuya palma está envuelta por una venda. No es igual que cuando la conoció, pero basta para provocar un gesto de dolor en él.

—Fui una idiota. Me lancé contra su mano, y agarré el cuchillo. Pero eso me ayudó a hacer palanca para lanzarle el golpe. Son sólo un par de puntadas, no debería dejar una cicatriz considerable.

Las quemaduras de la explosión en el Jardín cicatrizaron y ahora Inara debe hacer estiramientos cada que se acuerda, para no perder flexibilidad en la mano.

—Me sorprende que no estés adentro con ella.

—Estuve un rato, pero no dejaba de verme mientras la oficial intentaba

tomar su declaración. Ofrecí salirme para que estuviera segura de que nada influiría en la declaración de Keely.

—¿Y por qué te quedaste?

Inara suelta una maldición entre dientes y saca su celular del bolsillo; el movimiento es incómodo porque está en su lado izquierdo y no tiene tanta fuerza en esa mano. Pero enciende la pantalla, y luego de ignorar el alud de mensajes con nombres que Eddison reconoce como de las otras Mariposas, abre un mensaje de Bliss que hace que el corazón del agente dé un vuelco.

Es una captura de pantalla de un artículo de internet de hace menos de una hora, y bajo un encabezado insoportablemente sensacionalista, aparece una fotografía de Inara. Keely, no resulta demasiado visible, escondida detrás del cuerpo de Inara y completamente envuelta con la enorme sudadera, bien sostenida entre sus brazos. Pero puede ver que el top de tirantes de Inara está levantado sin que ella lo note aún y revela la parte baja de las alas de una Western Pine Elfin, también se ve el agresivo gesto protector en el rostro de la chica que mira hacia un lado.

—Mencionan mi nombre, también al restaurante. Bliss le está dando aviso a Guilian; él le recordará al personal que nadie debe responder ninguna pregunta que no esté relacionada con la comida.

—¿La mencionan a ella?

—Keely Rudolph, de Sharpsburg, Maryland. Incluso hablan de su escuela. De su puta secundaria.

—Quizá Baltimore no sea tan mala idea. Podrían registrarla con el apellido de su madre.

—Sobrevivimos. No deberíamos tener que seguir ocultándonos.

—No, no deberían.

—Algunos de sus compañeros la han estado molestando. Siguen poniendo calcomanías de mariposas en su casillero. Dejan artesanías de mariposas en su pupitre. Incluso uno de sus maestros le preguntó si el Jardinero le eligió una mariposa.

—Inara.

—Yo estoy acostumbrada a llevar una vida de mierda. Eso significa que doy gracias por mis amigos a cada momento, pero también que es habitual que me lluevan cosas terribles. Ella no. No debería tener que acostumbrarse. Es una buena niña, con padres que harían lo que fuera por ella, y...

Eddison se aclara la garganta, incómodo.

—¿No es justo?

—¿Y qué sí lo es? Esto simplemente está mal. —Inara guarda su teléfono, golpea suavemente su cabeza contra la pared detrás de ellos, y cierra los ojos.

—Las cicatrices se desvanecen —dice en voz baja—. No desaparecen. Esto no está bien. Vivimos con los recuerdos; ¿por qué tenemos que vivir también con las cicatrices?

Él no tiene una respuesta a eso.

Ella no la aceptaría, si él le diera alguna.

Así que simplemente observan la caminata del padre de Keely por el pasillo, escuchan los murmullos indistinguibles que salen de la habitación, y esperan.

Su nombre es Laini Testerman, y es posible que el hibisco de seda que lleva a diario tras la oreja sea la prenda más discreta que ella está dispuesta a usar.

A decir verdad, nunca habías visto nada así, pero la primavera inusualmente cálida en Mississippi hace que esta chica se quite la ropa a la mínima provocación, aun cuando no debería. Nunca habías visto shorts tan cortos, cubriendo tan poco su trasero que alcanzas a ver la redondez de sus nalgas. Si no está en la escuela, trae un top de bikini, cada uno más pequeño que el anterior.

Cuando trabaja de niñera, saca a los niños a correr entre los aspersores y los chorros de manguera, o a jugar en albercas, y nunca les dice que se pongan trajes de baño. Ahí afuera, donde todos pueden verlas, les dice a las niñitas que se queden en ropa interior y salten al agua, casi siempre junto con los niños que andan alrededor. Ahí, frente a la calle.

Estabas considerando matarla por su falta de recato, pero esto lo decide. No puedes permitir que pervierta así a otras niñas.

Pero no quieres que los niños lo vean, y ella pasa trabajando como niñera la mayor parte del tiempo que no está en la escuela. Supiste que está ahorrando para comprarse un carro al escucharla contarle a su amiga con gran elocuencia sobre lo libre que será cuando tenga su propio auto. Es difícil encontrarla sola con lo ocupada que está.

Pero una noche sale de su casa, se va en bicicleta a la alberca comunitaria y salta la cerca, pues está cerrada con candado. Deja su mochila y su toalla sobre una silla, y después hace lo mismo con su traje de

baño: nada con gracia, desnuda como el día en que nació.

Aún trae el prendedor en su cabello, brillante y audaz aun bajo la luz distante de las lámparas de la calle.

Entonces escuchas que la cerca se sacude de nuevo, y aparece un chico junto a la alberca. Deja la toalla y sus shorts junto a las cosas de ella, pero no salta al agua. Simplemente se sienta en la orilla, con las piernas sumergidas, y la observa nadar. Ella es muy ágil en el agua, sus brazadas son fuertes y elegantes, y por supuesto que está en el equipo de natación de la escuela.

¿Seguirían aceptándola si supieran sobre esto?

Ella se ríe al ver al chico, y nada hacia él para colocar los codos sobre sus rodillas.

Sientes la tentación de hacerlo esa noche, pero no tienes flores. Sabes dónde puedes encontrarlas, después de todo, la has estado observando y sabes que tiene que ser esa chica, pero necesitas otro día para el viaje. Es más esfuerzo del que normalmente aplicas, pero hay un festival del hibisco en esa ciudad y parece lo correcto.

También parece lo correcto poner una flor sobre cada pezón, en las partes que su top debería cubrir, un montoncillo de ellas sobre su entrepierna demasiado vista, y otra, la más radiante, en su boca de ramera.

Tras despedir a los agentes Sterling y Archer, que se llevaron las caléndulas del martes, me voy al ajedrez, pues necesito escapar de la casa, los diarios y las cajas. A mamá le encantan las caléndulas. Papá era alérgico a ellas, o eso decía. La verdad es que las odiaba y decía que era alérgico para que mamá no las trajera a la casa o las plantara afuera. Y eso hizo que mamá plantara una fila de caléndulas a lo largo de todo un muro de la vieja iglesia, y papá tuvo que dar siempre un rodeo para entrar por la otra puerta a fin de mantener su mentira.

Pero mientras nos acercamos al aniversario de la muerte de Chavi, también nos acercamos al de la suya, así que hoy las caléndulas lastiman un poco más, la herida está un poco más abierta.

El día no está tan frío, por lo que me pongo jeans y una camisa de franela, con un fular alrededor del cuello sólo por si acaso. La franela es rojo brillante y era de Chavi; es mucho más llamativa que cualquier prenda que por lo

general me guste usar. Pero hay algo reconfortante en ella. Es tan roja como mi labial, y el fular es de un esmeralda profundo y frío como el que le gusta a mamá, así que es como si trajera una parte de cada una de ellas.

No en el sentido perverso de Ed Gein, porque no.

Noto cómo se miran entre sí los veteranos mucho antes de decidir quién se acercará a preguntarme. Es Pierce quien se aclara la garganta y mira fijamente el tablero entre nosotros.

—¿Estás bien, Niña Azul?

—Se acercan algunas fechas dolorosas —respondo, porque es verdad y es lo más que quiero decir al respecto. Gunny sabe que tengo una hermana que fue asesinada. Todos saben que he mencionado a una madre, pero nunca a un padre. Andamos por la vida con nuestras cicatrices, y a veces el dolor es tan real como el recuerdo.

—Landon no ha vuelto.

Dejo caer las manos sobre mi regazo.

—¿Debería disculparme por eso?

—¡No! —chilla Pierce, y Jorge y Steven lo miran y niegan con la cabeza—. No —repite, ahora con más calma—. Sólo queríamos saber si te ha estado molestando en otro lugar.

—No lo he visto. —Pero eso me hace recordar la preocupación de Finney—. ¿Alguno de ustedes sí?

Todos niegan con la cabeza.

Tras mover mi reina por una diagonal de tres casillas hasta un punto donde puede ser fácilmente comida, devuelvo las manos a mi regazo. Pierce me mira con desconfianza, pero acepta el sacrificio. Es una buena forma de cambiar de tema.

—¿Cuánto tiempo más estarás con nosotros, Niña Azul? —pregunta Corgi.

—Poco menos de seis semanas. Estamos hundidas en el Acomodo de las Cosas, deshaciéndonos de mucho de lo que hemos arrastrado de mudanza en mudanza sin razón aparente.

—Las mujeres son tan sentimentales —comenta Happy con un suspiro.

Espanto le da un codazo.

—Más flojas que sentimentales —le aclaro con una pequeña sonrisa—. Es sólo que nos mudamos tanto que nunca ha parecido que valga la pena desempacar todo, y como no desempacábamos, ¿para qué revisar las cajas?

—Pero ¿para qué conservar lo que no usan?

—Porque las cosas importantes están mezcladas con lo demás; no podíamos simplemente tirarlo todo.

—No discutas con una mujer, Hap —le advierte Corgi—. Ni siquiera con una joven. Su lógica no es como la nuestra.

Gunny despierta entre las risas de todo el pabellón y me sonrío mientras sus ojos se sacuden el sueño.

—Le hace bien a estas almas viejas y cansadas, señorita Priya.

—Ustedes me hacen bien a mí —murmuro, y es verdad. Con excepción de Landon, este es un lugar seguro y lleno de gente que me hace sentir no sólo aceptada sino bienvenida, con todo y mis cicatrices, mis sonrisas atemorizantes y demás.

Tras perder espectacularmente contra Pierce, con lo que él no está muy contento, juego en silencio una partida con Gunny y luego me voy a caminar por ahí, cámara en mano. El FBI tiene fotografías que les sirven, pero yo quiero más para mí, para cuando me vaya.

La cámara sigue colgada de mi cuello cuando entro al supermercado. Puedo ver que Joshua va saliendo y trae otro suéter tejido, sin abrigo. Le tomo un par de fotografías, porque ha sido amable sin presionarme. Cuando me ve, sonrío, pero no se detiene. No hay señales de Landon, así que pido mi bebida y me voy a casa. De cualquier modo, voy atenta mientras camino, pero no siento la incomodidad constante de una mirada puesta en mí.

Envío unos mensajes rápidos a Finney y Sterling para informarles que los veteranos no han visto a Landon, y luego busco el contacto de Eddison y presiono «Llamar». Leí sobre el ataque a Keely y vi la fotografía de Inara; aún no decido si le escribiré sobre eso o dejaré que ella sea quien lo mencione, o no. Dado que Eddison pasó medio fin de semana escribiéndome sus quejas sobre la temporada de primavera de los Nationals, sigue demasiado enojado para terminar de procesarlo.

—No estoy seguro de si son buenas noticias o no —dice cuando le cuento lo de Landon—. Me alegra que no te esté molestando, pero esto hace aún más difícil encontrarlo.

—¿Por qué estás tan seguro de que es él?

—¿Por qué estás tan segura de que no lo es? —contrapone.

—¿Te pareció lo suficientemente inteligente?

—La incompetencia social no significa que una persona sea tonta.

—Pero sí significa que llamará la atención. Si fueras una adolescente, ¿te gustaría encontrártelo de noche?

—Si fuera una adolescente —repite—, creo que tendría pesadillas que comenzarían así.

—Pues aquí tienes otra pesadilla —mascullo al llegar a la entrada—. Hicieron otra entrega en las últimas horas.

Eddison maldice entre dientes, con una retahíla de sílabas cortadas que suenan tensas y demasiado débiles.

—¿Qué es?

—No sé. —Hay tres flores en la lista con nombres parecidos, y las únicas que recuerdo son las más populares—. ¿Algo tropical? Parece como si pudieras ponerla en la etiqueta de algún bloqueador solar. —Las flores son grandes y tienen varios pétalos enormes y con volantes que se enciman en las orillas, y unos largos estambres que asoman como una erección llena de polen. Los pétalos son de un morado oscuro en el centro, y se tornan de un rojo brillante con toques anaranjados para dar paso a un vistoso amarillo en los bordes. Desde arriba, parecen algo sacado de *Fantasía*. Lo pongo en altavoz para poder tomarles fotos y enviárselas.

—Hibiscos —dice Eddison un minuto después, algo áspero por la resignación—. ¿Te sientes segura, Priya?

—Hasta ahora no ha entrado nada a la casa.

—Priya.

—Se te está pegando lo de Vic.

—¿Te. Sientes. Segura?

—Lo suficiente —le digo—. Te lo prometo. Cerraré la puerta con llave, me mantendré lejos de las ventanas y tendré uno de los cuchillos buenos a la mano.

—¿Siquiera sabes dónde están los cuchillos buenos?

—Claro, mamá los encontró ayer. Están sobre la barra mientras juntamos cosas suficientes para llenar una caja.

Al otro lado del teléfono se escucha un suave golpe de piel contra piel; sospecho que acaba de golpearse la frente con la mano.

—De acuerdo. Finney se quedará contigo hasta que tu madre llegue a casa. O Sterling, y Archer, alguno de ellos. No discutas. Se quedarán contigo.

—No iba a discutir. —Dada la manera en que conducen los tres agentes, les tomará menos de una hora llegar desde la oficina de Denver. Mamá no

volverá a casa hasta dentro de otras tres. Creo que en algún momento deberían poder delegar cosas a la policía local, pedir que ellos hagan los reportes de laboratorio, pero no sé si haya reglas al respecto.

—Voy a llamar a Finney. Marca si me necesitas, ¿de acuerdo? ¿Me avisarás que sigues bien?

—Revisaré la grabación y prepararé la parte de la entrega para cuando lleguen.

—Bien.

Me acomodo en el sofá con un cuchillo sobre el descansabrazos y otro sobre la mesa de centro, mientras la laptop descansa sobre mi regazo. Sólo me fui durante dos horas, quizá dos y media, así que debería ser fácil encontrar la parte de la entrega en el video.

Debería.

La única persona que veo en la cámara tras la partida de los agentes soy yo, saliendo y de vuelta. Pareciera que la entrega no existió. Reviso de nuevo, esta vez más lentamente, y encuentro diez minutos donde la imagen se congela. No se mueve para nada. Las cámaras están conectadas a nuestro wifi, que se supone es una red segura. No debería poder *hackearse*.

Reviso las horas en la parte congelada. Ay, Dios. Dejaron las flores justo antes de que yo llegara a casa.

No recuerdo haber tomado uno de los cuchillos, pero aquí está, y mis nudillos se ven blancos por la presión sobre el mango. No me crucé con ningún peatón ni ciclista, así que quien las haya dejado debió haber pasado junto a mí en carro.

No me pregunten por qué esto es más escalofriante que estar sola en casa durante la entrega. Quizá porque cuando estoy afuera, caminando, soy más vulnerable. Aquí tengo armas (cuchillos, objetos pesados, el bate de softbol de Chavi), pero allá afuera sólo tengo el gas pimienta.

Se supone que estaré segura hasta que las flores se terminen.

Si lo sigo repitiendo, puede que vuelva a creerlo.

ABRIL

Geoffrey MacIntosh vive en la enfermería de la prisión, pues su salud sigue demasiado endeble para llevarlo a una celda. Está conectado al oxígeno, dado que sus pulmones quedaron permanentemente quemados tras la explosión en el invernadero. Los tubos plásticos de la cánula están pegados detrás de su cabeza para que no pueda aflojarlos y hacerse daño con ellos. O para que, según las sospechas de Eddison, nadie más pueda hacerle daño con ellos. El ataque a Keely ya salió en la televisión nacional.

El Jardinero solía ser un hombre guapo. Hay fotografías en el archivo y por todo internet. Un cincuentón agradable y carismático con ojos verde mar y cabello rubio oscuro, vestido siempre con pulcritud. Asquerosamente rico, tanto por su herencia como por sus actividades, y dispuesto a gastar pequeñas fortunas en beneficencias y otras causas filantrópicas.

Y en su invernadero, claro. Su Jardín.

Sin embargo, el hombre en esa cama de hospital tiene cicatrices abombadas por todo el lado derecho de su cuerpo, con la piel tensa y retorcida. Sus dedos son gruesos y tienen poca movilidad por el tejido hinchado. Su garganta tiene agujeros y piel colgante, con cicatrices que trepan para destrozarle el rostro. Su boca está jalada hacia un lado y casi toca su barbilla; en algunos lugares se pueden ver los dientes y el hueso, y un ojo simplemente ya no está, pues quedó demasiado dañado para dejarlo en su lugar. Las quemaduras que han sanado se pliegan hacia atrás de su cráneo. Su lado izquierdo está mejor, pero no ileso. El dolor le ha marcado profundas arrugas alrededor de la boca y el ojo. Algunas de las quemaduras siguen resistiéndose a sanar, y la infección regresa sobre los injertos más recientes.

No se parece en nada al hombre que pasó treinta años secuestrando, matando y manteniendo prisioneras a adolescentes como si fueran Mariposas

humanas.

Quizá perversamente, Eddison desearía poder tomarle una fotografía para mostrárselas a las sobrevivientes. Para darles consuelo.

Y como Bliss es Bliss, para disfrutar la satisfacción de la venganza que sin duda despertaría en ella.

El abogado de MacIntosh, o uno de ellos, pues contrató a todo un equipo para su defensa, está a la izquierda de su cliente, donde este puede verlo con el ojo que le queda. Es un hombre alto y delgado, vestido con un traje caro que no le queda muy bien, como si no hubiera tenido la paciencia para esperar a que estuviera terminado. Parece un poco como si el traje lo engullera, y la clara incomodidad que le genera la enfermería no ayuda.

—¿Hay alguna razón por la que querían ver a mi cliente en persona, agentes? —pregunta con aspereza el abogado... ¿Redling? ¿Reed?

Vic se inclina al pie de la cama, sujetando el sólido barandal de plástico. Es difícil leer su expresión, incluso para Eddison. Es casi como si no quisiera mostrar nada, incluso a sí mismo, por miedo a lo que pudiera expresar.

Eddison entiende eso.

—Digamos que por generosidad —dice Vic demasiado suavemente—. Señor MacIntosh, hace hora y media su hijo Desmond fue encontrado muerto en su celda. Desgarró sus pantalones, los trenzó para formar una cuerda e intentó colgarse de su litera. No logró romperse el cuello, pero sí impidió el paso del aire. Lo declararon muerto a las cinco cuarenta y dos.

Pese a los súbitos chillidos en su monitor cardiaco, MacIntosh permanece inmóvil, incapaz de reaccionar. Su ojo mira a todas partes, pasando de los agentes a su abogado, y al espacio junto al pie de la cama, donde la enfermera dijo que Desmond se sentó en una ocasión.

—¿Suicidio? —pregunta el abogado, acercando los dedos a su teléfono—. ¿Están seguros?

—Los análisis biométricos en la celda muestran que nadie cruzó la puerta después de pasar lista la noche anterior. No hasta que lo encontraron esta mañana. Dejó una nota.

—¿Podemos verla?

Ya está en una bolsa de evidencia, con las iniciales de Vic en el tercer lugar de la cadena, pero la extiende para que puedan verla. Aunque no hay mucho que ver, a decir verdad, sólo una línea escrita con tinta negra, cuyas letras se curvan hacia adelante por la velocidad con que se escribieron:

«Díganle a Maya que lo siento».

El abogado mira a su cliente, pero MacIntosh no da señales de haber visto la nota.

Una de las enfermeras se acerca para acallar el monitor, y pone una mano sobre el hombro sano del recluso.

—Señor, debe respirar.

—Su hijo acaba de morir —murmura el abogado.

—Pues a menos que quiera irse con él, debe respirar —responde pragmáticamente la enfermera.

Vic los observa en silencio, y un momento después se dirige al abogado.

—No necesitamos nada de él. No tenemos preguntas.

—¿Esta es su generosidad?

—Lo escuchó en persona, de alguien que no se regodea en ello. Lo escuchó de boca de otro padre. Esa es la generosidad.

Eddison le lanza una última mirada al hombre en la cama antes de salir tras Vic. Él no dijo nada. No tenía planeado hacerlo. Vino por Vic, y quizá por las sobrevivientes.

Por Inara, quien comprendía la difícil relación entre padre e hijo quizá mejor que los propios MacIntosh. Inara, quien sabrá que esta fue la forma en que Desmond se rindió, así como cuando al fin llamó a la policía. Nada de valentía, ninguna intención de hacer lo correcto. Simplemente rendirse.

Vic permanece en silencio durante el proceso para salir de la prisión, recuperar sus armas y recoger su auto. Deja que su compañero hable, pero Eddison sabe cómo hablar con los guardias. No se parece en nada a la incomodidad de hablar con las víctimas. Emprenden el viaje de vuelta a Quántico, pero Vic sigue hundido en sus pensamientos.

Eddison saca su teléfono y revisa un par de cosas antes de enviar algunos mensajes. Ya casi están en el garaje cuando recibe la respuesta que esperaba. Marca un número y deja que el Bluetooth del auto tome la llamada. Al escuchar el timbre, Vic lo mira de soslayo.

—Eres un infeliz por llamar antes de mediodía —dice la voz adormilada de Inara al otro lado de la línea.

Otro día podría molestarla. Pero no hoy.

—Quería asegurarme de que fuéramos los primeros en decírtelo. —Mira a Vic, quien asiente—. ¿Todas las demás siguen dormidas?

—Apenas pasan de las ocho; claro que siguen dormidas.

—Hay una caja afuera de tu puerta, tómalala y llévala con tu teléfono a la azotea.

—¿Se supone que eso tiene sentido?

—Por favor, Inara. —Hay algo en la voz de Vic, un peso, una pena, que hace que Eddison se remueva en el asiento. Por el rumor de tela, sabe que lo mismo generó en Inara.

—Suéltame, Bliss —masculla—. Tengo que levantarme.

—S'temprano —oye que Bliss se queja—. ¿Por qué?

—Tú puedes seguir durmiendo.

—Oh, es... mierda. Eso significa que es importante. ¿Adónde vamos?

—A la azotea.

Los agentes en el auto escuchan los sonidos de las chicas saliendo de la cama, y Eddison se pregunta cuál de ellas pasó mala noche, por lo que terminaron durmiendo juntas. Las chicas hacían eso en el Jardín, se acurrucaban unas con otras como cachorritos cuando necesitaban consolarse. Al fondo se escuchan algunos ronquidos, unos suaves y aiosos, otros capaces de avergonzar a una motosierra, además del tintineo de una música de piano. Una puerta se cierra, y lo siguiente que escuchan es un sonoro gruñido de Bliss.

—Mierda, Eddison, esta caja pesa como el carajo, ¿qué demonios?

—Tu elocuencia matutina me sorprende —dice él sin emoción.

—Jódete.

Eddison sonríe, pero Vic sólo niega con la cabeza.

—Toma el teléfono, yo me llevo la caja —dice Inara, y se escucha un golpe seco antes de que se corte la llamada.

Eddison vuelve a marcar.

—Cállate —responde Bliss—. Nadie tiene buena coordinación a esta maldita hora.

Hay algo sólido y reconfortante en las acostumbradas blasfemias de Bliss. Es como confiar en la marea.

—Bueno, ya estamos en la azotea y hace un frío de mierda —anuncia con un volumen normal—. ¿Qué pasa?

—¿Tienen el altavoz?

—Obvio.

—¿Inara?

—Sí, aquí estoy —responde con un bostezo.

—Tenemos noticias para ti.

—¿Buenas o malas?

—Simplemente noticias, creo. Dejaré que tú decidas eso. —Inhala, y se pregunta por qué es él y no Vic quien está haciendo esto—. Encontraron a Desmond muerto en su celda esta mañana.

Hay un largo silencio al otro lado de la línea. Puede escuchar el silbido del viento, e incluso el claxon de los autos a lo lejos.

—Se mató —dice al fin Inara.

Bliss resopla directamente en el teléfono.

—Alguien pudo haber picado a ese infeliz.

—No, lo hizo él mismo. ¿Cierto?

—Así es —confirma Eddison, y Bliss maldice en voz baja—. La caja es por si necesitan romper cosas. Le pedí a una amiga que pasara a dejarla.

—¿Por si necesitamos...? Eddison. —Pero puede escuchar algo que es casi una risa en la voz de Inara, y sabe que ya la abrió.

Y sabe, dado que es la especialidad de su prima, que la caja está llena de las tazas más horrendas que existen, baratijas tan mal pintadas que te preguntas por qué alguien pagaría un céntimo por ellas. La prima las compra al por mayor y las usa en las terapias en el albergue para mujeres a su cargo, porque hay algo en destrozarse esas malditas cosas que se siente muy bien.

—Avísame si necesitas más. Puedo conseguírtelas.

Vic se retrae al escuchar el sonido de la cerámica al romperse.

—Esa fue Bliss —informa Inara secamente—. ¿Cómo lo hizo?

Y es que así son las conversaciones con Inara, van en círculos. Aunque no quiera hacerlo, aunque no lo haga a propósito para confundir a la gente, ella suele divagar alrededor de las cosas hasta retomarlas desde un ángulo más cómodo. Sólo tienes que esperar a que suceda.

—Intentó colgarse —responde Vic—. Terminó estrangulándose.

—Ni eso pudo hacer bien, el muy imbécil —suelta Bliss.

—Inara...

—Está bien, Vic —dice ella con voz suave. Extrañamente, Eddison le cree—. El Jardinero puede enfrentar un juicio descaradamente, confiando en las fallas del sistema y en su propia idea de superioridad. Pero Desmond nunca tendría ese aplomo.

Una de las manos de Vic abandona el volante y toca el bolsillo donde guarda la última nota de Desmond. Eddison niega con la cabeza.

—¿Y el Jardinero? ¿Se lo dijeron?

—Acabamos de volver de la enfermería.

—¿Se lo dijeron en persona?

—Vic es padre también.

Eso le gana una mirada molesta de su compañero, pero también una exhalación comprensiva al otro lado del teléfono.

—La oficina del fiscal me llamó para hablar de las cartas —comenta ella—. Dijeron que pareció volverse más inestable tras la muerte de Amiko.

—Dijiste que conectaron al hablar de música.

—Descubrir que entregué las cartas sin leerlas, la orden de restricción... en realidad no es una sorpresa, ¿o sí?

—Eso no significa que sea menos impactante —señala Vic.

—Claro. Pero esto... esto no es tan malo como creí que sería.

—¿Saber que está muerto?

—Pensé que me llamaban para decirme que había muerto otra de las chicas.

Mierda. Eddison definitivamente no había pensado en eso.

Por la expresión un tanto descompuesta en el rostro de Vic, él tampoco.

Qué mañana más espantosa.

Escuchan otra taza rompiéndose.

—Creo que sí necesitaremos que nos consigas más de estas.

—¿Inara? Está bien guardarle duelo, si quieres.

—No sé qué quiero hacer, Vic —responde ella, y ríe amargamente—. Supongo que no quiero darle nada más de mi tiempo y mi atención. Pero eso no es justo, ¿no?

—¿Y qué sí lo es? —pregunta Eddison antes de pensarlo bien.

Inara suelta un soplando divertido, un eco inconsciente de un pasillo de hospital, un padre que deambula y una niña aterrada y traumatizada.

—Les pediremos a las otras que nos cubran en el restaurante esta noche. Quizá volvamos a la playa.

—¿Ayudó?

—Podemos correr y correr, y no hay un muro de cristal que nos detenga.

Así que sí, ayudó.

—Intenten no decírselo a nadie todavía. Quieren controlar la manera en que se dé a conocer la noticia.

—Gracias por contarnos. Y por las *asquerincreíbles* tazas.

Escuchan que otra se rompe.

Eddison se rinde y suelta una risita hacia su mano.

—Te daré el nombre de mi contacto; ella te dirá dónde las consigue.

—No, Bliss, ¡no fuera de la azotea! —La llamada termina de golpe.

Pero Vic sonrío un poco, y la terrible pesadumbre comienza a dispersarse.

—Estarán bien, ¿verdad?

—Creo que Inara tendrá algunos días malos, pero por lo general, sí. Me parece que esto aligera un poco su carga.

El sonido de un celular hace que los dos se sobresalten. Eddison puede sentir las vibraciones en su cinturón. Lo saca y su estómago se hunde al ver el nombre de Priya en la pantalla.

—¿Priya? ¿Estás bien?

—Hay unas petunias en la entrada —dice con una voz aguda y frágil—. Mamá olvidó algo, volvió antes de salir de la ciudad y las encontró ahí. La cámara no captó nada.

El video del viernes muestra media hora de estática en lugar de la entrega de las petunias. No es una imagen congelada como antes, el tiempo sigue corriendo, pero sólo se ve lluvia. Solamente dura media hora, la imagen vuelve después de eso. Entre eso y que todos los relojes en la parte frontal de la casa se reiniciaron, la teoría de Archer es que se trata de un pulso electromagnético de corto alcance. Dice que no es tan difícil conseguirlos, y es aún más fácil hacerlos en casa.

Ah, la maravillosa tecnología.

Archer hace... algo... en las cámaras, mientras Sterling discute desesperadamente al teléfono, intenta conseguir autorización de la jefa de sección para usar la fotografía de Landon y preguntar en los barrios donde Eddison cree que es más probable que viva. La conversación no sale bien, por lo que inmediatamente después llama a Finney. Pero él no puede revocar las órdenes de su jefa, y su voz suena tan frustrada como la de Sterling.

Archer tampoco parece optimista en cuanto a la cámara.

—Con suerte, esto la protegerá de otro pulso —dice mientras atornilla la cubierta.

—¿Con suerte? —repite mamá con tono molesto, aún vestida con su ropa de trabajo.

—Es una cámara de seguridad básica; no se supone que sea indestructible. Mamá mira hacia la cámara con rabia mientras maldice entre dientes en hindi.

El domingo vamos a Denver, supuestamente para hacer unas compras, pero en realidad es para sacarme de Huntington por un rato. Mamá señala el edificio donde trabaja en LoDo; no sugiere que entremos. Aunque yo tuviera ánimos para conocer a sus colegas que hacen tiempo extra, mamá no ha personalizado sus oficinas desde Boston.

Los primeros dos años de mudanza, su compañía la enviaba a hacer ajustes en el área de Recursos Humanos de las sucursales con problemas. Iba a arreglar las cosas. Justo después de que llegamos a San Diego, le ofrecieron la dirección de Recursos Humanos en París; el director actual planeaba retirarse en los próximos años, pero la mujer a la que estaba preparando para ocupar su puesto fue reclutada por una compañía industrial alemana. Querían que mamá resolviera emergencias en las diferentes oficinas de Estados Unidos, pero también que comenzara a aprender todos los aspectos internacionales del negocio, las distintas leyes francesas y europeas.

Creo que eso fue lo que me permitió hacerme amiga de Aimée cuando en las otras mudanzas había evitado formar relaciones. Se emocionó tanto al enterarse de que en algún momento yo viviría en París; ese era su sueño. Así que mientras todos en nuestra clase aprendían lo necesario del idioma para graduarse y conseguir becas, Aimée y yo volvíamos loco al maestro pidiéndole más.

Comemos en un lugar un tanto más elegante de lo normal porque por qué no, y durante todo el tiempo que estamos ahí, siento cómo la ira se retuerce, crece y repta en mi interior, pidiendo mucho más de lo que hay en mi plato porque no puedo sacarme las petunias de la cabeza.

Todos los que conocieron a Kiersten Knowles hablan de su risa. Siempre se estaba riendo, tenía una de esas risas que llenan el lugar y te invitan a unirte antes de voltear siquiera a ver cuál es el chiste. Kiersten Knowles era una criatura alegre. Hasta que su tía, su mejor amiga en el mundo, murió por culpa de un conductor ebrio.

Kiersten dejó de reírse.

La asesinaron después del funeral de su tía. Se quedó en la iglesia mientras todos los demás se iban a la recepción; le dijo a su padre que necesitaba más tiempo a solas para despedirse. Cuando él se preocupó y

volvió por su hija, la encontró muerta en el suelo, acomodada en paralelo junto al ataúd, con pequeños ramilletes de petunias sobre su cuerpo.

Es una imagen tremenda. La he visto en internet, junto con otra que no debía figurar en el archivo del caso y mucho menos salir al mundo: su padre, cuando finalmente le permitieron acercarse a ella, de rodillas con una mano sobre el féretro de su hermana y la otra sobre las petunias en el cabello de su hija.

Hay una fotografía de la madre de Aimée, llorando mientras arranca los amarantos del jardín en la azotea de su porche. Son fotografías poderosas y emotivas, de esas tomas expresivas y únicas que cualquier fotógrafo tiene suerte de capturar, como en la que yo me estiro hacia mi hermana mientras un paramédico me aleja a rastras.

Esas fotografías aparecieron en todos lados porque somos una cultura fascinada con el crimen, porque creemos que el dolor privado de las familias es para el consumo público.

Kiersten fue el primer caso en el que trabajó el FBI. Uno de los oficiales era amigo del hermano de Mandy Perkins y comentó las similitudes con su capitán, de acuerdo con los artículos que leí. Mandy Perkins fue la quinta víctima, cinco años y cinco homicidios antes de Kiersten, a la que le gustaba hacer escenarios de cuento de hadas en los jardines. Mercedes estaba en su último año en la universidad, ni siquiera había entrado a la academia cuando asesinaron a Kiersten, pero hay una fotografía de Eddison y Vic afuera de la iglesia, hablando con una policía uniformada. Vic se ve tranquilo, competente y con un control absoluto sobre todos los que lo rodean.

Eddison se ve enojado.

Cuando volvemos a casa, hay una corona de flores de trébol sobre el picaporte, construida con alambre para que mantenga su forma, y sólo cuelgan unos cables de donde debería estar la cámara.

Mamá y yo nos quedamos ahí por un momento, mirando de un punto a otro.

Las flores de trébol son por Rachel Ortiz, quien fue asesinada en la Feria Renacentista en la que participaba. Su personaje se llamaba Trébol, una pastora boba que bailaba por todas partes y llevaba una canasta de flores de trébol rosas y blancas para entregárselas a los niños. En su corpiño traía un pin con una palabra medieval para indicar que era menor de edad, de modo que no la acosaran.

La violaron, y el corpiño con su pin estaban junto a ella cuando la encontraron en la pequeña capilla de madera que la feria usaba para bodas.

Mamá se ofrece a llamar a Finney y a Eddison, así que subo a trompicones para ponerme la pijama. Archer llegará en un momento, me dice ella, porque vive aquí; Sterling y Finney vendrán desde Denver y traerán otra cámara con ellos. Vimos a Archer en su patrullaje de esta mañana antes de irnos a Denver. Que pase por aquí en su auto puede hacer que Finney y Vic se sientan mejor, pero no ayuda absolutamente en nada a mi paz mental.

No bajo. No tengo nada que ofrecerles. Finney me saluda desde abajo de las escaleras cuando llega, pero no le respondo, y un momento después escucho los murmullos de mamá. Sé que él quiere verme, saber cómo estoy para poder decirle al Trío de Quántico que vio con sus propios ojos que estoy bien.

Pero yo simplemente voy a mi clóset y saco la caja de zapatos que usaba para guardar mis premios cuando participaba en concursos de fotografía. Hace algunas mudanzas pasé las medallas a otra caja, en teoría para cerrar ese capítulo. La verdad es que guardé las medallas en esta caja por tanto tiempo que simplemente se convirtió en la caja de los premios, por lo que a mamá no se le ocurriría buscar oreos guardadas aquí.

Me tiemblan las manos, lo que hace crujir la envoltura de celofán. La primera se me cae dos veces antes de que logre sostenerla, y un polvillo oscuro se pega a mis dedos por la fuerza con que la agarro.

Sabe a ceniza.

Pero la trago y me echo la siguiente a la boca, masticando apenas lo necesario para poder pasármela.

Nunca debí investigar sobre los otros casos. Me digo que lo necesitaba, que le debía a Aimée conocer esos nombres, pero jamás debí hacerlo, porque puedo *verlas* muy claramente, porque sé lo que sus amigos y familias dijeron de ellas, porque siento que las conozco.

Porque ahora no es sólo a Chavi a quien veo al cerrar los ojos, con crisantemos amarillos alrededor, las orillas serradas de los pétalos tocando su sangre. Veo también a Aimée, con sus manos sobre un ramillete de amaranto contra su pecho plano de bailarina, todo su cuerpo rodeado por las flores. A Darla Jean Carmichael, la primera chica, con su garganta destruida entre una cascada de narcisos blancos y amarillos. A Leigh Clark, violada tan salvajemente que el médico que la examinó dudaba que hubiera sobrevivido

aun si no le hubieran cortado la garganta. A Natalie Root, con su cabeza sobre gruesos tallos de jacintos en distintos tonos de rosa, morado y blanco como si fueran un edredón de retazos.

Las Oreos me pesan sobre una cena ya de por sí inusualmente fuerte, pero no puedo detenerme, porque veo el gesto perdido en el rostro de papá cuando nos alcanzó en el hospital, ese horror que nunca abandonó por completo su mirada. Aún puedo escuchar el llanto de Frank mientras intenta alejarme de Chavi, aún siento la sangre, fría y pegajosa en mis manos, en mi mejilla, en mi pecho, mi ropa empapada a diferencia de la de Chavi, que dejaron a una distancia segura, porque mi hermana estaba desnuda en el suelo de la iglesia.

Puedo ver la fotografía de Inara, la rabia salvaje y protectora en su rostro mientras intenta proteger a una niña de otro ataque sin sentido.

Mi estómago gime, protesta, pero cuando me termino el primer paquete abro el segundo, obligándome a tragar las malditas galletas pese al asco y la náusea. Este dolor tiene sentido, este dolor se detendrá cuando yo lo haga, pero no puedo detenerme, porque nada de esto tiene sentido.

Nada de esto tiene el menor maldito sentido, y no se me ocurre por qué eligieron hacer esto, mi Trío de Quántico, el agente Finnegan, y Sterling y Archer. No entiendo cómo pueden enfrentarse a esto día a día. No importa que les pase a personas que no conocen.

Kiersten Knowles, Julie McCarthy, Mandy Perkins, todas eran desconocidas para mí.

Pero puedo verlas, con sus petunias, dalias y fresias, con su piel ensangrentada y el suelo de las iglesias, y no...

—¡Priya! No, cariño, no.

Mis manos se aferran al paquete de oreos antes de mamá pueda arrancármelo. Toma la caja de premios, al ver dos paquetes más ahí, sale corriendo y tira todo por las escaleras. Luego se arrodilla frente a mí, cubriendo mis manos con las suyas, y con sus pulgares sobre el lado abierto del plástico para impedirme sacar más galletas.

—Priya, no.

Está llorando.

Mamá está llorando.

Pero ella es la fuerte, la que siempre está bien aunque no lo esté (en especial cuando no lo está), ¿cómo puede estar llorando? Me sorprende tanto que suelto las galletas, y ella arroja el paquete hacia atrás, sin importarle que

las migajas se rieguen por la alfombra gris. Me envuelve en sus brazos como un cepo.

Me arde la garganta, y ahora que ya no tengo la boca llena de oreos, puedo sentir cómo sube la náusea.

—Vamos, mi amor. Levántate.

Me jala para ponerme en pie, siempre ha sido más fuerte de lo que parece, y cruzamos juntas el pasillo hacia el baño de ella, porque aún no puedo ver el mío sin esperar encontrarme con todas las cosas de Chavi. Pero el de mamá está limpio y ordenado, con todas las cosas acomodadas en su lugar o guardadas en pequeños contenedores o tazas o escondidas detrás del espejo. Mientras ella busca algo en el armario, yo me arrodillo sobre el grueso y suave tapete entre el escusado y la tina. Es de un dorado suave, pálido y brillante, como la luz de una vela.

Mi frente se perla de sudor que luego corre por mis sienes, y puedo sentir que los temblores que comenzaron en mis manos pasan al resto de mi cuerpo.

—Dos vasos —dice mamá, acuclillándose junto a mí. Me ofrece el primero con agua salada. Es asquerosa, cuesta trabajo beberla y siento que aquello se mueve hacia arriba más de lo que llega abajo, pero cuando la termino, me entrega el otro vaso. Vomitar siempre es doloroso y repugnante, y provocártelo es peor, pero si puedo hacerlo ahora, antes de que se asiente, no será tan malo.

Pero aun así es bastante malo.

Mamá me recoge el cabello, lo amarra haciendo un chongo despreocupado, y usa una de sus bandas de toalla para la cabeza para evitar que los cabellos que quedan sueltos se peguen a mi frente sudorosa. Junto a su rodilla está el cuenco para el manicure con un trapo doblado remojándose en agua fría.

Han pasado meses desde la última vez que hice esto (juro por Dios que había mejorado), pero sigue siendo una rutina.

Tras un cólico increíblemente violento, comienzo a vomitar en el escusado. Entre cada ataque de arcadas, mamá tira de la cadena y exprime el trapo para limpiarme el sudor y el vómito de la cara. Aun cuando (probablemente) terminé de vomitar, esa sensación repulsiva permanece, la duda de si volverán o no las arcadas me impide salir del baño.

El vómito es doloroso, molesto, ácido, me quema la garganta y yo me pongo a llorar, lo que solamente lo empeora. Me duele el pecho por la fuerza

de las arcadas, por el esfuerzo de respirar.

Mamá me abraza y me acaricia el cabello, la garganta, y sus dedos están frescos y húmedos porque acaba de cambiar el trapo.

—Todo se juntó —susurra en mi oído—. Vamos a superarlo.

—Sólo quiero que se acabe —gimo—, pero...

—¿Qué?

—Le dijimos dónde encontrarnos. Le dijimos adónde nos iríamos, y lo retamos a que viniera.

—¿Lo retamos? No. Le rogamos —dice mamá con firmeza—. Pero si tienes la más mínima duda, ahora mismo lo damos por terminado.

Cuando mamá propuso la idea en Birmingham, parecía sencilla. Si el asesino realmente nos vigila, si el que haya estado en San Diego y matara a Aimée no fue una coincidencia, es casi seguro que vio el texto de *The Economist*. Mamá dijo que si le hacíamos saber dónde estaríamos, él iría. Esa sería la mejor oportunidad para atraparlo.

Lo cual estaría bien, salvo porque todavía no logramos encontrarlo.

No había forma de anticipar que la oficina del FBI en Denver tendría a una miserable como jefa de sección. Pero sí debimos haber anticipado que lograría esquivar las cámaras; no ha pasado desapercibido por tanto tiempo siendo descuidado. Simplemente parecía un plan tan brillante cuando me lo contó mamá, aunque tuviéramos razones distintas para apreciarlo. Ella quiere encontrarlo y matarlo.

Yo quiero entregárselo a nuestros agentes.

Quería.

Ahora quiero... no sé. Es difícil pensar con este dolor en el estómago y la sensación de abandono. Sé que no estoy sola, para nada, pero la lógica no ayuda mucho contra el miedo que me genera el darme cuenta de que el FBI está obstaculizando a sus propios agentes y que nosotras pagaremos las consecuencias.

—No nos vamos a rendir —mascullo.

—Cariño...

—Seguiré matando hasta que sea detenido. ¿No es lo que siempre dicen? Que si se salen con la suya, ¿por qué dejarían de hacerlo?

—Priya...

—Otras madres perderán a sus hijas.

—Otras hermanas —suspira—. ¿Sabes? Estoy a punto de mandarte de

vacaciones a cualquier parte por un mes. Debería mandarte a París antes para que decores la casa.

—Él seguirá matando.

—Detenerlo no vale la pena si te destruye.

La observo levantarse e irse, sabiendo que no irá muy lejos. Quizá a mi habitación, a limpiar las galletas antes de que atraigan insectos. Escucho el zumbido de la aspiradora de mano, y un momento después vuelve con mi cepillo de dientes en la mano.

Mi boca en este momento está tan asquerosa que no sé si quiero meter allí un cepillo de dientes, pero me cepillo, enjuago y escupo diligentemente, y cuando ya no hay peligro inminente de más arcadas, mamá me ayuda a limpiarme la cara. Aún es temprano, especialmente para nosotras, pero nos acurrucamos en su cama, que ha sido demasiado grande desde que papá murió. Enciende la televisión y salta de canal en canal hasta detenerse en un documental sobre la naturaleza narrado por un hombre con una profunda y relajante voz británica.

Mamá dice que la BBC es lo único que realmente extraña de Londres.

No estoy segura de si alguna de las dos conseguimos dormir; sólo nos entregamos al cansancio y al vacío emocional de nuestras mentes. Cuando su despertador comienza a sonar, lo avienta al otro lado de la habitación.

Sigue sonando, y yo entierro el rostro en su hombro.

—No hay nada que desconectar.

—Lo sé.

—No va a detenerse hasta que la apagues.

—Shhh.

Pasan otros cinco minutos antes de que alguna de las dos tenga ánimos para hacer ese esfuerzo, e incluso entonces sólo arrastramos sus cobijas por las escaleras para volver a acurrucarnos en el sofá. Mamá tiene su teléfono entre las manos, y puedo escuchar el golpeteo de su uña contra la pantalla con cada movimiento de su pulgar mientras escribe un mensaje. Asumo que es para su jefe.

Aunque también podría ser para Eddison.

Probablemente yo debería avisarle que tuve un incidente con oreos, pero en realidad no quiero hacerlo. No porque vaya a decepcionarse (él entiende), sino porque se va a preocupar.

Se va a preocupar más.

Mierda.

Con el tiempo, el estómago de mamá comienza a rugir tanto que se ve obligada a abandonar nuestro cálido nido. Yo también tengo hambre, pero pensar en comer algo me da náuseas. Mamá vuelve con un tazón de avena y plátanos para ella, y un *smoothie* para mí. Es un buen acuerdo. Sustancioso, que es lo que mi cuerpo sigue necesitando, pero nada pesado. Y es una bebida. No estoy segura de por qué eso hace la diferencia, poder beberlo en vez de morder y masticar, pero así es e incluso puede que sólo sea algo en mi cabeza.

—¿Ir al ajedrez te haría sentir mejor?

La hermandad no es la única razón por la que los veteranos con problemas se reúnen. Ver a tus propios demonios reflejados en otra persona crea un lugar seguro para tus heridas. En cierta forma te da permiso para no estar bien. Acudes a tus hermanos (y hermanas), y no sólo te cuidarán cuando claramente seas incapaz de hacerlo tú mismo, sino que nunca te dirán que eres algo que no, ni siquiera en los días en que no eres nada más que un ser humano en ruinas.

—Quizá —digo al fin.

—Entonces ve a bañarte y vestirte; iré contigo.

—¿A bañarme y vestirme?

Me saca del sofá con un empujón.

Cuando bajo, aplicándome un brillo exageradamente rojo sobre el labial, mamá está al pie de la escalera, vestida para salir. Mientras cierro la puerta, ella se asegura de que la nueva cámara esté encendida y en posición.

En vista de la tranquilidad con la que el tipo desarmó y destrozó la anterior, no creo que esta cámara vaya a servir de algo, la verdad.

Pero es como cerrar la puerta, la sensación de seguridad más que la seguridad misma, así que espero a que termine de revisarla antes de comenzar a caminar por la banqueta. Al final de la calle mamá se detiene, voltea para ver la casa por encima de su hombro, y niega con la cabeza.

Cuando cruzamos el pasto, que ha comenzado a tomar color ahora que empieza a sentirse la primavera, la mitad de los veteranos se levantan torpemente al ver a mi mamá.

Happy y Corgi sueltan silbidos.

Mamá les ofrece una de sus encantadoras sonrisas afiladas.

Ellos tragan saliva, y Pierce comienza a reírse.

—Entonces, de usted lo aprendió la Niña Azul. —De tanta risa, se lleva una mano al pecho.

Sentada cómodamente frente a Gunny, que dormita, mamá me mira.

—¿Niña Azul?

—Por cierto, en cuanto a eso, deberíamos ir por el tinte. Mis raíces ya casi están en edad de votar.

Lo raro de que mamá venga al ajedrez (o una de muchas cosas raras, más bien, dado que es día de trabajo), es que odia el ajedrez. Odia jugarlo, odia verlo, odia incluso escuchar al respecto. Una vez canceló nuestra suscripción a la televisión por cable durante una semana para que papá dejara de intentar convencerla de ver más documentales sobre partidas o jugadores famosos. Así que el hecho de que esté aquí, en la mesa, observando todas las partidas con gesto confundido y poco disimulado, no es por el ajedrez sino por mí.

Porque mamá no es empalagosa, no se aferra, pero a veces necesitas esa afirmación visceral de que la gente que amas está bien, que está ahí frente a ti. Tan cerca que puedes tocarla.

En algún momento, después de que Gunny despertó y se presentó, una patrulla de policía se acerca a la isla y se detiene. Todos los veteranos se yerguen, y los que dan la espalda al estacionamiento voltean para ver. Dos oficiales bajan del auto con esponjadas chamarras negras sobre sus uniformes azules con rayas color mostaza en los pantalones.

Algunos de los hombres se relajan al reconocerlos.

—Pierce, Jorge —saluda el más viejo de los dos, cuyo cabello es totalmente blanco y plateado—. ¿Cómo están?

—Bien y de buenas, Lou —responde Jorge—. ¿Qué te trae por aquí?

Lou saca una pequeña libreta de su bolsillo trasero.

—Unos vecinos nos informaron que Landon Burnside a veces juega con ustedes.

¿Burnside?

Mamá me pica fuertemente el muslo con un dedo.

Corgi se rasca la nariz bulbosa.

—Sin duda tenemos un Landon, pero no sabemos cómo se apellida. ¿Un tipo bastante promedio?

Un hombre nada, anodino.

El compañero de Lou les muestra una foto, y sí, es Landon, aunque nadie esperaba que no lo fuera.

Corgi y algunos otros asienten.

—Es él. ¿Qué hizo? —Sus ojos no me miran cuando lo dice, pero los de Espanto y Steven sí.

—Lo encontraron muerto en su habitación anoche. —Unas luces blancas me nublan la vista, y no se van con mis parpadeos frenéticos. Sólo se quedan ahí, cegándome, hasta que el dedo de mamá me pica en las costillas con suficiente fuerza para hacerme saltar. Unos puntos bailan ante mis ojos mientras recupero la vista.

—¿Cómo murió? —pregunta mamá con tono tranquilo—. ¿Pueden decirlo?

Los oficiales intercambian una mirada y se encogen de hombros.

—Es difícil saberlo; llevaba un rato muerto. El investigador está trabajando para descubrir qué le hicieron.

—Le hicieron —repite mamá—. Entonces sospechan que fue un ataque.

—Sí, señora.

Mamá da unos golpecitos en la mano para llamar mi atención, y señala con la cabeza hacia el estacionamiento.

—Yo les digo. Tú haz la llamada.

—¿Tiene alguna información sobre Burnside, señora?

—Puedo decirles que el FBI lo considera una persona de interés en una investigación en curso —responde, y su voz es tranquila pero fuerte, como la que usa en su trabajo.

Me levanto de la mesa, cuidándome de permanecer en el campo visual de los policías, y me alejo unos cuantos pasos de la isla. Me tiemblan las manos y el teléfono casi se me cae dos veces antes de que pueda agarrarlo bien.

—Hola, Priya —dice la voz rasposa de Eddison en mi oído un minuto después—. ¿Reportándote?

—El apellido de Landon es Burnside.

—¿Un apellido? Excelente, eso... Priya, ¿cómo diablos sabes su apellido? Ahogo una carcajada loca.

—Lo mataron hace un tiempo. Ayer lo encontraron.

—¿Policías locales?

—¿Quién más?

—¿Puedes pasarles el teléfono, por favor?

Ambos policías me miran, aunque Lou escucha con atención a mi mamá. Me acerco a ellos y les extiendo el teléfono.

—Es el agente especial Brandon Eddison, quiere hablar con ustedes.

El compañero de Lou me mira fijamente y luego toma el teléfono con un movimiento suave, como si tuviera miedo de desintegrarme si me toca, y se va al extremo más lejano de la isla antes de hablar. Debe estar presentándose, pero no alcanzo a escucharlo. Antes de que me sienta, mamá me pasa su teléfono.

—Al agente Finnegan, por si acaso.

Asiento, vuelvo a alejarme y saco el número que nos dio el agente Finnegan. Por lo general me comunico con él por correo, aunque últimamente le he mandado mensajes de texto cuando hay nuevas flores. Cuento los timbrazos antes de que conteste.

—Agente Finnegan —dice secamente, casi con brusquedad.

—Habla Priya Sravasti, señor. Landon, el acosador, fue encontrado muerto ayer.

El agente masculla unas maldiciones en japonés.

—Voy a preguntar algo que entiendo que puede ser desagradable...

—No saben cuándo murió, así que no puedo intentar decirle dónde estábamos.

—¿Ya se lo informaste a Hanoverian?

—Eddison está hablando por teléfono con uno de los policías locales en este momento.

—Muy bien, le pediré a él la información de contacto para solicitar una visita a la escena de crimen y ver el cuerpo. ¿Estás a salvo?

—Mamá y yo estamos en el parque de ajedrez. —Lo cual, pensándolo bien, no es exactamente una respuesta. Pero es todo lo que tengo.

—Cuando los oficiales las dejen ir, vayan a casa y quédense ahí. Si no se sienten seguras, vengan a Denver y vayan a un hotel, sólo avísenme a cuál.

—Sí, señor.

—¿Priya?

—¿Sí, señor?

—Vamos a salir de esto. —Su voz es cálida y firme, y en otras circunstancias probablemente me resultaría tranquilizadora, quizá incluso reconfortante.

Pero él tiene las manos atadas.

Vuelvo a sentarme y le entrego el teléfono a mamá. Por Dios, el *smoothie* se siente muy pesado en mi estómago y no dejo de tragar saliva para

controlar las ganas de vomitar.

—Entonces ¿ese hombre te estaba acosando? —pregunta el oficial más viejo.

—Quizá —mascullo—. Definitivamente se enfocaba demasiado en mí. — Le lanzo una mirada a mamá, y ella asiente. De cualquier forma, van a enterarse de esto—. He estado recibiendo flores que corresponden a una serie de asesinatos sin resolver; dada la atención de Landon hacia mí, los agentes pensaron que podría estar relacionado. Querían abordarlo pero dejó de venir al ajedrez, y no encontraron ningún rastro escrito de él.

—No tenía identificación, su casero nos dijo cómo se llamaba.

El compañero vuelve a la mesa y me entrega el teléfono.

—Parece que tiene una suerte terrible, señorita Priya.

—¿Disculpe?

—Es sólo que yo estaba con la policía de Boston cuando murió su hermana —explica con un fuerte acento texano. Ay, Dios, con razón se me quedaba viendo. Me reconoció—. Mi esposa y yo nos mudamos para acá cuando el papá de ella se enfermó, pero no creo que me vaya a olvidar de su familia. Qué tragedia. Pero le diré algo, se está poniendo tan bonita como su hermana.

Lo miro con la boca abierta. Creo que no hay nada más que pueda hacer.

Mamá se levanta y avanza hasta colocarse delante de mí.

—Si cree que es apropiado hablarle de esa manera a mi hija, no volverá a hacerlo —le informa con brusquedad—. Su compañero puede tratar con nosotras mientras usted nos deja en paz.

El oficial se disculpa torpemente, y Corgi se me acerca y me da un golpecito en la rodilla.

—Sigue aprendiendo de tu mamá, Niña Azul —susurra—. Juntas podrían enseñar al mundo a comportarse con un buen susto.

Le respondo con un apretón en su mano porque no puedo ni intentar sonreír.

—Llama al capitán —le ordena Lou a su compañero, y lo observa alejarse—. Mis disculpas, señora, señorita. Hablaré con él al respecto.

—Recuérdeme su nombre —dice mamá, con un tono que es más una orden que una petición.

—Oficial Michael Clare —responde él—. Yo soy el oficial Lou Hamilton y lamento hacer esto, sé que es un momento difícil, pero tengo que hacerles

algunas preguntas dada la información que acaba de surgir. Les prometo que sólo las haré yo. —Señala hacia el supermercado—. Quizá estarán más cómodas allá adentro. Caballeros —agrega, dirigiéndose a los preocupados veteranos—, Clare les hará algunas preguntas a ustedes sobre el señor Burnside, si no les molesta.

Gunny asiente con seriedad.

—Lo esperaremos. Cuídese, señorita Priya.

Dentro del café, Lou nos lleva a una mesa y va por bebidas. Puedo ver a Joshua unas mesas más allá, perdido en su lectura, y detrás del mostrador la barista que parece un gorrión saluda al oficial como si ya lo conociera.

Yo no recuerdo al oficial Clare. Aunque, en toda justicia, no recuerdo a ningún policía de los que conocí la noche del asesinato de Chavi ni en los días después de eso. La verdad es que los primeros desconocidos que llamaron mi atención fueron el Trío de Quántico. Pero cinco años después, el oficial Clare sí me recuerda.

Aunque nunca pensé realmente que Landon estuviera detrás de las flores, hay algo aterrador en confirmar que no era él.

Si no es él, ¿quién?

—De acuerdo, Finney, ya llevas una semana indagando; dinos algo bueno.

La risa desmoralizada que sale del altavoz en medio de la sala de juntas les da poca esperanza.

—Ojalá pudiera, Vic, pero perdimos a la única persona que estaba remotamente en nuestro radar.

—Ahora que sabemos más de él, ¿es posible que tuviera que ver con los otros asesinatos? —pregunta Vic, despatarrado en una de las sillas con ruedas y respaldo alto. Uno de sus codos está apoyado en el descansabrazos de plástico para mantenerse erguido, y tiene dos dedos presionados contra sus sienes para contener lo que parece un dolor de cabeza infernal. La pluma de Ramírez golpetea a mil por hora contra la mesa, lo cual no debe ayudar en nada.

Por eso Eddison prefiere dar su paseo nervioso detrás de Vic.

—Landon Burnside vivía en el anonimato. No tenía identificación estatal ni auto, tampoco tarjetas de crédito, cuentas bancarias o propiedades. Trabajaba ocasionalmente y le pagaban en efectivo, rentaba el cuarto de

visitas en la casa de un amigo y pagaba al contado.

—¿Pero?

—Pero el amigo era su primo y el tipo en realidad se llamaba Landon Cooper. Cumplió dos años y medio de una sentencia de siete por estupro y otros cargos. Debía registrarse cuando salió, pero sólo se mudó a otro estado, a Colorado. Esta mañana se confirmó la identidad con su ADN.

—¿Hay alguna posibilidad de que haya pasado por San Diego hace dos años?

—No. En ese momento seguía en la cárcel. Salió hace apenas catorce meses. Sólo esa vez estuvo preso, pero se le juzgó dos veces más y tenía otras acusaciones que no llegaron tan lejos. Era un degenerado común y corriente al que le gustaban las adolescentes mucho más de lo que él les gustaba a ellas. —Los tres agentes se retuercen—. Estaba en la cárcel en Michigan cuando asesinaron a Aimée Browder.

—¿Y si lo asesinaron para proteger a Priya?

Ramírez y Vic hacen girar sus asientos para mirar a Eddison, e incluso Finney guarda silencio.

Eddison se encoge de hombros.

—Duda seria: ¿y si el bastardo mató a Landon porque estaba molestando a Priya?

Ramírez lo sigue mirando fijamente con expresión inquieta, pero claramente Vic ya había pensado en eso.

—Dinos más —sugiere.

—Podría creer que las flores son una provocación si alguien más las hubiera recibido. Otro miembro de la familia, otra víctima. Pero sólo le llegan a Priya. Esas entregas son por ella, no por los asesinatos. Si vemos las flores como regalos...

—La estaba cortejando, y cuando se mudó, mató a Aimée porque era lo más cerca que podía estar de Priya —agrega Ramírez.

—Lo que sea que lo motive a matar, no es el sexo; solamente la mitad de sus víctimas son violadas, e incluso parece tratarse más de un castigo que algo sexual. Ve algo más en ellas, y lo que quiera que esto sea, siente que Priya es mejor. La quiere para algo para lo que nunca consideró a las demás. Ella le importa tanto que la buscó no sólo una vez, sino dos. Y la encontró.

—Y entonces comienza de nuevo con el cortejo —continúa Ramírez, y la conversación fluye con familiaridad por otras mil que han tenido, cuando

dejan de molestarse para concentrarse en el trabajo, y están muy cerca de llegar a una misma conclusión sobre un caso—. Flores, tarjetas. Y entonces aparece Landon. Si la está vigilando, él sabe que Landon la está molestando.

—¿Cómo? —pregunta Finney.

—Porque está vigilando. Sabe cuándo salen de su casa las Sravasti, sabe cuándo hacer las entregas o pedir que alguien más las haga. El horario de Deshani es bastante fijo, pero el de Priya cambia según su estado de ánimo. Y conocemos la psicología de este tipo de regalos: él quiere ver la reacción al encontrarlos.

—Ve a Landon porque ya sigue a Priya.

—Y es entonces cuando Landon cruza la línea establecida por este tipo. Cree que Priya es suya, y Landon es un invasor.

—Se necesitarán algunos días para recibir los resultados oficiales de la autopsia —agrega Finney y su voz se escucha cortada en el altavoz—, pero el médico de Huntington confía lo suficiente en su esquema de los hechos. Landon llevaba casi tres semanas muerto cuando lo encontraron, probablemente justo después de la visita de Eddison. No tenía calefacción, así que el frío retrasó la descomposición, pero al final el olor comenzó a colarse al resto de la casa y el primo fue a investigar. Primero le dieron algunos golpes, y hay evidencia de que fue sujetado. Una cuerda, tal vez. Ya atado, lo castraron.

Eddison ya sabía eso, el teniente local se lo dijo, pero aun así lo hace estremecerse.

—Y no lo hizo con cuidado —continúa Finney—. Quería que le doliera. Después de eso lo molió a golpes, sólo para dejar claro su mensaje, antes de cortarle la garganta a Landon. Es un corte fuerte, brutal, lleno de rabia. El tipo estaba furioso.

—¿El mismo cuchillo?

—Es imposible saberlo. Harán pruebas, pero la descomposición dificultará tener un resultado definitivo. Cuando menos es similar.

—Y no dejó nada.

—Sólo a Landon. Incluso se llevó la cuerda.

—Y entonces ¿por qué no ha intentado entrar a la casa de Priya? —pregunta Ramírez—. Claramente puede encargarse de las cámaras, pero no hay señales de que haya intentado entrar, ni siquiera cuando Priya ha estado sola. ¿Por qué?

Eddison se talla la cara y ahoga un gruñido. Señala hacia el montón de carpetas de colores con un movimiento de la barbilla.

—La respuesta está ahí, en alguna parte. Alguna cosa que no hemos conectado porque él ve algo que nosotros no.

—¿Finney? —dice Vic—. Tú tienes la visión más fresca en estos casos. ¿Algo te salta?

Escuchan el sonido de unas llaves y movimiento de papeles, mientras Finney revisa sus copias de los reportes y las notas que ha hecho al respecto.

—Quizá.

Los agentes en Quántico esperan, pero él no continúa inmediatamente. Cuando el silencio se vuelve incómodo, Ramírez lanza su pluma contra la bocina.

—¿Entonces?

—¿Qué lo hace decidir si va a violar o no?

—Nunca lo hemos sabido —responde Eddison en automático.

—Por ejemplo, Leigh Clark —dice Vic. Ninguno de sus compañeros toma la carpeta; no necesitan ver esas fotografías—. De todas las chicas, ella fue la que recibió el ataque más brutal. Si de algún modo hubiera sobrevivido, es casi seguro que habría quedado con daños permanentes tan sólo por la violación. ¿Qué había en ella que lo hizo perder el control de esa manera?

—Sus padres no dijeron mucho en sus declaraciones. No querían decir nada malo sobre su hija, pero la mayoría de los demás entrevistados dijeron que Leigh era una chica rebelde. Sexo, cigarrillos, drogas... así que ¿lo salvaje del ataque fue un castigo?

—Con Zoraida Bourret fue cuidadoso; le cortó la garganta cuando estaba inconsciente, y no por un golpe en la cabeza sino por asfixia parcial. —Los gruesos dedos de Vic tamborilean sobre la mesa—. Todas las declaraciones de esa carpeta dicen que era una buena chica, que primero estaba su familia, nunca salía con nadie porque la necesitaban en casa.

—Pero Natalie Root no era virgen —señala Eddison—. Apenas cuatro meses atrás había temido estar embarazada, y a ella tampoco la violó.

—Y Rachel Ortiz —agrega Ramírez—. Fue violada, pero el médico legista dijo que era casi seguro que antes del ataque aún conservaba su virginidad.

—Pero estamos viendo los hechos; él decide basándose en su percepción

de los mismos.

—Comienzo a entender por qué ningún jefe quiere separarlos a ustedes tres —comenta Finney con parquedad—. Pero vamos a suponer: si vigilaba a las chicas para juzgarlas, entonces hace cinco años vio a Priya. Ella y su hermana eran muy, muy cercanas, así que para hacer una valoración profunda de Chavi, tuvo que haber aprendido mucho de Priya también.

—Y se enamoró de ella.

—¿No es una teoría demasiado arriesgada? Especialmente si creemos que no es algo sexual.

Ramírez niega con la cabeza.

—Dije que se enamoró, no que la deseaba. Amor cortés: debe ser casto y puro. Y si lo piensan, Priya no ha tenido novio. No tiene amigos varones. Hace su tarea, juega ajedrez con un montón de ancianos y se queda en casa con su madre. Si lo que a él le atrae es la percepción de pureza, no hay nadie mejor que Priya para eso.

—En ese caso, ¿no la hubiera atacado después de que estuve con ella? —señala Eddison, y siente un agudo dolor en el pecho.

—No pasaste la noche ahí.

—No, pero estuvimos solos en la casa unas horas antes de que Deshani volviera. Y al día siguiente fuimos al ajedrez y volvimos juntos a su casa.

Todos lo piensan en silencio hasta que Finney se aclara la garganta.

—La estabas protegiendo. Al investigar a Landon, estabas protegiendo a Priya. Probablemente te vio como un aliado.

Ramírez le lanza una mirada a Eddison, y su boca se curva en una discreta sonrisa.

—Y cualquiera que te haya visto con Priya sabría que solamente la ves como familia.

Él le responde pintándole el dedo, aunque Ramírez no está equivocada.

—Entonces, cuando termine con las flores, ¿qué pasará? —pregunta Finney—. ¿Creemos que se acercará a ella de algún modo? ¿Que la atacará?

—Se mudará en un mes.

—La novia de Chavi, Josephine —dice Ramírez, revisando la carpeta amarilla—. Mencionó haber visto a un hombre desconocido en el festival de primavera del vecindario dos semanas antes del homicidio. Dijo que no parecía raro, sólo estaba atento, sobre todo a Chavi y Priya.

—¿A ambas?

—Dijo que el tipo mencionó que él mismo tenía una hermana. Al parecer le resultaba adorable lo cercanas que eran ellas. —Cierra la carpeta y golpetea encima de ellas con sus pulgares, sin un ritmo específico—. Nadie sabía de la relación de Chavi y Josephine además de sus madres y Priya. Deshani dijo que su marido se habría vuelto loco, pero las chicas eran mejores amigas desde que los Sravasti llegaron a Boston, así que nunca nadie sospechó que fueran novias.

—Así que, hasta donde él sabía, Chavi era una buena amiga y una gran hermana.

—Josephine está... —Tras un escándalo de teclas, Finney suelta una expresión triunfal—. Está en Nueva York. Estudia leyes en Columbia.

—Puedo ir en tren —ofrece Eddison—. Llevaré las fotografías que nos dio Priya, le preguntaré si alguien le parece conocido. Han pasado cinco años, pero quizá recuerde algo.

—Ve con tu amiga por más tazas —le dice Vic—. Inara dice que ya casi se les acaban.

—¿En semana y media? ¡Había tres docenas en esa caja!

Ramírez estrella su frente contra la mesa, y estalla en carcajadas casi histéricas.

—Priya me habló esta tarde —dice Finney cuando se tranquilizan—. Encontró unos crisantemos amarillos en su puerta al volver de un paseo; el veterano más viejo y su nieta la llevaron a su iglesia para que viera los vitrales. Son las primeras flores en poco más de una semana.

Chavi tenía un halo de crisantemos amarillos alrededor de la cabeza, con unas cuantas flores esparcidas en su cabello oscuro.

—¿Priya...? —Pero Eddison no sabe cómo hacer esa pregunta, no a Finney. No frente a Ramírez y Vic.

—Me pidió el teléfono de Ward, para poder dárselo a su madre — responde el agente—. Por cierto, en cuanto a eso...

—No lo digas —gruñe Vic.

—Ward rechazó la solicitud de poner personal de seguridad en la casa, y luego me reprendió por gastar los recursos de la agencia en un servicio a la comunidad por un asesinato que no tiene conexión con ningún caso activo.

—¿Que no tiene conexión? —repite Eddison con rabia.

Pero Vic simplemente suspira con resignación.

—Déjame adivinar: no puede ser nuestro asesino porque el perfil dice que

no mata a hombres, y no puede ser el acosador porque no ha mostrado señales de ser violento. Es pura coincidencia.

—Justamente, y su jefe la apoya. La policía de Huntington está siendo muy amable con nosotros a pesar de no informarles de la investigación sobre el acoso, y sospecho que eso deberíamos agradecerse a Deshani, luego de que abrió en canal al capitán por la conducta del oficial Clare; como sea, accedieron a mantenerme informado de los avances de su investigación.

—¿Ward fue ya contra Sterling y Archer?

—Hasta ahora se ha concentrado en mí, e intento mantenerlo de esa manera. Seré honesto, Vic: si me presiona demasiado, estoy haciendo lo más que puedo, pero...

—De acuerdo. Tengo una junta con uno de los directores asistentes mañana. No le cae bien Ward, pero tampoco le gusta interferir en los casos de otros agentes. No estoy seguro de qué vaya a pasar.

—Ambas Sravasti relataron lo que hicieron en los días en los que suponemos que ocurrió la muerte de Landon —dice Finney un momento después—. No hay grandes huecos para que los locales las acusen de nada. Eso ya es algo.

—¿Qué? —La voz de Vic es demasiado suave para lo complicado de su expresión—. Pensé que estábamos ignorando amablemente el hecho de que Deshani es cien por ciento capaz de matar a un hombre que amenace a su hija.

—No habría hecho tanto desastre —dicen Eddison y Ramírez al unísono. Finney se lamenta.

—Qué mujer más aterradora. Avísenme qué les dice Josephine.

Es Ramírez quien estira un brazo para apagar el altavoz y dar por terminada la llamada.

—Priya y Deshani son cuidadosas —susurra—. Son inteligentes, observadoras y atentas. Cuando su instinto les dice que algo está mal, lo escuchan. ¿Cómo encontramos a alguien que ni ellas pueden notar?

Ninguno de los hombres intenta responderle.

Ninguno señala que ya sólo quedan cuatro flores por ser entregadas.

Es el cuarto megaestrucendo de la mañana, y mamá maldice con un acento que dejó casi por completo en Londres, aderezándolo con algunas blasfemias en

hindi. Al asomarme a la calle veo que el contenedor de la mudanza está otra vez atravesado en la entrada y no a la derecha, donde debería quedar para que mamá pueda sacar su auto del garaje. Casi podría sentirme mal por el repartidor; mamá ya estaba más que de malas por tener que tomarse el día libre en el trabajo para recibir el envío por la estupidez de que mi firma no es aceptable porque soy menor, ¿pero cuatro veces? ¿En serio?

Y como está enojada y despertamos para encontrarnos unos jacintos en la puerta, me mantengo recluida en la seguridad de mi habitación con uno de los diarios de Chavi, tan lejos como puedo de mi madre.

No he leído de principio a fin los diarios, son demasiados para hacerlo de golpe, pero los he ojeado por aquí y por allá. Los míos tienen fotografías por todas partes como si fueran unos extraños separadores, y los suyos están llenos de dibujos, muchos en las mismas páginas, pues o se le olvidaba qué quería decir o no encontraba las palabras para decirlo. Aun después de su muerte, nunca me pareció correcto leerlos. Seguían siendo algo privado.

La Chavi de hace cinco primaveras estaba emocionada y asustada por igual. Era muy feliz con Josephine, casi no podía creer que saliera con su mejor amiga, pero temía la reacción de papá cuando se enterara. No sólo por ella y Josephine, sino también por mí. ¿Papá habría insistido en que dejáramos de comunicarnos cuando Chavi se fuera a estudiar? Y también por la escuela. La habían aceptado en Sarah Lawrence y Josephine se iría a la estatal de Nueva York, así que estarían en la misma área metropolitana, pero era la universidad y todo sería nuevo, y por más que le emocionaba, también le preocupaba.

Me avergüenza la entrada de cuando ella y mamá me dieron mi *bindi*, sobre todo porque eso dio pie a una charla sobre tampones, toallas femeninas y otras cosas de la menstruación, y durante el segundo día de mi primer periodo me seguía incomodando un poco. Conocía la teoría y obviamente ya había vivido muchos periodos de mamá y Chavi, pero igual. En ese momento no tenía ni doce años. No hay forma en que una clase sobre el uso de tampones no sea vergonzosa a esa edad.

Al final hay unos dibujos entre las páginas sobre el festival de primavera. En la vieja iglesia hacíamos toda clase de fiestas y festivales de barrio, a veces para recaudar dinero para hacer reparaciones y aumentar el salario de Frank sin que él lo supiera, y a veces para beneficencia. Otras, simplemente por diversión. Chavi pasó esos dos días pintando caras y dibujando

caricaturas, y yo ayudé a los niños más pequeños a hacer coronas de flores y construir un laberinto con sábanas viejas.

Eso me dio la idea para mi fiesta de cumpleaños, ver a todos esos enanos correr por ahí con flores y listones.

Dejo la libreta abierta sobre la cama, y me levanto para abrir el cajón de en medio del armario. Creo que está hecho para los calcetines o algo así, pero yo lo tengo forrado de terciopelo para guardar ahí las coronas de flores de mi cumpleaños. La de Chavi estaba hecha de crisantemos de seda y tenía la forma de una diadema, y la de mamá era una angulosa aureola erizada de lavandas que la hacía verse como una Deméter de piel oscura. La mía era de rosas blancas, pesadas y muy abiertas, con listones en cinco diferentes tonos de azul que colgaban por mi espalda.

Sigue siendo pesada, pero se ha vuelto algo pequeña.

Durante un descanso en el festival, Chavi me persiguió por el laberinto mientras las dos reíamos sin control, y cuando logré salir, Josephine me atrapó y me hizo dar vueltas en el aire hasta que Chavi se estrelló contra ambas. Ni siquiera podíamos levantarnos por las carcajadas, sin aliento y tan llenas de vida.

No quería perder el contacto con Josephine, pero creo que ambas sabíamos que sucedería. Por más que la quería como a otra hermana, había un espacio con la forma de Chavi entre nosotras, y sus orillas nos lastimaban.

Con la ahora pequeña corona de rosas sobre mi cabeza, colocada en un ángulo bastante precario, vuelvo a la cama y comienzo a leer de nuevo.

Chavi cuenta sobre el segundo día, cuando papá y mamá la criticaron tanto por comerse una hamburguesa, que fue y se compró un par de hot dogs de res por pura venganza, y el tono cambia. Recuerdo que estábamos sentadas un poco lejos de los demás, tendidas sobre una manta a la sombra con Josephine, y no en las mesas de picnic de los pabellones; Chavi y yo siempre nos engullíamos las hamburguesas para que papá no las viera.

No era ni más religioso ni más practicante que mamá, pero sí se sentía más culpable por ello.

O simplemente se sentía culpable, supongo. Mamá parecía aceptar su propio agnosticismo declarado con cierto alivio.

Al leer las palabras de Chavi casi puedo recordar al hombre que se nos acercó, porque nos preguntó si éramos hermanas. Yo estaba sentada sobre el regazo de ella, e incluso entonces, cuando era una niña de casi doce años

demasiado flaca y a la espera de que mi peso alcanzara a mi altura, era una pregunta estúpida. Claro, la piel de Chavi era más oscura que la mía, pero aun así yo era muchos tonos más morena que cualquiera de nuestros vecinos blancos.

El hombre parecía triste. No supe por qué pensé eso, ni siquiera cuando Chavi me lo preguntó después, pero lo recuerdo. Simplemente parecía triste, aunque nos sonreía.

Chavi lo menciona de nuevo una semana después, luego del desayuno de nuestro Día de Hermanas mensual en el merendero. Fuimos al cine después de eso (en las mañanas de sábado proyectaban clásicos en blanco y negro), y ella fue por dulces mientras yo estaba en el baño. Parecía aturdida, pero cuando le pregunté qué pasaba, sólo dijo que un idiota de la escuela le había pedido su teléfono.

Pero eso no es lo que escribió. Ella sí notó lo que a mí me pasó de largo, que alguien nos había seguido al salir del merendero. Cuando yo estaba en el baño, ella lo confrontó, y le dijo que llamaría al gerente y a los policías si no nos dejaba en paz.

Él le agradeció.

Escribe que eso la dejó muy confundida, pero que él le agradeció por ser tan buena hermana y luego se fue del cine.

No vuelve a mencionarlo.

Una semana después la mataron.

Maldita sea. No recuerdo nada más del tipo. Sólo que estaba triste y tenía una hermana. Sé que no escribí nada sobre él; por un tiempo, tras la muerte de Chavi, me evadí leyendo compulsivamente mis últimas semanas con ella. Aún sigo leyendo ese diario más que cualquier otro.

—¡Priya! —grita mamá desde el pie de la escalera—. ¡Aquí está Archer!

Probablemente acababa de llegar a Denver cuando le enviamos el mensaje a Finney, y tuvo que darse la vuelta y manejar de regreso.

Cuando bajo, lo encuentro en el escalón con el ramo de jacintos envuelto en papel. Me mira con un gesto de pesar.

—Dice Sterling que le avises si te hago sentir incómoda, y me hará algo horrible la próxima vez que boxeemos en el gimnasio.

—Me agrada Sterling.

—Lamento haber causado que una protección así fuera necesaria.

—¿Por qué lo hizo?

No me responde de inmediato; sigue acuclillado tomando fotografías de las flores, que están intactas.

—El FBI utiliza los expedientes sin resolver en la academia para enseñarnos que no podemos resolver todos los casos —dice al fin—. Se supone que eso nos enseñará a ser pragmáticos.

—¿Y a usted qué le enseñó?

—¿Sabes? Honestamente solía pensar que esos casos simplemente quedaban sin resolver porque los investigadores eran perezosos. —Pasa las flores a una bolsa de evidencia, y luego la sella y la firma. Cuando se levanta, se recarga contra la pared como si se preparara para tener una conversación—. Era un idiota, y era arrogante. Mis amigos de la academia y yo solíamos decir que tendríamos un récord impecable de casos resueltos.

—¿Y luego descubrió que la vida es terrible?

—Fui un niño negro en un pequeño pueblo de Carolina del Sur, donde la mascota de mi preparatoria era un general de los estados confederados; creía saber lo terrible que puede ser la vida. Ahora las personas me miran con mi traje y mi placa, y sienten que no es mi lugar.

—Y quiere demostrarles que se equivocan.

—Sí. Pero... no puedo usar a otras personas para lograrlo. Y teniendo en cuenta la situación a la que te enfrentas... fue increíblemente estúpido de mi parte sugerir que te ofrecieras como carnada. Fui un ignorante y estuve fuera de lugar, y en verdad te ofrezco mis disculpas.

—Aceptadas.

Me mira con gesto sorprendido.

—Si en serio quiere humillarse, puedo mandarlo con mi mamá; ella es mucho mejor para eso.

Con una risita, Archer se quita los guantes de neopreno y se los echa en el bolsillo.

—Vaya que eres algo especial.

Cuando se va, le envió un mensaje a Sterling.

«No será necesario el tratamiento. Incluso se disculpó correctamente».

«Bien», me responde, «pero probablemente lo haré de todas formas para que le quede bien claro».

Cuando el contenedor está al fin en su sitio, mamá se va a Denver para trabajar al menos unas horas en la oficina. Faltan menos de tres semanas para la mudanza, así que están cargándola de trabajo para asegurarse de que está

lista. Para asegurarme de que yo estoy lista para la mudanza, me pongo a hacer la tarea que no pude adelantar por el escándalo de la mañana.

Como a las cuatro escucho que alguien llama a la puerta.

Me congelo y miro por el pasillo hacia la puerta, como si con sólo concentrarme pudiera ver a través de ella. Casi pregunto «¿quién es?», pero no lo hago.

Me levanto del sofá discretamente y tomo el bate de softbol de Chavi, que ahora vive junto a mí en cualquier habitación a la que vaya. Tuvimos que empacar los cuchillos. El bate es pesado, pero sólido, y lo siento seguro entre mis manos.

—¿Señorita Priya? —dice una voz masculina—. Señorita Priya, ¿está en casa?

¿Es... es el oficial Clare?

Miro la pantalla de mi computadora para ver lo que capta la cámara, y sí, es el oficial Clare parado en el porche con su sombrero en una mano. Su voz es inconfundiblemente tejana. Como no tengo intención de contestarle, me doy tiempo para observarlo. Probablemente tiene unos cuarenta, su rostro se ve cansado, pero fuera de eso no resulta particular. Intento encontrarlo entre mis recuerdos ciertamente borrosos de los policías encargados del asesinato de Chavi.

Me parece ligeramente conocido, pero nada significativo. No es terriblemente insulso como Landon, simplemente no tiene nada que lo haga directamente reconocible.

—Si está en casa, señorita Priya —grita desde el otro lado de la puerta—, sólo quería disculparme por lo del otro día. Lo intentaré en otro momento.

Parece que es el día de las disculpas.

Mamá tiene la información de contacto del oficial Hamilton; le envió un mensaje sobre la visita de Clare para que pueda comentarlo con él.

¿Por qué vendría Clare, sin su compañero, a una residencia donde espera encontrar a una menor sola? Es diferente cuando Eddison lo hace; él es familia, y pasaron años antes de que nos quedáramos solos. Quizá estoy paranoica por todo lo que está pasando, pero no me gusta que Clare ande por aquí.

Mamá me responde con tres filas de emojis de fuego.

Su nombre es Chavi Sravasti y es extraordinaria.

En tu primer encuentro con ella, está pintando caras en el festival de primavera, y te llenas de rabia. Han pasado años, pero aún recuerdas la duplicidad de Leigh Clark, su maldad. Lo dulce y recatada que parecía la hija del pastor al hacer eso mismo, pero sólo era una máscara para ocultar su verdadera conducta.

Pero Chavi es diferente. Se ríe y bromea con los niños, anima a los adultos a que ellos también se pinten la cara. Además tiene talento, se sale de los símbolos de carnaval escolar para hacer máscaras y trabajos detallados. Como la mayoría de las chicas, y muchos chicos, trae una corona con listones y pequeñas rosas de tela sobre su oscuro cabello.

No sabes bien qué pensar respecto a ella. Es amigable sin ser coqueta, incluso cuando los chicos mayores y los hombres más jóvenes intentan llamar su atención. Su conducta sugiere que es una buena chica, pero su apariencia... en su cabello hay unos mechones de un rojo brillante, su maquillaje es blanco y dorado con un grueso delineado negro, y sus labios son de un atrevido carmesí. El oro y el cristal brillan en su nariz y entre sus ojos.

Luego llega su hermana, una niña larguirucha y demasiado flaca con una sonrisa que resplandece sólo un poco menos que sus carcajadas, y pese a su juventud, ella también tiene unos mechones en el cabello, los suyos azul rey, y su maquillaje es más suave, sus labios de un delicado tono de rosa. Apropiado para alguien de la edad que aparenta tener. Miras a tu alrededor, curioso, en busca de sus padres. No es difícil encontrarlos; su piel morena los hace sobresalir en este vecindario. El cabello de la madre no tiene adornos, pero aun a la distancia alcanzas a ver sus labios rojo oscuro, el aro de oro al centro de su labio inferior y el brillo del cristal en su nariz y entre sus ojos.

O sea que es una tradición familiar.

Un chico llega para tomar el lugar de Chavi con las pinturas y las chicas se van corriendo tomadas de la mano, riéndose y bailando entre ellas sin enredarse o tropezar. Las sigues a una distancia segura, maravillado por lo que ves. Aun cuando terminan sus descansos y vuelven a sus puestos, siguen pendientes de la otra, mirándose e intercambiando sonrisas a menudo.

Chavi es tan buena hermana. Las observas durante dos semanas, ves que Priya (al fin descubriste el nombre de la más joven) toma fotografías de todo,

que Chavi siempre está dibujando. Ambas tienen sus propios grupos de amigas, pero nunca habías visto a dos hermanas que disfrutaran tanto estar juntas como ellas.

Priya nunca te ve, pero Chavi...

Chavi sí y no sabes qué hacer. Estás acostumbrado a que nadie note tu presencia, pero ella te mira con odio cada que ve que tu atención está puesta en ella o en su hermana. Y eso es realmente extraordinario. Chavi sin duda tiene alma de artista y es capaz de ver lo que los demás pasan por alto.

Por eso te haces el hábito de permitir que te vea en la pequeña construcción de piedra que solía ser una iglesia, o que volverá a serlo. Una iglesia en el limbo, y hay algo bastante divertido en eso, ¿no?

Vas a la fiesta de cumpleaños que incluye a la mayoría de los vecinos, una repetición menos formal del festival de primavera que tuvo lugar dos semanas atrás. Hay flores reales por todas partes, abundan en torno a la pequeña iglesia gris y en pequeños y bien cuidados lechos, y otras de plástico y seda sobre las cabezas de la mayoría. Ves a las chicas Sravasti con sus vestidos de verano y suéteres abiertos, los pies descalzos corriendo por el pasto verde.

La dulce Priya, con rosas blancas sobre su cabello oscuro.

La feroz Chavi, con crisantemos amarillos que casi brillan tanto como su sonrisa.

La fiesta es el sábado, pero también las observas el domingo, cuando la familia festeja sola. Salen y al regresar Priya se toca la nueva perforación en su nariz, y normalmente no lo aprobarías, pero como su familia la acompañó debe significar algo para ellos, y eso lo hace distinto.

El lunes, mientras las sigues en su camino hacia la escuela, escuchas que Chavi le recuerda a su hermana que tiene grupo de estudio y no podrá acompañarla de regreso a casa. Y por eso estás ahí, siguiéndola a una distancia segura para asegurarte de que Priya llegue bien a su casa. Viven en un vecindario seguro, un suburbio adinerado donde todos se conocen lo suficiente para cuidarse unos a otros, pero lo haces igual. Sabes mejor que nadie que la maldad puede esconderse a plena vista. Priya se va directo a casa tras su junta escolar y se detiene de vez en vez para platicar con algún vecino, pero no se desvía de su camino.

Estás orgulloso de ella. Es tan buena hija.

Tan buena hermanita.

Esa noche Chavi va a la iglesia, llena de fuego y furia y amor, mucho amor por su hermana. Casi no quieres matarla, no quieres quitársela a Priya, pero Chavi se irá a la universidad en el otoño y ya has visto lo que eso puede hacerles a las personas, cómo puede devorar a las chicas buenas y dejar sólo sus carcasas.

Pero tú crees en los ángeles y en los guardianes, y sabes que esto es lo mejor. Chavi siempre será buena, y siempre estará ahí para cuidar a su hermana.

Y Priya escuchará, porque Priya es una buena niña.

Cuando colocas los crisantemos en su cabello se ven como soles en el espacio, y piensas que eso le va muy bien. Es cierto que Chavi ilumina el mundo.

—Come.

Por el sobresalto que le causa el sonido inesperado, lo único que evita que Eddison se caiga de la silla es que su mano se aferró por reflejo a la mesa.

—Por Dios, Ramírez, ponte un cascabel.

—O podrías intentar estar un poco más atento a tu alrededor —dice ella mientras le acerca una bolsa grande de papel y luego se sienta a unas sillas de distancia, desde donde alcanza a verlo sin ir al otro lado de la mesa de conferencias—. Y ahora, come.

Eddison abre la bolsa mientras gruñe y saca un contenedor aún tibio con carne y brócoli.

—¿Qué hora es?

—Casi las tres.

—Carajo. ¿Y qué haces aquí?

—Te traje comida del único restaurante chino en Quántico que sigue abierto después de la medianoche.

A Eddison siempre se le olvida que la Ramírez de fuera del trabajo es a la vez más suave y más fiera que su versión en horas hábiles. Más suave porque los trajes sastre, los tacones y el maquillaje retador cambian por jeans, un suéter muy holgado y una coleta despeinada, haciendo que parezca alguien mucho más accesible. Pero su fiereza sigue ahí, o quizá está más presente, porque al quitarse el maquillaje ya nada esconde sus cicatrices, las largas y pálidas líneas que corren desde su ojo izquierdo por la mejilla y hasta debajo

de su mandíbula. Esas cicatrices son un recordatorio de que es una sobreviviente por derecho propio, con placa y arma y completamente decidida a destruir lo que sea si eso implica salvar a un niño.

Eddison no podría pedir nada más de una colega.

—¿O sea que no vas a fingir siquiera que te sorprende que esté aquí?

Ramírez agita una mano con desinterés.

—Priya recibió camelias ayer y flores de amaranto hoy; sólo queda una flor. Dado que no hay nada productivo que puedas hacer allá, ¿dónde más estarías?

—Te odio un poco.

—Sigue diciéndotelo, mijo; puede que un día te lo creas. Entonces, ¿qué estás viendo?

—Registros postales —responde con la boca llena de vegetales—. Si vigila a sus víctimas, es poco probable que sólo esté de paso, así que estoy revisando direcciones de reenvío.

Ella comienza a asentir, pero luego frunce el ceño.

—Puedo ver al menos dos problemas ahí.

—¿Que tal vez no se moleste en redireccionar su correo?

—Bueno, tres.

Eddison se ríe y se encoge de hombros.

—¿Cuáles son los otros dos?

—¿Y si no vive en las ciudades? Si vive en algún pueblo cercano, y va en auto...

—Los pueblos más pequeños notan a los habitantes que pasan poco tiempo ahí; las comunidades se conocen mejor, y eso lo pondría en riesgo. Además, estoy revisando los estados y no las ciudades.

—Es mucha información.

—Yvonne me mostró cómo hacer que la computadora haga casi todo el trabajo.

—¿Te mostró?

Eddison señala hacia el pizarrón blanco, casi cubierto por completo con instrucciones paso a paso para establecer y refinar parámetros en la intranet del FBI. Al ser la analista técnica favorita del equipo, Yvonne conoce bien las fortalezas y debilidades de cada uno en lo que respecta a las computadoras.

A él le parece que «enciende la computadora» es demasiado, pero para ser honesto, la agarró a punto de irse.

—¿Cuál es el segundo problema? —le pregunta a su compañera.

—¿Y si no va directamente del punto A al punto B? Priya y Deshani sólo estuvieron cuatro meses en Birmingham. Menos de tres en Chicago. No son las únicas personas que viven de esa forma.

Eddison deja el recipiente de comida sobre la mesa con un sonido acuoso.

—Y entonces, ¿cómo lo encontramos? ¿Cómo lo encontramos si es un jodido fantasma?

—Si lo supiera, ¿estaríamos aquí sentados?

La furia comienza a reptar bajo la piel de Eddison, provocando que sus músculos se tensen y tiemblen. La furia y el miedo. Deshani llamó a Vic por la tarde, para preguntarle si Priya debía hacer algo si el bastardo se le acercaba. Vic no supo qué aconsejarle más que mantener la calma, hacer que siguiera hablando e intentar pedir ayuda. Saben que el bastardo quiere a Priya, pero ¿para qué?

Mató para ponerla a salvo, pero él es su amenaza más grande.

—Ven —dice de pronto Ramírez, poniéndose de pie.

—Tengo que...

—La computadora no necesita que te le quedes viendo mientras hace lo suyo. Te dejaré volver, te lo prometo, pero por ahora ven. —Al ver que Eddison no se mueve con suficiente rapidez, ella toma su silla y lo empuja hacia la puerta. Él se levanta tambaleándose, justo a tiempo para evitar estrellarse contra el marco.

—Ya me levanté, y ya voy, ¿me dejas en paz?

Como respuesta, Ramírez lo toma del codo y lo arrastra al elevador.

Terminan en uno de los gimnasios de boxeo, cuyo suelo está cubierto de gruesos tapetes alrededor de varios cuadriláteros. Una de las paredes tiene filas de peras y costales. Ramírez señala estos últimos.

—Ve.

—Ramírez.

—Eddison. —Suelta el codo de su compañero para cruzarse de brazos bajo su pecho—. Estás exhausto. Estás tan furioso, tan asustado, tan enredado en tus pensamientos, que no puedes pensar con claridad. No ves lo obvio, y seguir cavando ese agujero no te va a ayudar. Exaltado como estás, no vas a dormir, así que ve a desbaratar ese costal.

—Ramírez...

—Golpea. El. Costal.

Eddison masculla algo sobre las mujeres mandonas y metiches que sólo hace reír a Ramírez, así que se rinde y va hacia los costales. Se recoge las mangas, acomoda los pies y... los contempla.

—Carajo, Eddison, ¡golpea el costal!

Él lo hace, y con el primer golpe seco, algo tenso se suelta en su interior. Lanza una lluvia de golpes sin forma ni fondo, caóticos, poderosos y llenos de rabia. Sus músculos protestan ante la sorpresiva actividad, pero él ignora el dolor, concentrado solamente en el movimiento del costal y hacia dónde apuntar sus puños.

Al final comienza a desacelerar el ritmo, y luego se detiene para recargarse en el costal y jadear. Sus brazos palpitan, y le da un poco de miedo ver sus puños desprotegidos. Pero sí se siente más en equilibrio.

Ramírez toma suavemente su mano izquierda y le revisa los nudillos.

—Al parecer nada está roto —le dice en voz baja—. Tendrás algunos bonitos moretones e inflamación, y creo que dejaste casi toda la piel en el costal.

—¿Por qué no me dijiste que me pusiera protecciones?

Ella toma su otra mano y lo mira con un gesto que parece de coquetería, pero, por el contrario, es su intento por disimular lo que está pensando.

—Me pareció que necesitabas el dolor.

Eddison no sabe qué decir ante eso.

—Vamos a limpiarte y vendarte las manos. ¿Tienes un botiquín en casa para cambiarte las vendas mañana?

—Más o menos. Tendré que ir a comprar... —Deja de hablar de pronto, casi demasiado cansado para perseguir una idea incompleta. Ramírez espera y lo observa con gesto pensativo—. ¿En cuántos lugares a una distancia razonable de Huntington crees que vendan dalias?

—¿Qué?

—Dalias. No son tan fáciles de encontrar. Cuando asesinaron a Julie McCarthy el año pasado, tardamos una semana en encontrar de dónde salieron sus dalias, pero sí encontramos la tienda donde se compraron, cosa que no suele pasar. Muchos floristas no tienen dalias.

—Bueno...

—Todo este tiempo hemos intentado alcanzarlo, ¿por qué no nos adelantamos esta vez? Si quiere terminar la lista, tendrá que encontrar las dalias en alguna parte. Si podemos avisar a todos los floristas...

—¿Del estado? Eddison, eso es...

—Mucha gente, sí, por lo que tendremos que crear una lista general y pedir a técnicos, agentes y, por qué no, estudiantes de la academia, que hagan las llamadas. Las flores siempre son frescas en sus entregas, así que incluso si ya las tiene, debe haberlas comprado hace uno o dos días. La venta de una flor poco común debe ser fácil de recordar. Incluso podríamos conseguir una fotografía o retrato por parte de quien le haya vendido o le venda las dalias.

—Eso... no es mala idea, de verdad —reconoce Ramírez—. Pero deberá hacerlo Yvonne.

—¿Qué?

—Con todo y sus indicaciones, una búsqueda así no es algo que nosotros sepamos hacer. No a esta escala.

—Bueno, entonces...

—No vamos a llamarla a las cuatro de la mañana —dice ella con firmeza—. Vamos a curarte las manos. Luego vamos a subir y pondremos todo esto en papel para que, a una hora razonable, podamos contárselo a Vic y conseguir autorización para que Yvonne trabaje tiempo extra. Luego la llamaremos. ¿Sabes qué harás, entre hacer las notas y llamar a Vic?

—¿Lo que tú me ordenes, porque si no, harás que me arrepienta?

—¿Ves, mijo? —Ramírez entrelaza su brazo con el de Eddison y lo jala hacia la puerta—. Ya estás pensando con más claridad.

Su nombre es Aimée Browder, y es posible que sea un regalo de Dios.

Has estado preocupado por Priya. Te fuiste de Boston (nunca pasas más de seis meses en un mismo lugar), pero cuando volviste a visitarla, Priya ya no estaba ahí. Te tomó mucho tiempo encontrarla, y al fin viste su nombre y una ciudad en una revista, en la lista de finalistas de un concurso de fotografía. Te mudaste de inmediato a San Diego. Necesitabas asegurarte de que estaba bien.

Y entonces descubres que no lo está. Sigue siendo la chica buena que conociste, pero ya no brilla, ya no hay calidez en ella. Es frágil y quebradiza y está muy sola.

Y luego encuentra a Aimée.

Observas, hipnotizado, cómo Aimée va sacando pacientemente a Priya de su dolor, hablándole en francés y danzando a su alrededor. A veces

literalmente... Aimée es tan elegante, y pasa mucho tiempo en sus clases y prácticas; incluso cuando sale del estudio por la noche y parece profundamente cansada, sigue viéndose tan enamorada de la danza que no puedes quitarle la mirada de encima. Y ves cómo Priya comienza a florecer, a sonreír, a veces incluso a reírse y a hablar sobre cine francés y teatros de ópera y ballet.

Es Aimée quien presenta a Priya con el chico al que ayudará con las clases, y de inmediato notas que el chico empieza a enamorarse de ella. No lo culpas, pero lo observas muy de cerca, con atención, por si tienes que tomar medidas. Pero nunca lo haces. Priya sabe lo que vale, sabe lo que significa ser buena, y jamás alienta al chico, jamás se le acerca más de lo necesario, nunca acepta sus invitaciones a salir.

La madre de Aimée cocina con el amaranto que cultiva en la azotea de su porche. A decir verdad nunca lo habías pensado, que las flores pueden tener una utilidad más allá de ser bonitas y alimentar a las abejas o para lo que sea que sirvan, pero escuchas a los Browder hacer bromas sobre las plantas en la cocina y las flores en el cabello de Aimée. La mujer habla con una mezcla simple y perezosa de francés y español, mientras el padre lo hace de vez en vez en un escandaloso alemán que nadie entiende, pero siempre hace reír a las mujeres.

Se llevan con Priya casi tan bien como Aimée, y lo agradeces, te alegra que tenga personas que le devuelvan su brillo.

Le envías flores a Priya para intentar mostrarle que aprecias su bondad, lo mucho que la amas, y tu corazón se llena al verla reír con el ramo de nubes, al ver que pone las flores en el cabello de su amiga para formar una corona de hadas y dejarla lista para salir al escenario.

Y un día, de pronto, Priya desaparece. Estuviste ausente unos días, buscando las flores que necesitabas en los pueblos cercanos para que nadie relacionara unos ramos con otros ni contigo. No llegaste hasta aquí a punta de descuidos. Sólo fueron unos días, pero no viste el camión de la mudanza, las despedidas ni su partida. Te tomó tanto tiempo encontrarla esta vez, y ahora...

Aimée también extraña a Priya, lo notas desde antes que se lo comente a su madre. Lo ves en la manera en que retuerce una flor de amaranto en su mano, mirándola con una sonrisa triste antes de ponérsela en el cabello.

Por eso tomas el amaranto, lo más que puedes sin dejar completamente

vacío el jardín de su madre, y esperas, porque la has observado por tanto tiempo que sabes que, al no poder dormir, no molesta a sus padres ni a sus hermanos. Simplemente sale de la casa, avanza tres calles hasta la iglesia cuya puerta siempre está abierta, y baila. Antes solía ir primero unas dos calles en la dirección contraria, para ver si Priya quería acompañarla, y pasaban las altas horas de la noche en una iglesia, Aimée bailando y Priya tomando fotografías de los vitrales a la luz de la luna.

Haces lo que puedes para que Aimée no sienta dolor. Lo haces tanto por ella como por Priya. Es una chica tan buena, y fue una buena amiga cuando Priya más lo necesitó. La rodeas con los ramilletes rosa oscuro del amaranto y te quedas un rato con ella, mirando los ventanales y pensando en Priya.

Era tan buena hermanita, merece tanto ser protegida. No es para nada como Darla Jean; ella seguirá siendo buena. Y estará agradecida cuando sepa lo mucho que la amas.

La encontrarás de nuevo, y esta vez no te detendrás hasta que sepa lo que sientes. Apenas puedes esperar a escuchar que te diga que ella también te ama.

Las dalias llegan el jueves, tres flores tan grandes como mi mano y de un púrpura tan profundo que está a nada de ser negro. No ha pasado ni un año desde que Julie McCarthy, de catorce años, fue encontrada muerta tras haber sido violada en una iglesia en Charlotte, Carolina del Norte, con tres dalias alineadas sobre su boca, pecho y entrepierna como si fuera el mapa de chacras de un loco.

Mi primera llamada no es a Eddison ni a mamá o a Finney; es a Hannah Randolph, la nieta de Gunny. Desde que nos enteramos del asesinato de Landon, o más bien, desde que los hombres se enteraron de las circunstancias que rodearon a su asesinato, los veteranos me pidieron encarecidamente que no vaya sola al ajedrez y lo mismo de regreso. Hannah se ofreció a llevarme porque de cualquier manera se la pasa esperando en su auto. Como todos los veteranos pueden vigilar a Gunny, no es problema para ella viajar los dos kilómetros y medio a mi casa.

Claramente estaban preparados para discutir conmigo, así que quedaron sorprendidos cuando dije que sí y que gracias. Pero es que tiene sentido, y se los agradezco. Cerca de la hora en que suelo irme al ajedrez, llamo a Hannah

para avisarle si iré.

O, en el caso de esta mañana, que no iré.

—¿Te molesta si te acompaño un rato? —pregunta de inmediato—. ¿Al menos hasta que lleguen los agentes? No me gusta la idea de que estés sola en estos momentos.

—Gunny...

—Estará bien con Pierce. Si algo pasa, me tomará cinco minutos llegar.

—Sí me haría sentir mejor —admito—. Gracias.

—Voy para allá. Llama a tus agentes.

Le envió un mensaje a Eddison, y luego preparo un chocolate caliente mientras llamo a Finney. Cuando Hannah llega, rodea cuidadosamente las flores para no mover nada y acepta con una sonrisa la taza que le ofrezco, notando que estoy al teléfono. Mientras reviso la grabación de la cámara, ella se acomoda en el sofá con su tejido.

Yo debería aprender a tejer. Parece algo muy relajante.

—¿Qué muestra la cámara? —pregunta Finney con tono preocupado.

—Se detiene a las nueve treinta y ocho —respondo—. Después de eso no hay nada.

—¿Lluvia?

—Nada. Es como si no tuviera señal, pero la red está bien.

—¿Y la cámara trasera?

—Grabando felizmente los movimientos de la ardilla más gorda que he visto.

—¿Te sientes suficientemente segura para esperar a que lleguemos? Puedo pedirle a la policía local que envíe a alguien.

Pienso en el oficial Clare y me recorre un escalofrío.

—Hannah está aquí conmigo.

—Muy bien. Llegaremos lo más pronto posible.

Hannah y yo nos quedamos en el silencio más cómodo que permiten las circunstancias durante unos diez minutos. Hay algo relajante y casi contemplativo en el tranquilo golpeteo de sus agujas.

Luego alguien llama a la puerta.

Definitivamente no son mis agentes, no tan rápido. Ni siquiera teniendo en cuenta la forma en que conducen.

Ay, Dios, probablemente es...

—¿Señorita Priya? Los chicos dijeron que se le presentó un problemilla.

El oficial Clare. Le ha dado por pasar por el pabellón de ajedrez sin su compañero para ver cómo estoy, según dice. Tanto Lou como su capitán ya le han dicho que no lo haga, pero eso no lo ha detenido. Dice que va de camino a la tienda o a comer, y que nos encontramos por casualidad.

—Señorita Priya, sé que está en casa. Veo el auto de la señorita Randolph. Sólo quiero asegurarme de que estará bien hasta que lleguen los federales.

Hannah deja su tejido a un lado con un movimiento cuidadoso.

—Lo voy a correr, ¿de acuerdo?

—Por favor —susurro.

Va por el pasillo hasta la puerta y la abre apenas lo suficiente para ser vista, tapándome con su cuerpo.

—Estamos bien, oficial —le dice con tono amable—. Si no le molesta, ¿podría alejarse de la evidencia?

—Puedo quedarme con ustedes...

—Se lo agradezco, pero no es necesario.

—Yo estaba ahí, ¿sabe?, cuando perdió a su hermana. Pobre niña. Cuando pienso en mi hermana... las hermanitas necesitan protección.

—Oficial Clare. No requerimos su ayuda en este momento. Por favor, váyase.

—Oiga, señorita Priya —replica él, alzando la voz.

Entonces reviso mis llamadas, encuentro el número de su capitán y lo llamo. El hombre contesta con su apellido y sin saludar.

—Capitán, habla Priya Sravasti, y...

—Por favor, dígame que Clare no volvió a molestarla —gruñe.

—Está en mi puerta y se niega a irse.

—Lo siento mucho, señorita Sravasti. Yo me encargo. —Mientras cuelga, alcanzo a escuchar un rugido que suena a «despidan a ese imbécil», y me pregunto si eso es lo que pasará.

Al final Hannah le cierra la puerta en la cara a Clare y pasa ambos seguros. Luego de un momento, pone la cadena por si lo demás no fuera suficiente.

—Ese hombre no está bien —dice mientras toma de nuevo su tejido—. No hay razón para que esté tan obsesionado contigo.

—Aparentemente es algo que pasa en este tipo de casos —suspiro—. Mercedes me explicó alguna vez la psicología de la situación. Suele pasar que la persona que responde a una emergencia se obsesiona si el caso lo

perturba, especialmente si algo más está pasando en su vida. A algunos se les mete en la cabeza resolver un crimen, pero otros se aferran a vigilar a la familia.

—¿Hizo eso en Boston?

—No que yo recuerde, pero si estuvo en Boston, debió haber sido mucho más discreto.

—¿Si estuvo? —repite ella.

—De acuerdo con Mercedes, no sería lo más raro que ha hecho un fan para meterse en un caso. Ya están revisando sus antecedentes.

Hannah niega con la cabeza.

—Ya sé que los humanos son criaturas complicadas, pero esto parece demasiado.

Finney y Sterling llegan poco después. Finney se ve un tanto verduoso al bajarse del auto. En el lado del conductor, Sterling parece a la vez tímida y orgullosa.

—¿Se divirtieron con las luces y las sirenas? —pregunto sin emoción.

Sterling me ofrece una enorme sonrisa antes de adoptar una expresión más profesional.

—Perdimos tiempo porque había un accidente, no quería hacerte esperar.

Finney pone los ojos en blanco y voltea hacia Hannah para estrechar su mano.

—Gracias por quedarse con ella, señorita Randolph.

Hannah corresponde al saludo.

—¿Necesitan que me quede? Para cuando ustedes se vayan, claro.

—De hecho... —Finney me mira—. Tu madre nos pidió que te lleváramos a Denver, si no te importa. Creo que se sentirá más tranquila si estás con ella.

—Está bien. Muchas gracias, Hannah.

—Cuando quieras —responde, y me da un breve abrazo—. Cuídate, Priya. —Es lo mismo que su abuelo me dice en lugar de despedirse, sólo que él me llama señorita Priya, y de algún modo el oficial Clare me arruinó eso.

Por cierto... Le cuento a Finney sobre el oficial Clare, y luego voy a mi habitación para cambiarme y echar algunas cosas en una mochila que llevaré conmigo. No sé si la oficina de mamá tiene wifi para las visitas, así que puede que hacer tarea no sea una opción.

—Apagó la cámara con el pulso electromagnético, y luego cortó los

cables de nuevo —anuncia Sterling cuando vuelvo abajo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora te llevaremos con tu madre —responde Finney—. Luego hablaremos sobre tus guardaespaldas.

Mis guardaespaldas, en este caso, serán Archer, que se quedará conmigo durante el día, Sterling por la noche, y todos rezarán para que la jefa de sección Ward no se entere. Técnicamente no es algo oficial sino personal, pero eso es un problema en sí. Si algo pasa, a los agentes les iría muy mal. En poco menos de una semana nos mudaremos, pero se siente como si faltara una vida, especialmente con ese plan de seguridad. Mamá acuerda una hora para reunirnos con Sterling, pues probablemente estaremos seguras en su oficina, y la agente se va.

Me acomodo en una esquina de la aburrida oficina de mamá con mi laptop. Debería hacer tarea (me dio la contraseña de la red), pero en vez de eso reviso las fotos de la iglesia de Gunny y Hannah. Pasé una tarde maravillosa con ellos, y los interesantes vitrales sin duda fueron un extra. Las escenas están pintadas en cristales transparentes en vez de ser un mosaico de vidrio entintado, y pese a la pintura semitranslúcida, la forma en la que se filtra la luz es distinta.

Debajo de la imagen de las mujeres y la tumba vacía, Gunny pasó sus dedos artríticos sobre una pequeña placa de bronce con el nombre de su esposa.

La secretaria de la iglesia era aún más anciana que Gunny, y se sabía la historia de cada vitral y quién lo financió. Cuando mencioné mi amor por los ventanales, me dio los datos de una pequeña capilla a una hora de ahí.

—Algunos dicen que Dios nos dio la capacidad de crear arte para que pudiéramos adorarlo a Él —dijo con una sonrisa—. Las ventanas en la capilla de Shiloh hacen que eso sea fácil de creer.

Dudo mucho que yo lo averigüe.

Cierro la laptop, soltando un suspiro frustrado. Esperaba que ver las fotografías me animara, pero sólo me deprimieron. Busco mi mochila y saco el sobre que estaba en nuestro buzón, con la limpia caligrafía de Inara al frente.

Querida Priya:

Desmond MacIntosh está muerto, lleva casi un mes, y aún no estoy segura de cómo me siento al respecto. Todos esperan que esté triste porque éramos «amantes desafortunados», o lo que sea que

diga la gente que no entiende bien qué significa desafortunado. O creen que debería estar feliz porque, miren, uno de mis verdugos se mató, como si el que algunas chicas se hayan suicidado debiera hacer que me alegrara porque él también lo hizo.

Pero más que otra cosa me siento aliviada, y ¿qué clase de reacción es esa?

Me siento aliviada porque ya no tendré que verlo en la corte, no tendré que sentir sus ojos en mí mientras testifico contra él y su padre. Me siento aliviada por no tener que pasar horas y horas viendo su expresión de perrito apaleado. Me siento aliviada de que su destino esté sellado y ya no tenga que preocuparme más por eso.

Siempre he sabido que soy en general una pésima persona, pero esto me hace sentirlo de una manera que no esperaba.

En especial al pensar en esto: me sentiría tan agradecida si el Jardinero tuviera la decencia de morirse por sus heridas, o algo parecido. No siento la necesidad de matarlo, y ni siquiera de que él se mate. Tan sólo quisiera que estuviera muerto.

Probablemente el juicio no comenzará hasta el otoño, y aunque no soy tan pesimista para pensar que lo declararán inocente, sigue habiendo muchos resultados posibles que no serían tan buenos. No quiero que lo atiendan en un hospital psiquiátrico o en un asilo. Quiero que lo encarcelen, que lo dejen sin nada como él nos dejó a nosotras y lo obliguen a convertirse en algo horriblemente frágil.

Pero más que eso, simplemente lo quiero muerto. La cárcel es atractiva, pero tiene el suficiente dinero para mantener sus comodidades, o las mayores comodidades posibles dadas sus heridas. No quiero que esté cómodo.

Lo quiero muerto, pero la gente me mira como si debiera ser una mejor persona, como si debiera tener una moral más alta, pero qué mierda, yo no quiero eso. No se lo merece.

Priya, si un día tienes oportunidad, mávalo si puedes. Sería en defensa propia, y listo.

Bueno.

Ahora sí que se me alegró el día. Gracias, Inara.

Pero si me voy a abandonar a la tristeza, más vale que lo haga bien, así que vuelvo a abrir mi computadora. Todas las víctimas de mi bastardo tienen cuentas conmemorativas de Facebook, incluso las que no tenían Facebook cuando vivían. Suelen ser más activas en la primavera, cuando la gente publica recuerdos y oraciones conforme van transcurriendo los aniversarios, pero también hay algunos mensajes de cumpleaños. Los muchos moderadores borran de inmediato los comentarios que dejan algunos imbéciles.

Comienzo con Julie McCarthy y voy hacia atrás, leyendo las nuevas historias. También hay nuevas fotografías que suben sus amigos, familiares y compañeros a manera de evocaciones. Me salto la de Chavi.

No he visto la suya desde que murió. No le guardo rencor a quienes publican ahí, pues la mayoría realmente eran sus amigos. Josephine es la moderadora, así que sé que todo es respetuoso. Si los ayuda a sobrellevar su duelo y seguir adelante, benditos sean. Pero no quiero que los recuerdos de

otras personas sobre Chavi se mezclen con los míos.

Cuando llego al de Darla Jean, la primera víctima, encuentro una publicación de su madre, Eudora Carmichael, fechada en el aniversario de este año de la muerte de su hija. Eudora habla sobre cómo extraña su luz y su risa, cómo Darla Jean era la alegría de la familia. Habla sobre cuánto extraña a su hijo, quien nunca superó la muerte de su hermana. Tras hacer una oración por la justicia, concluye con una fotografía, un retrato familiar de esa última Pascua.

Darla Jean se ve muy bella con su cabello rubio y su vestido de encaje blanco, y junto a ella está Eudora, regordeta y agradable, con una bondad en los ojos que le heredó a su hija. Su hijo está junto a ellas y, mierda, diecisiete años después reconozco ese rostro.

Conozco ese rostro.

—¡Mamá! —chillo.

Ella me mira con alarma desde su escritorio.

—¿Priya? ¿Estás bien?

—Ven a ver esto.

—¿Priya?

—Mamá, por favor. Ven a ver esto.

Se levanta lentamente y cruza la pieza para sentarse junto a mí en el sofá, duro como la piedra. Su mirada pasa de mí a la pantalla.

—Tu rostro me dice que esto es importante, pero no entiendo.

Abro una de las carpetas con las fotografías que tomé en la primavera, y doy clics hasta encontrar la que quiero. Disminuyo el tamaño de la ventana para colocarla junto a la foto de los Carmichael.

Mamá mira la foto por un rato y su mandíbula se va tensando. Es él, ella lo sabe también, es el hombre que mató a Chavi y casi seguramente el que me ha estado dejando regalos.

Traga saliva con dificultad y parpadea para controlar las lágrimas que comienzan a llenar sus ojos. Luego me mira.

—No tienes tu teléfono en la mano. ¿Sólo estás en shock, o lo estás dudando?

Mi mamá me conoce demasiado bien.

—Lo estoy dudando.

—¿Por qué? —Su tono es curioso, no acusador. Ella tampoco va por su teléfono para reportarlo.

Le entrego la carta de Inara y veo cómo sus ojos recorren la página.

—Creo que me caería bien Inara —señala al terminar.

—Creo que acabas de describir el infierno personal de Eddison.

—Pero esto es lo que piensa Inara; ¿tú qué piensas?

Respiro profundamente y me doy un momento para pensarlo bien de verdad. A veces noto lo muy poco convencional que es mi relación con mamá. En esos momentos admito que probablemente tiene tendencias sociopáticas y simplemente elige no usar sus poderes para causar demasiado daño.

Y de tal palo, tal astilla.

—¿Cuántas pruebas crees que haya? —le pregunto al fin—. Tras diecisiete años sin ser atrapado, claramente no es un idiota. Si le damos su nombre al FBI, ¿cuánto crees que encontrarán que no sea circunstancial? Si tuviera algún interés en confesar, lo habría hecho años atrás.

—Crees que si acaso hubiera suficiente evidencia para llevarlo a juicio, no bastaría para condenarlo.

—Si va a juicio y lo exoneran, se acabó. No pueden juzgarlo dos veces por los mismos asesinatos. No habrá justicia, empezando por Darla Jean hasta llegar a Julie McCarthy. No habrá justicia para Chavi.

—Landon —murmura con tono pensativo.

—Landon era un pedófilo; no me interesa que se haga justicia para Landon.

Sus labios se curvan en una sonrisa llena de orgullo.

—¿Qué le impide seguirnos a Francia? —pregunto.

—¿Qué quieres? ¿Tenderle una trampa para que confiese sus pecados y grabarlo? ¿Hacer que su condena sea más probable?

—No.

Le toma un momento comprenderlo del todo. Yo nunca he sido la violenta.

—Lo dices en serio —señala.

—Quiero acabar con esto —le digo en voz baja, apenas más que un susurro—. No quiero pasar el resto de mi vida mirando por encima de mi hombro o preguntándome a quién más ha matado. No quiero mudarme con esto sobre nuestras cabezas. Sólo quiero que ya se termine.

Inhala profundamente y entrelaza las manos sobre su regazo. Sus nudillos están blancos por la presión de sus dedos.

—¿Cómo lo haremos?

La laptop cae al suelo con un sonido sordo cuando envuelvo a mi madre entre mis brazos.

—Te amo.

—¿Pero?

—Pero es algo que tengo que hacer yo, no las dos.

Una de sus cejas se enarca peligrosamente.

—Eso me lo vas a tener que explicar.

—Si lo hago yo, es defensa propia. Si lo haces tú, es justicia por tu propia mano, mamá. Quizá te indulten por compasión, pero de cualquier modo perderás tu trabajo y te volverás indeseable en todas partes. Si estás ahí, el Trío de Quántico jamás creerá que fue accidental.

—¿Piensas que te creerán?

—¿Si estoy completamente sola? No, es una trampa muy obvia. —Saco de mi bolsa la postal de la capilla de Shiloh—. Pero ¿y si el agente Archer está conmigo y por casualidad me deja sola?

—Después de todo, le permitirás que te use como carnada.

—Sí.

—¿Confías en que no se los dirá a los otros?

—Claro que no, por eso no se lo voy a contar. —Sonrío a mi pesar al escucharla reír—. Su disculpa fue sincera; eso significa que se siente culpable.

—Y cuando un hombre bueno se siente culpable, quiere compensarlo, no sólo disculparse.

—Le pediré a Archer que me lleve a la capilla. Si sigues atorada con el trabajo que se retrasó por los días libres que tomaste para cuidarme, no podrás llevarme. Y el sábado es mi cumpleaños. Este bastardo ya terminó con las flores, lo que significa que sigue lo que sea que tenga planeado para mí; sólo necesita una oportunidad. Podemos dársela.

—Dios mío, te eduqué bien, ¿verdad?

—Tú estarás aquí, fuera de toda sospecha, y si me está vigilando tan de cerca como creemos, me seguirá.

—Y nuestro joven y entusiasta Archer verá la oportunidad de atrapar a un asesino serial que intenta atacar, resolverá el caso y demostrará quién es. Te dejará sola, pero no estará muy lejos.

—Lo cual me da un respaldo, por si me entra el miedo o algo sale mal.

Minimiza el riesgo.

Nos quedamos en silencio, considerando las posibilidades.

—Sabes que si algo te pasa, Brandon quedará destruido.

La miro sin poder creerlo.

—Jamás le dices Brandon. Nadie lo llama Brandon.

—Lo destruirá. Tienes que saberlo, Priya.

—Lo sé. Por eso creo que Archer es buena idea.

También destruiría a mamá, aunque ninguna de las dos lo decimos. La haría pedazos, quizá incluso la destrozaría, pero sus piezas volverían a unirse con más fuerza y más filo, hechas de hierro más puro, porque si hay algo que nunca le pasará a Deshani Sravasti es quedar derrotada. Sin importar lo que pase, jamás permitirá que el mundo la destruya para siempre.

Pero Brandon Eddison tiene algo de lo que mamá carece: una herida abierta y sangrante llamada Faith. Puede que busque a su hermana en el rostro de cualquier rubia de treinta y tantos que se cruce en su camino, pero aún piensa en ella como esa niñita de coletas y sonrisa chimuela, la ñoña adorable que nunca vio la diferencia entre princesas y superhéroes. Hasta (a menos) que la encuentren, esa herida nunca sanará.

Creo que es ahí donde yo vivo, alrededor de ese corazón terriblemente frágil. Protejo el resto de él de esa úlcera, pero también la hago sangrar al estar cerca pero no lo suficiente. Un golpe duro contra mí destrozaría lo que queda de Faith.

No le haría daño a Eddison por nada del mundo, pero no puedo vivir la vida que me muestra Inara. Necesito justicia, no la esperanza de ella, pero sobre todo, necesito que esto termine al fin.

—¿Hablarás con Archer en la mañana?

Asiento.

—Tenlo muy en cuenta, Priya querida —dice mamá con tono muy serio—: si en cualquier momento dudas, retrocede. Aún podemos entregárselo al FBI.

—Lo sé.

A la mañana siguiente, cuando bajo las escaleras tras terminar mi tarea del día, encuentro a Archer sentado en el sofá con los componentes de una de las cámaras extendidos sobre la mesa de centro.

—Buenos días, dormilona.

—Estaba haciendo tarea, no durmiendo. —Voy a la cocina para hacerme

un *smoothie* a manera de desayuno tardío.

Él me sigue.

—¿Tienes planes para hoy?

Finjo que lo pienso por un momento.

—¿Está bien si voy al ajedrez?

—Siempre y cuando no te vayas sin mí.

Vierto el *smoothie* en un par de termos, le entrego uno y brindo con él.

—Iré por mi bolsa.

Sus ojos van de un lado a otro mientras caminamos. Su auto está en la entrada, pero extraño las caminatas y al fin cede. No me vendrá mal el tiempo extra para ordenar mis pensamientos. Es interesante ver a Archer observar y catalogar todo lo que nos rodea.

—¿Cuánta libertad de movimiento implica esto de la protección? —pregunto cuando pasamos por la gasolinera—. O sea, mientras esté con usted o con Sterling, ¿puedo hacer un pequeño viaje?

Me mira de soslayo con una curiosidad que me reconforta.

—¿Tienes algo en mente?

Saco la postal de la capilla de Shiloh de mi bolsa y se la muestro.

—Me gustan mucho los ventanales. O, más bien, a mi hermana le gustaban mucho los ventanales, y a mí me gusta que a Chavi le gustaran los ventanales.

—Qué enredado.

—Eh, como sea, el sábado es mi cumpleaños, y mamá y yo teníamos planeado ir.

—¿Adónde?

—Pero ella tiene que trabajar. Ahora que la transición está tan cerca, el director de Recursos Humanos en París se está poniendo nervioso. Tengo muchas ganas de tomar unas fotos de la capilla antes de que nos vayamos. En otras circunstancias, simplemente llevaría a mamá al trabajo y yo me iría manejando sola.

—Claro, eso no va a pasar.

—Por eso dije que en otras circunstancias. Ponga atención, Archer.

Suelta una carcajada y sus hombros se relajan un poco.

—O sea que quieres que maneje una hora para que puedas tomar fotografías de ventanas.

Metó la mano en mi bolsa y saco mi arma secreta: mis fotos favoritas de

la caja bajo mi cama, rotulada con un simple «Chavi en la iglesia». La primera es la que más amo. La tomé en una de las iglesias católicas más grandes de Boston, con techos elevados que parecen desafiar la gravedad, como si todo en su interior flotara en el espacio. Chavi ya llevaba un par de horas sentada en el pasillo principal, inmersa en sus dibujos, y yo había tomado docenas de fotos de ella, del interior y las ventanas desde casi todos los ángulos.

Pero fui al balcón del coro, me asomé por el espacio en el que iría el director y capturé la silueta de mi hermana frente a la ventana encendida, con las partículas de polvo flotando a su alrededor como un halo de oro. Si la fotografía del anuario tenía la personalidad de Chavi, en esta estaba su alma, brillante y maravillosa.

—Chavi intentaba capturarlo en el papel, todo el tiempo —digo con voz baja, un poco herida por usar su recuerdo para manipular. Aguanta, Priya—. Esa sensación de color, sabe, la saturación y la forma en que se filtra la luz. A veces siento que si sigo tomando fotografías de ventanas increíbles, ella también podrá verlas.

Archer mira el resto de las fotos con una expresión maravillosamente complicada en su rostro. Lo complicado es bueno. Lo complicado significa que su mente está yendo exactamente adonde yo quería que fuera. Ya estamos llegando al pabellón de ajedrez cuando me contesta.

—Claro, podemos ir. Es tu cumpleaños.

—¿En serio?

—Pues es lo que me acabas de decir —bromea, y se ríe cuando le doy un golpecito en el brazo—. Es por tu hermana.

—Muchas gracias. —Tomo el paquete de fotografías y las guardo en el cierre exterior de mi bolsa—. Prometo que me quedaré en el ajedrez, por si prefiere esperar en el café. —Al verlo dudar, enarco una ceja—. Quienquiera que sea el bastardo, no va a atacarme en medio de un grupo de personas.

—Bien, pero le pides a alguno que te acompañe adentro para encontrarme cuando termines.

—De acuerdo.

Estará en muchos problemas cuando me deje sola en la capilla. Espero que aprenda algo, que lo haga ser un mejor agente. Quizá con eso no tendré que sentirme tan culpable.

Gunny está despierto cuando llego a la isla del ajedrez, y me sonrío desde

el otro lado de su partida contra Jorge. Le respondo con una sonrisa suave y cálida que sólo puede ser para Gunny, porque no hay nada tenso en ella.

Si algo he aprendido de los eventos de trabajo a los que mi mamá me ha llevado a veces, es a buscar las transiciones en una conversación y enfilaslas discretamente hacia donde yo quiero que vayan. Mamá es tremendamente buena en eso. Así que mientras juego con un Espanto muy nervioso y lo dejo tomarse todo el tiempo que necesite para decidir cada movimiento porque sus fantasmas lo hacen reconsiderarlo una, dos y tres veces, escucho las conversaciones tranquilas sobre citas con doctores, películas e imbéciles de mierda que no saben manejar, y entonces Pierce menciona que su hermana quiere que vaya a pasar el primero de mayo con la familia.

—Uno de sus nietos colecciona esos estúpidos fuegos artificiales, petardos, ya saben, esos que hacen mucho ruido pero no se encienden lo suficiente. Incluso cuando estoy preparado, simplemente... —Deja de hablar y mira el tablero que comparte con Corgi con gesto taciturno.

—Llévate a este —sugiere Happy, dándole un codazo a Corgi. El líquido en su vaso de unicel salpica por un costado, y creo que todos fingimos amablemente que no sabemos que tiene tanto whisky como café—. Su fea cara te causará más pesadillas que el ruido.

—Tú ni siquiera sabes lo feo que eres, maldito idiota, si intentas verte en un espejo, se romperá —responde Corgi, satisfecho.

Las amistades entre los hombres son de lo más extrañas.

—¿Alguien más tiene planes para el fin de semana? —pregunto mientras quito mi torre del peligro inmediato.

Espanto visitará a sus hijas. Sólo las ve una vez al mes, porque el acuerdo para la custodia se hizo cuando él la estaba pasando muy mal, y aún no siente la fuerza suficiente para cambiarlos. Su rostro se suaviza cuando habla de ellas y el temblor en sus manos disminuye un poco. Creo que podrían ayudarlo mucho, pero él nunca las haría cargar con el peso de verlo en sus días malos.

Resulta que Steven tiene una cita, y casi todos en la mesa comienzan a hacer comentarios al respecto. Él los acepta con una sonrisa boba.

—Es la viuda de un *marine* —explica—. Ya sabe cómo es esto.

Gunny irá a Denver para un recital de ballet de su bisnieto y Hannah conducirá, como siempre.

—Sólo espero poder mantenerme despierto —suspira—. Cada vez es más

difícil.

—Pídele a Hannah que te despierte antes de que salga el niño —le recomienda Phillip—. No importa mucho si te duermes durante lo demás, mientras lo veas a él.

Gunny asiente, se come la reina de Jorge con su peón y me mira.

—¿Y usted, señorita Priya? ¿Tiene algún plan?

—Mamá tiene que trabajar el sábado para terminar algunas cosas. —Espanto se come uno de mis alfiles. Va a acabar conmigo en un par de movimientos—. El agente Archer aceptó llevarme a Rosemont.

—¿Qué hay en Rosemont? —pregunta Jorge.

—Una capilla muy linda con ventanales increíbles. La secretaria de la iglesia de Gunny me habló sobre ella. Quiero tomar algunas fotos de los vitrales.

—Eso está a casi una hora en auto —señala Steven—. ¿Por unas ventanas?

—Era mi hermana quien adoraba los cristales —digo en voz baja. Todos los hombres se reacomodan, como aves sobre un cable de luz—. Quizá es mi forma de despedirme antes de que nos vayamos.

—Hasta donde sé, hay muchas ventanas bonitas en París. —Corgi se rasca la nariz, y le aparecen unos pequeños puntos rojos alrededor de una vena rota por la presión—. Ahí está Notre Dame, ¿no?

Contengo una sonrisa por la forma en que lo pronuncia: «Notri».

—Así es —confirmo—. Es difícil explicarlo. Supongo que es más como... bueno, Chavi vio esas ventanas. Fuimos a París un par de veces cuando éramos pequeñas y aún vivíamos en Londres.

—¿Viviste en Londres?

—Hasta los cinco años. Ahí nací. —Me encojo de hombros ante sus miradas sorprendidas—. A mamá le hicieron una excelente oferta en Boston. —Y tenía muchas, muchas ganas de poner un océano entre nosotros y las familias, pero no le puedo decir eso a un grupo de hombres que extrañan a las suyas más que nada en el mundo, pero están demasiado rotos para quedarse con ellas todos los días. No todos, pero la mayoría.

—No tienes acento.

—Nunca me han escuchado después de un maratón de la BBC. —Y adiós a mi torre—. Perdí casi todo mi acento en la primaria porque los niños se burlaban de mí, y mamá me ayudó a deshacerme de lo que quedaba. Me sale

más cuando estoy cansada.

—Mi nuera es así, pero con Minnesota —comenta Jorge entre risas—. También se avergüenza mucho de eso.

Happy lleva la conversación hacia una diatriba sobre las filas en servicio a clientes, y ya no insisto. Es un día hermoso, claro, con viento y casi cálido; me dan ganas de quedarme toda la tarde, pero Archer está esperando, y la verdad me siento más segura en casa. Puedo ver al oficial Clare al otro lado del estacionamiento, cerca del restaurante, vestido de civil. Observando. No me queda duda de que vendrá a preguntar por mí.

Hannah me acompaña al supermercado, se queda conmigo hasta que Archer levanta la mirada de su tableta y nos ve. Ella se va tras darme un beso en la mejilla.

—¿Qué quiere? —le pregunto al agente—. Yo invito.

—Café negro con triple carga, gracias.

—Así que planea no dormir en toda la semana, ¿eh? —Doy un paso atrás para voltear y unirme a la fila, y choco contra alguien. Mi bolsa cae al suelo y la postal, las fotos y mi billetera se salen.

—Ay, no ahora, bolsa.

Me inclino para recoger las cosas, pero otro par de manos se me adelanta.

Levanto la vista y me encuentro a Joshua hincado frente a mí, entregándome mis fotos y la postal. Su té y su libro están junto a su rodilla. Hay unos lentes para leer enganchados al cuello de su delgado suéter, y parece que los tejidos gruesos quedaron guardados hasta el otoño.

—Gracias. Perdón por chocar contra ti.

—No pasa nada. Me alegra que tus fotos no se hayan dañado. —Saluda con un movimiento de cabeza a Archer, un gesto vago de reconocimiento, y el agente le corresponde.

Dejo las fotografías y la postal sobre la mesa.

—Creo que será más seguro así. Ah, y ¿Archer? Para agradecerle por llevarme, el sábado le tendré lista su dosis de cafeína. Quiero estar en Rosemont antes de que salga el sol.

Sus maldiciones sorprendidas me siguen hasta la fila.

Cuando vuelvo con mi chocolate caliente y su tic nervioso en un vaso, Archer está solo en la mesa.

—¿Antes del amanecer? —pregunta con amargura.

—O lo más cerca posible. ¿Alguna vez ha visto el amanecer a través de

un vitral, agente Archer?

—No —responde con pesar—. Y por mí está bien si eso no cambia.

—Pero es mi cumpleaños.

Él suspira y le da un trago a su café.

—¿Agente Hanoverian? Señor, le trajeron un paquete.

Eddison despega la vista de sus papeles con gesto sorprendido y mira hacia la puerta de la sala de juntas. A Vic y a Ramírez también les sorprende, a juzgar por lo mucho que tarda Vic en levantarse.

Luego Vic comienza a reír.

—Ma nos envió algo para cenar.

—Dios bendiga a tu madre —gruñe Ramírez.

Eddison hace a un lado sus notas y acepta el Tupperware con estofado de res, aún caliente, y el envoltorio de papel aluminio con panecillos untados de mantequilla.

—Es un ángel —agrega.

Durante un rato se enfocan en comer. Ha pasado mucho tiempo desde el almuerzo. Cuando Vic les pasa sus rebanadas de pay de nuez, vuelven a trabajar.

—Las chicas se vuelven importantes para él —dice Vic—. Ya sea que esté preservando su percibida pureza o las castigue por sus perversiones, es algo personal.

—Y entonces ¿qué había en Darla Jean? —Ramírez comienza a doblar su aluminio para convertirlo en un abanico—. No sólo fue su primera víctima, dio forma a su motivación.

—Todos los entrevistados dijeron que era una buena chica. Su novio dijo que acababan de besarse por primera vez poco antes de que la mataran. Todos en el pueblo la conocían, todos la adoraban.

—Pero fue violada —recuerda ella—. Su patología implica que vio en ella algo que consideró pecaminoso. Puede que incluso haya sido ese beso.

Vic toma el archivo de Darla Jean y revisa las declaraciones al vuelo.

—El novio no notó a nadie hasta que el pastor salió de su oficina. Cuando el chico se fue a casa, el pastor no vio a nadie más que a Darla Jean y luego se fue al pueblo. Hasta donde sabe, Darla Jean estaba sola.

—No intentó correr —señala Eddison—. No intentó defenderse hasta que

fue demasiado tarde. No sólo era alguien a quien ella conocía, era alguien en quien confiaba.

—Aun teniendo en cuenta la violación, nuestra primera suposición normalmente sería alguien de la familia —dice Ramírez—. Padre, hermano, primo, alguien que vio el beso y decidió que sus actos pecaminosos la hacían indigna de su familia.

—El padre murió dos años antes que Darla Jean por un ataque cardiaco y sus primos varones eran demasiado jóvenes o estaban fuera del pueblo. Pero sí tenía un hermano mayor. —Vic pasa algunas páginas en la carpeta—. Jameson Carmichael; en ese entonces tenía veintiún años. Se graduó a los veinte en la Universidad de Texas con un título en Diseño Web. Consiguió un trabajo en un pequeño despacho de marketing en la ciudad, adonde viajaba desde la casa de su familia en Holyrood.

—¿Está en nuestra lista?

Eddison niega con la cabeza, pero de cualquier modo vuelve a revisar. Teclea el nombre en su tableta y comienza a revisar los resultados de la búsqueda.

—Al parecer no ha estado en ninguna lista recientemente. Renunció a su trabajo y se fue del área de Holyrood/San Antonio unos meses después de la muerte de su hermana. Lo mencionan en algunos homenajes y artículos, pero no hay nada más.

—Eso suena mal.

Eddison toma su teléfono, teclea un número y manda la llamada al altavoz al centro de la mesa.

—¿Qué necesitan? —pregunta Yvonne sin hacer más conversación.

—Tu sabiduría y consejo —responde él—. Cuando menos, tus locas habilidades de cómputo. ¿Hay alguna posibilidad de que pudieras venir esta noche?

—Estoy sola con el bebé, pero me traje una laptop segura a casa, así que tengo acceso a todos mis sistemas. ¿Quién me quiere?

—Nosotros —dice Ramírez entre risas—. Estamos buscando a Jameson Carmichael; es el hermano de Darla Jean.

—Y ¿podrías pasarnos la lista más reciente de las llamadas a los floristas? —pide Eddison.

—¿Tienen idea de cuántos analistas los odian en este momento? —Ya pueden escuchar el rápido golpeteo de teclas al fondo, además de los alegres

balbuceos del bebé.

—Sé que es aburrido, pero ¿llamar a unos floristas es realmente lo peor que les podemos pedir?

—Sé más o menos cuántas florerías hay en el estado de Colorado. ¿Crees que ese es un dato que yo quería conocer?

—Estoy seguro de que hay muchos esposos en Colorado que agradecerían bastante esa lista.

—Qué adorable, pero para eso está Google. Por otro lado, ese tal Carmichael, ¿hay alguna posibilidad de que sea un cadáver sin identificar por ahí? Porque simplemente desapareció cuando se fue de casa. Cerró su cuenta bancaria, pero no parece que haya abierto otra. Su licencia de conducir de Texas expiró y nunca hizo la renovación, pero tampoco sacó una nueva en otra parte. No hay recibos, pasajes, contratos ni títulos, no hay pasaporte ni registros en hospitales a su nombre. Tampoco se está pudriendo en la cárcel, a menos que sea como un sujeto sin identificar o bajo una identidad distinta muy convincente. Lo más probable es que su muchacho esté muerto, sufra de amnesia o que se haya conseguido un nuevo nombre para construir otra vida.

—¿Y el auto registrado a su nombre? Podrías rastrear el número de serie si transfirió el título o lo registró en otra parte, ¿no? —pregunta Vic.

—Sí puedo, señor, pero no lo hizo. El auto se declaró como pérdida total unas semanas después de la muerte de la hermana. La policía y la aseguradora reportaron que chocó con un par de venados.

—¿Pérdida total por unos venados?

—Pasa todo el tiempo —asegura Yvonne—. Bambi y su novia pueden destruir por completo la parte delantera. Carmichael depositó el pago del seguro unas dos semanas antes de cerrar la cuenta.

Eddison niega con la cabeza.

—Puedes averiguar eso en unos segundos, pero te toma media vida indagar si alguien ha vendido dalias recientemente.

—Esta vez me dieron un nombre, corazón, no cientos de negocios y dueños que no siempre contestan el teléfono o devuelven la llamada.

—Me lo merecía —acepta Eddison apenado.

—Sí, sí te lo merecías.

—Perdón, Yvonne.

—Oye, sé que este caso es importante —dice ella amablemente—. Si pudiera maldecir y patear al mundo para que avanzara diez veces más rápido,

lo haría.

—Lo sé.

—Las huellas de Carmichael deben estar archivadas por esa investigación; ¿puedes buscarlas y ver si aparecen en alguna parte?

Ramírez voltea a ver a Vic; sus rizos caen del chongo sostenido con la pluma.

—No tenemos huellas del asesino en ninguna de las escenas de crimen.

—No, pero quizá aparezcan bajo un nombre distinto. Los nombres pueden cambiar, pero las huellas no tanto.

—Nada, señor.

—Valía la pena intentarlo. —suspira Vic—. Gracias, Yvonne, y por favor envíanos la lista actualizada.

—Así lo haré, agentes. Por favor, intenten dormir un poco. —La mujer cuelga y Eddison apaga el altavoz.

—Tiene razón. Váyanse a casa, ustedes dos.

—Vic...

—Todos estamos agotados —les recuerda el agente de mayor rango, poniéndose en pie—. Vayan a casa. Duerman. Vayan a verme mañana por la mañana. A ma le encantará tener la oportunidad de alimentarlos, y podemos hablar con Finney.

Eddison titubea y mira el montón de papeles y carpetas sobre la mesa. Puede escuchar que Vic y Ramírez susurran, y luego la puerta se cierra. Una enorme mano se posa sobre su hombro.

—Vic...

—Brandon.

Eddison levanta la mirada. Vic solamente lo llama por su nombre cuando quiere asegurarse de que le pondrá atención.

—Mañana es cumpleaños de Priya —dice Vic en voz baja—. Sabes que es un día difícil para ella. Necesitará que le des lo mejor de ti.

—¿Y si lo mejor de mí no basta?

En vez de responder, Vic aprieta su hombro y se va.

MAYO

Mamá sale hacia su oficina en Denver poco antes de las cinco, demasiado ansiosa para quedarse quieta. Antes de irse, me abraza con tanta fuerza que probablemente me saldrán algunos moretes.

—No dudes —me dice—, sé inteligente, cuídate. —La verdad sea dicha, no es la peor bendición que le puedes dar a tu hija antes de que se vaya a asesinar a alguien.

Me quedo tirada en la cama, no del todo despierta pero definitivamente tampoco dormida. Anoche no llegó el sueño; mi cerebro no quiso apagarse lo suficiente para dejarme descansar.

Imágenes de Chavi persiguiéndome por el laberinto de sábanas, bailando en círculos conmigo, riéndose, desangrándose sobre el suelo de piedra gris.

Imágenes de papá, deshecho, perdido y avergonzado en el hospital, colgado del pasamanos cuando vuelvo de la escuela.

Y también de todas esas otras chicas cuyos nombres ahora me suenan casi tan familiares como el mío.

Darla Jean, Zoraida, Leigh, Sasha.

Mandy, Libba, Emily, Carrie.

Laini, Kiersten, Rachel, Chavi.

Natalie, Meaghan, Aimée, Julie.

Aunque viviera ciento diez años, creo que me olvidaría de mi propio nombre antes que de los suyos.

Si cierro los ojos, casi puedo sentir el peso de Chavi junto a mí, todas esas noches escribiendo en nuestros cuadernos lado a lado hasta que el sueño nos vencía y nos acurrucábamos contra la otra. Las mañanas perezosas bajo las cobijas hasta que mamá se lanzaba sobre nosotras. Literalmente se lanzaba, y comenzaba a hacernos cosquillas y reíamos hasta quedarnos sin aliento.

Recuerdo cómo se sentía cuando la mano de mi hermana me acariciaba el cabello, retirándolo de mi cara o separándolo en secciones para ayudar a mamá a teñir las mechas. Recuerdo su aliento cálido contra mi oreja, la forma en que sus dedos dibujaban diseños en mi cadera antes de que se despertara, la forma en que nunca se comió por accidente mi cabello pero siempre andaba escupiendo el suyo.

Al fin me levanto, me baño y seco mi cabello retocado con mucho más cuidado de lo normal. Una enorme rosa blanca, la más grande que encontré en la pequeña sección de flores de la tienda, se posa sobre mi oreja. Usar la corona completa de mi cumpleaños me pareció demasiado obvio. No suelo verme en el espejo de cuerpo completo mientras me arreglo, prefiero usar mi espejo de mano para ver sólo las partes en las que trabajo, pero esta mañana me maquillo con cada parte de mí a la vista. Soy Chavi pero más suave, no tan brillante o intensa; la estructura ósea y los rasgos de mi hermana pero tras un cristal de distinto color. Me pongo el vestido blanco con velos, el suéter azul rey y los leggings que usé anoche. Un extraño cambio en el clima que comenzó el día anterior anuncia que podría nevar en cualquier momento, el primero de mayo. Pero aun así, con el abrigo debería bastarme.

Escucho a Sterling y a Archer hablar escaleras abajo, pues es momento de hacer el cambio de guardia. Cuando bajo, con el maletín de mi cámara sobre un hombro, Sterling ya no está. Archer me mira con ojos intranquilos. ¿Lo está reconsiderando? Pero me ofrece una sonrisa nerviosa y abre la puerta, así que supongo que todo está bien. No creo que Sterling se hubiera ido si supiera cuáles son nuestros planes para hoy.

Aún puedo dar marcha atrás. Sólo tendría que contarle a él o a cualquiera de los otros sobre el hermano de Darla Jean, dejar que lo encuentren y lo arresten.

Pero pienso en pasar quién sabe cuánto tiempo a la espera de que una corte me diga que se me hizo justicia, cuando la justicia no puede regresarle la vida a nadie. Mamá dijo no dudes.

No dudo.

Nos detenemos en Starbucks a comprar las bebidas para el camino, y allá vamos.

Es un viaje largo y tranquilo hacia Rosemont; ambos damos sorbos a nuestras bebidas hasta que se terminan. En el radio suena una música suave que es difícil de escuchar bajo los sonidos de la calefacción. A medio camino

comienza a nevar, enormes y húmedos copos que se estrellan contra el parabrisas y se derriten en cuanto entran en contacto con el tibio cristal. De vez en vez, el GPS de Archer nos avisa de alguna vuelta.

Mis manos no dejan de temblar. Las meto en mis guantes aunque han comenzado a sudar. Me parece que en este momento estaría bien ser una persona religiosa. Sería agradable tener algo o a alguien a quien rezar, con relativa certeza de ser escuchada. Pero claro, si fuera una persona realmente religiosa, probablemente no estaría haciendo esto. Ya saben.

La nieve arrecia conforme avanzamos. Cuando cruzamos el pequeño pueblo de Rosemont, un grupo de hombres y mujeres con abrigos naranjas están en la calle con palas y cubetas de sal. Un trío de barredoras espera junto a la estación de bomberos, listas para asegurarse de que la gente pueda salir de sus casas. Este pueblo no tiene muchos habitantes; de acuerdo con los artículos que leí sobre la capilla, Rosemont existe casi exclusivamente para que los residentes del área tengan dónde hacer sus compras, recibir el correo y educar a sus hijos.

Archer recibe con el ceño fruncido la franca curiosidad con que nos reciben en la calle principal.

—¿Es tan increíble ver a un extraño?

—Es un pueblo pequeño.

La capilla de Shiloh está a unos kilómetros a las afueras del pueblo. Tan pequeño como es Rosemont, se las arregló para tener cuatro iglesias formales, pero la capilla es parte de los vestigios de un enorme territorio que solía pertenecer a una acaudalada familia minera. Aún es un sitio popular para las bodas, sin importar cuál creencia profesen. Archer estaciona el coche a cierta distancia, y por un momento estoy tan fascinada por la vista que casi me olvido de por qué estoy aquí.

Es como estar dentro de una esfera de nieve. El techo escarpado está cubierto de blanco, es más que una fina capa pero no tan gruesa para esconder el rojo de las losas de terracota. Las paredes también son blancas, de yeso, estuco o lo que sea que deje esa textura grumosa, como de pintura al óleo. Los pequeños rosetones a cada lado de la puerta granate tienen tonos azules, lo cual me parece ligeramente perfecto.

No habrá suficiente sol para ver las otras ventanas en todo su esplendor, pero también hay algo de magia en eso.

Tras revisar mi cámara, me echo la funda al hombro y salgo del auto, con

la cámara anidada entre las manos. Cierro la puerta con un empujón de cadera. Me recargo contra el frente del auto, desde donde el calor alcanza a colarse por mi abrigo pese a la humedad de la nieve derretida, y simplemente observo el paisaje por un momento.

Encuadrar la imagen viene después; no puedes ver el contexto a través de un lente.

Archer sigue en el auto cuando levanto la cámara y comienzo a tomar fotografías; la pequeña capilla casi se pierde entre la nieve salvo por los toques de color. Recorro la estructura rodeándola y buscando ángulos interesantes. Los lados este y oeste tienen, al igual que en la capilla metodista de Huntington, apenas la pared suficiente para sostener las ventanas y el techo. Aun sin rayos de sol, sin forma de atrapar el color contra la nieve fresca, el cristal es glorioso. El lado oeste muestra a Jesús caminando sobre las aguas bajo una tormenta y a sus discípulos agazapados en un tosco bote en la esquina.

Josephine era episcopaliana; la acompañamos a su iglesia un par de veces por curiosidad, y después Chavi usaba las historias de la Biblia para dibujarlas en ventanas como estas. Hace años que no pensaba en esas historias.

El lado norte es una pared sólida salvo por un trío de rosetones en cálidos tonos de amarillo, ámbar y café. Es un diseño bastante sutil si crees en la Trinidad: cada rosa tiene un color predominante aunque los contiene a todos, mezclándose al centro con los otros. Quizá es sutil aunque no creas en eso.

Doy otra vuelta y esta vez me acerco para las tomas en primer plano. Una serie de óvalos verdes me deja saber por dónde ya pasé, aunque la nieve fresca cubre el pasto en poco tiempo.

La pared este es su propio amanecer, y desearía poder verla en toda su calidez, con los colores encendidos por la luz. Jamás consideraría poner algunos de ellos en un amanecer, brillantes azules y suaves verdes que se abren paso entre el índigo y el lavanda, pero funciona de una forma que probablemente Chavi hubiera podido entender y quizá hasta explicar.

Cuando vuelvo al frente, Archer sigue en el auto.

—¿Ya viene? —le pregunto desde el otro lado de su ventana cerrada.

—Hace demasiado frío para mí —dice, negando con la cabeza—. Pero tómate tu tiempo.

Claro.

No hay sillas en la capilla y tampoco reclinatorios, sólo espacio vacío, sin siquiera el sonido de la electricidad. Tomo mis fotografías, más hipnotizada de lo que hubiera esperado por la sencillez de los rosetones al norte, con sus colores cálidos y relajantes como la luz de una vela. Puede sentirse la quietud en el aire, como el instante antes de respirar. No sólo está todo en silencio, está amortiguado.

Es la soledad, supongo, por naturaleza y no por elección.

Guardo mi cámara, dejo la funda en una esquina y me quito los guantes, la bufanda y el abrigo. No hace mucho calor, pero sé cómo me veo con este vestido, porque sé cómo se veía Chavi con él. Siempre fue uno de sus favoritos, y aunque era algunos centímetros más alta de lo que yo soy ahora y con algunos centímetros menos de busto, me queda bien, me hace ver dulce e inocente, y los vuelos blancos son sólo ligeramente coquetos. No hay forma de que me vea como la niña flaca de doce años que fui, pero puedo verme como un reflejo pálido de

Chavi.

Puedo sentir el peso de la rosa sobre mi oreja, luchando contra los pasadores que la mantienen en su lugar. Parece más pesada de lo que debería ser, y no sé si sólo soy yo, si es mi cuerpo que insiste en sentir el peso que le ha cargado mi mente.

Con mi teléfono en la mano, dejo el abrigo en medio del suelo y me siento encima. Pese a la gruesa lana y a mis leggings forrados de franela, puedo sentir el frío. Chavi solía sentarse así, cautivada por lo que estuviera intentando dibujar.

Escucho el rugir de un auto que se enciende y se aleja. Claro que nadie vendrá si Archer está allá afuera. Así que él se esconderá un poco atrás, observa. Espera. Busco un contacto en mi teléfono, presiono «Llamar» y «Altavoz», y escucho cómo el tono de marcar llena la pequeña capilla.

—Despertaste temprano para ser sábado, cumpleañera.

Algo terrible que me aprieta el pecho se suelta un poco al escuchar la voz de Eddison. Puedo escuchar el caos al fondo, que parece ser Vic siendo duramente regañado por su ma.

—Está nevando —le digo, y él se ríe.

—Maldito Colorado. Pero por lo general esperas a que yo te llame en tu cumpleaños. ¿Estás bien?

Porque así como es mi amigo, también es un agente, o quizá más un

agente a veces, y siempre buscará patrones y las formas en que los rompemos. Es reconfortante, un poco. Confiable.

—Tengo la edad de Chavi.

—Mierda, Priya.

—El próximo año cumpliré dieciocho, y lógicamente, sabía que eso pasaría, pero creo que no estoy preparada para ser más grande que mi hermana mayor.

No estoy preparada para muchas cosas, pero las voy enfrentando como vengan.

—¿Tu madre ya te regañó por estar de llorona en tu cumpleaños?

Eso me hace reír aunque no quiera.

—Está atrapada en el trabajo hasta la tarde. Además, siempre me concede media hora para lloriquear. Es una regla.

Porque papá se mató en mi cumpleaños, y por mucho que mamá se niegue a guardarle luto, nunca me ha culpado por querer hacerlo a veces. Ella se guarda muchas cosas, pero jamás me ha pedido que yo viva de esa manera.

—¿Te he contado que mi mamá fue chaperona en lo que hubiera sido la graduación de preparatoria de Faith? —pregunta. Es algo así como una ofrenda, algo privado y doloroso, porque él casi nunca habla sobre su hermana.

—Debió ser duro.

—Pasó semanas deshecha. Pero después de eso mejoró un poco. La ayudó a aceptar que aunque recuperáramos a Faith, nunca nos devolverían esos años y esos eventos.

—¿Me estás diciendo que debería hacer una fiesta loca cuando cumpla dieciocho, y beber hasta la inconsciencia para recuperarme?

—No te atrevas. —Suelta un gruñido suave, y luego escucho la voz de Mercedes muy cerca del teléfono.

—¡Feliz cumpleaños, Priya! —dice alegremente.

—Gracias, Mercedes.

—¿Dónde estás? —pregunta—. Hay mucho eco.

—En la capilla Shiloh. Está en Rosemont, lo cual apesta, pero tiene unos ventanales increíbles.

—Si tu madre está trabajando, ¿significa que estás ahí sola? —exige saber Eddison con dureza.

—No, Archer me trajo.

—¿Puedes ponerlo al teléfono? —De pronto su voz se hace muy educada, lo cual anuncia que no le irá bien a Archer.

—Está afuera. Dijo que hacía demasiado frío.

—Ramírez...

—Estoy en eso —dice ella—. Te llamo luego, Priya.

—De acuerdo.

—¿En qué diablos está pensando ese tipo? —suelta Eddison.

—¿En que se lo pedí de favor como regalo de cumpleaños?

—Es una iglesia, Priya. No cualquier lugar.

—Pensé que sería seguro mientras no estuviera sola.

—Si él está afuera, estás sola, y eso es inaceptable. Ramírez lo está llamando.

—¿Con quién hablas, Priya?

Y definitivamente esa no es la voz de Archer.

Miro hacia la puerta. Aunque sé lo que voy a encontrar, parece que el corazón se me va a salir del pecho. El miedo se instala de golpe en mi estómago, y me pesa.

—¿Joshua? ¿Qué haces aquí?

—¡Priya! —Eddison suena enojado, o en pánico. O ambos—. ¿Quién está ahí?

—Joshua —digo como si nada—. Del café. El que le echó encima una bebida a Landon aquella vez.

—No debió andar molestándote —comenta Joshua, su voz tan cálida y amigable como siempre. De nuevo trae un suéter tejido, de un verde gris que combina muy bien con sus ojos, esos ojos tristes que casi recordaba de Boston. A sus pies...

Por favor, que este no sea el error más grande de mi vida.

A sus pies está una enorme canasta de mimbre, casi desbordada de rosas blancas.

—¿Tú mataste a Landon?

—No debió andar molestándote —repite suavemente.

—¿Dónde está el agente Archer? ¿Qué le hiciste?

Él se ríe, y el miedo comienza a correr por mi espalda.

—No tuve que hacer nada. Me crucé con él en el pueblo, después de que te dejó aquí.

¿En el pueblo? Sabía que se alejaría de la capilla, que la idea de usarme

como carnada sería demasiado tentadora, pero creí que volvería por un camino alternativo, o por el bosque. ¿Por qué diablos se iría hasta el pueblo?

Gran parte de mi plan dependía de que Archer estuviera más o menos cerca para rescatarme.

Estoy superjodida.

—¿Por qué traes esas rosas? —le pregunto, y mi voz tiembla por algo más que el frío. Al otro lado del teléfono puedo escuchar las maldiciones ahogadas de Eddison, como si tuviera una mano sobre el micrófono. Lo único que escucho claramente es que llama con un grito a Vic.

—Ay, Priya. —Joshua se arrodilla, aún a varios metros de distancia de mí, y sonrío—. Obviamente son regalos. Mi padre me enseñó que siempre hay que llevarle flores a una chica. Es una cortesía. Eres diferente a las otras; tú te mereces más.

Lenta y cuidadosamente para que no entre en pánico y se lance contra mí, me levanto; sostengo mi teléfono con una mano.

—¿Qué haces aquí, Joshua?

—Estoy aquí para protegerte. —Suenas tan sincero. ¿Qué tan loco tiene que estar para creer eso?—. Eres una chica tan buena, Priya. Lo supe desde Boston. Y Chavi era una maravillosa hermana. Era tan buena y te amaba tanto.

—Entonces ¿por qué la mataste? —Siento las lágrimas quemándome los ojos, y un nudo en la garganta—. ¿Por qué me la quitaste?

—No sabes lo que este mundo les hace a las chicas buenas. —Se levanta y mis dedos se aferran más al teléfono. Pero un celular no es un arma. Estira una mano, sus dedos acarician el espacio de centímetros que los separa de mi *bindi* y la pieza en mi nariz—. Chavi también era buena, pero no lo sería por siempre. Se iría a la universidad, el mundo la habría corrompido y ella lo haría contigo. Tenía que protegerlas a ambas. Y así lo hice. No dejaste de ser buena. Me preocupó que tras la muerte de Chavi pudieras rebelarte, pero no fue así. Aimée era exactamente lo que necesitabas.

—Necesitaba una amiga —grito—, ¡y tú la mataste!

—Se quedó tan triste cuando te mudaste. No quería que estuviera triste.

Sus dedos me rozan la mejilla y yo me retraigo.

—¡No me toques!

—Prometo que no te dolerá —dice para tranquilizarme—. Ni siquiera lo sentirás. Y luego...

Me alejo dando algunos pasos hacia atrás, hasta chocar con la pared. Por Dios, es un lugar muy pequeño, mucho más pequeño de lo que me pareció antes de que entrara el asesino serial. Y este asesino serial es mucho más alto y fuerte que yo.

Mierda.

Sin perder la sonrisa, Joshua me arranca el teléfono de entre mis dedos tensos. Un cuchillo de caza brilla en su otra mano.

—Y luego, Priya, serás buena para siempre. Y yo siempre podré protegerte. —Cuelga la llamada y lanza el teléfono contra la pared más lejana.

—Por favor, no lo hagas —susurro.

Pero eso sólo consigue que su sonrisa crezca.

—Debo hacerlo; es por tu bien. Ahora tendrás que quedarte quieta, o te dolerá. —Se acomoda el cuchillo en la mano, que sigue abajo junto a su costado.

Tras inhalar lo más que puedo, me lanzo contra él, con una mano hacia su muñeca y la otra aferrándose a su cabello mientras entierro la rodilla en su entrepierna. Cuando intenta soltarse, lo pateo, lo golpeo y lo arañó, intentando mantener ese cuchillo lejos de mi garganta.

Y grito con más fuerza que cuando lo hice por Chavi.

Grito y rezo por que Archer esté cerca.

Grito. Y quizá nunca dejaré de gritar.

El corazón de Eddison se detiene cuando la llamada se corta. Pese a su entrenamiento, pese a la adrenalina que corre por sus venas, lo único que puede hacer es mirar fijamente el teléfono.

—Archer ya casi llega a la capilla —reporta Ramírez con su celular del trabajo atrapado entre hombro y oreja, mientras su pulgar va de un lado a otro de la pantalla de su teléfono personal—. Fue por refuerzos al pueblo; el maldito imbécil la estaba usando como carnada. —Ignora los gritos de protesta al otro lado de la línea—. Ya hablé con Sterling; Finney está llamando a la oficina del sheriff. Rosemont no tiene policía, así que enviarán un par de patrullas desde la sede del condado. Archer tiene a un par de veteranos del ejército, que consiguió en Rosemont. ¡Deja de hablar y conduce, estúpido! —agrega dirigiéndose al teléfono.

Vic tiene también ambos celulares afuera; en uno está consiguiendo un vuelo a Colorado y con el otro le envía mensajes a Yvonne. Estaban revisando los resultados de los floristas cuando Priya llamó; Marlene regañaba a Vic por trabajar mientras desayunaban.

—Sí, aquí sigo. Necesito tres pasajes para Denver y debemos llegar lo más pronto posible.

A punto del colapso, Eddison toma su teléfono y saca el de la agencia, que lleva prendido a su cinturón. Siempre pensó que era una idiotez tener seis teléfonos para tres agentes, pero ahora lo agradece. Llama de nuevo a Priya, pero va directo al buzón. Con el otro teléfono, le envía un mensaje a Finney.

Ramírez se aleja el teléfono de la oreja y lo mira con furia.

—Llegaron a la capilla, escuché a Priya gritar, ¡y el imbécil me colgó!

—¿Prefieres que tenga en la mano una pistola o el teléfono? —masculla Eddison.

—Debió continuar la llamada con el teléfono en su bolsillo, para que pudiéramos escuchar. Imbécil.

Eddison no sabe si eso último fue para él o para Archer, pero no va a preguntar.

—Tenemos que irnos al aeropuerto —les dice Vic—. ¿Sus mochilas de viaje están en la oficina?

—Tenemos otras en nuestros autos —responde Ramírez.

—Entonces vámonos.

Marlene los observa irse, incapaz de hablar por la preocupación.

Gracias a la magia de la experiencia, Vic consigue un vuelo en menos de una hora. Reciben un informe de Finney justo antes de abordar: Priya y Joshua (Jameson) van camino al hospital más cercano, para de ahí ser trasladados por aire a Denver antes de que el clima lo haga imposible, y Finney se reunirá con ellos en el hospital.

Sterling le envía una acotación a Ramírez: la nevada se está convirtiendo en tormenta. Es posible que tengan que dirigirse a otro hospital.

Eddison espera que la tormenta se mantenga bastante al oeste de Denver. Por favor, por el amor de un Dios con el que ha tenido problemas desde que Faith desapareció, que no joda los vuelos.

Ya van en el avión y los teléfonos están apagados; Eddison se siente muy seguro de que el tiempo nunca ha transcurrido tan lento. Desearía, no por primera y probablemente no por última vez, que el FBI tuviera al menos la

mitad del presupuesto que las películas y los programas de televisión hacen parecer que tiene. Si así fuera, estarían en un jet privado y sin perder la conexión con la gente en tierra, en lugar de estar atrapados en la clase turista de esa reliquia voladora que no tiene wifi.

Tampoco existirían los incesantes gritos del niño que pateaba por detrás su asiento durante cuatro horas seguidas.

La espera para bajar parece interminable, y Eddison da un brinco cuando siente una mano sobre su pierna que no deja de tamborilear. Es Vic. Eddison se ruboriza al ver la comprensión en la expresión de su compañero. Pero en vez de sermonearlo o hacerle un comentario mordaz, ambas cosas probablemente merecidas por su impaciencia, Vic simplemente saca una fotografía de su maletín y se la entrega a Eddison.

—Esta es la razón por la que te sentirás más tranquilo en cuanto puedas hacer algo más.

Es... es una foto que Eddison no sabía que existía. Está tomada desde atrás, a cierta distancia, mientras él y Priya miran la estatua en el Monumento a Lincoln. Están lado a lado, y el brazo de él rodea los hombros de ella. O algo así; más bien está como doblado sobre su hombro, pero luego su brazo se dobla para poner la mano sobre la cabeza de ella. Sus cabezas se recargan una con la otra, y él apoya la mejilla en su propia mano. Ella tiene un brazo apoyado en la cadera de él, sus dedos metidos en la trabilla del pantalón de Eddison junto a su arma.

Él respira profundamente y deja de mover la pierna.

Vic tiene razón. Suele calmarse cuando hay personas en juego.

En cuanto haya algo que pueda hacer, lo hará.

Pero, carajo, ¿no podrían ya detener el avión?

Cuando al fin los dejan desembarcar, Eddison recoge su maleta y baja del avión antes que el resto de los pasajeros terminen de levantarse. Ramírez y Vic van detrás de él. Cerca de la banda de equipaje, hay una joven con un papel en el que se lee «QUÁNTICO» con unas letras negras mal trazadas. Se yergue cuando siente la mirada de los agentes sobre ella.

—¿Supervisor Hanoverian? —pregunta.

Vic asiente.

—Soy la agente Sterling —les informa—. Priya está viva y estará bien. Tiene algunas heridas, no sé qué tan graves, pero la llevaron a un hospital aquí en Denver y yo los llevaré con ella. Su atacante fue llevado vía aérea al

mismo hospital; en este momento está en cirugía. Los doctores nos dieron una muestra de la sangre que tomaron para sus análisis, y ya está en el laboratorio como prioridad. Las huellas digitales confirmaron que es Jameson Carmichael. El agente Finnegan está en el hospital con Priya.

Vic asiente de nuevo, esta vez más lentamente, de manera aprobatoria.

—Entonces vamos al hospital. Nos reportaremos con las Sravasti y Finney.

—Sí, señor. —Sterling camina con pasos rápidos, quizá consciente de su función o por la ansiedad que despiden los agentes. Un auto con el logotipo del FBI ya los espera afuera, descaradamente estacionado en un carril de no estacionar. Un guardia de seguridad del aeropuerto les lanza una mirada molesta.

Eddison le devuelve el gesto, y el suyo es más imponente.

Vic niega con la cabeza y masculla algo sobre orinarse en las señales de estacionamiento.

Es increíble el alivio de saber que Priya está viva.

La agente Sterling no usa las sirenas, pero tampoco respeta demasiado las leyes de tránsito. A Eddison eso le parece perfecto. Al llegar a la entrada de emergencias del hospital, la agente se detiene y espera a que salgan del auto a toda prisa.

—Los policías de Huntington están en el departamento de Carmichael. Yo estaré aquí en el estacionamiento, llámenme cuando estén listos para irnos.

—Gracias —dice Vic distraídamente. Su atención ya está puesta en la ambulancia que viene llegando con la sirena abierta, y los tres agentes de Quántico se pasan rápidamente a la acera para que Sterling pueda mover su auto.

—Casi choca con una carroza fúnebre —comenta Ramírez, estremeciéndose.

—Estaba vacía —aclara Eddison con los ojos en blanco.

—¿Cómo puedes saber eso?

—No había otros autos escoltándola.

Vic los ignora. Siempre lo hace cuando, en sus propias palabras, se portan más como sus hijos que como sus compañeros. Una recepcionista con expresión agobiada los dirige al segundo piso. Por suerte, no tienen que preguntar el número de habitación. En la más cercana a la estación de enfermeras ven a dos hombres recargados a cada lado de la puerta, uno con el

tieso uniforme negro del departamento de policía de Denver y el otro con un traje arrugado y una corbata mal puesta.

El del traje se incorpora al verlos.

—Hola, Quántico.

—Finney. —Vic se acerca y se saludan sujetándose los antebrazos.

A Eddison y a Ramírez los saluda con un movimiento de cabeza.

—Salió bastante golpeada. Tiene algunos moretones y los médicos están preocupados por sus costillas y su muñeca izquierda. Tenía un tajo en la garganta que requirió unos cuantos puntos, pero no muy profundo. Ella lo dijo, pero una enfermera confirmó que no fue violada.

Vic exhala lentamente.

—Eso es sólo físico. ¿Cómo está realmente?

—Es difícil saberlo. —Finney frunce el ceño e intenta acomodarse la corbata, pero sólo consigue que la parte de atrás quede más larga que la delantera—. Fuera de los temblores, está bastante tranquila, aunque su mirada es inquieta. Mejoró un poco cuando llegó su madre.

—¿Deshani está con ella en este momento?

El oficial estornuda, pero Eddison está bastante seguro de que fue una risa.

—Sí, señor, ahí está. Hizo llorar a dos internos y a un residente, y exigió que alguien llamara a una enfermera para que su hija pudiera ser atendida por alguien que supiera lo que hacía. No sabía que los doctores fueran tan nerviosos como los gatos.

—Deshani tiene ese efecto —dicen Ramírez y Eddison al unísono, y ambos sonríen ante la sorpresa del oficial.

—¿Está bien si entramos? —pregunta Eddison. Pasa su peso de un pie al otro, controlando el impulso de meterse las manos a los bolsillos. Nunca ha entendido cómo Vic puede quedarse tan quieto cuando está ansioso.

—Claro, adelante. Más tarde decidiremos qué hacer. Vayan a verla para que se tranquilicen.

No menciona que están demasiado involucrados con ella, que no están guardando la distancia que deberían. Pero eso ya lo sabía, y quizá por su lealtad a Vic o simplemente porque entiende lo complicadas que son algunas cosas, no ha dicho nada al respecto.

Eddison llama a la puerta.

—Traigo oreos —anuncia.

—¿Entonces qué esperas para pasar? —responde Priya—. ¡Me muero de hambre!

Vic y Ramírez comienzan a reírse. Eddison apoya la frente contra la puerta y respira profundamente. Aún le tiembla la mano. Puede sentir la de Vic sobre su hombro y quiere soltar un gruñido. Sabe que podría hacerlo y su compañero entendería la reacción, la necesidad de desahogarse, y justamente eso, más que cualquier otra cosa, es lo que le impide hacerlo. Cuando controla su rabia y su alivio, abre la puerta y entra por delante de los otros agentes.

Deshani Sravasti está al pie de la cama con su ropa de oficina. Su traje sastre gris oscuro es elegante pero con un corte serio, ligeramente suavizado por la blusa de seda rosa pardo y el fular alrededor de su cuello, delgado y de un rosa más vivo con un diseño brillante. Sus tacones están en el suelo junto a su bolsa frente a la pared más distante, y se ve casi ridícula con sus medias cubiertas al final por los calcetines azules con suelas antiderrapantes cortesía del hospital, pero Eddison no es tan valiente para decirle eso. Sin dudar lo trata a Deshani con el mismo respeto que al arma que lleva en la cintura, y ni siquiera está seguro de cuál es más peligrosa.

Priya está sentada en la cama con las piernas cruzadas, con una almohada sobre su regazo y la garganta vendada. El corazón de Eddison se detiene por un instante al ver la cantidad de sangre en la ropa que está en una bolsa a su lado. Ver su bata de hospital desteñida no es algo que Eddison vaya a superar pronto. Priya le ofrece una sonrisa débil casi cubierta por el puño que mantiene frente a su boca, con su pulgar marcando un ritmo desesperado contra el cristal azul de la pieza en su nariz. Hay manchas de maquillaje en sus mejillas y alrededor de sus ojos, creadas por las lágrimas, el sudor y, seguramente, la sangre y una limpieza rápida.

Se ve como su hermana. Y es otro impacto a su estómago notar lo similares que habrían sido las fotos de sus escenas de crimen, si ella no hubiera tenido suerte.

—Azules —dice, y su sonrisa desaparece. Su mano cae sobre la almohada; tiene las palmas y los dedos envueltos en gasa y cinta, y así eran las de Inara cuando Eddison la conoció, y... basta.

—¿Qué? —pregunta Eddison tras respirar profundamente.

—Las mechas, la joyería. Son azules. Siguen siendo azules. Las de ella eran rojas.

Eddison suelta una risita desganada y se frota la mandíbula, sintiendo el crecimiento de la barba que no se molestó en rasurarse por la mañana pues no tenía energía para hacerlo.

—Gracias. —Eso ayuda más de lo que debería, otra vez, pero no lo suficiente. Priya se mira las manos y luego lo ve a él, que comienza a avanzar antes de que él mismo pueda darse cuenta, y sus muslos chocan contra el costado de la cama mientras se acerca a ella para envolverla entre sus brazos y quedarse así.

Ella se acurruca en el agente, con las manos curvadas sobre su brazo, y mientras suelta un suspiro enorme y tembloroso, Eddison puede sentir cómo los hombros y los músculos en la espalda de Priya se relajan. Escucha un clic que probablemente sea de Ramírez tomando una fotografía, pero no le importa. Priya está viva. Está aquí y está viva, y Eddison está más seguro de lo que lo ha estado en veinte años: después de todo, sí debe existir un Dios.

—Y bien, ¿sí traes oreos o solamente lo dijiste para que te dejara entrar?

El agente mete una mano en el bolsillo izquierdo de su abrigo, saca un paquete pequeño de las galletas y lo lanza sobre la cabeza de Priya hacia la almohada. Lo compró en el aeropuerto sólo por si acaso, mientras Vic discutía con el encargado de la puerta para que los dejara subirse al primer vuelo que saliera.

Priya cubre el paquete con una mano, pero deja la otra sobre el brazo del agente sin apartarse de él.

—Llegaron rápido.

—En el primer vuelo que salió. Vic hizo que retrasaran a tres personas para que nos dieran sus asientos.

—¿Tiene permitido hacer eso?

—No lo sé. Por suerte los demás tampoco lo sabían.

—Bien hecho, Vic.

El agente de mayor rango sonríe y va hacia Deshani con una mano extendida. La mujer la toma, y la sostiene por un momento antes de soltarla. Deshani no es el tipo de mujer que se permite demasiados consuelos.

—Me alegra que estés bien, Priya —dice Vic con afecto.

—Siempre lo estoy, ¿no?

—No. Y eso está bien.

Ella le ofrece una sonrisa, pequeña e irónica, pero una sonrisa al fin. Eddison la suelta a regañadientes para que pueda ponerse más cómoda. Pero

no se aleja.

—¿Cómo están tus hijas? —le pregunta Priya a Vic.

—Holly está decidida a tener una habitación de revista, así que ella y su madre se la pasan haciendo planes y adornos. Me hicieron saber lo que es un *duvet*. —En su rostro cansado aparece una sonrisa torcida que resulta sorprendentemente joven—. O al menos estoy bastante seguro de que es algo de tela que va en la cama.

Ramírez suelta una risita y se acomoda la correa de su bandolera.

—Ya que vi que estás bien, o que lo estarás, iré a averiguar qué está pasando. Las veo más tarde.

—¿No es Eddison quien suele visitar las escenas de crimen?

—Hay una agente bebé en el auto; si dejo que Eddison vaya con ella al lugar, probablemente renunciará a la agencia.

—Sterling es más ruda de lo que parece; puede que hasta lo invite a salir.

Si estuviera lo suficientemente cerca, Eddison ya estaría echando del cuarto a Ramírez a empujones. Pero como no puede hacerlo, ella incluso se despide con un gesto burlón con la mano antes de irse.

Hay exactamente dos asientos en la habitación: una monstruosidad de vinilo ligeramente acojinada y un cacharro de plástico imitación madera que se ve tan terriblemente incómodo que seguro lo ponen para limitar el tiempo que se quedan las visitas. Vic le acerca el más terrible a Eddison, y lleva el otro cerca del pie de la cama. Ninguno le ofrece su asiento a Deshani; ambos saben que está al límite de su paciencia. El pie de la cama es lo más lejos que puede estar, para darle a su hija algo de espacio.

Eddison acaba de pasar cuatro horas con la posibilidad muy real de que al bajar del avión le dieran la noticia de la muerte de Priya. El espacio no es una de sus prioridades por el momento.

—No me quisieron decir nada sobre él —comenta Priya en voz baja.

—Está en cirugía —le responde Vic—. Es todo lo que sabemos hasta ahora.

Ella asiente. Eddison no puede evitar ponerse a catalogar sus heridas. Su muñeca izquierda está cubierta por una venda elástica cuya tela ya ha comenzado a deshilacharse donde se entierran los ganchos que la mantienen en su lugar. Puede ver el inicio de las heridas en sus brazos, garganta, rostro y especialmente en su mandíbula y barbilla. Hay una raspadura rosada y una marca redondeada entre sus ojos, y se pregunta si el *bindi* de cristal habrá

quedado en el suelo de la capilla o se le terminó de caer en la ambulancia. Finney mencionó que había preocupación por sus costillas, pero no se atreve a preguntar. No todavía.

Priya abre el paquete de oreos, saca una, separa una galleta del relleno con un movimiento hábil y se la entrega a su madre. La gasa que cubre sus dedos se llena de migajas. Tras pensarlo un momento, usa el pulgar para retirar el relleno.

—¿En serio?

—No hay leche —le responde a Eddison, mirándolo de soslayo.

—Si llamo a alguien para que lo arregle, ¿dejarías de comer como una bárbara?

Priya le da forma al relleno hasta convertirlo en una esfera perfecta y le da la galleta sin nada al agente.

—Hay temas más importantes sobre la mesa, ¿no?

Eddison lo piensa y luego se echa la galleta completa a la boca.

—No.

—Compórtense, niños —murmura Vic con expresión dolida.

Pero Priya le hace un gesto con la cabeza a Eddison, no precisamente imperceptible, y el agente descansa su cuerpo sobre la silla. Si ella necesitara las Oreos, no se las comería de una forma tan ridícula. Priya se echa la esfera de relleno a la boca, se limpia los dedos en la gastada tela de su bata y se retira el cabello de la cara. Un rato después, su cabello vuelve a caer como una pesada masa negra con mechones azules.

—¿Mamá?

—Supongo que es un poco difícil hacerlo con los vendajes —acepta Deshani. Rodea la cama, se para junto a su hija y queda de frente a Eddison, y junta con delicadeza el cabello de Priya entre sus manos. Pese al cuidado con que lo hace, Priya hace un gesto de dolor un par de veces—. Tienes algo de sangre seca aquí —le dice, y un ligero quiebre en su voz compensa esas palabras lúgubres y prácticas—. Lo lavaremos cuando lleguemos a casa.

Se escucha un toquido en la puerta y Finney asoma la cabeza.

—Siguen operándolo, pero enviaron a un residente a dar una actualización, por si quieren escucharlo de primera mano.

Debería ir Eddison, pero es Vic quien se obliga a salir de la monstruosidad de vinilo.

—¿Por casualidad trajiste algo de ropa para Priya, Deshani?

—Vine directo de la oficina —responde ella, negando con la cabeza.

—Aprovecharé para ver qué hay en la tienda del hospital, y enviaré tu ropa al laboratorio. —Se acerca a la cama para tomar la bolsa sellada y pone una mano sobre el hombro de Eddison sin hacer presión ni apretarlo, simplemente la deja ahí por un instante y luego la retira. Un regalo, a su manera.

Hay momentos en que Eddison sabe la suerte que tiene de que Vic sea su compañero.

No está seguro de que alguna vez pareciera tan dispuesto.

—Iré por café —anuncia Deshani—. ¿Eddison? ¿Extracargado, según los estándares bárbaros?

—Algunos sí tenemos la fuerza suficiente para beber el café como los dioses mandan —responde, y ella resopla burlonamente.

—Café amargo para el amargado. —Deshani asiente al pasar junto a Vic mientras él le sostiene la puerta para que pase.

En el silencio de la habitación, Eddison observa a Priya retirar el relleno del resto de las Oreos para volver a guardar las galletas en el empaque.

—¿Qué pasó, Priya? —pregunta al fin.

—Creí que no podría ir a la capilla antes de la mudanza —dice ella un momento después—. Apenas me había enterado de su existencia, pero sonaba... sonaba como algo que a Chavi le habría encantado. Sé que es estúpido, pero no puedo deshacerme de la sensación de que dejar el país es dejarla a ella. Nos vamos a llevar sus cenizas y todo, pero es...

—Es un gran cambio —dice él con tono neutral. A la espera.

—Archer aceptó llevarme. Cuando entré a la capilla, él se quedó en el auto. Joshua dijo que vio a Archer en el pueblo. —Su respiración es lenta y temblorosa, y sus ojos asustados comienzan a vidriarse—. ¿Por qué se fue al pueblo?

—Pronto tendrá que explicarnos todo, pero fue para conseguir ayuda. Pensó que el asesino podría seguirte, así que te dejó sola como carnada. Estaba buscando refuerzos para volver y protegerte.

—¿Cómo podría protegerme desde el pueblo?

Eddison niega con la cabeza. Archer podría perder su trabajo en el FBI, o no; después de todo, técnicamente atrapó al asesino, pero sí que tendrá problemas. Eddison se asegurará de eso.

—Estabas sola en la capilla, me llamaste, llegó Joshua.

—Joshua, el menos pensado. Siempre fue atento. Amable. Encantador sin incomodarme. Parecía confiable. Yo pensé... —Solloza y se toca el hueco ensangrentado entre sus ojos mientras parpadea para deshacerse de las lágrimas—. Pensé que si algún día llegara a ver al asesino de mi hermana, parecería un asesino, ¿sabes? Pensé que podría ver toda su maldad y sus defectos. Jamás me imaginé a alguien como Joshua, a alguien tan jodidamente normal.

—No se llama Joshua; se llama Jameson. Jameson Carmichael. La primera chica a la que mató era su hermana, Darla Jean.

—Dijo que Chavi era una buena hermana.

—Lo sé.

—Dijo que Aimée era una buena amiga.

Los ojos de Priya siguen más vidriosos de lo que él quisiera.

—¿Qué pasó después de que se cortó la llamada?

Ella se muerde el labio y sus dientes raspan una costra; Eddison intenta no reaccionar con pena ante las perlas de sangre que salen de la herida reabierta. Priya tiene los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas, y cuando él se recorre hasta el borde de la silla para darle la mano, ella la toma con tal fuerza que las heridas y moretones por boxear la semana pasada vuelven a dolerle como nuevas.

—Dijo que tenía que protegerme del mundo, asegurarse de que siempre fuera buena.

—Y te atacó.

—Tenía un cuchillo. Bueno, eso es obvio. Le gusta la picadera.

—Más bien la rebanadera.

—Te quiero —dice Priya con un suspiro, y Eddison aprieta suavemente su mano como respuesta.

—Creo que no esperaba que me defendiera. ¿Quizá su versión de una chica buena no haría eso? Pero soy más fuerte de lo que parezco, ¿sabes?

—Siempre lo has sido. —Eddison niega con la cabeza al notar la duda en el rostro de ella—. Priya, a los doce años, y después de los peores días de tu vida, enojada, asustada y en duelo, me lanzaste un oso de peluche a la cabeza y me dijiste que no fuera un maldito cobarde.

—Tenías miedo de hablar conmigo.

—Claro que sí, y tú me enfrentaste.

Ahora sus dos manos envuelven la del agente, arrancando pellejitos de sus

ñas; él no intenta detenerla.

—Pelemos por el cuchillo, pero él es mucho más grande que yo. En algún momento logré quitárselo, y... y lo apuñalé. —Su voz se vuelve apenas un susurro, espeso y cargado de dolor—. Ni siquiera sé cuántas veces, tenía tanto miedo de que se levantara y me atacara de nuevo. Él no traía teléfono, y el mío no funcionaba. Creo que el golpe lo descompuso, y eso no debió pasar, porque pagamos extra por la funda protectora.

—Priya. —Lo apuñalé —repite—. Y el cuchillo... de un lado era liso, pero del otro dentado, y hace un sonido... un sonido de desgarre al salir, y no quiero volver a escuchar ese sonido jamás. Ni siquiera debí haberlo escuchado porque estábamos luchando, jadeando, y es posible que yo estuviera gritando, no lo sé, pero fue como si lo único que pudiera escuchar fuera ese sonido.

—¿Qué pasó después?

—Archer entró en el momento en que Joshua cayó. Había otros dos hombres con él. Uno de ellos me sacó de la capilla, y me amarró su bufanda al cuello para detener el sangrado. Dijo que fue médico del ejército. Lo siento tanto, Eddison. Lo siento.

—¿Por qué?

—Por ser tan estúpida. —Pese a sus intentos por contenerlas, sus lágrimas se derraman y Eddison siente su tibieza cuando caen de su barbilla sobre el dorso de su mano—. No importa que no haya sospechado de Joshua, sabía que alguien me estaba siguiendo. No debí poner a Archer a protegerme sin refuerzos. Debí haberme olvidado de las estúpidas ventanas y quedarme en casa.

A la mierda la distancia y el profesionalismo.

Eddison se acomoda en la cama, vuelve a abrazarla, y al mecerla siente cómo Priya se quiebra. Ella llora casi en silencio, jadeando por aire mientras su cuerpo se estremece. Él no intenta calmarla, no intenta decirle que está bien. No intenta decirle que ya está segura.

La vida le ha enseñado que la seguridad es una cosa muy frágil y relativa.

Lentamente pasa la tormenta, y Eddison toma la caja de pañuelos desechables junto a la cama para ayudarla a limpiarse la cara. Lo que queda de su maquillaje es un tanto escalofriante, pero él le limpia lo más que puede sin empeorarlo. Da unos golpecitos en el espacio ensangrentado entre sus ojos, y se acerca para plantar un beso justo encima.

—Gracias por estar viva —murmura.

—Gracias por permitir que te embarrara de mocos.

Esa es su chica.

Vic y Deshani vuelven juntos, Deshani con un triángulo de vasos, sostenido solamente por la presión cuidadosamente aplicada, y Vic con su propio vaso de café y una bolsa a rayas blancas y azul cielo con pequeñas huellas de pies en azul y un rótulo que dice «¡Es un niño!». Se ve tan apenado y molesto por cargarla, que Priya y Eddison estallan en alegres y casi histéricas carcajadas.

Vic suspira y le entrega la bolsa a Priya.

—Ya no tenían bolsas de «Felicidades, es un tumor» —dice, y no logra conservar la seriedad en su rostro.

Eddison se levanta de la cama y se acerca a Vic, mientras Deshani acomoda la cortina alrededor de la cama para ayudar a Priya a cambiarse.

—¿Alguna noticia de Ramírez?

—Un mensaje. Archer sigue en Rosemont; Finney envió a un equipo de agentes de alto rango para que lo releven y envíen a ese idiota para acá; Sterling y Ramírez están en la casa de Carmichael. Tiene fotografías.

—¿De Priya? —pregunta con el estómago tenso.

—De todas. Están guardando algunos de los papeles y plumas de su escritorio como evidencias, además de muestras de su escritura. Obviamente, también las fotos. Es bastante seguro que será sentenciado si sobrevive.

—¿Qué tan probable es eso?

—Aún lo están operando, pero no parecen tener muchas esperanzas. Tiene el pulmón y las costillas bastante maltrechos, y hay algunos daños en su corazón y en venas importantes. —Su voz es suave, no es susurro aunque es clara, y está perfectamente controlada para que no se escuche más de lo debido—. Archer recogió el cuchillo en la escena, así que le harán los análisis necesarios para compararlo con el que se usó en los asesinatos.

—Pero sin estar dispuesto a ponerlo por escrito o a declarar bajo juramento en una corte, estás más que seguro de que nuestro asesino está en una mesa de operaciones en este momento.

—Y sería maravilloso que sobreviviera el tiempo suficiente para confesar.

—¿Priya tendrá que quedarse en el hospital?

Vic niega con la cabeza y cruza los brazos.

—Cuando en la farmacia estén listos los medicamentos que debe llevarse

a casa, puedes irte con las Sravasti. Si necesitan detenerse una o dos veces en el camino para comprar algo indispensable, está bien, pero no más. Cuando lleguen a la casa, quédense ahí.

Otro regalo. Ese suele ser trabajo de Vic. Hablar con las familias, monitorear quién las visita y qué se dice. El Eddison de la universidad, el de la academia, se burlaría sin control, pero el hombre que es ahora, el agente que es ahora, sabe que hay que estar agradecidos cuando aparece en tu vida una amistad verdadera.

—Finney tiene guardias afuera del quirófano y en la zona de lavado, por si acaso —continúa Vic antes de que Eddison pueda decidir si sería apropiado darle las gracias—. Yo esperaré aquí las novedades y me coordinaré con Ramírez y el equipo en Rosemont.

Los ganchos de la cortina cascabelean sobre el tubo de metal cuando Deshani la corre hacia la pared. Priya se acomoda en la cama, ataviada con unos afelpados pantalones de pijama de un alegre amarillo y una camiseta de manga larga del FBI.

—Qué tienda más surtida —comenta secamente, envolviendo el chocolate caliente con las manos.

—¿Verdad que sí?

Apenas pasa un segundo entre el toquido en la puerta y que la abran para dejar pasar a una mujer con uniforme rosa que le lanza un guiño cómplice a Priya.

—Ya conseguí las drogas, amigo —dice en una pésima imitación de un traficante televisivo y le muestra tres bolsas de papel blanco con azul cuyos bordes están doblados y llevan engrapadas unas largas hojas azules con instrucciones.

Deshani se aprieta el puente de la nariz y, al notarlo, la enfermera se ríe.

—Ay, por favor, déjeme divertirme. Estoy en un turno doble con el doctor que no sabe controlar a sus internos. Necesito desahogarme.

—Eso sí que lo entiendo —acepta Deshani y echa la cabeza hacia atrás, estirándose hasta que todos pueden escuchar un suave crujido.

—De acuerdo, señoritas, aquí vamos. —Suelta una rápida pero exhaustiva explicación de cada medicamento y cómo tratar las heridas, así como a qué estar atentas y cuándo volver al hospital. Claramente tiene mucha práctica. Cuando termina, se lleva las manos a la cadera y mira a las dos mujeres—. Lo importante, además de no olvidar que soy enfermera y por tanto una

fuente de sabiduría, es cuidarse. Con extrema precaución, por un rato. ¿Alguna pregunta?

Madre e hija revisan las instrucciones escritas, y luego niegan con la cabeza al mismo tiempo.

Los dos hombres sonrían.

—Entonces, a menos que estos agradables agentes quieran que se queden, pueden irse. ¿Quieren que les traiga los papeles del alta?

Deshani mira a Vic, quien le ofrece un gesto afirmativo.

—Por favor.

La tormenta que había estado cubriendo de nieve a Rosemont apenas va llegando a Huntington mientras mamá nos lleva a casa, y pese a ser un terrible pasajero, Eddison insiste en que yo me vaya adelante. Él se estira y no deja de moverse en el asiento trasero. Cuando nos detenemos en la farmacia a comprar lo necesario para el cuidado de las heridas, él y yo nos quedamos en el auto. Pero en la tienda (no en el supermercado cercano a la isla de ajedrez), me desabrocho el cinturón de seguridad.

—¿Estás segura? —pregunta mamá.

—Quiero algo dulce. Algo que no sea una oreo.

—Vamos, pues.

Así que Eddison termina siguiéndonos a la tienda con la canasta colgada del brazo, y no me puedo ni imaginar cómo nos vemos. Bueno, en realidad sí puedo, pues la gente nos lanza las miradas más extrañas. Ahí va él, con una camiseta de los Nats y una *hoodie* del FBI abierta bajo su abrigo, yo con mi pijama y mis vendas, y mamá con su traje; ambas tenemos los calcetines antiderrapantes del hospital en vez de zapatos. Pero también está la expresión con la que mamá responde a las miradas, esa que reta a cualquiera a decir una sola palabra.

Mamá es muy, muy buena para hacer esa expresión particular.

No hay nada relajado en esa cara de perra.

Compramos unas baguettes en el área de comida porque es mucho menos probable de lo normal que se cocine algo en casa, y algunas botanas y cosas para desayunar; luego nos desviamos hacia el pasillo de los helados para buscar un sorbete de naranja, que le caerá mejor a mi garganta que el helado. Mamá y Eddison discuten hasta que cada uno compra un sabor diferente.

El cajero me mira fijamente mientras pasa los artículos por el escáner.

—¿Qué te pasó?

Eddison comienza a irritarse, pero yo simplemente le ofrezco una sonrisa desganada al chico.

—Una pistola de clavos poseída por Satán —respondo como si nada—. Trazamos el pentagrama en el garaje porque hay más espacio, ¿sabes? Hicimos el ritual y no nos dimos cuenta de que el cable estaba dentro del círculo de invocación.

Parece como si estuviera a punto de protestar, pero en eso mamá me da un golpecito en el hombro.

—La próxima vez te asegurarás de que todo esté en orden antes de empezar con tus invocaciones. Al menos lo regresaste.

Eddison se voltea para tomar las bolsas y evitar que el chico vea su sonrisa.

Es un aterrador instante de normalidad en un día que no es para nada normal.

El sofá está cubierto de ropa de cama y toallas, pues el plan de mañana era separar todo eso en pilas de conservar, donar y tirar. Conociendo a mamá, es posible que ese siga siendo el plan. No es algo que no podamos hacer mientras hablamos. Pero por hoy eso significa que Eddison tiene que sentarse en el suelo con nosotras para comer, y de alguna manera consigue no verse tan disgustado por eso. Estamos por terminar de comer cuando se va a la cocina para tomar una llamada de Vic.

Mamá decide entonces que es el momento perfecto, y subimos para lavarme el cabello. Y, claro, el resto de mi cuerpo, pero el cabello es la parte realmente problemática. Me vuelvo a poner los pantalones amarillos y la camiseta del FBI, en parte porque son cómodos, pero sobre todo porque me reconfortan.

Todo me duele. Tengo varias costillas fisuradas, varias, dijo el doctor, y se negó a darme un número concreto, y mis músculos están tensos y acalambrados. No me cuesta trabajo respirar ni estoy jadeante, pero soy consciente de cada una de mis respiraciones como nunca antes. Cuando no tienes problemas para respirar, no es algo a lo que le pongas atención. Pero no sólo pasa en mi pecho, sino también en las heridas y la inflamación en mi garganta.

No le di suficiente crédito a la adrenalina cuando intentaba pensar qué

hacer. A la suya, claro, pero también a la mía, que me volvió estúpida y desesperada. Es la única explicación que encuentro a por qué tomé el cuchillo por el filo, y encima me aferré a él. No por el mango, por el filo. Mis dedos vendados están tiesos, palpitan al ritmo de mi corazón y serán bastante inútiles por un buen rato.

Pero si no soy estúpida (más estúpida), me recuperaré por completo. Quizá quedarán algunas cicatrices, pero si respeto mis límites y me cuido adecuadamente, los doctores dijeron que no perderé ninguna función. Sólo un doctor me revisó las costillas, pero tres vieron mis manos. Tengo antibióticos, analgésicos, pastillas para dormir y lo que sospecho que es una muy firme sugerencia de que vaya con un psiquiatra por ansiolíticos.

Probablemente debería haberlos tomado durante los últimos cinco años, pero ahora, por primera vez desde esa terrible noche que pasamos esperando a Chavi, creo que estoy bien sin ellos. Casi bien.

Estaré bien.

A decir verdad, puede que eso sea lo más perturbador de todo.

Eddison ya volvió a la sala y está doblando las sábanas que nosotras desdoblamos a propósito, para revisarlas. Ni siquiera parece apenado cuando mamá lo regaña por eso.

—Estoy muy viejo para sentarme en el suelo —responde.

—Soy mayor que tú.

—Pero devoras almas para mantenerte joven.

—Es verdad. —Mamá toma la pila de sábanas dobladas, las extiende de nuevo y las echa en una caja con todas las otras cosas que hay en el sofá—. ¿Qué dijo Victor?

—Sigue en cirugía. El laboratorio está analizando la muestra de sangre y todo lo que Ramírez y Sterling tomaron del departamento.

—Si no sobrevive, ¿les dirán a las familias? —Tras llevarme con suaves empujones al sofá, mamá se echa en el suelo y se recarga contra mis piernas, buscando con aire ausente el control del Xbox. Es sólo para mantener sus manos ocupadas mientras hablamos, porque la inmovilidad es para cuando las cosas están mal. Mientras se esté moviendo, nada puede estar mal.

O algo así, pero es mamá y así ha sido toda mi vida, y Eddison la conoce lo suficiente para no juzgarla por eso.

—Dependerá de qué tanto lo vinculen las evidencias a los otros asesinatos. Lo que dijo y lo que hemos descubierto es bastante grave, pero

podría no ser suficiente para que los jefes se sientan cómodos haciéndolo público. Ya veremos. —Eddison toma las bolsas azules con blanco que contienen mis medicamentos, lee las instrucciones y luego abre dos de los frascos. Una pastilla larga, dos más pequeñas, blancas las tres. Toma mi mano y con cuidado las deposita en mi palma. Luego se levanta y va a la cocina, para volver un momento después con un vaso de leche—. Sé que comiste, pero a veces la leche es un colchón mejor para las medicinas.

—¿Sabes mucho de medicamentos controlados, Eddison? —pregunta mamá.

Él se reacomoda ligeramente, incómodo, pero intenta ocultarlo.

—Cuando te han disparado algunas veces, aprendes ciertas cosas.

Mamá detiene el juego para mirarlo por encima del hombro. No dice nada sobre lo que sea que encuentra en su expresión, simplemente vuelve a su juego.

Yo me tomo las pastillas y me acabo la leche.

Afuera estallan los truenos, suaves y vibrantes. Está nevando; pequeños copos blancos caen en espirales y danzan en el viento. Es la clase de noche para permanecer a salvo en casa, caliente y acurrucada con las personas que amas. Busco la mano de Eddison, y lo jalo hacia el centro del sofá.

Para poder recargarme en él.

Él pone su brazo sobre mis hombros y también se recarga en mí, y nos quedamos en silencio, viendo a mamá jugar. Hay preguntas que probablemente debería estar haciéndome.

Tal vez me las hará cuando descubra cómo formularlas. Lo que pasa es que Eddison me conoce.

Sabe que soy estúpida, pero dentro de un límite.

Por eso creo, y estoy razonablemente segura, que está esperando hasta que sepamos si Joshua sobrevivirá o no, para preguntar. Eso cambia las cosas, ¿no?

Probablemente no.

Al menos no legalmente.

—¿Qué te pasó en las manos? —le pregunto.

—Es una larga historia. Por favor, no le pidas a Ramírez que te cuente su versión.

Por muy cansada que esté, no puedo evitar reírme.

Al final, los eventos del día nos ganan a todos. Técnicamente, Eddison

está de guardia como Sterling, pero no es correcto que la familia duerma en el sofá, así que le dejamos la habitación de mamá. Es ligeramente menos perturbador que la idea de que duerma en mi cama, y sospecho que él opina lo mismo. Mamá me ayuda a prepararme para dormir, y por un momento puedo cerrar los ojos y pensar que es Chavi quien choca su cadera con la mía en este pequeño baño mientras nos cepillamos juntas los dientes.

Nos acurrucamos en mi cama; la luz parpadeante de la vela eléctrica crea sombras sobre la fotografía enmarcada de Chavi y la pared detrás de ella. El oso de peluche que Mercedes me dio cuando nos conocimos suele vivir en mi armario, pero ahora está haciendo de soporte para mi mandíbula adolorida. Mercedes tiene una reserva aparentemente infinita de suaves osos para dárselos a las víctimas y sus hermanos cuando va a una escena de crimen o a una casa. Me hizo sentir mejor entonces, y aún ahora.

También es el oso que le aventé a Eddison a la cabeza cuando lo conocí, y eso también cuenta.

—Eso no salió como planeamos —dice al fin mamá con poco más que un susurro, y no puedo reprimir una risita. Y luego no puedo detenerme, y al parecer eso la contagia y terminamos riendo las dos a carcajadas porque, carajo, esa frase jamás se acercará a los hechos. Me siguen doliendo las costillas aun después de que recuperamos el aliento.

—Sabía que Archer se iría —le cuento con más seriedad—. Honestamente, nunca se me ocurrió que iría más lejos de lo necesario para ocultarse. Pensé que estaría fuera de la vista pero cerca, lo suficiente para escuchar un grito. Estaba... —Exhalo, contengo la respiración y exhalo de nuevo—. Estaba aterrada.

—Me preocuparía mucho si no lo hubieras estado. —Mamá se mueve, se reacomoda, pone su mejilla contra la mía y su barbilla sobre mi hombro—. Fue horrible estar en el trabajo. A cada rato tenía que convencerme de no ir por ti. No podría hacerlo de nuevo.

—No tengo más monstruos por matar —murmuro.

—¿Uno y ya?

—Gracias a Dios.

—¿Qué pensarías...? —Se queda en silencio, lo cual es tan raro en ella que voltearía para verla si mis costillas no protestaran. En vez de eso, busco su mano y entrelazo mis dedos con los suyos, descansándolos sobre mi vientre—. Desde hace mucho tiempo hemos sido tú y yo contra el mundo —

continúa después de un rato—, pero tenemos a nuestros agentes, y tú tienes a Inara y a tus veteranos... quizá es tiempo de que nos abramos un poco.

—Intentaré hacer amigos en París. No sólo a regañadientes, como pasó con Aimée, sino que lo intentaré decididamente.

—Bien. ¿Y qué pensarías...?

Como sea que termine ese pensamiento, parece algo imposible.

—Algunos de tus primos estudian en universidades del continente, o trabajan ahí. Unos cuantos incluso están en París. Quizá podamos empezar a conectarnos con ellos, para ir avanzando hacia los parientes más viejos.

—¿Ir avanzando?

—Eso dije. —Me planta un beso en la oreja y acompasa su respiración con la mía—. Pudiste morir hoy, amor mío, y entonces pensé que no quiero estar completamente sola. Podría soportarlo, sin duda, pero no quiero. Con eso me di cuenta de que, si algo llegara a pasarme... Sé que habría personas dispuestas a cuidarte. Vic te adoptaría sin pensarlo. Pero pensé... Sálvame, Priya querida, sabes que detesto que me afloren los sentimientos.

Me río suavemente y aprieto los dedos de mamá.

—Me parece un excelente plan comenzar con los primos.

Se queda en silencio por un largo rato, con sus dedos dibujando pequeños círculos en mi camiseta.

—¿Tuvo miedo? —pregunta al fin.

—Sí.

—Qué bueno.

Con todo y el bajón de adrenalina, las medicinas y el peso tibio y reconfortante del abrazo de mamá, me sorprende un poco lo fácil que es desconectarme, sin dormir del todo pero definitivamente sin estar despierta.

Y entonces suena mi teléfono.

Mamá se incorpora para tomarlo del buró. El número es el de Inara, pero el mensaje está dirigido para mí y para Eddison. Sólo es una imagen sin texto, pero no alcanzo a ver qué es en la miniatura que muestra el teléfono bloqueado. Mamá me entrega el teléfono, lo desbloqueo para ver la fotografía.

Inara está junto a otra chica, como de nuestra edad y mucho más bajita, con los neones abrumadores de Times Square brillando a su alrededor. Ambas tienen unos carteles del tamaño de la mitad de un póster y sonrisas peligrosas. La más pequeña está a la izquierda, y su cartel dice «JÓDANSE»,

escrito con diamantina dorada; el de Inara dice «CHICOS MALOS» en plateado.

Al otro lado del pasillo se escucha un golpe amortiguado y una maldición, seguida de «¡Por Dios, Bliss, qué carajos!».

Mamá y yo miramos la fotografía un rato más, y ella resopla suavemente.

—Me impresionan —admite—. Andar por Times Square con un letrero que dice jódanse. Hermoso.

—Jódanse, chicos malos —corrijo, intentando sonar remilgada, pero casi termino en una carcajada.

—Hiciste lo que pudiste para llevar al nuestro hasta las puertas del infierno; ya veremos si se queda ahí.

Pongo el celular en silencio y lo devuelvo a la mesa, pero mientras comienzo a dormirar de nuevo, escucho las vibraciones sobre la madera que indican que Eddison e Inara siguen enviándose mensajes. Es un sonido extrañamente agradable.

Jameson Carmichael, también conocido como Joshua Gabriel, muere el jueves cinco de mayo a las ocho cuarenta y siete de la mañana, Tiempo de la Montaña.

No recuperó la conciencia.

Eddison no puede decidir si eso es bueno o malo. Una confesión, o siquiera la oportunidad de interrogarlo, habrían ayudado inmensamente, pero hay una parte del agente que se alegra de no tener que escucharlo jamás intentando justificar lo que hizo. Aún faltan análisis por hacer antes de decidir si se informará a las otras familias, pero hay una sensación de conclusión en general.

Vic y Finney van a Texas para hablar con la señora Eudora Carmichael. Vic vuelve con una expresión atormentada que le pone la piel de gallina a Eddison, mientras que sus hijas, en cuanto lo ven, prácticamente lo clavan al sofá y se sientan junto a él con bocadillos y una serie casi interminable de películas animadas que ya tenían preparadas. Es lo que él siempre hace por ellas cuando tienen días malos; sus hijas son demasiado inteligentes para darse cuenta de que también funciona a la inversa.

Cuando las chicas se quedan dormidas, Vic se escapa de debajo de ellas y reacomoda las cobijas para cubrirlas, moviendo sus brazos y piernas para que no queden fuera, luego les hace una seña a sus compañeros para que lo

acompañen afuera. Lo siguen, pero antes Eddison toma una fotografía de la escena para enviársela a Priya.

Después de todo, ella también ha sido parte de esa pila de cachorritos en algún momento.

Afuera, caminan hasta un pequeño parque infantil frente a su casa. Esas bancas han sido testigos de numerosas juntas improvisadas o momentos de desfogue al terminar un caso. Vic se sienta con dificultad, se ve más viejo de lo que es, mientras Ramírez se sienta sobre el respaldo y estira las piernas sobre la banca. No se molestan en hacerle espacio a Eddison; él casi nunca se sienta durante una conversación seria si puede caminar de un lado a otro.

Vic mete una mano en el bolsillo y saca una cajetilla de cigarros y un encendedor.

—Ni una palabra a mi esposa o a mi ma —advierde, y luego les ofrece.

Eddison toma uno inmediatamente. Ramírez niega con la cabeza.

—¿A tu chica, la de Contraterrorismo, no le gusta el sabor? —le pregunta Eddison.

—Tiene nombre, sabes.

—¿Pero qué gracia tendría usarlo?

La agente toma un cigarro antes de que Vic guarde el paquete.

—La señora Carmichael estaba devastada —dice Vic, soltando una larga y delgada columna de humo—. La última vez que supo de su hijo fue cuando él se marchó en su auto unos meses después de la muerte de su hermana. Al principio se puso histérica, pero cuando se tranquilizó...

—Comenzó a verlo de otra manera —continúa Ramírez.

Vic asiente.

—Dijo que siempre fue muy protector con Darla Jean. Un hermano mayor muy atento a ella. No le gustaba que los chicos se fijaran en ella, ni que ella les hiciera caso. No le gustaba cuando se vestía de cierta forma, o decía ciertas cosas. Al pensarlo, la señora Carmichael se dio cuenta de que como hermano era más cariñoso a nivel físico de lo común, pero le alegraba tanto que sus hijos no se pelearan que no prestó mucha atención a eso.

—Entonces Darla Jean besó a un chico en la iglesia —dice Ramírez—, con una flor en su vestido, y su hermano los vio. ¿Se sintió traicionado?

—La viola, la mata, vuelve a casa antes de que alguien pueda encontrar el cuerpo. Siendo el área rural de Texas, apuesto a que la mayoría de los hombres saben cazar, y muchos tienen cuchillos como el suyo —continúa

Eddison.

—No huye de inmediato, no hasta que la investigación está en marcha. No hasta que su partida no resulte sospechosa. Y es un pueblo pequeño, él es un joven inteligente dolido por la muerte de su hermana, ¿sería tan sorprendente que no volviera?

—Y todos sienten lástima por la señora Carmichael, que perdió a sus dos hijos tan cerca uno del otro. —Eddison tira la ceniza en un espacio de tierra sin vegetación y la pisa sólo por seguridad—. Nadie se acuerda de Jameson y él se convierte en Joshua.

—Se va a otra parte, no se siente bien sin Darla Jean y vuelve a mudarse. Ve a Zoraida. Todo lo que debería ser una hermana.

—Él recuerda que Darla Jean era una «buena» hermana, una buena chica, hasta que llegó aquel tipo, y decide que protegerá a Zoraida de ese mismo destino. La mata para preservar su inocencia, pero la trata con cuidado.

—Pero cada primavera recuerda a Darla Jean, y la combinación de chica bonita, iglesia y flores lo desata. La vigila para ver si cumplen con su definición de lo que es una chica buena, o no.

—Espero que ambos estén conscientes de que no conseguirán un ascenso si se la pasan terminando las ideas del otro —señala Vic. Aplasta la colilla del cigarro contra la suela de su zapato, luego separa el papel del filtro y regresa ambas partes a la cajetilla.

Ramírez le pasa su cigarro para que él se lo termine.

—Por un concurso de fotografía se entera de que Priya está en San Diego; encontramos la revista en su departamento. Priya, quince años, San Diego. No lo piensa y va a buscarla.

—Pero la encuentra justo cuando ella está por irse, y tiene que volver a buscarla de nuevo. Le toma un tiempo, pero luego aparece la nota sobre Deshani en *The Economist* donde menciona que ella y Priya se mudarán a Huntington. Él decide llegar primero.

—Y el resto es historia.

Hay una pregunta, un pensamiento, quizá, o una posibilidad, que se posa gravemente entre ellos. Eddison recuerda haber sentido lo mismo cuando volvió de Denver la primera vez, esa sensación insistente de que había algo fuera de lugar en las reacciones de las Sravasti.

—No lo vamos a decir, ¿verdad?

—No —responde Vic inmediatamente. Con firmeza.

—¿Deberíamos? —pregunta Ramírez.

No hay una respuesta fácil para eso, y los tres lo saben. Por un lado está la ley, sus juramentos al FBI. También el nebuloso territorio entre lo correcto y lo incorrecto.

Pero por otro lado está Priya, la niña risueña que solía ser, y Deshani, demasiado fuerte para trastabillar aunque eso la mate. Están todas las otras chicas.

Eddison nunca ha sabido bien qué piensa del más allá, si hay almas perdidas a la espera de respuestas antes de poder avanzar hacia la luz, el cielo o lo que sea. Ya hay suficientes almas perdidas que aún siguen vivas. Pero por más que quiera negarlo, hay una parte de él que siempre les dirá a los muertos que descansen en paz cuando ellos tres resuelven un asesinato. Como si ese conocimiento les pudiera dar paz y los liberara.

Desde Darla Jean Carmichael hasta Julie McCarthy, ¿pueden descansar ya esas chicas?

Y entonces piensa en Faith. Siempre, todo el tiempo, en Faith. Si encontrara al bastardo que se la llevó...

—Priya es más como su madre que nunca —dice al fin.

—Cuando recibamos los nuevos reportes del laboratorio, Finney y yo recomendaremos que el caso quede oficialmente cerrado —comenta Vic—. Priya Sravasti es víctima de la ineptitud del FBI. Un agente demasiado entusiasta a cargo de su protección la usó como carnada porque la jefa de sección estaba más interesada en la política que en los hechos del caso. La jefa de sección Ward enfrentará una investigación interna plena por sus acciones.

—¿Y eso es todo? —pregunta Ramírez.

—¿Estás de acuerdo con eso?

Ella mira hacia los árboles al fondo del jardín, que se extienden en una espesa franja entre esta fila de casas y otra que está detrás. Odia los bosques, y le tomó casi dos años y una noche de mucho tequila contarles a sus compañeros por qué. Quizá Vic ya lo sabía si revisó sus antecedentes, pero si era así, nunca lo mencionó. Casi todas sus pesadillas nacieron en un bosque, algo que tal vez nunca la abandonará.

Pero eso nunca ha evitado que se meta sin más entre los árboles, si hay tan sólo una posibilidad de que el niño al que estén buscando se encuentre vivo ahí.

—Sí —dice al fin, arrastrando la palabra—. Supongo que sí.
Porque existe la ley y existe la justicia, y no siempre son lo mismo.

La noche antes de que mamá y yo dejemos el país, la sala de los Hanoverian se llena de risas, discusiones y ruido. Mucho ruido, y es maravillosa tanta vitalidad. Vic se ve superado por su madre, su esposa y sus tres hijas, y como Inara y Bliss están en la misma habitación, Eddison se mantiene en el extremo contrario y ni siquiera intenta ayudar a su compañero. Mercedes simplemente se burla de los dos.

Es hogar, familia y toda clase de cosas maravillosas.

Pero al final todos se van a la cama; Marlene y Jenny plantan besos en las frentes o mejillas de todos. Besan a Eddison al mismo tiempo, cada una en una mejilla, y vaya que eso lo pone incómodo.

Es una fotografía maravillosa. Inara y Bliss me piden de inmediato que se las envíe. Y también lo hacen Vic y Mercedes cuando Eddison no los está mirando.

Tengo la sensación de que un día Mercedes la pondrá en su escritorio de la oficina, sólo para joderlo.

Mamá me manda a dormir arriba, en el cuarto de Brittany, que estamos compartiendo, pero ella se queda en la sala con los adultos y sé que tardará un rato en subir. Así que me voy a la habitación de Holly con Inara y Bliss.

Llegaron de Nueva York hace algunos días, tras hacer una breve parada en Sharpsburg para ver cómo estaba la sobreviviente más joven del Jardín. Lo mejor de conocerlas fue ver a Eddison tratar de conservar la cordura. Se la pasó rondando la puerta de cualquier habitación en la que estuviéramos, claramente dividido entre su deseo de salir corriendo y el de asegurarse de que no tomáramos el control del mundo por accidente.

Si lo hiciéramos, estoy bastante segura de que no sería un accidente.

Inara es más tranquila que Bliss, no es tímida ni retraída, sólo es... más paciente, supongo. Bliss explora la situación encendiendo un cerillo y causando una explosión. Inara primero observa, analiza. Espera para hablar hasta que sabe qué es lo que quiere decir y tiene una idea bastante clara de cuál será la respuesta. Es fácil ver por qué los Hanoverian se encariñaron con ellas.

—Escuché que tus padres y hermanos están en París —le digo a Bliss

mientras mis dedos trenzan el cabello de Inara como preparación para dormir.

Bliss me responde con un gruñido, pero Inara me mira por encima del hombro.

—La mayoría de la gente sólo diría «familia».

—La familia de ustedes dos está aquí y en Nueva York. Puede que no las conozca lo suficiente, pero eso lo tengo claro.

Inara se ríe al notar el marcado rubor que ilumina el rostro pálido de Bliss.

—Sí —logra decir Bliss tras aclararse la garganta—. Están en París. Mi padre da clases.

—¿Te molestan con que los vayas a visitar?

—Sí.

—Bueno, si lo haces... nosotras tendremos un par de cuartos para visitas. Si quieres que nos veamos, o si necesitas adónde escapar por una noche. O si las cosas salen mal y necesitas mandar todo a la mierda. Tienes una red de seguridad. Y no tendrías que aguantar las muecas de tus padres si llevas a Inara.

—Sí han estado jodiendo con eso —acepta. Sin previo aviso, se quita todo menos la ropa interior y rebusca en su maleta de pijamas.

—Nuestro departamento es sólo un cuarto gigante —explica Inara—. Aun después del Jardín, el pudor no es algo que se vea mucho.

—Eh. Tuve una hermana. —Sujeto la punta de la trenza de Inara, le entrego el cepillo y me acomodo para que pueda devolverme el favor. Sus movimientos son suaves y seguros, y no me jala con fuerza sino que deja que las cerdas raspen suavemente mi cuero cabelludo.

—¿Creen que algún día se quite? —pregunta Bliss de pronto.

—¿Qué?

—Esa sensación de ser víctima.

Es un poco raro cómo ambas se enfocan en mí con eso. Las dos son mayores que yo, aunque no por mucho, pero mi mundo explotó hace cinco años. De cierta manera enfermiza, supongo que mi antigüedad prevalece.

—Cambia —digo al fin—. No sé si se termina. A veces se intensifica sin razón. Pero entre más decisiones tomamos, entre más vivimos nuestras propias vidas... creo que eso ayuda.

—Escuchamos a Eddison decir que mataste al bastardo. El que te estaba siguiendo.

—Lo hice. —Tengo las manos sobre mi regazo, ya sin vendajes gruesos

pero aún con más curitas que piel. Inara tiene unas cicatrices pálidas y ondeantes en las manos, causadas por las quemaduras y los cortes—. Me atacó, peleamos por el cuchillo, lo apuñalé. Mucho. Por la adrenalina, ya saben.

—Yo le disparé a Avery. El hijo mayor del Jardinero, al que le gustaba mutilar. No sé cuántas veces.

—Cuatro —señala Inara con voz suave.

—A veces le disparo y no hay balas en la pistola. A veces disparo y disparo y disparo y nunca se acaban las balas, pero eso no lo detiene. Sólo sigue avanzando.

—A veces despierto y me tengo que desvestir y tenderme desnuda en la tina porque la ropa y las sábanas se sienten demasiado como pétalos de flores —respondo—. Porque en mi pesadilla estoy viva pero estoy desangrándome, no me puedo mover, y él me va rodeando con rosas blancas, como el féretro de la dama de Shalott sobre el río.

Ambas se ríen, aunque Bliss suelta un gruñido.

—¿Te gustan los clásicos? —me pregunta Inara.

—Algunos.

—Ni empieces a hablar de Poe con esta —me advierte Bliss—. Se lo sabe todo de memoria. Y cuando digo que se lo sabe, me refiero a que puede recitártelo. Todo. Cada maldita palabra.

La trenza cae contra mi espalda cuando Inara termina de sujetarla.

—Así mantenía ocupado a mi cerebro.

—Creo que de eso se trata. —Me acuesto en la cama. Inara y Bliss no son como Chavi y Josephine, pero es parecido. Con ellas me siento más cómoda de lo que esperaba con tan poco de conocerlas—. Las cosas no mejoran mágicamente, pero nosotras podemos mejorarlas.

—Lentamente —agrega Inara.

—Tan lento que te cagas —corrige Bliss con un suspiro.

—Yo tomo fotos del agente especial Ken y se las mando a Eddison. Cuando lleguemos a París, lo vestiré de mimo y lo llevaré a un café; casi puedo garantizar que la respuesta de Eddison será «Qué horrible», o algo muy parecido. —Las chicas vuelven a reírse y Bliss se recarga suavemente en mi espalda, con cuidado para no lastimar mis costillas maltrechas y vendadas. Su cabello es una explosión de rizos imposibles de trenzar en seco que bullen a su alrededor. Puedo ver sus alas, o las partes de ellas que los tops no

cubren.

Son hermosas y terribles, y sospecho que ellas las ven de la misma manera. Al menos Inara, pero claro, creo que ella ha tenido más práctica que Bliss en cuanto a ver las cosas desde otro ángulo.

Inara se recuesta junto a mí, con sus piernas sobre las mías y su mejilla contra un hombro de Bliss.

—¿Cuántas veces lo apuñalaste, Priya? —pregunta con voz suave.

—Diecisiete. Una por cada chica a la que mató, y una por mí.

Su sonrisa lenta y satisfecha es al mismo tiempo aterradora y maravillosa.

No recuerdo quedarme dormida en esa posición, pero mamá me muestra la fotografía en la mañana. Mientras comemos los increíbles roles de canela de Marlene, Eddison se burla de Bliss por ser tan adorable. Disfruta demasiado poniéndola de malas, al menos hasta que Inara me entrega un pequeño dragón azul hecho de arcilla y me dice que se lo devuelva por correo cuando lo desocupe el agente especial Ken.

Siempre es bueno ver a Eddison intentar no ruborizarse.

Nos despedimos de todas las Hanoverian en la casa y nos vamos cargadas de bolsas de plástico llenas de los postres de Marlene. Jura que no será problema pasar por la inspección con ellas, y detrás de su madre, donde ella no alcanza a verlo, Vic pone los ojos en blanco.

—Victor.

Él se pasma, suspira y niega con la cabeza.

Su mamá lo observa divertida.

—Jamás has pensado que ya estabas muy grande para eso, ¿verdad?

—¿Tú sí?

—Siempre me he dado cuenta.

Eddison le da a Vic un ligero codazo en el costado.

—Le creo. ¿Y tú?

—Absolutamente.

Inara y Bliss nos acompañan al aeropuerto, sentadas conmigo en el asiento trasero mientras mamá y Mercedes van en el de en medio. El espacio de carga está lleno de maletas. Nuestras cosas salieron de Colorado la semana pasada, luego de que los encargados las metieron en el contenedor para asegurarse de que estuvieran bien acomodadas; eran bastante mejores en su trabajo que los que llevaron el contenedor. Con todo, pasarán otras dos o tres semanas antes de que lleguen a la nueva casa, así que hasta ese momento

viviremos con lo que va en las maletas.

Hay una dedicada exclusivamente a la cafetera de mamá: para mayor protección, su caja va envuelta en casi todas las toallas que tenemos.

Eddison y Vic cargan casi todas las bolsas, salvo por el equipaje de mano y la enorme cobija naranja y amarilla que Hannah tejió y que me obsequió cuando fui a despedirme de mis veteranos. También me dio su dirección para que le escribiera, y sospecho que animará a los ancianos a escribirme de vez en vez. La cobija es suave, calientita, de colores deslumbrantes, y tuvo que arrancársela de las manos a un Happy hecho un mar de llanto cuando parecía que estaba a punto de sonarse la nariz con ella.

El oficial Clare también estuvo ahí, mientras su compañero lo vigilaba de cerca; fue a disculparse. Está suspendido hasta que el psicólogo lo autorice para seguir trabajando. Algunos casos te impactan de forma inesperada, en especial cuando tu esposa acaba de dejarte. No es excusa, pero la situación se dio así y ya no es mi problema.

Gunny me miró por un largo rato, y luego me abrazó suavemente.

—¿Terminó la guerra, señorita Priya? —susurró.

Algo así.

Después Corgi me dio unas ligeras palmadas en la espalda, y anunció que mi sonrisa ya no le hacía sentir que se orinaría encima. Bueno, eso es algo.

Voy a extrañarlos, y es raro pensar que eso me reconforte, pero hace mucho tiempo que no extraño a alguien de verdad. Extrañaba a mis agentes, pero estaba en contacto tan estrecho con ellos que más que extrañarlos deseaba de que estuvieran más cerca. Extrañaba a Aimée, pero al extrañarla aparecía todo lo relacionado a los asesinatos, era algo enredado y complicado, y no se merecía eso.

Documentamos las maletas, por suerte mamá puede usar la tarjeta de la compañía para pagar el peso extra porque es una locura, y nos vamos en grupo hasta donde pueden llegar quienes no son pasajeros. Hay muchísima gente, lo cual no es sorprendente en el aeropuerto Reagan a media mañana.

—A ver, ustedes tres —dice Eddison mientras saca su teléfono y nos apunta con él a Inara, a Bliss y a mí—. Pónganse juntas, y alimenten las pesadillas que tendré por los próximos años.

Entre risitas, Inara y Bliss se recargan en mis costados, nos abrazamos unas a otras y sonreímos a la cámara. Eddison de verdad tiembla.

—Tres de los seres humanos más peligrosos del planeta —masculla.

—¿Y yo qué soy? —pregunta mamá.

—Su líder demoniaca —responde él, pero le da un beso en la mejilla.

—Te escribiremos —me dice Inara—. Definitivamente te avisaremos cuando los padres de esta la harten.

—La puerta siempre está abierta.

—También la nuestra —dice Bliss—. Si algún día quieres venir de vacaciones, tenemos una cama para ti. Nueva York no sabrá ni qué la golpeó.

—Pero ¿logrará recuperarse? —pregunta Mercedes riéndose, y me abraza por la espalda.

Las despedidas no habían sido tan difíciles desde Boston, pero me siento agradecida. Dios mío, me siento tan agradecida por tener personas que significan tanto para mí. Mercedes me entrega con Inara y Bliss para que me abracen, y ellas me pasan con Vic. El agente me mantiene un rato entre sus brazos.

—Me alegra tanto que estés a salvo —susurra—, y que estés comenzando a ser feliz de nuevo. Eres una de mis niñas, Priya, lo sabes.

—Lo sé —susurro yo también, apretándolo—. No te vas a deshacer de nosotras tan fácil.

Eddison me separa un poco del grupo mientras mamá se despide de todos. Creo que Inara y Bliss están un tanto fascinadas con ella, no tanto en el sentido de me-dejas-sin-habla como en el de «de grande quiero ser como tú». Cuando hay suficiente distancia entre nosotros y el resto, Eddison me abraza.

—Acerca de lo que me he esforzado mucho por no preguntarte —dice en voz baja—. ¿Podrás vivir con ello?

Llevo semanas pensando en eso, incluso desde antes de mi cumpleaños.

—Sí, creo que sí —respondo—. No como si nada, quizá, pero tal vez eso sea lo mejor. Y les dijiste a las demás familias; ya nadie tendrá que preguntarse qué pasó. Puedo vivir con eso. —Descanso la cabeza en su hombro y huelo la fuerte colonia que usa cuando no tiene ganas de ponerse loción de afeitar. O de afeitarse—. Mamá y yo lo hablamos: esparciremos las cenizas de Chavi. Estamos pensando en un campo de lavanda, ¿de los que tienen un castillo y un río al fondo? Eso le gustaría a Chavi. Esta mudanza será buena.

—De acuerdo.

Levanto la cara para mirarlo y siento su mejilla rasposa contra mi frente mientras me planta un beso entre los ojos, justo por encima del *bindi*. Sólo

hasta la semana pasada pude empezar a usarlo de nuevo, con la piel ya sana.

—Te extrañaré, ¿sabes?

—Claro que no —me asegura con voz gruñona—. Espero reportes constantes del agente especial Ken. Y, eh... ya sabes, no he dejado de acumular días de descanso pagados. Quizá al fin pueda usar algunos próximamente.

—Tendremos un cuarto para ti. Siempre.

Vuelve a besarme y me suelta con un ligero empujón para devolverme al grupo. Hay otra ronda de abrazos y despedidas, y luego mamá y yo los dejamos ahí. Aprieto la cobija doblada contra mi pecho, y tras luchar un poco con mis emociones, volteo la cabeza para verlos. Inara y Bliss están recargadas en Vic, cómoda y casualmente, y Mercedes le da un piquete en el hombro a un Eddison ruborizado mientras las chicas lo molestan y Vic sonrío como un tonto mientras finge ser el adulto de la situación.

La fila avanza y yo también; mamá pone un brazo sobre mis hombros y me acerca a ella para darme un beso en la mejilla.

—¿Lista para esto, amor mío?

—Sí. —Miro hacia adelante e inhalo profundamente—. Estoy lista.

Tu nombre era Jameson Carmichael, y Darla Jean era tu todo.

Sólo esperabas a que creciera, ¿verdad? A que fuera lo suficientemente mayor para poder dejar su pequeño pueblo en Texas y nunca más volver, para que se fuera contigo a alguna parte donde nadie supiera que eran parientes y así comenzaran su vida juntos. Claro que eso nunca se lo dijiste. No creíste que fuera necesario.

Darla Jean te quería como hermano, pero eso nunca te bastaría.

Nos castigaste a todas por ello a lo largo de años, por los supuestos pecados de ella. Destruiste tantas vidas, a tantas madres y padres, hermanas y hermanos, primos y amigos, con un dolor que se extendía a todos los que tocábamos.

Mi madre hace jardinería, pero eso ya lo sabías, ¿verdad? Porque nos observaste en Boston, y también en San Diego. Ella hace planos de sus jardines, proyecta los lechos para saber qué quiere plantar y dónde, y así quedan siempre equilibrados. Por aquí las anuales, que se plantan tiernas cada año. Por allá las perennes, que florecen, descansan y vuelven a

florecer. Si se les cuida bien, se mantienen vivas y siguen floreciendo mientras otras mueren a su alrededor.

Yo he estado viva estos últimos cinco años, descansando, escondida o como quieran llamarlo. En duelo. Pero ahora, al fin, creo que sabré lo que es florecer de nuevo.

Y sólo fue necesaria tu sangre, tibia, espesa y pegajosa en mis manos.

¿Te gusta, Joshua? ¿Que a tu propia y particular manera, al final quizá seas lo que me ayude a sanar de lo que has hecho durante tanto tiempo?

El cuchillo rasgaba y desgarraba cada que lo sacaba de tu carne, y creo que entiendo por qué siempre matabas con un corte y nunca a puñaladas. El sonido es espantoso, y peor la sensación de la carne cortada en esos puntos. Espero que sintieras cada una. Tus preferidas, tus niñas buenas; estudiaste el cuerpo humano para que sus muertes fueran lo menos dolorosas posible, pero la anatomía nunca fue lo mío. Si lo hubiera sido, quizá habría sabido lo fácil que es chocar con las costillas, la fuerza que requiere enterrar un cuchillo en el hueso. Quizá habría aprendido lo resistentes que son los músculos, pero también lo fácil que se hunde un cuchillo en un pulmón, produciendo un sonido húmedo y de succión que da cuenta de su debilidad. Quizá hubiera leído en alguna parte que la sangre es más oscura entre más cerca está del corazón, o tal vez así parece solamente.

Pero extrañamente, o no, pienso en las rosas. Llevaste tantas; tu auto estaba lleno. No me di cuenta, hasta que salí, de que tenías muchas más de las que llevabas en la canasta. Me habrías hecho una enramada de rosas dentro de la capilla.

Pero las rosas no me rodearon a mí. En serio que sangré, pero no lo suficiente para caer, para formar un charco. Ese fuiste tú. Era tu vida la que manchaba los pétalos blancos, tu propio jardincito del País de las Maravillas; nunca esperaste que tus reglas pudieran cambiar, que te derrocaran.

Había cosas que quería preguntarte, pero aun al final, no me atreví. Después de todo, pudiste haber despertado, podrías haber dicho algo que hiciera evidente, más evidente, que sabía quién eras.

Pero está bien, porque ¿sabes de qué me di cuenta, Joshua, ahí en el frío, bajo la nieve y con la sangre húmeda y tibia y pesada sobre mi ropa, tal como aquella mañana con Chavi hace tantos años?

Me di cuenta de que tus respuestas no importaban. No importa realmente

por qué lo hiciste, por qué las elegiste a ellas, a nosotras, a mí. No importa cómo lo justifiques, porque de cualquier manera las respuestas nunca tendrían sentido para nadie más. Eran tuyas. Y estaban equivocadas.

Siempre, siempre estuvieron equivocadas.

Eras una de las cosas terribles y enfermas de este mundo, Joshua, pero ya no más.

Mi nombre es Priya Sravasti, y no soy víctima de nadie.

AGRADECIMIENTOS

A todas las personas que se quedaron conmigo y me apoyaron mientras pasé casi todo un año en pánico porque este libro estaba haciendo su mejor esfuerzo por matarme a punta de colapsos nerviosos: *gracias*. No podría haberlo logrado sin mis porristas, todas las personas que siempre me recordaron que no me desmoralizara, todas las que me escucharon entre el pánico, las quejas y la locura en general.

A JoVon, quien compró el libro cuando apenas era poco más que una sinopsis muy distinta, y a Jessica, quien cree totalmente en él, y a Caitlin, quien se merece una maldita medalla por nuestro proceso de edición. Caitlin, tienes un don para hacer que lo imposible parezca manejable; fue tu apacible seguridad la que me sacó adelante. A la agente Sandy, por encontrar un hogar para las Mariposas que abrió sus puertas a una parte más de la historia.

A Isabel, Maire, Kelie, Roni, Pam, Allyson, porque no hubo una sola parte del proceso de la que no les platicara y aun así siguen siendo mis amigas. Un enorme agradecimiento a mi familia por emocionarse con cada paso y cada éxito, y por entender cuando pasé Acción de Gracias pegada a las pruebas. A todos en Crossroads por promover *El Jardín de las Mariposas* y celebrar conmigo cuando teníamos que enviar más a una tienda (y por nunca decirme que me callara cuando no podía dejar de hablar sobre lo mucho que todo me estresaba).

Creo que estoy notando un patrón.

Y a todas las personas que han leído y amado *El Jardín de las Mariposas*, a todas las que han compartido una reseña o hablado de él en internet, a todas las que lo han elegido para su club de lectura o lo han recomendado a sus amigos: *gracias*. Gracias por su entusiasmo, por su apoyo y por seguir

conmigo hasta aquí.

Acerca del autor

DOT HUTCHINSON es autora del *bestseller* internacional *El Jardín de las Mariposas*, la primera entrega de la serie El coleccionista, que será llevada a la pantalla grande. También escribió *A Wounded Name*, una novela juvenil basada en *Hamlet* de *Shakespeare*. Ha trabajado en un campamento de *boy scouts*, una tienda de artículos para manualidades, una librería y la Feria Renacentista. Le encantan las tormentas eléctricas, la mitología, la historia y las películas que pueden y deben verse una y otra vez.

www.dothutchison.com

www.dothutchison.tumblr.com

[@DotHutchison](https://twitter.com/DotHutchison)

www.facebook.com/DotHutchison

Diseño de portada: Jae Song
Fotografía de la autora: © Arabella Blizzard, 2012

Título original: *The Roses of May*

© 2017, Dot Hutchison

Traducido por: Graciela Romero Saldaña

Esta edición es posible mediante un acuerdo de licencia originado por Amazon Publishing. www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5682-5

Primera edición en formato epub: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5678-8

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 **Planeta**



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE